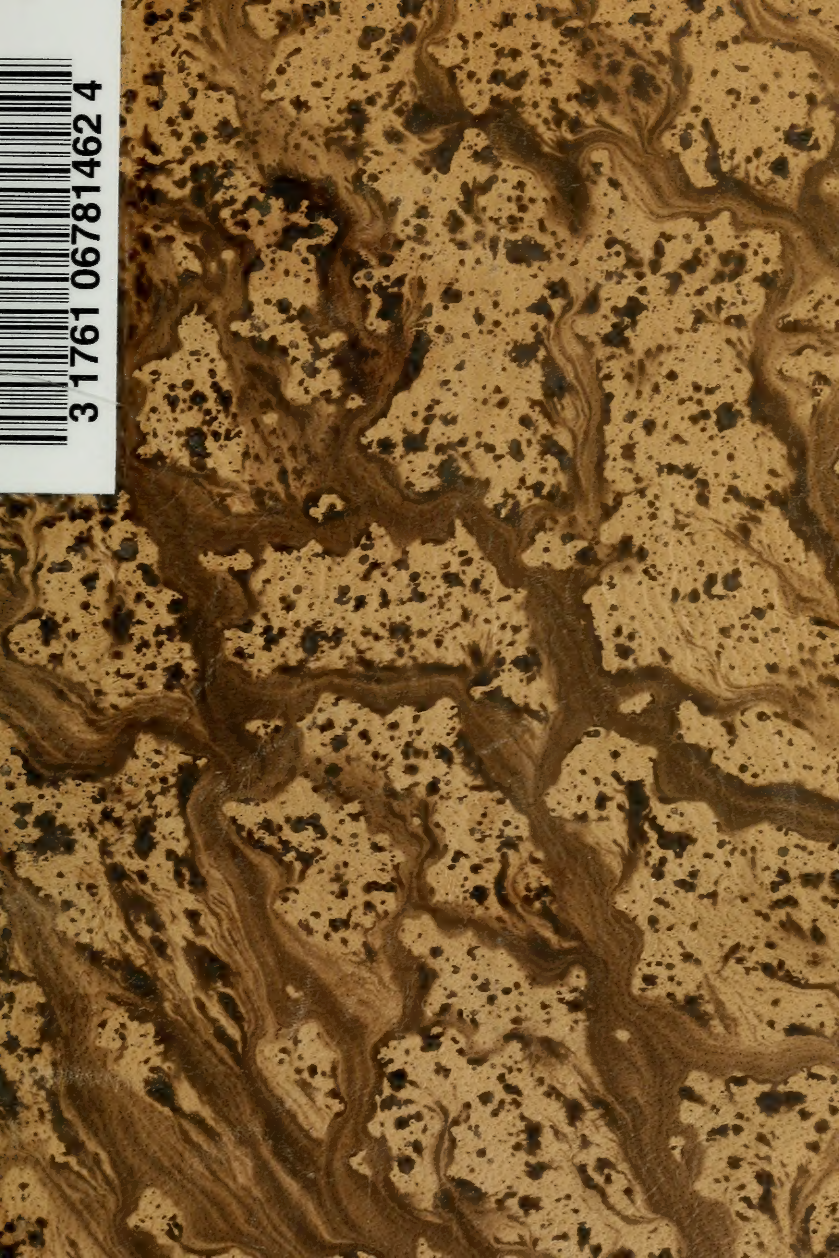

3 1761 06781462 4





CUENTOS ANECDÓTICOS

CINCUENTA
CUENTOS ANECDÓTICOS

DE

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

(EL BACHILLER FRANCISCO DE OSUNA)

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

SEGUNDA EDICIÓN

Cito rumpes arcum, semper si tensum habueris.

FEDRO.



MADRID
1919.

Tip. de la "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos".

AL EXCMO. SEÑOR

DON TORCUATO LUCA DE TENA

PROPULSOR INFATIGABLE

DE LA SANA CULTURA POPULAR ESPAÑOLA

SU ADMIRADOR Y AMIGO

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARIN

MCMXIX

I

EL PASE DE ESPALDAS

Quien no conoció a Plácido haga cuenta de que se quedó sin conocer a una persona de gracia; *pero que* de muchísima gracia, como dicen por encarecimiento en Andalucía.

Era sevillano, y yo no sé a punto fijo de que vivía, ni de qué bebía, ya que para Plácido *vivir* y *beber* venían a ser sinónimos; pero sabré decir que por las remotas calendas en que yo, recién salido de la Universidad, le conocí y traté en la hermosa ciudad de la Giralda, podía tener hasta cuarenta y cinco años y vestía *a lo flamenco,* cosa que no dejaba de caer bien a un hombre cenceño como él, de buena estatura y de cara morena agitanada, con una donairosa semifealdad que ya por sí sola anunciaba la gracia de su parola abundantísima.

Decían ¡vaya usted a saber! que una viuda joven, hermosa y bien heredada le tenía recogido en su casa, para que en ella nunca faltase la

sal; mas, hubiera lo que hubiera en esto, a mí sólo me consta que Plácido no *sableaba,* y que, en diciendo a pasar el rato y a beber entre amigos, su docena de cañas no era la última, y aun solía ser la primera. En conclusión, Plácido, dicho con una palabra *flamenca,* insustituíble por otra castellana, era lo que se llama un *barbián.*

Pero todavía más que de vinos —y cuenta que pasaba por muy experto catador— entendía de toros. ¡Allí era de ver cómo *la afición* le consultaba a cada triquitraque sobre todo lo pasado, lo presente y lo por venir de la tauromaquia! Y ¡qué memoria! ¡Qué haber conocido y tratado íntimamente a los astros de primera magnitud del redondel, y escuchádoles sus máximas, y bebídoles sus pensamientos! Especialmente, en esto de saber y contar cosas viejas era Plácido *la improsurta,* como decían, encantados de oírle, sus camaradas y admiradores. El *non plus ultra,* querían decir.

Sabía Plácido, además, muchas coplas populares; porque es de advertir que, para que no hubiese habilidad que le faltase, cantaba andaluz y *flamenco,* y hasta neto *cañí,* muy razonablemente. A las coplas, por cierto, se debió nuestro conocimiento y trato, y muchas hay en mi colección de *Cantos populares españoles* que no estarían en ella a no haber vivido Plácido en este pícaro mundo. Pues bien, una tarde, los dos solos, o mejor dicho, en la buena compañía de unas cañas de manzanilla, que, alineadas, escuchaban nuestra

conversación, le pregunté, guardando el cuadernillo en que acababa de anotar hasta una veintena de cantares:

—Plácido, ¿usté ha toreado alguna vez?

—Niño —me respondió (porque para él todos eran *niños,* y sólo él era hombre)—, me toca usté con esa preguntita a la entretela más delicá de mis sentrañas.

—Pues figúrese usté —repuse— que nada he dicho. Hablemos de otra cosa.

—Ya la puñalaíta está dá, amigo mío —recalcó—, y ba usté a saber por qué la afisión a la fiesta nasioná me se fué de las tabas y toa me se ha alojao en er pico.

Y el buen Plácido se atizó, seguidas, un par de cañas, se escamondó el pecho tosiendo dos o tres veces, como si fuese a arrancarse por playeras, y dijo:

—Niño, aquí donde usté me be, yo no soy ya ni sombra de lo que fuí: yo soy un cuerpo sin arma, por mor de mi mala sombra; porque, como dise una siguiriya gitana,

"Toítos se arriman
Ar pinito berde,
Y yo me arrimo—a los atunales,
Que espinitas tienen".

Yo iba pa torero desde que mi madre me echó ar mundo, en er barrio de San Bernardo, que es er barrio más torero de la cristiandá. Me criaron con biberón, y cuando arrimaban la cabra a la puerta de mi casa pa sacarle la leche, yo le echaba

la capa con los pañaliyos desde los brasos de la niñera. Mi escuela fué er Mataero, y ayí aprendí a torear por sus pasos contaos, como Dios manda, yebando más reborcones que jigos se crían en Lepe; y cuando a los beinte años ya no tenía el arte secretos pa mí, y tó lo sabía yo por lo fino, como quien dise, por punto de sorfa, me eché a capear nobiyos por los pueblos del Arjarafe de Sebiya, con muncha habilidá y con remunchísimo érsito. Torear yo era benirse abajo er mundo de parmas: ¡más parmas que en Berbería, que es la tierra de los dátiles! Cá tarde que capeaba, una obasión, como disen ahora, que yo no sé de dónde habrán sacao esa palabrita.

Con eso y con tó, el ofisio andaba malo, por lo que la copliya dise:

"Se pasan en er mundo
Munchas fatigas,
Porque hay mir gorriones
Pa cuatro espigas".

Y yo desía, dije: "¡Puñales! ¿Me boy yo a quear de nobiyero toa mi bía, pasando jambres, sin un traje de luses tarmente mío, cuando tengo yo agayas pa matar, no digo yo a un miúra de ocho yerbas, sino ar mismísimo toro que er maestro de escuela desía que hay en er Sudiaco? Lo que yo tengo que jaser es una que sea soná; porque anque sea chica la plasa en donde se jecute un milagro, la fama tié mir bocas y por toas pega chiyíos pa arborotá er mundo. ¡Si yo imbentara

argo nuebo, una cosa nunca bista, de muncho lusimiento y de muncho baló...!"

To esto lo pensaba yo una hora antes de escomensar una nobiyá en Biyamanrique. Por torear en eya matando un nobiyo, me daban media onsa y una jartá de carne, con er bino correspondiente. Pedí una boteya de aniejo, y, entre un trago y otro, seguí pensando en mi negosio: "¿No se jisieron renombraos otros toreros por ná que esté en gloria? ¿No armaron tanta buya con er pase de pecho, como si fuera una cosa traía del otro mundo? Aquí lo que hay que imbentar es una suerte de más deficurtá y más mérito. *¿Er pase de pecho* dije? Lo que tendría un mérito atrós sería *er pase de espardas,* dao, naturarmente, sin berle la cara al animá. ¡Y ese pase es er que yo boy a jaser de aquí a un rato!" Y reinando en esto, fragüé mi plan, y, con la cabesa toabía calentiya por er bino, andaba yo que no bía la hora de lusirme con la suerte nueba.

Estaba la plasa de bote en bote, que no cabía un granito de matalauba. Salió er primer nobiyo, y no serbía pa er caso, de mal inclinao y perro que era; salió después er segundo, grandón, con fuersas, pero inosente como una niña de seis años que escomiensa a ir ar colegio. "¡Este ba a ser!" —pensé yo en seguiíta que le calé el interió—. Y cuando lo tube, que lo tube, bien preparao y más plantao que un quinto en formasión, me borbí de espardas y me queé toabía más plantao que er nobiyo. Ar pronto, ar berme así, hubo en toa la pla-

sa un mormuyo grande; pero después no se oía una mosca. Naide pestañeaba y tós tenían el arma en los ojos, como disiendo: "¿Qué ba a pasar aquí?" Yo, más tieso que un ajo porro, con el oído alerta, aguardaba a sentir los tacones der bicho; ar benir, yo me jadría a un lao, jartándolo de capa, y suerte acabá, con más parmas que tienen las onse mir bírgenes del baye de Ésija.

Me paresía un siglo ca istante que pasaba y me gorpeaba er corasón como la tambora de la banda del Hespisio; y sin mirar pa atrás, por no deslusirme, pensaba, más escamao que un casón: "¡Este animalito, que no biene...!" ¿Que no biene? ¡Baya si benía! ¡Y en sapatiyas! En menos que lo digo, me bi bolando por los aires, entre un chiyerío de tós los diablos, y luego caí como una rana, y ya no oí más que una bos que dijo: "¡A la enfermería!" Y ahí, niño de mi arma, queó la imbensión der pase de espardas y mi ofisio de torero. ¡Si aqueyo hubiera salío alante, sería yo hoy el asombro der mundo! Pero, amigo, la suerte no está pa quien la busca.

—Y ¿cómo, amigo Plácido —le pregunté—, no volvió usté a ensayar su invento con más preparación y con menos vino? Porque no era artículo de fe el salir triunfante de buenas a primeras. Estudiándolo mejor...

—¿Qué estudio ni qué caracoles? —repuso Plácido—. Pues ¿usté, niño, se imagina que yo queé pa nuebos estudios, si er nobiyo me esparpajó? Con muletas andé serca de un año, y ya

nunca me he bisto libre de una mijita de cojera. ¿No ha reparao usté que al andar meto un poquito la caera isquierda, como quien ensaya con disimulo un paso de chotis...? Pues er bichito aquer, que mar fin tenga toa su casta, fué er que me metió a bailaor pa mientras er cuerpo me haga sombra."

Conque ya lo saben los torerazos, toreros y torerillos del día; eso está por perfeccionar: *el pase de espaldas*. ¡A ello!

II

MR. NAQUET ANTES DE MR. NAQUET

Y luego que firmó aquel largo escrito y anotó en la hoja correspondiente de su libreta de honorarios: "Alegato de bien probado, nueve pliegos, ciento ochenta reales" —que tal era la baratura de los letrados de antaño—, don Domingo de Silos Estrada, abogado, anticuario y labrador de Osuna, se fué a almorzar al amor de la lumbre, junto a la chimenea de campana. Quedaron en el estudio un procurador mixto en escribiente y un escribiente que iba para procurador: la piel del diablo en dos trozos.

Momentos después, como trasquilado por iglesia, colóse en el despacho un jareño: para que lo entendáis mejor, un vecino de la aldea de Martín de la Jara; preguntó por *er señó on Domingo* y se sentó a esperarle. Y cogiendo el Procurador la *Gaceta de Madrid* llegada por el último correo, hizo como que leía para sí unos momentos y entabló con el Escribiente este diálogo:

—¿Has leído en la *Gaceta* la nueva ley sobre el divorcio?

—Así..., por encima. ¿Qué dispone?

—¡Una barbaridad! ¡Esta gente, por lo visto, no respeta nada! ¡Mira que meterse a enmendarle la plana a la Santa Madre Iglesia, que siempre dijo que el matrimonio es indisoluble!... Pues nada: ahora, por quita allá esas pajas, echa el marido por un lado y la mujer por otro, y ¡como si tal sacramento no hubiera existido!

—Y con los hijos, ¿qué se ha de hacer?

—Verás, hombre, verás. Voy a leerte la ley, que es muy corta. ¡Para que te espantes del atrevimiento de estos hombres de la *gloriosa!*

El Jareño era todo oídos.

—Dejo atrás el preámbulo, y vamos a lo principal:

"Artículo 1.° Todos los españoles que no se lleven bien con sus mujeres, porque éstas sean holgazanas, o respondonas, o callejeras, o demasiadamente beatas, o alguna otra cosa peor, podrán descasarse desde el día de la publicación de esta ley.

"Art. 2.° El que por alguno de los motivos expuestos se quiera descasar, acudirá ante el párroco por medio de instancia en que los alegue. y, practicada información testifical, si resultaren comprobados, éste decretará la separación de los cónyuges, que se llevará a efecto sin ulterior recurso.

"Art. 3.° También se procederá a la separación

de los bienes, entendiéndose que pertenecen al marido todos los que se hayan adquirido por compra o permuta durante el matrimonio.

"Art. 4.° En cuanto a los hijos, los varones se irán con sus padres y las hembras con sus madres. Sin embargo, quedarán con ellas los varones menores de cinco años, hasta que cumplan esta edad.

"Art. 5.° Los descasados podrán buscar mujeres más de su gusto y contraer nuevo matrimonio; pero en tal caso no podrán volver a utilizar los beneficios de esta ley, porque quien sale del purgatorio y por su gusto vuelve a entrar en él, no merece protección ninguna."

En esto, oyóse la tosecilla de don Domingo, que volvía. Consultóle el Jareño sobre una cuestión de lindes, dejó sobre la mesa la consabida y tradicional peseta en plata y fuése a la posada para pagar *el ataero* y emprender, cabalgando en su burro, la vuelta hacia la aldea.

Llegó a su casa a la caída de la tarde, y, al apearse del borrico, preguntó a su costilla:

—¿Qué has jecho e comé?

—¿Qué quiés que haiga jecho? —le respondió ella con desagrado—. Lo e siempre: la reberenda oya.

—Mia que te aprebengo —dijo él— que er biento se ha cambiao: que ha benío una ley nueba pa esapartarse, y más pronto que er desirlo me boy an cá er Cura, y ya estás piyando er tole.

La mujer del jareño de las lindes no chistó. Ten-

dió sobre la mesa un mantelillo, puso en medio un plato barreño, acudieron los muchachos, que estaban jugando a la tángana en la plazuela, y todos comieron en paz y en gracia de Dios la proverbial olla de tres vuelcos.

Media hora después, en la tabernilla de la esquina explicoteaba nuestro hombre ante un numeroso concurso de *bebensales* —que *comensales* digo yo que no se podrá llamar a los que se ocupan, no en *comer,* sino en *beber,* (1)— y éstos escuchaban absortos el relato del recién llegado de Osuna, y comentaban a su talante la justa y beneficiosa ley que permitía que se *esapartaran* los matrimonios *mal abeníos.* La noticia se propagó rápidamente por todo el pueblo, y aquella noche hubo *sanfrancia* y *grímpola* en la mitad de las casas: entretenidos en *remojar* la fausta ley, fueron muchos los hombres que llegaron a ellas tarde y con daño.

Pero todo aquello era tortas y pan pintado. ¡A la mañana siguiente sí que fué ella! La casa del Cura era un jubileo. A pares iban acudiendo los hombres para descasarse, y a pares acudían las mujeres en solicitud de que no se hiciera tamaña picardía. Y ¡qué diálogos más pintorescos!

—¡Han tocao a escasar y bengo a ajogarme en la buya!

---

(1) Va dicho en broma: ¿quién no sabe, por poco etimologista que sea, que se dijo *comensal* de *cum* y *mensa,* y no de *comedere?*

—Señón Cura, aquí están mis testigos.

—¿Aónde ba usté, cristiano? Yo estoy primero; que he yegao al arboreá.

Y entretanto las mujeres gritaban:

—Señón Cura, no jaga usté caso de este piyo, que me quié ejá plantá con los sinco muchachos que tenemos.

—Pero, ¿qué confiscá ley es ésta?

—¡So charrán, anda pa er trabajo, que es donde tú estás jasiendo farta!

....

Al fin el Cura logró enterarse de qué se trataba, y por más que decía a voz en cuello: "¡Eso es un disparate! ¡No puede haber tal ley! ¡El matrimonio es indisoluble!", ¡que si quieres! no le hacían caso, y le respondían:

—¡Ya berá usté si es insalubre!

—¡Esa ley se ha leío en cá e on Domingo Estrá!

—¡Arrepase usté por la bista los papeles e Madrí!

Y el bueno del Cura hojeaba los últimos números del *Boletín Eclesiástico,* y seguía la gresca, y llevaba trazas de no terminar en todo el día.

—Mande usté un propio a Osuna con una carta —dijo uno.

—Eso será lo mejor —repuso el Cura.

Y escribió.

La respuesta fué un chorro de agua fría para los que intentaban descasarse:

"Señor Cura párroco de Martín de la Jara.

"Muy señor mío: No hay tal ley de divorcio, y bien ha entendido usted que no podía haberla. Lo que sí hay son dos tunantes que la han inventado, y hasta la han leído, en mi casa, a presencia de un vecino de ese pueblo. Vea usted cómo arregla a esa docena de casados, y yo veré cómo arreglo a este par de mozos.

"Suyo afectísimo amigo y s., q. b. s. m.,

DOMINGO DE SILOS ESTRADA."

....

Cuatro meses después, al echar la quinta *cigarrá* del día una cuadrilla de segadores, trabaron conversación sobre el *trimurto* que acabo de referir, y decía uno, con la aquiescencia de todos los que le escuchaban:

—¡Aqueyos que alebantaron la ley pa esapartarse no eran ranas! A móo que era mesté arrempujayos pa deputaos, pa que ayí en Madrí jincaran la cabesa jasta que esa ley saliera alante.

III

RIVERITA

Tuve yo en Sevilla un amigo que se llamaba don Cristóbal de Rivera, el cual, pudiendo haber sido el sujeto más feliz del mundo, porque era buen mozo, culto, rico, y muy bien quisto, por tanto, fué siempre un desdichadísimo hombre. Una pasión contribuyó mucho a infelicitarle de por vida, desde los floridos años de su mocedad. "¿Un amor?" —me preguntaréis—. "Ciertamente —os respondo —. Un amor como no hubo otro en la tierra; una afición desordenada y avasalladora; un delirante amor... a la gramática y, en especial, a su cuarta parte: a la ortografía."

Para Rivera no había hombres virtuosos ni malvados, sino hombres de ortografía buena o mala; un libro era para él excelente si estaba escrito *como manda Dios,* esto es, si no dejaba que desear en cosa tocante a la ortografía ni a la sintaxis, y malo y digno de las llamas, tratase de lo que tratase, si no se ajustaba enteramente a los

sagrados cánones del bien decir. Las ideas importaban a mi amigo tres caracoles: ¡sólo las palabras merecían toda su atención! Así, a la mitad de una lectura interesante, él interrumpía al lector gritando furioso: "Amigo mío, *satis jam;* no siga usted leyendo: un novelista que hace decir a uno de sus personajes "Yo fuí el que *descubrí* aquella trama", no merece ser leído, sino desleído, después de pulverizado. ¡Que lo enmielen! —añadía—, y digo *lo,* y no *le,* porque, como andaluz nato y neto, soy *loísta,* y no *leísta.*"

Y de aquí ensartaba, y a fe que tenía para rato.

Siendo así mi amigo, y así era, para tila no le alcanzaban las rentas de su mediano caudal. Un solecismo le sacaba de sus casillas; una *hache* de más o de menos le daba fiebre; por una *be* por *ve,* o viceversa, se echaba a agonizar. Un día, encontrándome acaso en la calle, acercóse a mí demudado, trémulo, y díjome:

—¡Ay, amigo de mi alma! ¿Usted no sabe lo que ocurre? Que un escritor que me parecía pasadero...

Y metiendo la temblorosa mano en uno de sus bolsillos, sacó un periódico, ojeó su primera plana nerviosamente, y añadió, desolado, al clavar el dedo índice en el renglón que buscaba:

—¡Aquí está! *¡Chavacano* con *ve!* ¿Quién lo había de pensar? ¡Este hombre, vea usted la firma, no sabe ni migaja de gramática! Ya en cierta ocasión se me hizo sospechoso por un *con tal*

de que. Juro a Dios que en mi vida no volveré a leer cosa suya. A más de veinte amigos he hecho notar hoy este enorme gazafatón. Pero, señor, ¿adónde vamos a parar por este camino?

De su propio natío, Riverita, que así le llamábamos sus compañeros desde las inolvidables calendas universitarias, pronunciaba a la andaluza, comiéndose, como cada cual, la mitad de las letras; pero luego que se trataba de gramática o de cosa que a cien pasos le anduviese, ya, de industria, parecía otro, y era una delicia observar cómo afilaba las *eses* y zapateaba las *zetas* y las *ces* suaves; cómo *subrayaba,* para distinguirlas y lucirlas bien, las *yes* y las *elles,* y cómo en las palabras que tienen *hache* en medio hacía una paradita muy graciosa al llegar a ella, diciendo *co-honestar, al-hacena, desa-hucio,* no sin guiñar picarescamente a su auditorio, como si preguntara por vía de encarecimiento: "¿Eh? ¿Qué tal? ¿Sé bien lo que traigo entre manos?" Y de la *be* y la *ve* no se diga, pues por mejor diferenciarlas, Rivera las convertía, respectivamente, en *pes* y en *efes,* duplicadas *aliquando* en medio de dicción,

"Para que la fuerza fuera
Mayor, y el ímpetu más",

y así, por ejemplo, recitaba:

"*Fiffo* sin *fiffir* en mí,
Y tan alta *fida* espero,
Que muero porque no muero".

"*Pien* se *fe* que *fuestra* ciencia
A *fuestros lappios* asoma
Con *fuestra penefolencia.*"

Con todo esto, así como la haba lleva dentro de sí el germen del coco que ha de írsela comiendo, el buen Riverita llevaba consigo, en su propio nombre, el principio de unas crueles dudas que habían de ocuparle el entendimiento luego que dijesen "aquí estamos". Y no tardaron mucho en asomar: el periodista de marras, en desquite porque había llegado a enterarse de que Rivera le zarandeaba la ortografía, le dijo:

—Poca mella pueden hacer en mi reputación Aristarcos como usted, de a real la gruesa. Para meterse a enseñar, había usted, lo primero, de saber escribir su nombre y su apellido. ¿Por qué *Cristóbal* y no *Cristóval?* ¿Por qué *Rivera* y no *Ribera?* Se tiene usted por sabio y no sabe dónde tiene las narices.

Y esto dicho, le volvió despectivamente la espalda.

Quedóse estupefacto Riverita. ¡Que él, a sus años, no sabía escribir su nombre...! ¿Tendría razón el de lo *chavacano...?* ¡Era caso para perderla! Y acudió a los libros, y, como el héroe de Cervantes con los de caballerías, se pasó las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, y si del poco dormir y del mucho leer no se le secó el celebro, como a don Quijote, a un palmo de ello anduvo. Porque a fe que no era beberse un vaso de agua el concertar aquéllas medidas. "*Cris-*

tóbal, ciertamente —pensaba—, se dijo de *Christus* y *foros*: "que lleva a Cristo"; y la *efe,* no hay duda, pide *ve,* y no *be.* ¡Vaya si la pide! Pues ¿por qué sino por eso, cuando me pongo a pronunciar recalcado digo *afferiguar, triunfirato* y *tréffedes?* Resueltamente, es un disparate escribir *Cristóbal* con *be.*"

No menos dares y tomares traía nuestro Rivera con su apellido. "¿Me llamo *Rivera,* de *rivus,* arroyo, riachuelo?... Entonces bien hago en escribirlo con *ve.* ¿Me llamo *Ribera,* de *ripa,* orilla del río...? Pues, en este caso, con *be* lo debo escribir. Pero, en resumidas cuentas, Dios mío, ¿cómo me llamo yo?"

Y pasábale, al cabo, lo que al caballero Quevedo, que ni subía, ni bajaba, ni estaba quedo. Consultó sus papeles de familia para ver cómo solían firmar sus abuelos y bisabuelos, y vió que entre sus firmas habíalas para todos los gustos: una anarquía ortográfica deliciosa. En resolución, determinóse a firmar *etimológicamente,* como él decía, *Cristóval de Ribera,* cambio del cual muchos se rieron, y que le ocasionó algunos disgustos, uno, entre otros, por negarse un tunante a pagarle cierta antigua deuda, porque el acreedor y el que demandaba eran personas diversas, a juzgar por la diferencia de nombres y apellidos.

Abochornado andaba nuestro flamante *Ribera* (ya le llamaremos así) de que en trance y precisión de tales mudanzas se hubiese visto y, dando un paso más en su ya evidente manía, creyó y

tuvo y predicó que aquellos que con mala ortografía escriben son gente dañosa y perjudicial, a la cual, como a ciertos apestados, debía alejarse y recluírse, con mil precauciones y cautelas, en apartados hospitales y lazaretos, hasta que enteramente sanasen: es decir, hasta que escribiesen con toda pulcritud ortográfica. "Porque eso —añadía— se pega más que la sarna, y quien sabe escribir bien y lee con frecuencia papeles incorrectos, acaba por dudar e ignorar cómo se han de escribir los vocablos. Testigo yo, que siendo niño de la escuela me contagié de ese mal, y ¡ya lo veis!, para desasnarme me he visto precisado a estudiar mucho, y aun a firmar de otra manera que antaño, no sin *graffe* perjuicio de mis intereses."

Y aquí contaba ce por be, con gran risa y jolgorio de sus oyentes, lo que le había sucedido con el tuno de marras.

Así las cosas, y como estas andanzas y otras menos inocentes hubiesen destemplado al reformado Riberita la guitarra de la salud, y quitádole, según él decía, las ganas de comer, empezó a alimentarse con *artículos farmacéuticos,* y de esta manera, por lo de *artículos,* ni en sus medicinas faltaba la gramática. Cada semana veía a un nuevo médico y, curándose y cureteándose, pasó en pocos meses por todas las *terapias,* agotó la larga serie de las *inas,* y, con excepciones contadas, tomó todos los *oles* de que andan llenos los

diccionarios modernos: más *oles* que se dan en un baile de palillos.

Una noche Riberita llegó precipitadamente al casino en que de ordinario matábamos el tiempo. Como de costumbre, quejóse de sus males. Nada le dolía; pero dolíase todo él. Por su cuenta, ya tenía diez y nueve enfermedades: quince, mortales a la corta, y las cuatro restantes, *de pronóstico reservado,* como aquella mujer sospechosa a quien detuvo cierto polizonte amigo de eufemismos. Y empezó a enumerar sus dolencias y a ponderar su desgano. En todo el día no había tomado ningún alimento, salvo tres tacitas de leche, ¡de a cuartillo y medio cada una! Con nuestra conversación se fué animando y, al fin, encargó a un camarero que del *restaurant* más cercano, del Pasaje de Oriente, le llevase alguna fruslería o leve colación: una buena sopa y una chuleta.

Llegado aquel condumio, el buen Ribera departió galanamente con la sopa a la par que con nosotros, y cucharada va, cucharada viene, la embauló a dos por tres, con tal bizarría, que nadie, viendo su gentil arte de trasegar, imaginara que allí había cosa mortal sino la sopa misma. Despachado que hubo con ella, acercóse el plato que contenía una gran chuleta empanada y, como quien no piensa dejar sino el hueso mondo, fajó con ella, y tris, tras, por allí corto y aquí trincho, empezó a despabilarla, que el verlo era una bendición de Dios. Más ágil escamoteador no se halló en el

mundo. Y mientras, entre bocado y bocado, nos contaba sus cuitas. ¡Sobre todo, aquella pícara y tenaz inapetencia, que le tenía languiducho, enclenque y exánime! Resueltamente, era hombre al agua. Y se moría sin asistencia médica, porque ¿de qué médicos había él de fiarse?

—Hoy he visto a otro —nos decía—, y ¡como si tirara al río los cinco duros que le pagué por la consulta! ¡Claro! ¿He de hacer caso de esta receta? ¡Ni que estuviera yo loco! Vean ustedes y asómbrense.

Y sacó la cartera, y de ella un papel, que dió al amigo más próximo. Éste lo leyó para sí y dijo a Ribera:

—Nada de particular encuentro. Esto, a mi parecer, no haría a usted daño.

Y Ribera, arrebatándole el papel, repuso colérico:

—¿No me haría daño?... Hombre, ¿que no me haría daño, cuando su sola lectura me lo ha hecho y me ha puesto a las puertas de la muerte? ¿Cómo he de aplicarme yo ese revulsivo que me recetan? ¿No ven ustedes...? *¡Rebulsibo,* con dos *bes* de burro! ¡Revulsivo no, sino *repulsivo,* indecente y asqueroso, todo en una pieza!

Y gritaba como un orate, andando a pasos grandes y desconcertados. Los demás reíamos de aquella manía singular. Al fin, ya un tantico sereno, se sentó de nuevo y volvió a su más que mediada chuleta. Pero no bien tomó dos bocados, cuando, de pronto, abrió desmesuradamente los ojos, le-

vantándose crispado de horror, y dejando caer al suelo el tenedor y el cuchillo, que tenía en las manos, exclamó señalando al plato, como si señalase a la sombra de Nino:

—¡Ahí! ¡Ahí...! ¡Hasta en la chuleta! *¡Pasage con ge!* ¡¡¡PASAGE con GE!!!

Era que, al descubrirse el fondo del plato, nuestro empecatado ortógrafo había visto la marca de la vajilla, que, en efecto, tenía, por yerro, aquella *ge* trágica y espeluznante.

Ribera salió a espeta perros, y no se le vió el pelo en dos semanas. Le habían echado a la cama, como si estuviesen de acuerdo para esa mala obra, un médico y un fondista.

IV

REGLAS PARA HURTAR LIBROS

Don Francisco Orchell y Ferrer, insigne orientalista valenciano, catedrático de Lengua Hebrea en los Reales Estudios de San Isidro, de Madrid, allá por los años de 1820 a 1823, y arcediano mayor de Tortosa, tenía muchas virtudes y sólo tres vicios: el uso exagerado del tabaco en polvo, el desmedido amor al estudio y una grande afición a los buenos libros. Llegó a Madrid precedido de la excelente fama que había cobrado en la Universidad de Valencia como sabedor y enseñador del Hebreo; tuvo en la Corte discípulos tan ilustres como don Tomás González Carvajal, traductor de los Salmos, el obispo auxiliar señor Castrillo y el señor Giustiniani, nuncio de Su Santidad; su virtud y su saber le proporcionaron buenísimas amistades, y cuantos le trataban se deshacían en elogios del meritísimo anciano.

Mas no era todo el monte orégano: no faltaba quien, después de hacer un cumplido elogio de

Orchell (simpático aun sin tratarle, por su alegre y vivaz fisonomía), bajase la voz y añadiese confidencialmente: "Pero..." Y en ese restrictivo *pero* terminaba el panegírico, si en el auditorio había alguna persona que no inspirase mucha confianza al panegirista.

Don Antonio María García Blanco, discípulo predilecto de Orchell, escuchó ese *pero* en diversas ocasiones y ardía en deseos de saber qué *pero* podía tener hombre tan virtuoso como su maestro. Inquirió aquí y allí, rogó acá y acullá que se le confiara el guardadísimo secreto, y, al cabo, un su amigo (creo que fué don Luis de Usoz, el cuáquero español, como le llamó muchos años después Menéndez y Pelayo) despejó la incógnita. "*Pero* hurta libros..., según dicen", dijo, atenuando la malévola imputación.

Al oir tal cosa García Blanco, que reverenciaba a Orchell, quedóse como la mujer de Loth, según la hipérbole bíblica, que hipérbole es y no otra cosa: hecho una estatua de sal. No le cabía en la cabeza que aquel hombre de bien a carta cabal fuese capaz de quebrantar el séptimo precepto del Decálogo. Y no ahí como quiera, sino de quebrantarlo muchas veces, hasta el punto de dar lugar a aquellos ofensivos *peros,* cuya significación no había entendido hasta entonces.

Una mañana departían amistosamente maestro y discípulo, y García Blanco, deseoso de ver desmentida por los mismos labios de Orchell la in-

juriosa especie que contra su buena fama corría en voz baja, como *venticello,* por Madrid, le dijo:

—Maestro, se cuenta de usted por ahí una cosa que yo no creo; pero ello es que se cuenta.

—Y ¿qué dicen? ¿Qué dicen? —preguntó con curiosidad Orchell, abriendo la caja del tabaco en polvo.

—Pues dicen... ¡allá va!: que usted suele hurtar libros. ¿Habrá embusteros...?

—No, embusteros no —repuso el docto valenciano, sonriendo tranquilamente y sorbiendo una dedada de los polvos—. Te han dicho la verdad; pecado mío es ése, y a fe que lo cometo con alguna frecuencia.

—¡Cómo!... Pero ¿es verdad? ¿Usted se apodera de libros ajenos...?

—Escucha —interrumpió Orchell, poniéndose serio—. Lo que no han podido decirte es cuándo y cómo hurto yo libros, ni qué libros hurto. Vas a saber las reglas a que sujeto mis rapiñas... ¡Así: mis rapiñas! Son reglas conjuntivas, y no disyuntivas; de tal manera, que si alguna de las preestablecidas circunstancias no concurre con todas las demás, el hurto no pasa de ser un mero pensamiento pecaminoso. Esas circunstancias son las siguientes:

1.ª Que el libro no esté venal en las librerías; porque si lo estuviere, yo debo rascarme el bolsillo y comprarlo.

2.ª Que quien lo posee no sea capaz de ven-

dérmelo, de regalármelo, ni aun de prestármelo. En otro caso, debo comprarlo o pedirlo.

3.ª Que la posesión del tal libro me sea útil, por tratar éste de mis estudios predilectos.

4.ª Que quien lo posee no pueda o no quiera utilizarlo y no saque de él más partido que el que sacan los eunucos de las esclavas del serrallo.

Y 5.ª ¿No te figuras cuál es la quinta y última regla?

—No me lo figuro, querido maestro —respondió García Blanco.

—Te creía más listo —dijo Orchell, sonriendo nuevamente. Y añadió:— La quinta y última regla es... que haya ocasión propicia para hurtar el curioso y codiciado libro. Porque habiéndola y concurriendo las otras cuatro circunstancias, ¡es probado!: o el libro llega a ser mío, o perderé el buen nombre que tengo. Cosa *nullius* me parece el empecatado volumen, y procuro ser el primer ocupante.

Absorto se quedó García Blanco al escuchar tan espontáneas e inesperadas manifestaciones, y no sé a punto fijo lo que respondería al doctor Orchell.

De mí sé decir que si yo fuera eclesiástico y hubiera oído en confesión al insigne hebraísta, habría echado mano de la hermenéutica teológica de manga más ancha, para decir al penitente:

—Reza un padrenuestro, y *ego te absolvo a peccatis tuis*.

V

LOS CONSEJOS DEL PADRE MORILLO

Siempre que, revolviendo mis libros, veo uno de mis ejemplares del *Quijote,* el de la simpática edición sevillana de Moyano (1854-55), me acude a la memoria el melancólico recuerdo de mis primeros tiempos de estudiante y, juntamente, el del eclesiástico don Miguel Morillo, hombre virtuoso y de gran saber, a quien, como al ínclito hidalgo de la Mancha, "del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro, de manera, que vino a perder el juicio".

Por los años de 1864 tenía yo nueve de edad y comenzaba a declinar el *musa, musae* y el *quis vel qui* en las espaciosas aulas de la antigua Universidad de Osuna, cuyo vetusto y majestuoso edificio señorial de cuatro torres ocupaba a la sazón el Instituto local de segunda enseñanza. Todas las mañanas, que lloviese o ventease, subía yo tempranito a aquellas alturas, embozado en mi capotilla azul mientras duraba el frío, y con

mis libros debajo del brazo; por más señas, que los días de solano recio, al llegar al callejón que dicen *de los seminarios* (porque así llamaban en lo antiguo a los seminaristas del Colegio del *Corpus Christi,* edificio contiguo al de la Universidad), solía yo esperar a que amainasen un poco las furiosas bocanadas del viento, porque más de una vez me había derribado al pasar por el callejón. Era yo entonces un hombrecito *de muy poco peso.*

Por aquel tiempo una de las muy contadas preocupaciones de los que en Osuna cursábamos nuestros estudios, era *el padre Morillo.* "¿Has visto al padre Morillo?" "¿Estará en su casa el padre Morillo?" "¿Por qué no le preguntas eso al padre Morillo?" Esto se oía a cada momento entre la bulliciosa muchedumbre estudiantil, a la puerta y en los claustros del amplio edificio de los Girones. Y no era raro escuchar a algún estudiante de segundo año de Latín: "El padre Morillo sabe más latín que Raimundo Miguel". O a uno de Retórica: "Coll y Vehí es un niño de teta, puesto en comparación con el padre Morillo." Porque el buen eclesiástico, que, a causa de su manía misantrópica, habitaba solo como un hongo en el ya ruinoso Seminario y se mantenía pobrísimamente de una rentilla ruin y de unas limosnas, era, a temporadas (cuando estaba comunicable), el confidente y archimaestro de cuantos escolares lograban echarle la vista encima, y a dos por tres, con maravillosa facilidad, desata-

ba las dudas que se ofrecían a los jóvenes estudiosos. Así, verbigracia, si había de observarse un eclipse de sol, algunos de los que estudiaban Geografía platicaban acerca de él con el padre Morillo. Y se dió el caso de que al ocurrir tal fenómeno astronómico, el más torpe de sus oyentes supiese de esto mucho más que el profesor que explicaba la asignatura; bien que el bueno de don Manuel Rodríguez, médico romancista a secas, solía hacerse un lío con la esfera armilar, acabadita de adquirir para su clase, y prefería explicar sus tres ochavos de Geografía astronómica apretando y mostrando los puños, y diciendo del uno: "Ésta es la Tierra", y del otro, "Ésta es la Luna", y encomendando el papel de Sol, ya que no tenía tres puños, al conventual y enorme tintero de jaspe encarnado que sobre la mesa estaba, quieto e inmoble como el Sol mismo.

Solo como un hongo dije que habitaba el padre Morillo, y no dije bien, porque, a la verdad, vivía muy acompañado. A vueltas de tres animales que había llevado a su morada, conviene a saber: un gran gato romano, un canario belga y un corpulento gallo cochinchino, tenía en ella, ciertamente muy contra su gusto, hasta un centenar de ratas; tantas, que todos los venenos y artilugios del mundo no bastaban a dar fin de ellas; y tan feroces, que el gatazo, con ser más valiente que Roldán, había cogido miedo a sus enemigas, y con frecuencia escurría el bulto hacia los tejados, por quitarse de riesgos.

Pronto tuve yo ocasión de trabar conocimiento y amistad con el padre Morillo, que era (me parece que le estoy viendo) alto de estatura, muy enjuto de carnes, de cara aguileña, con ojos negros, pequeños y muy vivos, cetrino de color, y de hasta cincuenta años; y aun le caí en gracia, por ser yo el más joven y el menos medrado de cuantos alumnos subían al estudio. Más todavía: alguna vez me permitió entrar en su casa, franqueza que usaba con muy pocos, y me prestó tal cual de los muchos y buenos libros de que era dueño y que custodiaba en su rara librería, tan singular, que no habrá habido en el mundo otra como ella; porque es de advertir que nuestro don Miguel, para preservar sus libros de las rateras mandíbulas, los tenía depositados en cinco grandes tinajas de bodega, empotradas en el suelo, y a cuyo interior bajaba por escalera de listones y con candil cortijero, en busca de los libros que había menester, sacados los cuales, Dios sabe con cuánta dificultad, volvía a cubrir sus tinajas con grandes y pesadas tapaderas de encina. Para entenderse y topar en cada caso con el libro que buscaba había formado su catálogo por autores. Yo lo vi alguna vez, y recuerdo, me parece que a la letra, uno de sus asientos, que decía así: "El doctor Laguna. Traducción y comento del Dioscórides. Tinaja 5.ª, junto a los tomos de Moreri."

Pero estoy echando de ver, lector benévolo, que he ido alargando mucho mi relato y que a estas horas, si hablé del padre Morillo, aquel loco

pacífico y agradable casi siempre, amigo y maestro de los estudiantes, no he insinuado ni palabra de sus consejos, a que me referí en el epígrafe de esta quisicosa. Todo se andará, y ya, cabalmente, íbamos a llegar a este punto, pues quería decirte que, como conversando a la puerta de su casa una mañana de buen sol de invierno, don Miguel me preguntase qué carrera pensaba estudiar, y yo le respondiese que aún no lo tenía resuelto con mi padre, prosiguió nuestro diálogo en estos términos:

—¿Es rico tu padre?

—No, señor.

—¿Tienes padrino?

—Tengo dos padrinos, por falta de uno: el del bautismo y el de la confirmación.

—No te pregunto por esos padrinos. Decía si tienes en tu familia, o fuera de ella, personas de viso y de campanillas, que, llegado el caso, te protejan y aúpen, para que seas algo en el mundo.

—¡No tengo, don Miguel; no tengo quien haga nada de eso por mí!

—Pues si no tienes, voy a darte un buen consejo. ¡No estudies! Y te digo que no estudies, porque perderás el tiempo, y si te aprietas mucho, la salud. "El que no tiene padrinos, no se bautiza" —dice el refrán—. El que no tiene padrinos no llega a ninguna parte, trabaje o no. ¡Lo que me ha sucedido a mí! ¡Mírate en este espejo!

Y mientras yo, mirándome en aquel espejo, contemplaba al buen don Miguel envuelto en una

sotana raída y a trechos rota, y cubierto con un bonetillo más blanco que negro, porque lucía más el cartón de su armadura que la tela de su revestimiento, él prosiguió de esta manera:

—¿Qué puede conseguir un pobre si le falta protección? Sabido es, y lo dijo Cervantes, que "quien es pobre no tiene cosa buena". ¡Libros, libros...! ¿De qué sirven méritos donde impera la injusticia? ¿Cuándo el favor no se le rió en las barbas al merecimiento? Y ríete, tú también, de la conformidad que con verse postergados aparentaron nuestros hombres más eminentes. El autor de *La Araucana* escribió

"Que las honras consisten, no en tenerlas,
Sino en sólo arribar a merecerlas",

y el autor del *Quijote* intentaba divertir su hambre sosteniendo

"Que tal vez suele un venturoso estado,
Cuando le niega sin razón la suerte,
Honrar más merecido que alcanzado".

Esto decían, sí; pero otra les andaba por dentro; pues lo que más importa es que cada cual logre y disfrute el premio que mereció, y no se lo lleve otro con sus manos lavadas y su poca vergüenza. Tú no sabes estas cosas tan claras, porque todavía eres muchacho. Pues apréndelas, hijo; que bien te han de servir para rodar por el mundo, y, de camino, aprende una coplilla, por si, al cabo, sueltas los libros y te da la vena por divertirte cantando a la guitarra:

"Logra el tonto por influjo,
Lo que al sabio no le dan;
Que premios y buenas mozas
Siempre se reparten mal".

Con estas palabras el padre Morillo echó un jarro de agua fría sobre mis ilusiones infantiles. ¿Qué sería de mí, en realidad, andando el tiempo, cuando me encontrara en el mundo tan pobre como sus ratas y solo como la una del día? Y este triste pensamiento solía velarme las letras de mis libros de estudio, porque me sacaba las lágrimas a los ojos.

Pero cátate aquí, lector, que una tarde, pocas semanas después, nuestro padre Morillo, a quien por enfermo de la cabeza sucedía lo que de ordinario sucede a los ancianos caducos, que se acuerdan muy bien de todo lo remoto y muy mal de todo lo cercano, volvió a preguntarme:

—Oye, ¿tu padre es rico?

Y entablamos nueva plática sobre el mismo asunto de la otra vez. Mas yo, viendo que don Miguel no se acordaba de nuestra conversación de algunos días antes, quise saber qué me aconsejaría para el caso de tener padrinos que hicieran y acontecieran en mi favor, y le dije que, aunque mi padre era pobre, yo tenía, gracias a Dios, aldabas tan buenas a que agarrarme, que si me dedicaba a la Iglesia, no había de parar hasta llegar a obispo; y si me arrimaba al Foro, podía hacer cuenta de que ya me veía en el copete: ministro o poco menos.

Y oído esto, el padre Morillo me dijo:

—Muy de corazón me alegraré de que tan bien te suceda. Y siendo así, voy a darte un buen consejo: ¡No estudies! ¡Maldita la falta que le hace el estudio a quien tiene buenas aldabas!

....

Tres o cuatro años después de estas pláticas murió don Miguel, tan sabio, tan loco y tan pobre como había vivido, y al venderse sus libros, yo compré el ejemplar de la edición sevillana del *Quijote*. Y recuerdo que, caminando hacia mi casa, muy contento de mi compra, porque ya podría leer a todo mi sabor, en libro mío, la gran novela cervantina, iba por la calle hojeando su tomo segundo, y lo primero que, al acaso, me saltó a la vista fué esta sentencia del capítulo quinto: "Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen..."

Razón tenía, pues, el padre Morillo, aun estando loco. Váyase por los muchos cuerdos que suelen no tener razón.

VI

UN COTARRO TAURINO

Después de dos años de clausura y de algunas semanas de reparos y reformas, iba nuevamente a abrir sus puertas, acicalada como vieja verde, aquella casita *esangelá* en que sucesivamente se habían arruinado un librero alemán, un óptico francés y un camisero español. Así y todo, el sitio era el mejor de Sevilla, la calle de las Sierpes, frontero del Café Universal, de felicísima recordación para los que frecuentábamos las aulas universitarias hispalenses por los años de 1874 a 1880.

—¿Quién querrá naufragar a costa de su dinero? —se preguntaban cuantos, al pasar por allí, brujuleaban al través del cañizo de la valla el trajín afanoso en que a un tiempo andaban engolfados albañiles y marmolistas, carpinteros y pintores—. Yo no me preguntaba tal cosa, porque estaba en el secreto. El que corría peligro de naufragar era el hombre de las *pes,* Pepe Pardo, un

paisano mío, mi condiscípulo en la escuela de primeras letras, únicas que cursó, porque, sentando muy luego plaza de hortera, corrió mundo, midió y pesó corto, sumó y cobró largo, y en tres periquetes juntó dinero, cosa que yo no estaba ni en camino de lograr con mi abogacía, y mucho menos con mi literatura.

Pardo, que acababa de llegar de Valencia, en donde con cuatro maritatas había hecho milagros a medias con un su consocio, separóse de él y tomó, para establecerse solo, la casita de marras. Había oído hablar de su *mala sombra;* pero aun de ella sacó buen partido, pues logró el alquiler por una friolera, y, amén de esto, fueron de cuenta del propietario todas las reformas y gollerías que el nuevo inquilino tuvo a bien pedir. Y, terminadas las obras, comenzó a desencajonar lindas chilindrinas y gentiles cachivaches; *carijas,* que no *baratijas*: preciosidades, en suma, tan vistosas como inútiles, de esas que valen poco, pero cuestan un ojo de la cara. "¡Todo *fantasía!* —como el mismo Pardo me decía riendo—. ¡Carrera, ésta, y no la tuya! —agregaba—. Tú abogarás y escribirás para los discretos, que son muy contados, mientras que yo traigo estas relumbrantes fruslerías para los tontos, y especialmente para las tontas, que son infinitas."

Mi paisano inauguró su establecimiento con bombo y platillos una agradable noche de fines de marzo. Aquello era un ascua de oro. ¡Qué rebrillar el de las luces sobre tantas y tantas na-

derías, doradas aquí, nacaradas allá, transparentes acullá, y allá y aquí y por todas partes, de cien colores y matices diversos, que no parecía sino que el iris, hecho mil pedazos, se hubiese desparramado por aquellos lujosos anaqueles y mostradores! Pero donde Pardo derrochó toda su grande habilidad en el arte de manejar los espejuelos para cazar alondras con faldas fué en el magnífico escaparate. ¡Aquello era una tentación! Viéndolo, como él decía, justamente ufano de su obra, había que pararse; y parándose, había que entrar; y entrando, era menester escoger algo; y escogiéndolo, era inevitable aflojar la mosca.

Con todo esto, Pardo había echado la cuenta sin la huéspeda, y cuando lo advirtió, que fué no más tarde que a la siguiente del *exitazo*, se quedó frío. Porque no bien había mediado la dicha tarde, cuando comenzó a hacer alto ante el escaparate famoso, no ya de cara, sino de espaldas a él, una nube de toreros y toreretes cuellientonados, tallicortos, zanquilargos y nalguiceñidos, a quienes maldito lo que importaba toda aquella *bibelotería* en que fiaba Pardo sus futuras medras.

¿Qué venía a ser aquello? ¿Qué plaga tan mala y peor que las de Egipto mandaba Dios a mi paisano, quizá en castigo de las nada limpias cuentecillas de otros tiempos? ¿Sería casual, o, a lo menos, pasajera, aquella tertulia al aire libre? Porque si era permanente, ¡adiós negocio! ¿Quién había de pararse a curiosear ante el eclipsado es-

caparate, ni qué señoras habían de entrar a comprar pasando por junto a aquellos hombres de coleta, los más jóvenes de los cuales solían decir a toda criatura con enaguas, guapa o fea, piropos capaces de arrebolar la cara al giraldillo de la Catedral?

Y mientras esto pensaba Pardo, los toreretes, apiñados allí en número de ocho o diez, semejaban, por el ruido que metían charlando todos a un tiempo, jabardillo recién salido al aire. Cuando *deliberaban* juntos, trataban ¡claro está! *de re taurina,* y mentían más que cazadores, inventando y atribuyéndose cada cual hazañas buenas para dejar tamañito a Hércules, el que estranguló con solas sus manos al famoso león de Nemea y se vistió su piel, más por donaire que por jactancia. ¡Aquello que había hecho *Currirri* cuando inventó el *pase de espaldas* en la novillada de Benacazón...! ¡Pues no, que la *barbariá* que había *jecutao Escarabajito* (el que lo contaba) comiéndose un toro vivo en la plaza de Pueblo Nuevo del Terrible...! Y después de conminar todos con banderillas y estocadas *de buten,* no digo yo al signo Tauro, por llamarse así, sino al Zodíaco entero, el que parecía algo presidente de aquella asamblea, y a quien apodaban *Bisteles* porque en los cafés, como en desquite de pretéritas hambres, no pedía otra cosa que carne asada, resumía los debates, diciendo:

—¡Pa toreros, acá: no hay que daye güertas! Y si no juera porque los miúras —¡Largarto!

¡Largarto!— son mu retecondenaos y esacreítan ar lusero del arba...

Y todos, rápidamente, meneaban desemblantados la mano izquierda, haciendo con los dedos índice y meñique un signo demasiado tauromáquico, y exclamaban:

—¡Largarto! ¡Largarto!

Otras veces aquel congreso trabajaba en secciones: dividíase en grupillos de a dos o tres y charlaban, cuál de aventuras amorosas con princesas de Caramán-Chimay, cuál de parientes pobres a quienes protegía (porque —bromas aparte— eso sí: el corazón del torero es buenísimo), y cuál de lo mal pagados que estaban sus arrojos, cuando *cuarquiera cantaorsiyo* de ópera ganaba mucho más, sin peligro *nenguno*.

Y a vueltas de estos debates, tosían, y escupían, y tiraban los remascados chicotes para encender otros, y ponían el suelo hecho un asco; y cuando unos toreros se iban, otros llegaban de refresco, como si tuviesen turnos establecidos, hasta las once de la noche.

Pardo estaba inconsolable, y aún más se afligió cuando, al inquirir entre los vecinos, supo que la empecatada tertulia tenía asentados allí sus reales desde tiempo inmemorial, sin faltar sino mientras la ahuyentaron lo saliente de la valla y el polvo de las obras. Y ¿qué hacer en este apuro? ¿Lanzarlos por medio de una queja dada a las autoridades...? ¡Todo menos caer en desgracia con aquella gente que tanta mano tenía! ¿Rogar-

les que se fueran a otro lado...? No harían caso alguno, porque *la calle es del Rey.* ¡Oh, si él pudiese echarles un miúra de aquellos cuyo solo nombre les daba escalofríos...!

En esta angustiosa perplejidad encontré a mi paisano cuando, tres o cuatro días después de abierta la tienda, fuí a preguntarle qué tal iba su negocio. Contóme sus cuitas: allí estaba, en efecto, *el cotarro taurino,* que así le llamaba Pardo por no hallarle nombre peor; allí estaban todos, chupeteando sus chicotes y contando sus *infundios.*

—Pero ¿no se te ocurre ningún medio para zapear a esa gente? —le pregunté.

—¡Ninguno! —respondió con desaliento.

—Pues, hombre —añadí—, ¡si eso es facilísimo! En poca agua te ahogas. Mañana mismo los echaremos. No me preguntes cómo: ¡Ya lo verás!

Y a la tarde siguiente lo vimos: lo vimos, porque yo fuí a recrearme en mi obra. Manipulado lo poco que fué menester, pusímonos en acecho junto a la puerta interior del muestrario.

A eso de las cinco llegaron los dos más madrugadores, *Chicharito* y *Lentejita II,* y se plantaron de espaldas al escaparate. Poco después arribaron, uno tras otro, *Pulguita* y *Camaroncito;* que todo era diminuto, y diminutivo además, en la desmedrada torería de aquel entonces. Tampoco pasó nada. Al cabo de un ratejo llegó *Lertura,* un banderillero a quien llamaban así (*Lectura*) porque presumía de *leío* y *escrebío,* y, por lo pronto,

se puso a escuchar lo que contaban de cierta contrata para Méjico, por supuesto, sin miúras; mas de allí a poco, algo hubo de llamarle la atención en el escaparate, porque miró con fijeza, entornando un tanto los ojos y poniendo sobre ellos una mano a modo de visera. De pronto exclamó:

—¡Cabayeros, bámonos de aquí, yaíta mesmo, a la Gran Bretaña! ¡Marditos sean los reaños der mengue!

—Pero ¿qué pasa? *Lertura,* ¿qué bicho te ha picao? —preguntáronle sus camaradas con extrañeza.

—Pos ¿no bes esos letreros, home?

Y señaló al escaparate.

Entonces, mascujando y como Dios les dió a entender, silabearon lo que *Lertura* había leído y exclamaron poco menos que a coro:

—¡Mos tenemos que dí de gorpe y sumbío! ¡Pero que es ya! ¡Mala oya sin tosino coma e por bía er siyetero tío e la tienda!

Y se largaron para no volver.

El *milagro* se había conseguido con casi nada: con solo repartir en el escaparate algunos *artículos de viaje* y poner acá y allá unas anchas tiras de cartulina con letras bien negras y bien gordas que decían:

"¡MALETAS!"

VII

SIN PALO NI PIEDRA

De las felices ocurrencias de fray Ceferino, cardenal González, arzobispo de Sevilla, se podría escribir un libro tan abultado como la mayor de sus obras filosóficas. No le pidieran que entendiese con cuidadosa atención en cosas de dinero, porque el tratar de ochavos le repugnaba, y así, dejaba hacer a los demás, encargándoles las conciencias en cuanto a la buena administración; pero en lo tocante a la de justicia, siempre estaba ojo avizor sobre ella, y aun tal cual vez, particularmente en el ramo *de honestate clericorum,* administrábala por sí, a la chita callando, sin forma de procedimiento, con lo cual dos ventajas solían lograrse: que fuesen radicales las curas y que nadie se percatase de ellas, ni aun de los males que las habían hecho necesarias. Voy a referir ligeramente una de aquellas justicias.

Una tarde de invierno preguntó fray Ceferino a su joven médico y mi buen amigo Serrano Se-

llés, malogrado pocos años después que su insigne cliente:

—Emilito, ¿tienes tú sombrero de ala ancha, de esos que usa la gente del bronce?

Serrano Sellés le respondió afirmativamente, extrañándose para sus adentros de tan rara pregunta, aunque no tanto como de estas palabras que la siguieron:

—Pues ven por aquí esta noche con tu capa y tu sombrero aliancho, a la hora en que dejamos el tresillo, y me acompañarás a una diligencia muy reservada. Te espero, y callar y andar.

Serrano Sellés cumplió el encargo, y, acabado el juego e idos los que jugaban con el Cardenal (que, por señas, era fullerillo), éste dejó solo al médico un breve rato, y reapareció, pero ¡cómo...! Parecía un terne de San Bernardo o de la Macarena, y, a la verdad, Emilito se vió y se deseó para contener la risa ante espectáculo tan insólito como el de un Cardenal de la Santa Romana Iglesia disfrazado con capa torera y sombrero cordobés.

—Emilito, ¿qué te parezco? —preguntó festivamente fray Ceferino. Y añadió, agriando el gesto: —Pues cosas como ésta suceden en el mundo: como ésta y como la que vamos a ver de aquí a media hora. Callar y andemos.

Y, pasados unos corredores, bajada una escalera de caracol, cruzado un patio con árboles y abierto y vuelto a cerrar por el médico, con la llave que le dió su eminentísimo acompañado,

el postigo de un gran portón, se encontraron en la calle.

Estaba la noche serena y fría. La clarísima luna de enero, celebrada en refranes como aquel que dice: "Luna, la de enero, y amor, el primero", iba tan baja, que sólo inundaba en su blanca luz el tercio más alto de las torres y los tejados de tal cual edificio, bañando, como de recudida, en suave claridad las estrechas y tortuosas calles por donde nuestros improvisados rondadores caminaban a buen paso y sin hablar palabra. En llegando a cierto sitio, el Cardenal preguntó a su médico si era aquella la plazuela de..., y como fuese afirmativa la respuesta, anduvieron algunos pasos más y paráronse a la entrada de una calleja inmediata, al pie de una tapia y junto a la puerta de un jardinillo.

No habrían pasado tres credos, cuando se escuchó en él un leve rumor, abrióse la puerta y asomó por ella un embozado: a la cuenta, otro macareno fingido; y acercándosele súbitamente fray Ceferino, díjole a media voz, sin darle tiempo para reponerse de la sorpresa:

—Soy el Cardenal, y le espero a comer mañana. No falte usted, que a los dos nos importa.

Y dejándole hecho una estatua, volvió la espalda con su acompañante y se encaminó hacia el palacio.

Serrano Sellés iba haciéndose cruces de admirado y tenía unas muy gentiles ganas de saber quién fuese *el embozado tercero* de aquella

comedia de capa sin espada; pero no se atrevió a preguntarlo a fray Ceferino, el cual no articuló palabra en todo el retorno. Pero al llegar a palacio, luego que el médico abrió el postigo y se despidió del Cardenal, devolviéndole la llave, éste le dijo afectuosamente, mientras le daba a besar la mano:

—Adiós, Emilito. ¡Mira por dónde hemos echado una cana al aire, como dos jaques trianeros! Vente a comer mañana, y... lo dicho: callar y andar.

....

Fray Ceferino comía a las tres en punto. Sota, caballo y rey, cuando no tenía convidados, y alguna cosilla más cuando los tenía. Mesa de hombre frugal, que come para vivir, y no vive para comer.

Nuestro médico llegó a palacio diez minutos antes de las tres; pisándole los talones, como dicen, el Deán de la Catedral, y momentos después, otros amigos del insigne filósofo y prelado. Sonaron las tres, y, pasados cinco minutos, el Cardenal, que departía afablemente con todos, dijo:

—Un convidado nos falta: un beneficiadito que fío en Dios que ha de dar gran lustre con sus sermones a la Santa Iglesia de Sevilla.

No había acabado de decir estas palabras, cuando entró en la sala el esperado comensal. Su turbación era bien visible: saludó a tropezo-

nes, medio articuló una disculpa por su tardanza y pasaron todos al amplio comedor.

Hablóse de cien cosas diversas, y de una en otra, ya mediada la comida, vino a recaer la conversación sobre el arte de predicar. ¡Aquí la quería fray Ceferino! Porque luego al punto hízose caluroso apologista de *fray Ejemplo,* el mejor de los predicadores habidos y por haber, y, al enderezar su reposada plática, como por fineza, al que, por no saber su nombre, llamaremos el Beneficiado, no sólo le dijo, disimuladamente y generalizando, cuanto venía a cuento, sino que, además, le fué constriñendo a suscribir expresamente a cuanto manifestaba. Así, para el disfrazado tenorio de la noche anterior cada bocado era un nudo de maroma, y, yéndosele un color y viniéndosele otro, pasó en un brete toda la comida, renegando para su sotana de cuantas mujeres ligeras de cascos trajo el demonio al mundo y de la perra hora en que él entró por uvas, y haciendo, a la par, firme propósito de no volver a las andadas, ni con la malcasadita de la calleja, ni con ninguna otra hija de madre, así fuera la diosa Venus en persona.

Se acabó, al fin, aquella perdurable comida, y poco después el Beneficiado, aún no muy dueño de sí, despidióse del Cardenal. Éste le dijo con tono afectuoso:

—Al mal comer llamaban comúnmente nuestro abuelos "hacer penitencia". ¡Buena penitencia ha hecho usted hoy comiendo en mi casa!

Que le sirva de provecho para el alma, ya que no para el cuerpo, y no se habrá perdido todo.

¿Qué iría pensando el Beneficiadito al bajar por la ancha escalera del palacio? Probablemente lo mismo que pensaba Serrano Sellés: "¡El padre Ceferino, como Dios, sabe castigar sin palo ni piedra!"

VIII

¡CHÁ... CHARA!

Aquel día, en vez de estudiar su lección de Física, Juanito se fué al arroyo cercano a coger ranas. Cabalmente las habría menester el Catedrático si quisiese repetir el curioso experimento de galvanismo que poco antes cautivó la atención de los alumnos. Pero el Catedrático no quería tal cosa por entonces, sino lecciones sabidas de coro, y como Juanito, sobre que no las había ni saludado, se insolentó con su profesor, encerráronle en aquella abominable *carbonera,* cárcel de la antigua Universidad de Osuna, cuyo edificio ocupaba a la sazón el Instituto de segunda enseñanza.

Asomado estaba nuestro mozo, resignadamente, a la reja de su encierro, que da a la plazoleta del ex seminario del *Corpus Christi,* cuando, cansado de subir cuestas, llegóse a la tal ventana Bautistilla, condiscípulo de Juanito, y, como él, zagalón de hasta diez y siete años; pero, a dife-

rencia de él, más pobre que las ratas. Porque Juanito, que era hijo del mejor abogado del pueblo, y, entre lo recibido y lo gentilmente garbeado, siempre tenía pesetillas que gastar, no carecía ni de buen tabaco del de las latas de a doce reales, ni de los vistosos puros peninsulares de a tres y aun de a cinco cuartos, ni aun de la recia y amplia petaca ubriqueña, en donde lo entero y lo picado se alojaban en amoroso consorcio, para deleite del dueño y de los amigos gorrones, que Juanito los tenía, que eran legión, como dicen ahora.

Por hacerle llevadero su arresto, o, lo que más creo, por regalarse el paladar con un cigarrillo *de Valdivia,* Bautista, poniendo triste la cara, llegóse a la reja y entabló con el recluso el siguiente diálogo:

—¡Por víncheles, Juanito! ¡Y yo que no lo sabía...! Si yo pudiera meterme ahí por ti, ¡ahora mismo! ¡Pero que era ya! Y ¿qué ha sido eso, hombre? Yo hice hoy rabona.

—¿Qué quieres?... Percances, Bautista, percances. ¡Y tó por no saberme una puñalera lección! En cambio, le llevé a don Antonio las seis ranas más hermosas que él había visto en su silletera vida. ¡Ahí tienes! Y es que como ya no es médico de mi casa, desde que mató a mi tío (porque la verdad es que lo mató y lo remató él), me ha tomado tirria y quisiera verme en la boca de un cañón.

—Pues yo —dijo Bautistilla, "alzando", vamos al decir, "el corvo alfanje damasquino"—, vengo

de avisar en tu casa. Por Eduardo supe que estabas en chirona. Por más cierto, que al decírmelo me pidió tabaco, y se llevó uno de los dos pitillos que me quedaban de los seis que me diste anoche; y como yo me fumé el otro... ¿Tienes?

—¡Toma, Bautistilla, toma, y lía un cigarro gordo!

Bautista, volviendo las espaldas a su interlocutor, como para evitar que el viento se llevara el tabaco, se echó un poco en la palma de la mano izquierda, y pasando su contenido disimuladamente a un bolsillo del chaleco, volvió a echar, como si tal cosa. Luego cortó papel y empezó a liar un cigarro como una tranca. Pero antes, cerrando la petaca para devolverla, contemplóla con ojos ansiosos y dijo suspirando:

—¡Toma, hombre, que eres el hijo de la suerte! ¿Cuándo en mi arrastrada vida tendré yo una petaca como ésta? ¡Verdad es que ni mala la tengo! Ya se ve: ¡soy tan pobre!...

Y volvió a suspirar pensando en la petaca, como quien piensa en hijo embarcado para las Indias.

En los negros ojos de Juanito centelleó una mirada diabólica, y una picaresca sonrisa entreabrió sus gruesos labios, en tanto que Bautista, acabando de liar su pitillo, le preguntaba:

—Oye, ¿tú tienes mistos? ¡Porque yo, hijo mío, ni eso!

—Toma, y quédate con la cajilla; que yo tengo otra. Así no tendrás que pedir más que papel,

porque lo que es tabaco, ya llevas para el día. ¡Bien te despachaste, camará!

—¿Yo?...

—Sí, tú. Pero dime: ¿tanto te gusta a ti mi petaca?

—Tanto me gusta —dijo Bautistilla riéndose y dejando ver su caja de dientes, blanca y recia como la de un mastín—, tanto me gusta, chiquillo, que me dejaría dar dos *bujíos* apretaos por tenerla y lucirla. ¡Aunque no tuviera ná que echar en ella: pa que veas tú!

—Pues mira, con poco vas a quitarte el amargor de la boca. Atiende. A mí me soltarán a las cuatro. Voy y como. Al oscurecer, me pongo a pelar la pava. ¿Tú sabes con quién?

—¡Vaya si lo sé, chiquillo! Con una jembra toavía más bonita que la petaca; ¡mira si es ponderación! Con Luisa la del escribano. ¡Jujujuy...!

Y después de chupar nerviosamente el pitillo y de echar una gran bocanada de humo para más encarecer la belleza de la novia de Juanito, sacudió la mano derecha dos o tres veces, como quien se quema, haciendo castañetear los dedos.

—Pues oye —dijo Juanito—. Si tan de verdad quieres tú mi petaca, tuya será, con tal que te prestes a hacer lo que yo te encargue. Yo le he dicho a mi novia que soy muy valiente. Tú te llegas luego, cuando yo esté junto a la ventana, y me dices con coraje, lo mismo que si hubiéramos andado de riña: "¡Aquí me tienes! ¡Lo que

había de ser luego, ahora!" Y yo te digo: "¡Ahora y siempre; aquí y en toas partes!" Y tú me dices, echando chispas por los ojos: "¡Eso, lo veremos!" Y yo te digo: "¡Ya mismito!" Entonces mi novia se echará a llorar y me dirá: "¡Hombre, por Dios, no te comprometas! ¡Si ya sé lo valiente que tú eres!" Y yo le diré, echándome a reir: "¡Chiquilla, no seas tonta! ¡Doce como éste necesito yo para merendar!" Cuando yo diga esto, ¿te enteras?, tú te acercas más y me dices: "¿Doce...? ¡Ni medio!" Y levantas la mano como para pegarme una guantá, pero no me la pegas. ¡Ten cuidado, y no me la pegues! ¿Estamos? Yo, entonces, con esta mano te cojo por la solapa y te zamarreo, y con ésta te doy un bofetón, flojito; ¿oyes? flojito. Y tú te echas a llorar, y te vas, y yo escupo al suelo, como despreciándote... Y después, cuando yo acabe de hablar con mi novia, te doy la petaca, con los puros y todo, y ya es tuya para ciento y un años.

Al principio negóse Bautista a representar tan ridículo papel, pues era mozo que iba para muy hombre; negóse luego solamente a recibir la bofetada; regateó, al fin, la fuerza con que hubiese de dársela Juanito, y hasta puso en tela de juicio la seguridad de que éste cumpliera su oferta nada generosa. Juanito, diablo tentador, sacó y le mostró la petaca dos veces. Bautista la tomó en sus manos otras tantas, la contempló así cerrada como abierta, examinó uno por uno los tres puros que hundían sus puntas en lo picado, y, devol-

viéndosela, dijo a media voz, no sin suspirar de nuevo:

—¡Trato hecho! Pero, hombre, no aprietes, y dame el metío en este lao, porque en el otro me duele a rabiar una muela, y tengo puesta una pasa en la encía.

En esto, por el arquillo del Seminario asomaba el padre del recluso, don Juan en persona, quien, con sus narices hinchadas, iba a preguntar al Director del Instituto cómo se había atrevido a encarcelar a la flor y nata de los estudiantes.

—¡Justo! —iba diciendo para sus adentros—. ¡Detención arbitraria! ¡Si esto es cosa penable...!

Y tosía fuerte, como hombre que sabe su derecho.

....

Más lozana y más bonita que una rosa de abril, Luisa, con su tez trigueña, cubierta de pelusilla suave cual la del melocotón maduro, con su abundante mata de pelo como la endrina y con aquellos ojos

"Como aceitunillas negras
De olivaritos gordales",

en donde muy a flor se columbraban el sentir, el pensar y el querer de una sana muchachota andaluza, casi árabe, de diez y seis años, escuchaba en la reja, entre indignada y enternecida, el pintoresco relato de aquella odiosa prisión padecida por el más valiente y jacarandoso de cuantos estudiantes de Física había habido en

el mundo, de Arquímedes acá. Pero lo peor de todo, parecíale a ella, era el haber tirado de las barbazas al Catedrático, aunque, si bien se miraba, tampoco era grano de anís aquello otro de untarle las orejas con saliva, en son de reto.

—¡Hombre, por Dios, ten juicio! —le rogaba Luisa, cruzando aquellas lindas manos regordetillas—. En una de estas valentías me quedo sin ti, y ¿qué será de mí entonces?

Y la muchacha se echó a llorar, encogido el corazón; que así es de tierno y sensible el amor primero.

La casa de Luisa, en la calle de San Pedro, hacía esquina a la que llaman de la Alameda; y asomando por ésta el codicioso Bautistilla, retúvose al ver a los amantes, escuchó las ternezas de la joven, pusiéronsele los dientes tan largos como si hubiera comido naranjas agrias y estuvo a un jeme de renunciar a su desairado papel de pasillo cómico. ¡Qué vergüenza! ¡Aparentar que era cobarde delante de una criatura tan linda! ¡Y todo, por una petaca! Titubeó un rato, pero, al fin, pobreza fué vileza, y, ya resuelto, acercóse a Juanito.

Se representó la farsa. Luisa, muy afligida, lloraba como una Magdalena y pedía por Dios vivo a aquel Ricardo Corazón de León que no se comprometiera. Y poco después, ¡plaf! sonó la bofetada convenida tres horas antes.

Bautista se retiró llorando, más que de otra cosa, de rabia y de bochorno, y se escondió de-

trás de la esquina, no sabía él mismo si a esperar la paga o a cosa peor. Entretanto, Juanito, tranquilizando a su novia, asombrada de tal guapeza, decíale:

—¡Cuando yo te aseguro, chiquilla, que a mí no hay hombre que *me se* ponga delante...! Pues ¡bonito soy yo para aguantarle ancas a ninguno! ¡Ejem...!

Y tosía, como pidiendo gente, mientras que en el balcón de la casa de al lado una codorniz cantaba, burlándose de aquel Tablante de Ricamonte:

—¡Chá... chara! ¡Chá... chara! ¡Chá... chara!

Engrióse Juanito, mintiendo proezas; embebecióse Luisa escuchándole, y a Bautistilla, que, para que todo se le antojara negro, había recibido el bofetón sobre la encía de la pasa, se le acababa el aguante. Así, primero a media voz, y después con descaro y a voz en grito, exclamaba, asomándose a la esquina y poniéndose entrambas manos, abocinadamente, a los lados de la boca:

—¡La petaca!

Y como el distraído novio no le hiciese maldito el caso, Bautistilla, echando el bodegón a rodar, avanzó resuelto hacia el fachendoso amante, y, pegándosele al lado, le dijo:

—¡So gallina! ¡A buen bofetón, buena petaca! Tú me la prometiste; pero ya no la quiero, ni enconfitá. ¡Lo que quiero es que Luisa te conozca; que no te la mereces!

Y, mudando de tono, dirigióse a ella con ojillos de enamorado, diciéndole:

—Oye tú, niña, más salá que las pesetas, quiéreme a mí, aunque sea pobre; que ahora verás que no soy cobarde.

Y, diciendo y haciendo, la emprendió a mojicones con Juanito, que se había quedado atónito, le sacó del bolsillo la ya aborrecida petaca, y tirándola al suelo, la pisoteó con furia.

Luisilla, indignada de la farsa, dijo con desdén a su novio:

—¡Utu allá, embustero!

Y cerró de golpe las puertas de la ventana.

Mientras tanto, la codorniz, como si estuviera al cabo de todo lo sucedido y quisiera burlarse del valiente de mentirijillas, volvía a cantar:

—¡Chá... chara! ¡Chá... chara! ¡Chá... chara!

IX

LAS BOTAS DE WELLINGTON

Por algunos historiógrafos de Sevilla, especialmente por su difunto cronista don Joaquín Guichot (y suya la cuenta si en alguna cosa anduviere errada), sabíamos que cuando, a 11 de agosto de 1809, llegó a aquella ciudad sir Arturo Wellesley, a fin de acordar con la Junta Suprema los medios para oponerse a la marcha de Soult hacia la baja Andalucía, el Ayuntamiento y el pueblo hicieron al ínclito huésped un recibimiento muy entusiástico, "hasta el punto de desenganchar las mulas de su coche y arrastrarlo con cordones de seda desde el convento de San Diego, extramuros, hasta la casa de los Ponces de León y Vicentelo de Leca, en la plaza del antiguo Colegio y Universidad de Santa María de Jesús, que se le había destinado para su morada".

Nueve días permaneció en la hermosa ciudad de la Giralda el vencedor de Talavera, y fué en ellos agasajadísimo; mas no hasta tal extremo, que

aquel hombre, que parecía profesar la máxima ***nihil mirari,*** llevara qué contar en razón de tales finezas. Pero sí llevó, en cambio, por lo tocante a una cosa baladí que le ocurrió durante su breve estancia, y aquel *sucedido,* cuyo recuerdo ha conservado la tradición, poesía y sal de la Historia, es el que yo quiero referiros hoy.

Hablando familiarmente el lord Wellington con algunos individuos de la Junta dos días después de su llegada a la metrópoli de Andalucía, ofrecióse conversación acerca de la grande importancia que en Sevilla habían tenido, y conservaban en parte, las industrias de todo género; encarecieron patrióticamente los españoles, escuchó con curioso agrado el inglés, y de una cosa en otra vino a preguntar:

—Según eso, ¿habrá en Sevilla quien pueda hacerme unas botas de montar tan buenas y tan bien acabadas como éstas que llevo?

Miráronlas los interlocutores de Wellington y titubearon antes de responder; mas, al fin, uno de los vocales de la mencionada Junta, don Francisco Javier Caro, dijo:

—Excelentes botas parecen. Con todo eso, yo conozco a un zapatero sevillano que hará otras tan buenas, y quizá mejores..., si es que se puede contar con él.

—Y ¿cómo no se ha de contar? —preguntó el Lord—. Un menestral se encuentra siempre a las órdenes de quien necesite sus servicios.

—Pues ahí está la dificultad —repuso Caro—;

porque este zapatero que digo, hombre de portentosa habilidad en su arte, no trabaja sino cuando quiere, es decir, cuando por falta de dinero no puede seguir holgándose con su mejor amigo.

—¿Con su mejor amigo? —preguntó el Lord, sin entender bien lo que el de la Junta le indicaba.

—Su mejor amigo —añadió éste—, o, a lo menos, el que más estima él, es Baco. El maestro Parra, que vive entre las cárceles Real y de la Audiencia, y bebe en todo Sevilla y sus alrededores, pues trastermina algunas veces hasta los pueblos más remotos del Aljarafe en busca de inexploradas bodegas, es un hombre de tanta habilidad en su oficio, que, si asentara la cabeza, daría quince y falta a los mejores zapateros, no digo de España, sino del mundo. En Andalucía nos hace malos, quiero decir, perezosos, cabalmente lo mejor que tenemos: nuestro sol y nuestro vino. Aun así, el maestro Parra se pasa de la regla, porque en tomando *una uvita,* como él dice, ya no es suyo, sino del diablo, que se lo lleva por ahí de taberna en taberna y de ventorro en ventorro, hasta que se le acaba el último maravedí de cuanto había ahorrado en uno o dos meses de hombría de bien. Y mientras anda de francachela y chirrichofa, baldía es la pretensión de contar con él, porque invariablemente responde a toda monición y requerimiento: "No hay que porfiarme: por ahora no trabajo con otros cueros ni en otras botas que éstos y éstas del vino. La vida es amarga y hay que pasarla a tragos. Y basta de conver-

sación —añade—; que a un fraile muy estrecho de manga oí decir predicando que sin tomar uno sus medios no puede salvarse, y yo ahora me ocupo devotamente en tomar los míos: ¡nadie me aparte de este ejercicio santo!" Y para acortar y cortar su plática con el requirente, grita al tabernero: "¡Hola! Echa otro medio; que quiero ir poniendo mi alma en camino de salvación."

Esta referencia metió al Lord en ganas de conocer al maestro Parra, hiciérale o no las botas, que eran ya lo de menos. Buscóse al báquico menestral, y, a la cuenta, quiso el glorioso San Crispín obrar un prodigio, pues hallaron en su casa y fresco al famoso artífice de obra prima. Comunicáronle lo que el Lord deseaba, y en un periquete dió de lado al boj y soltó el tirapié, chapuzó en el agua de un barreño las manos tiznadas y peguntosas del betún y del cerote, enjugándoselas en el mandil, y, a la postre, adecentado un poco, respahiló hacia la casa en que se alojaba el general que, tiempo andando, había de vencer y hundir en Waterlóo al soberbio *Capitán del Siglo*.

Era el maestro Parra, o, a lo menos, yo me lo figuro así, y es mucha lástima que con su memoria no nos haya quedado su *vera efigies*, era, digo, un hombre de hasta cincuenta años de edad, medianejo de cuerpo, algo metido en carnes, cargadillo de espaldas, carirredondo, boquirrasgado, y un si es no es chato, quiero decir, de naricilla corta y respingona, como en potencia de oler el

trasañejo a dos tiros de arcabuz. Condújosele a la presencia del General y, examinado que hubo sus recias botas de piel de búfalo, como aquél le preguntara si podría hacer otras tan buenas y en cuánto tiempo, respondió el maestro en el andaluz cerrado que parlaba:

—Quearán tan güenas o mejores, y estarán acabás en seis días.

—¿No habrá falta? —le volvió a preguntar Wellington, con leve sonrisa maliciosa.

—No habrá farta nenguna, y lo que yo digo ba a misa —respondió el Maestro, interpretando acertadamente la insinuación—. Y no habrá farta, porque yo jago promesa, y juro por este puñao e cruses que no gorberé ar trinqui jasta acabar mi tarea. Porque yo —añadió con viveza singular—, aquí aonde su selensia me be, soy mu enemiguísimo de los franchutes y mu amiguísimo de su serenidá, o su artesa, u como jinojos se diga, porque biene a peleá contra esos perros malos. ¡Apenitas! ¡Entoabía estoy ronco yo de los bibas que echamos a la entrá de su selentísima persona de usté!

Pasaron los seis días y, en efecto, no hubo falta: allá, a la puerta de Jerez, se encampó el maestro Parra con las botas de montar, que eran, como de sus manos, una obra admirable. ¡Qué elegancia de corte, qué limpieza y flexibilidad de la piel, qué aparado tan primoroso...! Viólas sir Arturo, probóselas, anduvo con ellas algunos pasos, y le satisficieron enteramente. Hizo entrar

a Parra y tuvo para él una sonrisa y una frase laudatoria. Al cabo, le preguntó cuánto valía su trabajo, y como el zapatero le dijese que no sabía qué responder, porque nunca había hecho otra tal labor como aquélla, el General sacó de una bolsita, y le entregó, hasta doce o quince monedas de a cuatro duros.

Tartamudeando estaba el maestro Parra, mientras miraba en su mano aquellas monedas, una expresión de agradecimiento, cuando Wellington le interrumpió para decirle:

—Y ahora, en toda una semana, has de hacerme otro par de botas enteramente iguales a las que me has traído.

Pero a tal indicación, contra todo lo que el insigne extranjero podía presumir, respondió vivamente el maestro Parra, contemplando de nuevo en sus manos las monedas que acababa de recibir:

—¿Yo trabajar mientras me dure esta gloria?... ¡Fasiliyo es! ¡Ahora toca ajumarse como Dios manda y correrla por ahí lo menos lo menos quinse días!

Miróle con extrañeza el General, y entre jovial y enojado le preguntó:

—¿Qué? ¿Te niegas a complacerme? ¿No has de hacerme esas otras botas?

Y, cuadrándose como un quinto, repuso el maestro Parra, cómicamente serio y con afectada finura en la pronunciación:

—Señor, por ahora no puede ser. Me están

yamando a boses en otra parte. Su artesa desimule, y si nesesita otras botas y le corren buya..., que se las confersionen en Londón.

Y es fama que aquel gran general, que tenía por pauta y norma el *nihil mirari,* se admiró profundamente de que hubiese en el mundo un hombre como el maestro Parra.

X

MÁS VALE MAÑA QUE FUERZA

Moraban en una hermosa ciudad de Andalucía, solitos, aunque bien acompañados de bienes de fortuna, un padre y una hija, aquél, listo más que Cardona, y ésta, desgarbada y fea casi tanto como Picio. Y es muy de advertir para mi cuento que casi toda la pingüe hacienda que disfrutaban estos dos grumos pertenecía en propiedad a la hija, por herencia de su madre; porque al efectuarse el casamiento de que se originó aquel pimpollito, el marido aportó para el desayuno, y la cónyuge, para almuerzo, comida y cena.

Frisaba con los veinte años la edad de la hija de don Ruperto, cuando, improvisamente, un domingo, a la salida de misa, hízole tilín en los ojos y en mitad del alma un elegante galancete que, apostado en el porche del templo, la miró y remiró con tan retrecheros ojos, que, así flechada, no había otro remedio sino amar o morir.

Muy luego empezó en él ¿cómo no? el pasearle la calle a hurto de don Ruperto, el suspirar bajo los balcones de la prenda amada y el dar recaditos, cartas y medios duros a la criada celestina; y en ella, en Rosita (que así se llamaba, como por atrevimiento de su rondador, el responder con cautela, alzando un tanto los visillos, el asomarse y retirarse incontinenti, como sorprendida del atrevimiento de su rondador, y el responder con timidez a sus saludos, y, en fin, el "no quiero, no quiero, pero échamelo en el sombrero" de unas muy embusteras negativas a corresponder al amor de aquel derretido galán, pronósticos ciertos de las primeras salidas a la reja, sabrosas como la frutilla temprana.

Distraído don Ruperto en sus negocios y confiado en que con las punzantes espinas de su fealdad estaba más que bien guardada la Rosita de su jardín, el enemigo pudo a su salvo avanzar no poco en las operaciones de conquista: ya cada noche pasábanse los amantes charlando, por la ventana de un callejón a que la casa hacía esquina, casi la hora y media que el descuidado padre gastaba en el casino; mas, al cabo, algo columbró don Ruperto que le metió en sospecha, y de columbrar a ver claro, listísimo como era, no hubo el canto de un real.

Ni el de un duro desde que supo lo que ocurría hasta que fraguó un hábil plan para remediarlo. Conocía don Ruperto a nuestro galancete lo mismo que si le hubiera parido. Gasparito, que así

se llamaba, era tonto *a nativitate;* sino que como a nadie, y mucho menos a los tontos, les amarga el dulce, él se había propuesto bonitamente calzarse con la fortuna de Rosita, aun cargando, en contrapeso, con aquella fealdad, buena que ni pintada para darle un susto al miedo, como dicen en las tierras de Andalucía. La muchacha, tan fea y todo, tenía su corazoncito, y era muy de temer que el tontonazo de Gaspar se lo llevase de calle; pero como, además de corazón, tenía claro talento y más que mediana cultura, para lo que en mujeres se estila, en estas cualidades había que confiar, manejándolas bien, para dar al traste con aquel amor naciente. Pensando así don Ruperto, trazó, como digo, su plan y comenzó a ponerlo en ejecución.

Y fué lo primero conversar muy cariñosamente con Rosita. No había que negarlo. ¡Si eso, después de todo, era lo más natural del mundo! ¿A qué ponerse colorada y bajar los ojos? ¿El amor...? ¡Si le tendrían que decir a él, a don Ruperto, con lo mucho que había corrido, qué casta de pájaro era el amor, y cómo las gastaba...! Enamorarse no era un crimen, sino un pecadillo venial. Pero ocultarlo, una grave falta de cariño a su padre, a su consejero y amigo más probado. Porque una niña huérfana de madre, ¿a quién sino al autor de sus días había de abrir su pecho?... ¡Nada: que aquello era menester arreglarlo bien, en paz y a satisfacción de

todos! Cabalmente, el muchacho parecía estimabilísimo; así como sonaba: ¡es-ti-ma-bi-lísimo! Él, don Ruperto, le hablaría —pues ¿por quién sino por una hija puede ponerse las medias verdes un hombre de bien?—, y después, la pavita en casa, y no en la ventana de la calleja, pasando frío y dando que murmurar a la vecindad. ¡En casita todas las tardes, mientras don Ruperto, presente y ausente a la par, escribía sus cartas, a la vista, pero algo retirado de los amantes, en una mesa que le pondrían en la salita de costura!

La muchacha, escuchando a su padre, vió el cielo abierto, y, entre vergonzosa y alborozada, dió un millar de besos a quien así le hacía llana y florida la senda de la felicidad. Y ¿qué os diré de la cara que puso Gasparito, primero de escamado, y después, de alegre como unas sonajas, cuando don Ruperto, en el casino, le recitó el mismo salmo que había recitado a su hija? Figúrese la tal cara el curioso lector, recordando que nuestro agudísimo Quevedo, cuando quiso pintar de una sola plumada el colmo de la necedad y de la presunción, dijo:

"Más necia y presumida que un dichoso."

....

Siguió en la salita el idilio que había empezado en la reja. Todas las tardes, de dos a cuatro, los amantes charloteaban en voz baja, mientras que, a diez pasos de ellos, mirándolos tal cual vez de reojo, don Ruperto despachaba su

correspondencia epistolar y ponía en orden las complicadas cuentas de su casa y de sus haciendas y cortijos.

A las veces, llegada la hora de descansar fumando un cigarrillo, nuestro expertísimo don Ruperto dejaba su sillón de vaqueta, acercábase a los tortolitos, brindaba con su petaca a Gaspar e iniciaba conversación sobre alguna de las cuestiones sociales o políticas de lo que llaman palpitante actualidad. Gasparito, mal de su grado, entraba en tales pláticas; pero tan desmañadamente y con tan poco acierto, que ni por casualidad daba una en el clavo; y al oír sus disparates, Rosita, que tenía mucho talento, le contradecía con vehemencia. Don Ruperto, en estos lances, poníase siempre de parte de Gaspar, disculpándole y aun defendiéndole, y esto enardecía tanto a la avispada doncella, que más de una vez el enojo la hizo retirarse a sus habitaciones.

Así estaban las cosas a los cuatro meses de noviazgo, cuando una noche llamó don Ruperto a su hija con inusitada solemnidad. Quería hablarle de cosas muy serias. Y, en efecto, le espetó un largo discurso. Él era ya anciano; como vieja casa, todo se iba volviendo goteras, y había muchas noches que no lograba conciliar el sueño, pensando en que ella, Rosita, había de quedar pronto sin el cariño, apoyo y consejos que tanto había menester. Era preciso casarla. ¿A qué estaban aguardando? Gasparito, aunque no fuese lo que se llama un Salomón, era honrado, cariñoso

y pintiparado para la muchacha. Así, convenía prepararlo todo para de allí a tres meses, ¡y a la iglesia, por la bendición del Cura!

Rosita escuchó cabizbaja a su padre; y cuando éste le hizo alzar el rostro para besarla, dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Pero ¿qué tienes, muchacha? —preguntóle con extrañeza don Ruperto—. ¿Te hablo de matrimonio, y lloras? ¡Cosa más rara...! ¿Por qué ese llanto? Dímelo con franqueza.

Y la joven, entre sollozos, respondió desolada:

—Papá, francamente, ¡es que no le quiero!... ¡¡¡Porque es tonto!!!

Una ruidosa carcajada de don Ruperto cortó de repente los sollozos de Rosita, que se quedó boquiabierta y estupefacta, mirando a su padre con ojos asombrados.

Y cuando don Ruperto acabó de reírse a todo su sabor, exclamó jovialmente, abrazando a su hija:

—¡Acabáramos! ¡Gracias a Dios, Rosita, que nos hemos entendido! Pues ¿para qué, hija mía, te le traje a casa sino para que le conocieras bien? Tranquilízate. ¡Yo daré la boleta, esta misma noche, a ese mequetrefe!

XI

POR TABLA

Digo que pasan cosas raras en el mundo..., y digo que Pero Grullo y el narrador que lo dice allá nos vamos.

Aquello de

"... sentir
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Cantón"

no es cosa del otro jueves, ni mucho menos. Yo, una vez que quise echármelas de cazador, apunté a un pajarillo que cantaba alegremente sobre un almendro, como quien tiene largos días en que vivir, y maté... seis cántaros: los que llevaba en las aguaderas una mula, que se asombró y respingó al oir el tiro.

Y sabido es que, gracias a la mucha velocidad con que corren los trenes en los Estados Unidos, un pasajero que, asomado a la ventanilla de un coche, disputaba con un empleado de estación, fué a darle una bofetada cuando el tren echaba

a andar, y ¡zás! se la dió a otro empleado de la estación próxima. Bien es cierto que de una a otra sólo había cien kilómetros.

Por cosas como éstas se debió de decir que "siempre pagan justos por pecadores", que "juegan los burros y pagan los harrieros" (así, con *hache,* pese a cuantos Zoílos tiene el mundo), y que "el que nace para infeliz, se cae de espaldas y se rompe la nariz". O, lo que viene a ser lo propio: que "todas las tormentas van a Carmona" y "todos los golpes al dedo malo".

Ahí está, en Sevilla mismo, el eminente actor don Pedro Delgado, que no me dejará mentir, pues algunos meses ha recibió, sin merecerla, una descomunal bofetada, por la cual aún tiene resentimientos, y de la cual todavía está resintiéndose.

He aquí, contada en un periquete, la verídica historia de aquella alevosísima agresión. Andaba el buen actor apuradillo de cuartos, cosa natural en un cómico, por bueno que sea; hubiera sido torero, por malo que fuese, y otro gallo le cantara. Andaba apurado, digo, y fué a Madrid, y vió a Romea, y éste a María Guerrero, y ambos a muchas personas, y en un dos por tres se preparó una función dramática a beneficio de don Pedro Delgado. Había de efectuarse en el Teatro Español. Todas las medidas estaban tomadas para que el beneficio fuera de excelente resultado pecuniario; que eran buenos sastres los que andaban en aquello y conocían el paño a maravilla. Hasta se había conseguido que al benéficiado se le dis-

pensara de pagar los derechos de la propiedad literaria. Y en cuanto a lo demás, el lleno rebosado era seguro, pues para eso iban a trabajar con don Pedro la flor y la nata de los actores españoles.

La representación se había de dar por la tarde. Faltaba una hora para empezarla. Allí era de ver cómo el veterano actor, que tantos días de gloria ha dado a nuestra escena, se frotaba las manos de puro alegre, y después echaba cuentas por los dedos y daba por logrado el inmediato alivio de sus necesidades más apremiantes. No sería aquello ponerse rico, ni siquiera asegurar la subsistencia por el tiempo en que todavía hubiese de llevar a cuestas el fardo de la vida, pluma leve para algunos y pesada mole berroqueña para los más; pero ¡qué diantre! algo es algo, y, cayendo unas veces y levantando otras, se llega al término de la jornada, y ahí queda eso para otro. Mas ¡los pícaros contratiempos anteriores...! Porque el beneficio, ¿cómo había de reponerle a él, a don Pedro, de tanta pérdida, de tantísima adversidad? ¡Si hasta entonces fué el rigor de las desdichas! En fin, no había que pensar en ello, ni que mirar hacia atrás. Ya lo dice el vulgo:

"Quien pierde el borrico
Y encuentra la albarda,
Ni todo lo pierde
Ni todo lo gana".

Esto, o cosa parecida, pensaba don Pedro Delgado, paseando por el escenario, en tanto que los

tramoyistas acababan de arreglar la decoración. Pero, de pronto...

"¿Qué rumor
Lejos suena...,
Que, llegando hasta la escena,
Tal ensueño interrumpió?"

Pues ¡apenas era nada lo del ojo, o sea lo de la mejilla, que bien cerca le anda! Allí, a cuatro pasos del Español, un general patriota acababa de dar una generalísima bofetada al Embajador de Marruecos, y digo *generalísima,* porque, por la intención, estaba dada a todo el Mogreb. Y de ahí, primero, el rumor, y, después, el grandísimo alboroto, y el correr todos de acá para allá como orates, y la novelería madrileña jurando *non comer pan a manteles* hasta enterarse de por qué había sucedido aquello, en qué vendría a parar, cuántos vasos de vino se echó al coleto almorzando el general Fuentes, si Brisha se había puesto paños de árnica en el sitio dolorido, etc., etc. Y don Pedro exclamó consternado: "¡Adiós mi dinero!", al ver roto, una vez más todavía, el cántaro de la lechera. Y ¡claro! al teatro acudieron hasta tres docenas de espectadores.

Véase por dónde resulta plenamente averiguado, y esto es importante para la historia de nuestro lastimoso asunto de Melilla, que hubo un actor español que compartió con Sidi Brisha la célebre bofetada, por lo cual no diría, como dijimos los demás: "Ahí me las den todas."

Cuentan que el embajador abofeteado preguntó a Sagasta, tan pronto como le echó la vista encima: "¿Esto se va a quedar así?" Y que Sagasta le respondió: "¡Quiá! ¡Eso tiene que hincharse! ¡Naturalmente!" Pero es lo cierto que el bolsillo del malaventurado actor siguió deshinchado, o deshenchido, a causa del bofetón que, por tabla, le había dado el General.

Ahora, si yo, también por tabla, consiguiera, al publicar este articulejo (1), que algunas de las muchas personas cultas que hay en Sevilla tuviesen un amistoso recuerdo para el veterano primer actor, e ideasen la forma de hacerle más llevaderas sus desventuras, de seguro se remediarían aquí los desastrosos efectos de la bofetada que, sin comerlo ni beberlo, como suele decirse, recibió en Madrid don Pedro Delgado.

Y éste podría decir: "*¡Tablas!*"

Hágase, y no haya miedo; que por ahora no hay moros en Sevilla, ni creo que en la costa.

---

(1) Vió la luz en *El Noticiero Sevillano* el 11 de julio de 1895.

XII

DE MAESTRO A MAESTRO

Entre los libros de mi modesta biblioteca hay uno que tiene curiosísima historia, y ahora he de contarla a mis lectores, no sólo para distraerlos un rato de tareas más graves, sino también para devolver su buena fama a un muerto y para restituir el tal libro a su casa, de donde falta ha más de cincuenta años, si es que logro averiguar cuál sea. A mi poder vino con muchos otros que pertenecieron al doctor García Blanco, mi paisano y maestro de Hebreo, por quien supe lo que, palabras más o menos, voy a referir.

Sabido es que, por lo común, cada catedrático tiene diputada la asignatura que explica y enseña por la más importante, transcendental y difícil de aprender de cuantas, en lo académico, componen, divididas y subdivididas, el saber humano. Tal exaltación de la enseñanza propia está a cuatro deditos no más del menosprecio de la ajena, porque hay dos maneras de hacer que descuelle y

sobresalga una cosa: la una, elevarla; y la otra, deprimir todo lo que está a su alrededor. El que podríamos llamar *sistema mixto* seguía en la Universidad Central, en su clase de Lengua Griega, el señor don Lázaro Bardón, que, ocupando y gastando en lo helénico todo el amor de su alma, para las demás disciplinas no tenía sino indiferencia y burlas. ¡A fe que decía buenas cosas de la jerga krausista, mal trasplantada a España por don Julián Sanz del Río!

¿Indiferencia y burlas dije? Y ¡hasta odio! pude añadir; que si al insigne helenista no le enfriaban ni le calentaban, pongo por caso, los más interesantes descubrimientos geológicos ni las más abstrusas especulaciones metafísicas, porque, como él decía, *no eran de su parroquia,* abominaba de cuanto, sin serlo, vivía cerca de ella, por ejemplo, de las literaturas hebrea y latina, de las cuales hablaba pestes. Contra el Hebreo, en especial, despotricaba de lo lindo; porque para él, ni su gramática era tal gramática, ni su léxico valía tres caracoles: al fin, como lenguaje bárbaro de bachucheros y vendedores de dátiles. En cambio, el idioma en que cantaron Homero y Píndaro... ¡Ah...! Y aquí se explayaba el bueno de Bardón, y en tres horas no acababa de ponderar las filigranas y garridezas del gran idioma clásico.

A este proceder correspondía gentilmente en su cátedra el señor García Blanco, quien, después de poner sobre el cuerno de la luna la importancia, la filosofía, la belleza, la viril majestad de la *lengua*

santa, hablada por los patriarcas y los profetas y aun por Dios mismo, ponía en solfa el griego y todo lo griego, por pobre, por alcorzado y femenil, diciendo de su borracho Anacreonte, y de su mal apasionada Safo, y de sus oradores y filósofos, cien cosas subiditas de color, con que los alumnos del mejor discípulo de Orchell se desternillaban de risa.

Y para extremar la idea de lo despreciable que era, a su parecer, todo aquello en que Bardón tenía sus mejores solaces, recordaba que cuando en no sé qué universidad de las más famosas llegaba a un pasaje en griego el graduando que hacía tal o cual ejercicio, saltábalo, diciendo, en señal del desdén con que el Griego se miraba en las escuelas: "*Graecum est, non legitur*". Y como los mismos estudiantes que escuchaban al uno y al otro profesor eran seguros correos para el otro y para el uno, Bardón y García Blanco, enterados día por día de los piropos con que recíprocamente se agasajaban, pronto acabaron por odiarse muy de corazón, al extremo de negarse la palabra, y aun la mera inclinación de cabeza al encontrarse.

Así las cosas, sucedió que García Blanco, ocupado como andaba en componer su *Primer diccionario hebreo-español,* tuvo necesidad de consultar despacio un libro que no tenía entre los suyos: el *Lexicon Hebraicum* de Antonio Zanolini, impreso en el Seminario de Padua, allá por los años de 1732. Preguntó por este libro a sus amigos, entre ellos, al cuáquero Usoz, entendido bibliófilo,

poseedor de una muy selecta librería, y no sabían dónde lo hubiese; se dió a buscarlo en las bibliotecas públicas, y, al cabo, después de muchos pasos infructuosos, lo vino a hallar en no sé cuál de ellas. Hojeólo con ansia: a la verdad, de todo en todo correspondía el mérito del libro a las esperanzas del docto hebraizante, admirador de Zanolino por su *Lexicon Chaldaico rabbinicum* (Padua, 1747), que más de una vez había consultado en casa de Orchell. Y luego que gastó un ratillo en esta primera ojeada, García Blanco rogó al oficial de la biblioteca que en su nombre hablase con el Bibliotecario, a la sazón ausente de ella, para ver cómo aquel libro, de nada frecuente uso, se le podría prestar por una temporada, a fin de que a todo su sabor lo disfrutase.

Ajeno estaba nuestro catedrático de haber echado la cuenta sin la huéspeda. Y en este lance la huéspeda fué don Lázaro Bardón, que, enterado, Dios sabe por dónde, de que los afanes de García Blanco habían tenido un resultado próspero, dió en la mala flor de añascárselo. Así, cuando el ya dichoso profesor, al día siguiente de su hallazgo, volvió a la biblioteca, seguro de llevarse a su casa el léxico de Zanolini, dijéronle que todo había estado mollar para ello hasta una hora antes; pero que aquella mañana había pedido aquel libro el señor Bardón, manifestando que iba a necesitarlo muy a menudo, para lo cual volvería por allí casi diariamente.

El curioso lector se figure cómo se pondría Gar-

cía Blanco al oír tal cosa, porque yo, por mi parte, renuncio a describirlo y encarecerlo. Una hidra hubiera podido pasar, en cuanto a mansedumbre, por paloma torcaz o tortolillo indiano, a compararla con el enfurecido catedrático de Hebreo.

—¿Para qué sino para fastidiarme —preguntaba— puede querer el Zanolini quien no acierta a leerlo, ni sabe ni practica más que el *pas, pasa, pan* de su gringo, que Dios confunda? ¿Cuándo se hizo la miel bíblica para la boca del señor Bardón?

Y después de echar sobre el ausente helenista un abecedario entero de injurias, desde *acémila* hasta *zopenco,* exclamó, tirándose con ira de los pechos de la sotana:

—Si no fuera por estos hábitos, ¡yo le diría a ese grieguecillo los diccionarios hebreos que ha menester, para que en el resto de su vida no volviera a pedir uno!

Desde aquel día rara vez dejó de asistir Bardón en la Biblioteca. Y cuando García Blanco iba a probar fortuna y preguntaba por el Zanolini, el oficial, con sonrisa maliciosa, señalaba a Bardón, que allí se estaba leyendo con reposo en otro libro, y tenía sobre la mesa, cerrado, el léxico, como para consultarlo si a bien tuviese.

Mas García Blanco no era hombre que, puesto a buscar desquite, se quedase a la mitad del camino. Así, urdió su plan y lo ejecutó punto por punto, de esta manera: Primeramente, tardó en ir a la Biblioteca al pie de tres meses, hasta que

Bardón, seguro de que aquél había renunciado a consultar el Zanolini, dejase del todo de ir allá. Esto logrado, el travieso hebraizante asomó por allí un día, preguntó por su malévolo enemigo, mostró holgarse de que, al parecer, se hubiera cansado de hacerle mala obra, y pidió el codiciado libro; y yéndose con él a lo más reservado de la sala de lectura, y cierto de que nadie le veía, cortó bonitamente las cuerdecillas con que estaba sujeto al pergamino por pie y cabeza, y, guardando el volumen bajo su manteo, sacó otro de iguales dimensiones, que aposta y oculto llevaba, y le puso en lugar del sustraído, sujetándole al forro como el diablo le dió a entender. Hecho el trueque, entregó el ya otro libro al oficial, anunciándole que no tardaría en ir a trabajar algunos ratos, si, volviendo a las andadas, no se lo impedía con su incansable y perversa enemistad el señor Bardón.

Cabalmente a fin de que se lo impidiera, García Blanco dijo en la Universidad, donde lo escuchase cierto estudiante chismosillo, correo seguro para tales cosas, que había reanudado con brío su abandonada tarea, pues Bardón, por lo visto, le dejaba proseguirla en paz. ¡Medio eficacísimo!

Ya al día siguiente tornó el Helenista a vincular el Zanolini: nuestro hebraizante, puesto en acecho, le vió entrar en la Biblioteca con sonrisa diabólica. Y ¡claro! este día, como meses atrás, Bardón no abrió tal libro para maldita de Dios

la cosa, y otro tanto el oficial, que sólo por el rótulo del lomo le conocía.

Pasó una semana y García Blanco volvió por allí. Antes que preguntase nada, el mencionado oficial díjole, con la secreta complacencia que muchos tienen en dar malas noticias, que era raro hallar disponible el Zanolini, porque Bardón había vuelto a la carga, aún con más ahinco que antes.

García Blanco mantúvole conversación un rato: dolióse de que tan mal le quisiera aquel compañero atrabiliario, y, al fin, tomó el libro de marras, lo abrió como al acaso y, sin dejar de hablar, y, fingiendo que reparaba en que involuntariamente y por descuido le habían dado un libro por otro, lo soltó y dijo en el tono más natural del mundo:

—Es el Zanolini lo que necesito.

—Ése es —respondió el oficial.

—Usted perdone —replicó García Blanco, volviendo a abrir y hojear el libro—; pero esto es *El Concilio de Trento.*

Entonces, cogiendo y mirando a su vez el volumen, el oficial mudó de color y dijo balbuciente:

—¿Qué es esto? ¡Han metido otro libro en la cubierta del Zanolini...!

Y repuso García Blanco en voz baja, como si reprimiese a duras penas una grande ira:

—¿Quién ha pedido últimamente este diccionario...? ¿No ha sido Bardón...? ¿No dice usted que lo tuvo ayer...? Pues entonces, me parece que no será preciso devanarse los sesos para ave-

riguar quién se lo ha llevado. ¡Amigo! ¡Me acabó de fastidiar ese mal hombre! ¡Remató su obra! ¡A bofetada limpia le remataría yo a él si no me lo estorbasen dos sotanas: la mía y la suya!

Y sin hablar más palabra, se fué a la calle.

Claro es que, inquirido y requerido Bardón acerca de esta fechoría, negó a pie juntillas y de todas maneras, ser su autor, al paso que declaraba paladinamente que jamás había abierto el condenado libro; pero todos se la atribuyeron hasta su muerte, censurándole por indigno y reprobable aquel proceder, mientras que García Blanco, en la soledad de su gabinete, disfrutaba a todas sus anchas el tan disputado *Léxicon,* no sin pensar, sonriéndose, en la cara que pondría Bardón cuando le insinuaban que a él y sólo a él podía imputarse tan bochornosa hazaña.

XIII

EL LOCO PREDICADOR

Muchos de mis lectores conocerán —porque los dió la estampa hace años la benemérita Sociedad de Bibliófilos Andaluces— los sermones del célebre loco Amaro, llenos de satírica intención y chispeante gracia; de aquel loco, que, preguntándole un cardenal arzobispo de Sevilla qué le parecían las costosas obras con que estaba hermoseando su palacio, respondió: "Todo me parece muy bien; está haciendo su eminencia un milagro que sólo hizo Jesucristo, pero al revés, porque Jesucristo convirtió las piedras en pan, y su eminencia convierte el pan en piedras"; dando a entender con esto que el dinero gastado en materiales de construcción debía haberse invertido en socorrer a los pobres.

Pues bien, otro loco hubo en Osuna, allá en los últimos años del siglo XVIII, que, sin la notoriedad que alcanzó Amaro, no le iba en zaga en punto a chistes y agudezas; antes habría po-

dido darle diez rayas de ventaja, a juzgar por el verídico suceso que voy a referir.

Ya en aquellos tiempos se celebraba la festividad de la Virgen de Consolación con una velada en la plazuela del mismo nombre, y los frailes de aquel convento, entre los cuales había algunos ilustradísimos, designaban anualmente a uno para que por la tarde predicase al concurso desde una cátedra que se colocaba *ad hoc* frente al pilar de la dicha plazuela. Allí el orador sagrado, ante su numeroso auditorio, explicaba algún punto de moral, en tanto que los garbanceros y turroneros, desparramados por aquella explanada, pregonaban a grandes voces sus mercancías, midiendo los primeros con medidas no cabales y pesando los segundos con pesas faltas, achaque de vendedores tan antiguo, que ya Moisés tuvo precisión de prohibir a los israelitas el uso de *eben waeben* (pesa y pesa).

Cierto año de aquellos (*incierto* estaría mejor dicho, porque ignoro cuál fué) tocó predicar el consabido sermón a un concienzudo y docto fraile que en las conclusiones de teología moral que solían celebrarse en los conventos había ergotizado tanto y con tal tino y tan buenos pulmones, que con razón se le tenía por el *non plus ultra.*

Subió el orador a la cátedra, sacó de las mangas del hábito dos muy gentiles pañuelos de los que llaman *de yerbas,* púsolos a mano, para utilizarlos cuando el sudor corriera por su frente, o

cuando el abuso del rapé Kentucky lo reclamara, y previas las ritualidades propias del caso, empezó el sermón. Su asunto, la necesidad de restituír lo hurtado o robado para obtener el perdón de este pecado ignominioso.

El tema era interesante, y esta circunstancia y la fama que tenía el predicador atrajeron a oírle mucha gente; las damiselas, sentadas a las puertas de las casas, cortaron la alegre cháchara que sostenían con los mozalbetes; las viejas rezadoras, colocadas en sendas sillas cerca de la cátedra, murmuraban a cada momento: "¡Qué bien *pedrica* el padre!"; varios chalanes se hacían guiños de inteligencia, como diciendo: "Esto va con nosotros"; los turroneros y avellaneros hacían propósitos de la enmienda, lo cual no obstaba para que engañasen a cada prójimo que se acercaba a sus puestos; y, entre tanto, el buen fraile, creciendo su fervoroso entusiasmo al notar que era escuchado con religioso silencio, insistía en recomendar la restitución, sacando a relucir textos latinos que nadie entendía, pero que avaloraban más y más el renombre del orador; porque es de notar que nada parece tan bien al vulgo como aquello que no entiende.

En esto, ya próximo a terminar el sermón, el loco, que le había estado escuchando con recogimiento, codeó a las gentes abriéndose paso y logró llegar al pilar; subió por la escalerilla, gateó por la columna que sirve de pedestal a una cruz de hierro, y con tales actos llamó la atención de

los concurrentes, hasta el punto de atraer sobre sí todas las miradas. El fraile vió esto con disgusto, y al percatarse de que nadie le escuchaba, por más que todos le oyesen, interrumpió el sermón y dijo:

—¡No hagáis caso de ese inocente; oíd la palabra de Dios, que brota de mis labios!

Pero ya el loco había logrado encaramarse a lo más alto de la columna y asirse de uno de los pescantes de los farolillos que rodean la cruz, y todo el auditorio dejó solo al fraile y acudió junto al demente. ¡Poder irresistible que ejerce lo imprevisto sobre las muchedumbres! Y calló, al cabo, el predicador, mientras exclamaba el loco, accionando grotescamente:

—¡Vuestras mercedes no hagan caso de ese fraile, que no sabe lo que se fraila! Venid a mí: ¡yo sí que predico la verdadera religión de Jesucristo; yo sí que deseo la eterna salvación de las almas de los que me escuchan! Ese padre os está diciendo: "Restituir, restituir; sólo así puede ganarse la Gloria." Y yo os digo: "¡No robar! ¡No robar, y os ahorraréis de restituir!"

XIV

LA PIEDRA DE TOQUE

Cuando los doctores García Blanco y Mellado Ponce, el uno eclesiástico y hebraizante y el otro farmacéutico, se conocieron y se trataron en Sevilla, ninguno de los dos había pasado de la edad en que nacen las amistades generosas y puras; quiero decir que no habían cumplido los treinta años. Ambos doctos, que es más que doctores, coincidían en lo esencial de su pensar y sólo discrepaban en cosillas accidentales, lo cual, empeñándolos a menudo en animadas controversias, venía a ser como agradable salsa que les hacía más apetitosa la cotidiana conversación.

Esta amistad, así nacida y cultivada, subió de punto grandemente cuando García Blanco, en 1834, ganó por oposición la magistralía de la Real Capilla de San Fernando y obtuvo la cátedra de Hebreo de la Universidad hispalense. Orestes y Pílades no se estimaron tanto como el nuevo canónigo y el no viejo boticario; pues, so-

bre que ellos fraternalmente se amaban, soplábales muy en favor el viento de la Fortuna, y sabido es que la abundancia y el bienestar hacen a los hombres buenos y regocijados; que por eso se dijo que "barriga llena, a Dios alaba". Al contrario sucede con la pobreza, y dícelo estotro refrán: "Donde no hay harina, todo se vuelve mohina".

De cierto celebrado farmacéutico y escritor de nuestros días dijo un poeta avieso:

"Boticario y periodista,
Periodista y boticario,
En la botica hace *fondos,*
Y en el periodismo *emplastos*".

No cuadraba bien esta coplilla a Mellado Ponce sino por el tercer verso: *hacía fondos,* así como suena, y enriquecíase a más andar; pues la *botica de la Estrella,* aún renombrada hoy, teníala tal y tan benigna para el dichoso farmacéutico, que, como la primera venta que divisó don Quijote, "no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba". Así, mientras que García Blanco no salía de su sota, caballo y rey, quiero decir, de sus tasados sueldecitos y humildes gajes, Mellado, clavada en su botica la rueda de la Fortuna, ganaba el oro a puñados, la plata a chorros y la calderilla a espuertas, auge al cual no dejaba de contribuír *la gotita de lo que yo me sé,* que misteriosamente decía haber añadido a las medicinas, cuando se enteraba de que habían sentado bien a los enfermos.

Una ola del mar de la vida llevó a mi paisano García Blanco a la playa sevillana, y aún no pasado un lustro, otra le arrebató de ella y le trasladó a una cátedra de la Universidad de Madrid. No acertaría yo a encarecer debidamente la pena con que los cariñosos amigos se apartaron; bástame en este punto con advertir que no se dijo por ellos que "la ausencia causa olvido". Aquel forzoso alejamiento fué meramente material, y las sabrosas pláticas prosiguieron, en largas y frecuentes epístolas; que si a García Blanco le sobraba tiempo que dedicar a tan grata ocupación, Mellado, bien abastecida de hábiles mancebos su popular oficina de farmacia, apenas si tenía más que dos tareas en qué ocuparse: contar y guardar los pingües ingresos y escribir a su amigo del corazón.

Transcurrieron así más de treinta años, sin que ni una ligera nubecilla empañase el límpido cielo de aquella amistad, cuando hete aquí que el diablo, que no duerme, y que se goza en añascarlo todo, discurrió, sutilísimo como es, la manera de dar al traste con ella. Y va y toma y ¿qué hace? Pues meter en el magín a García Blanco que, así como

"Es de vidrio la mujer",

no es de más consistente naturaleza el hombre, y que nada hay tan cierto como aquella máxima que dice: "El oro se prueba en la piedra de toque, y el corazón del hombre en el oro"; porque

ubi thesaurus, ibi est cor ejus. El buen hebraísta debió recordar enteramente la redondilla citada por Cervantes, y no sólo su primer verso:

"Es de vidrio la mujer;
Pero no se ha de probar
Si se puede o no quebrar,
Porque todo podría ser",

y así, guardarse de someter a su amigo a la peligrosa prueba de la piedra de toque; pero ya el diablo estaba empeñado en ello, y no hubo sino poner por obra lo en mal hora pensado. "Hay hombre —decíase nuestro doctor— que guarda años y años una onza de oro, seguro de que en ella tiene diez y seis duros, y cuando llega la hora de cambiarla, le sale falsa como el alma de Judas: parecía una onza..., y es una pantera. Probemos la amistad de Mellado, y así sabré si es de oro, o si es de metal de velones."

Y dicho y hecho: en la primera carta que le escribió deslizó la insidiosa especie, a vueltas de diversos asuntos de poca importancia: "Y ahora —decía—, una revelación y un ruego que han de causarte extrañeza. Estoy a punto de obispar. Protectores de mucho empuje tienen empeño en ello y creo que han de conseguirlo. Yo me dejo querer: "cuando te den la vaquilla, acu- "de con la soguilla". Pero, amigo..., ya asoma un *pero,* que no es pero, sino camuesa, y de las gordas. Pero esto —iba a decirte— ocasiona gastos muy crecidos, y yo no ando muy allá de fondos. ¿Podrás prestarme, llegado el caso, cinco mil

duretes, que te devolveré lo más pronto que pueda?"

No se hizo esperar la respuesta, y fué negativa, tal como la temía García Blanco. Mellado se excusó como pudo: con una tiramira de embustes; con una lastimosa relación de negocios desdichados, que le habían dejado poco menos que a pedir limosna. Y García Blanco, como a Zaide el otro moro, volvió a escribir al boticario,

"Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma,
El delgado papel rasga".

La carta fué breve, pero sustanciosa. Decía así:

"Mi pésimo amigo: Cuando me niegas el dinero que te pido para obispar, ¿qué sería si te lo pidiera para emigrar? No hay en perspectiva tal obispado ni tales caracoles, como tampoco hay tales malos negocios tuyos, ni serás pobre mientras emplees la criminal martingala de *la gotita de lo que tú te sabes*. Lo que sí hay es que te he restregado en la piedra de toque para probarte, y ha dado la cara lo que eres: azófar malo.

"Pésame, pues, haber malgastado tantos años en tenerte por amigo y renuncio a tu trato desde ahora hasta el día en que nos veamos en el valle de Josafat."

Y así hubieran quedado las cosas, a no recibir García Blanco la siguiente respuesta:

"Diablo tentador, con sotana y bonete: A la dura prueba a que alevosamente me sometiste, ¿habría resistido tu amistad misma? Pon la mano sobre tu corazón y respóndete, aunque no me respondas. Pues ¿ya no recuerdas que ha muchos años que profesamos juntos en la estrecha orden de los Caballeros de la Tenaza? "El me-"jor amigo, un duro", dice el refrán; y ¿tú, un amigo solo, me pides que te entregue cinco mil de mis mejores amigos? Yo no debo cometer esa traición. Piérdase una buena amistad cinco mil veces, y no se corra el riesgo de perder de una vez cinco mil buenas amistades."

Paladeó García Blanco estas razones, se confesó a sí propio que en el caso y lugar de Mellado él habría hecho lo mismo que el conchudo farmacéutico, porque estos Pílades y Orestes eran tal para cual, y, al cabo, ya sin rabia ni cólera, antes pendoleándolo muy lenta y caligráficamente, le respondió:

"Mi amigo Mellado: Me tentó el diablo para que te tentara. Perdóname. Sigamos siendo muy buenos amigos, fuera del dinero y de las cosas que lo valgan, y ya que de refranes va, atengámonos de por vida al que dice: "Dar, los buenos "días; prestar, paciencia; y fiar, en Dios, sobre "buena prenda."

XV

EL MIRLO

Contáronmelo, amable lector, como cosa del Doctor Thebussem, y, sin quitarle ni ponerle,

"como me lo contaron te lo cuento",

deba o no colgarse el milagro a mi ilustre amigo el culto y ameno escritor de Medina Sidonia. Vivo y sano está él, aunque achacosillo del pícaro mal de los años (1): si el lance fué suyo, vea, allá, en su fantástica Huerta de Cigarra, cómo lo han traído de boca en boca hasta caer una vez de boca en pluma; y si suyo no fué, huélguese de que, como a Quevedo en lo antiguo, le atribuyan la paternidad de las ocurrencias más ingeniosas. Muy ganado es preciso tener el señorío del donaire para que tal cosa acontezca. Y basta de preámbulo.

---

(1) Ha muerto algunos años después de escrita y publicada por primera vez esta anécdota, realmente suya.

Así como

"En Arcos de la Frontera
Un molinero afamado
Se buscaba su sustento
Con un molino alquilado",

así también, a pocas leguas de esta ciudad, en Medina Sidonia, se lo buscaba con sus tijeras y sus navajas un barbero, locuaz como todos los de su oficio, de quienes, ponderando el poder del oro, decía el insigne dramaturgo Ruiz de Alarcón:

"¿Qué fuerza hay contra el dinero?
¿Qué escudo contra un escudo?
Hará el oro hablar a un mudo;
Hará callar a un barbero".

Mas este rapista de mi relato no se limitaba a charlar por los codos, sino que pretendía que nadie en su casa estuviese callado ni un instante, porque, como él manifestaba, "el silencio es pariente *propinco* de la muerte". Sus niños —pues era casado nuestro hombre— balbucían *ajó* a las veinticuatro horas de bautizados; su mujer le daba a la sin hueso con las vecinas, de sol a sol; sus aprendices, cuando se cansaban de parlar, cantaban, que era seguir parlando por puntos de solfa; charloteaba más que veinte viejas un lorito que en la ventana de arriba se negaba con vanos pretextos a ir a la escuela y pedía la patita a los transeúntes, y para colmo, un mirlo, que nuestro barbero había prohijado, ya que ha-

blar no sabía, silbaba más que un solano en un cañaveral.

En este mirlo, tanto, al menos, como en sus hijos y en su mujer, tenía puestos sus sentidos y potencias nuestro rapabarbas, y a su enseñanza dedicaba los ratos de ocio, silbándole, como cariñoso maestro, junto a la jaula, horas y horas. Y, a la verdad, el diablo del mirlo —*Juaniyo,* como le decían— aprovechaba muy bien aquellas lecciones: silbaba de corrido el himno de Riego y medio sabía la marsellesa; mas el Barbero, para dar gusto a sus mejores parroquianos, hombres amigos del orden y de las prácticas religiosas, dejó en tal estado la enseñanza del himno francés y comenzó la del *Tantum ergo,* que, a su decir, "no cabía cosa más devota".

A esta barbería iba de ordinario a afeitarse el Doctor Thebussem. A afeitarse y, de camino, usurpando atribuciones, a *tomar el pelo* al rapador y a quien buenamente se terciaba. Y solía ser lo primero, al entrar, contemplar la jaula en que el mirlo, descansando un ratillo entre una y otra *silbata,* parecía adormido y tristón, y preguntar al Barbero con cómica inquietud:

—¿Qué tiene *Juanillo?* Lo encuentro amodorrado. ¿Se te irá a desgraciar este animal, que está de nones en el mundo?

Y el Barbero, que hablaba andaluz cerrado, respondía:

—¡Quiá! ¡Es que está cansaíyo! ¡Pos si esta mañana ha echao por ese pico to el ripirtorio:

el hirno e Riego, las coplas der *Moso crúo,* la marsiyesa...!

—Pero, hombre —advertía severamente el Doctor—, tú no quieres bien a *Juaniyo,* pues le enseñas esas cosas tan subversivas. ¿Tú no ves que cuando menos te percates, da España un vuelco, entran a mandar los reaccionarios, ponen a la nación en estado de guerra, y te cogen el mirlo y te lo fusilan en un santiamén?...

—¡Qué me han de afusilar...! —replicaba incrédulamente el Barbero—. *Juaniyo* chifla de tó; *Juaniyo* es lo que se yama un porpurrí. Pos ¿usté no lo ha bisto chiflá er *Tantu nergo,* que, escuchándolo, dan ganas de jincarse e roiyas?...

Otras veces, mudando de bisiesto, el Cartero honorario de España preguntábale:

—Vamos a ver: ¿en cuánto me venderías a *Juaniyo?*

Y el Barbero, mudando de color, respondía:

—Don Mariano, usté me perdone; pero ni a mi padre que gorbiera a lebantá la cabesa le bendía yo este pájaro por ningunos dineros der mundo. ¿Aónde iba yo aluego a jayá otro iguá, si ar lao de este músico se quea en pañales Palatín er de Sebiya? ¡Ni benderlo, ni darlo; pero que es más: ni emprestarlo a naide! ¡Me estoy yo mirando en *Juaniyo* como en un espejo!

Y puesto a encarecer su amor al mirlo, no acababa en media hora.

Pues bien, una mañanita temprano el Doctor llegó a la puerta del Barbero, le llamó con

ademán misterioso y a boca de jarro le espetó la siguiente demanda:

—Vengo a pedirte un favor muy grande. Como en mi casa me han oído elogiar tantas veces a *Juaniyo,* desean escucharlo un rato. Se trata de mujeres, y no es cosa de que vengan aquí a oírlo. Préstamelo siquiera por un par de horas; que yo te respondo de que nada le sucederá.

El Barbero, demudado el semblante, hilvanó algunas excusas; pero, al cabo, como Thebussem porfiase, dijo con gesto de resignación:

—Don Mariano, duriya es la prueba de amistá; pero ¡baya! Ni al Rey en persona le emprestaba yo er pájaro por un minuto siquiera.

Y descolgando la jaula, echó una mirada triste al animal, dió un hondo suspiro, la entregó a uno de los aprendices para que la llevara y encargó al Doctor, a quien había de acompañar el muchacho:

—Mucho cudiaíto, don Mariano de mi arma; que eso que ese niño yeba metío en esa jaula, ahí donde usté lo be, no es un mirlo, sino un ala de mi corasón.

....

Media hora después, Thebussem entraba en la barbería. El rapista, desemblantado, le preguntó:

—¿Y *Juaniyo...?* ¿Le ha pasao argo a *Juaniyo...?*

—Nada, hombre— respondió jovialmente el Doctor—. Allí quedan encantadas las mujeres escuchando aquella delicia.

—¿No ha estrañao er sitio? —interrogó ya tranquilo el Barbero.

—Al contrario —repuso el Doctor—; en seguida que colgaron la jaula empezó a cantar: está dando un gran concierto. Aféitame.

Hizo su oficio el Barbero, ponderando por millonésima vez las habilidades de *Juaniyo,* y cuando quitó el paño al Doctor, dijo éste:

—Ahora mismo te traerán el mirlo. Porque ¡valgan verdades! nadie en mi casa tenía ganas de escucharlo. Y ¡gracias a Dios que he podido afeitarme una vez siquiera sin oír silbar a *Juaniyo,* que malditos sean él y su música por siempre jamás!

XVI

EL RETRATO DEL OBISPO

El caso sucedió en Sevilla, siendo yo estudiante: allá por los años de 1878, uno más ó menos. Y fué ello que cierto joven nacido en las malvas y criado en las ortigas, pero rollizo y de buen ver, empeñóse en ser rico por medio de un sacramento, y después de lucir inútilmente durante un lustro la gallarda figura en templos y teatros, en paseos y salones, puso los traviesos ojos en cierta doncellota harto madura, hija única de padre millonario; pero tan privada de toda belleza corporal, que bien podía hacerse pasar por hermana gemela del Coco, de aquel feísimo ente imaginario con que las madres suelen amenazar a sus niños mamones para que se aquieten y se duerman. Y como a Clara (que era oscura como boca de lobo) no le pareciese costal de paja aquel Adonis que pretendía su amor, su mano y su caudal, trabaron muy luego relaciones de novios, y concertado el matrimonio en un

dos por tres, casáronse en haz y en paz de la Santa Madre Iglesia, de lo cual se holgó mucho el padre de aquella Picio con faldas, pues cada vez que contemplaba aquel rostro temía que, a pesar de sus talegas, se le quedase su pimpollito para vestir santos.

Los flamantes cónyuges se instalaron en una buena casa propia (¡claro que propia de Clara!), y de allí a poco abrieron sus salones, aparatosamente decorados, a *l'élite,* a la *crème,* o como mejor se diga en francés lo que a los españoles no vulgares parece mal decir en español. Y a fe que había mucho que mirar y que admirar en la morada de los recién casados, además de la *claridad* de Clara y la frescura de Juanito Sánchez, que así se llamaba el valiente que había hecho la heroicidad de cargar con ella (bien que, ya en vísperas del matrimonio, añadió a su apellido un sonoro *de Alburquerque,* sacado no se sabe de dónde); pero entre tantas riquezas como llenaban, y aun macizaban, con deplorable gusto, aquellas estancias lujosas, nada llamó tanto la atención de los visitantes como la armería y la colección de retratos de familia. ¿De dónde habría salido todo aquello? ¿Qué armaduras de abolengo eran las que allí resplandecían, en vez de lucir las rejas de arado, las azadas y las hoces con que los Sánchez de tres siglos, hijos y nietos de cien Sanchos, habían humildemente cultivado la tierra y segado las mieses, no siquiera de pegujares propios, sino de los ajenos, a cambio de

míseros jornales? Pues por lo que hace a Clara, sabidísimo era que su padre y su abuelo habían labrado su fortuna ocupándose allende el Atlántico en el tráfico del ébano vivo, por lo cual a su descendencia no podía estarle bien exhibir relucientes corazas, sino negras pailas, mohosas cadenas y herrumbrosos grillos.

Y ¿qué decir de la larga serie de retratos familiares, toda compuesta de bizarros mílites, adustos garnachas, severos eclesiásticos y majestuosos señorones? ¿Por dónde diablos emparentaba ninguno de los recién casados con aquellas figuras de antaño, dijeran lo que dijeran los letreros que pomposamente insinuaban agnaciones y cognaciones honrosísimas? ¿De dónde, verbigracia, había salido aquel obispo venerable, de rostro cetrino y enjuto, que, calada la mitra y juntas las manos, como en oración, parecía mirar al cielo, implorando para su pecadora grey, a guisa de buen pastor, la divina misericordia? Era tan patente y tan burda toda esta *contrefaçon,* como decían, tratando de ello, las damiselas y los gomosos más galicanos de la Sevilla de aquel entonces, que bien merecía disculpa el chismoso runrún de los amigos de Sánchez y de su mujer, y como a lugar de burlas acudían semanalmente a su casa para dar un nuevo vistazo a los retratos y las armaduras y un nuevo filo a las murmuradoras lenguas.

Por aquellas calendas hallábase en la hermosa ciudad de la Giralda un rico y extravagante señor

inglés, llamado míster Hudson, aficionadísimo a las Bellas Artes, quien, visitando con frecuencia a Sevilla desde había más de quince años, pasábase allí lo más del tiempo. Estaba muy bien relacionado con las principales familias sevillanas, y, oyendo hablar y chismear acerca de los retratos del ensanchado Sánchez de Alburquerque, buscó quien le presentase a él, y allá fué a examinarlos, en la buena compañía de dos amigos, marqués el uno y pintor el otro, y del mismo descendiente de tantos abuelos ilustres. Pasando revista minuciosa a todos los lienzos, al llegar al del piadoso Obispo, escapáronsele estas palabras:

—¡Yo conozco este retrato! ¿Dónde, dónde le he visto yo mucho antes de ahora?

Sánchez perdió el color y balbució una respuesta:

—Probablemente lo habrá usted visto en poder de algún pariente mío. Como yo estaba soltero y no tenía puesta casa...

Calló el inglés; pero era testarudo, y al salir de la de Sánchez dijo a los amigos que le acompañaban:

—En efecto, señores, yo conozco ese retrato de obispo, de cuatro o seis años acá. Ahora no recuerdo dónde lo vi; pero no he de parar hasta poner esto en claro.

El pintor entre sus amistades y el Marqués entre las familias aristocráticas, hicieron cundir la voz de que míster Hudson andaba podenqueando

muy a la inglesa acerca del origen de aquel retrato de obispo que tanto había dado que pensar y que decir a la buena sociedad sevillana, y dondequiera que se topaban con el cachazudo inglés preguntábanle:

—¿Cómo va esa indagación? ¿Sabremos, al fin, de dónde ha venido su Ilustrísima a la casa del ínclito Alburquerque?

Y al cabo se supo, gracias a las penosas diligencias practicadas por el infatigable pesquisidor. Míster Hudson, cinco años atrás, había visto, no en Sevilla, sino en Cádiz, a aquel prelado venerable... ¿Cómo y dónde?, pensará el lector. Pues entre muchas figuras, y en un gran lienzo: ¡en un retablo de ánimas! Ya con este primer recuerdo, a nuestro inglés no le fué muy difícil averiguar lo demás: un chamarilero, encargado por Sánchez y doña Clara de abastecerles de ilustre parentela, compró por seis maravedís el tal retablo, de donde, recortada y pegada por hábil restaurador la figura del obispo, y puesta debajo, a gusto de Sánchez, la inscripción oportuna, quedó un pariente tal, como arreglado a la medida de la vanidad más petulante.

Súpose en todas partes lo inquirido por míster Hudson, y hubo broma general y aceradas pullas. Una condesa más vieja que Matusalén, muy arrugada, pero muy fresca (y aquí son perfectamente compatibles ambos adjetivos), dijo a Sánchez, visitando la ya famosa galería de retratos:

—Alburquerque, ¿no es verdad que, por la ex-

presión angustiosa del semblante, parece propiamente que este obispo, hermano de su bisabuelo de usted, está ardiendo en vivas llamas?

Y divulgándose el caso, se hizo común en Sevilla esta laudatoria afirmación:

"Juanito Sánchez ha ganado el Cielo, porque ha sacado del Purgatorio a un obispo y del Infierno a una solterona fea y desesperada."

XVII

LA FUERZA DEL SINO

Socorriendo a los necesitados, quiero decir, prestándoles dinero a plazo corto, el liberalísimo Mendoza, de un don Nadie que era, llegó a ser un don Alguien, y hasta un don Mucho, a la vuelta de una docena de años.

Como Dios da ciento por uno, y los pobres son imágenes de Dios, Mendoza se creía con derecho a obtener de ellos otro tanto, y así, teníase por el hombre más caritativo del mundo al contentarse con exigirles tan sólo el cinco por ciento de interés: digo, el cinco por ciento mensual; por donde aquel filántropo era para el pueblo andaluz en que vivía una providencia, y hasta, si se quiere, una sentencia de remate.

Pero las gentes son malas; el árbol del favor tiene por natural fruto la ingratitud, y los mismos sujetos benéficamente socorridos hablaban pestes de Mendoza, claro es que en voz quedita y a sus espaldas; que peto a peto bien que le sonreían y

le bailaban el agua delante; pues no sé qué tiene de mágico el dinero, aun el mal venido, que quien lo posee, aunque no sea capaz de dar sino desazones, se hace respetar y adular hasta de los más irrespetuosos y díscolos. Por eso, y por otras cosas, se dijo: "*Beati possidentes*".

Crecía aquella casa como la espuma, a costa de casi todas las familias del pueblo, tributarias del piadoso Mendoza, quien, ora disfrazando sus obras de caridad, por pura modestia, bajo el nombre de compras con pacto de retro, ora asegurando el reembolso con unos pagarés muy cucos, por medio de los cuales el deudor y el fiador solidario quedaban más amarrados que perros de cortijo, solía ¡eso sí! esperar a sus deudores por la paga, luego que vencía el plazo, desde la puesta del sol hasta el toque de oraciones: casi un cuarto de hora.

Pero no era todo júbilo la gran Toledo. Mendoza había tomado por mujer, siendo ya riquito, a una bendita de Dios, que, para serlo enteramente, éralo hasta por el nombre: Benita se llamaba. Ella, por su buen corazón, se adolecía de los infelices a quienes su marido estezaba, e intercedía por ellos, y hablábale de humanidad, de conciencia, de muchas cosas de este linaje, que era lo propio que hablarle en gringo, porque el adinerado Mendoza no entendía más que de réditos y ganancias, ni sentía ganas de llorar sino cuando, por gran rareza, se le hacía incobrable alguno de sus pagarés.

En balde la buena mujer, con el plausible intento de corregirle, manifestábale que todo el pueblo le mentaba con el bochornoso mote de *la paulilla,* nombre de una plaga del trigo; en vano le apercibía y amenazaba con las penas del infierno, en donde dineros no valen; a lo uno replicaba: "*¿La paulilla...?* Eso ya me lo sabía yo. Entre ser trigo y ser *paulilla,* más vale ser esto último." Y para lo otro hallaba un bravo remedio: al morir dejaría, si le cogía de ese humor, dinero largo para misas, con muchos amenes, porque, a lo que dicen, muchos amenes al cielo llegan, y si le apuraba el miedo, ya fundaría él un hospital que diese quince y raya a aquel otro fundado por el celebérrimo don Juan de Robres.

Yendo y viniendo días, sobrevino a la excelente mujer un mal que, si no fué el de la muerte, era su pariente propincuo. En las largas veladas de aquella penosa enfermedad, Benita solía porfiar con su marido para que, ya que prestase, redujera razonablemente los réditos.

—Porque yo no te digo —añadía— que eso que tú haces sea... ¡vamos, aquello!; pero no dudes que se le parece mucho. Y hasta yo tengo muy cargada mi conciencia, pues aunque eres tú quien presta esos dineros, a la postre, yo como y visto de lo que así apañas, y el hambre y las lágrimas del prójimo son nuestra abundancia y nuestra alegría. Créelo: preferiría un pedazo de pan prieto venido de otra manera.

Ya que no te enmiendas por ti, hazlo, Antonio, por mí siquiera, que me encuentro al borde de la sepultura y en vísperas de dar cuenta a Dios. Y si tuviéramos hijos, ¡vaya!; pero, hombre, para dos grumos que somos, ¿a qué te empeñas en vender el alma al diablo?

Tanto rogó la enferma, que Mendoza, aunque a regañadientes, le prometió enmendarse... un poquito, pues no estaban los tiempos para hacer milagros.

A la verdad, Mendoza, que, por no dar nada a nadie en toda su retrechera vida, no había dado palabra concreta de lo que haría en punto a intereses, pensaba en reducirlos algo..., sólo en cuanto a lo que prestase durante los pocos días que su mujer tardara en cerrar el ojo, porque era lo cierto que el médico daba el pleito por perdido, aunque sin las costas por lo que tocaba a él y a su compadre el boticario. Pero no: quedábanle a Benita días en que vivir, y a pesar del médico y de los emplastos, píldoras y potingues, salió de peligro y empezó a convalecer.

Dos semanas después de la conferencia referida, y como la convaleciente se hubiese acostado a prima noche, Mendoza, en una salita inmediata al lecho, repasaba, tomando notas, un mazo de pagarés, que, de fijo, no lo saltaría un galgo. Enfrascado estaba en su tarea cuando llamaron al portón. Con las usuales precauciones lo abrió él mismo (porque su desconfianza de avariento no le permitía que la sirviente perma-

neciera en su casa después del sol puesto) y dijo a media voz al que entraba:

—Adelante, tío Juan; usté es de confianza; pero hable usté de queíto, porque Benita se acaba de dormir.

Entraron en la sala. El tío Juan, que era un labradorcete de medio pelo, de esos a quienes nunca alcanza la sal al agua, porque, entre contribuciones, impuestos, usuras, malas cosechas y abundancia de hijos bigardos, jamás salen de ahogos, dijo atribuladamente a Mendoza:

—Señó Antonio, ¡las plagas! Ahí, en mi mesma casa tengo las plagas de Egito, toas cabales, porque son tres, pero valen por diez, y jasta por chilenta: un escribano, un precuraor y un menistro, u er demonio que se los coma, Cristo Padre me perdone. ¡Ya resoyó la libransa e seula e Maoliyo y los pajoleros ochabos que tomé pa eya, que mar fin tengan! Bienen a que yo pague en el arto, o a erritirme; que erritíos se bean eyos y er padre que los fundó. ¡Señó Antonio, por los santos apóstoles, menos Júas, sáqueme usté de este atoyaero! Ocho mir reales justos me jasen farta pa completá las dos mir pesetas que me píen; ¡pero que es ya, ya mesmito!

—Baje usté la voz —interrumpió Mendoza, añadiendo—: Yo, la verdá, los tengo..., los tenía, porque ya están comprometíos pa entregarlos mañana. Así es que, tío Juan, a otra puerta. ¡No pueo!

—¡Por bía e nadiós! —exclamó el tío Juan con angustia—. ¡Pos jaga usté un poer, señó Antonio e mis curpas, porque estas fatigas e muerte no dan espera! Misté que me esloman si no pago esta mesma noche; que es la justisia... ¿Qué quié isí la justisia más que er santolio y er faró?... ¿Qué quié isí más que jasé yesca y pórbora y ersalación esos tres o cuatro puñaos e tierra compraos a costa e suar la frente un año y otro año, jasta cuarenta años? ¡Ná, no da aguarde esta tormenta e rayos que me se ha benío ensima! ¡Ocho mir reales, por el Enclabao, señó Antonio!

—Pues, hombre —repuso Mendoza como contrariado—, dejaré sin dinero a ese buen amigo por tal de servir a usté. Pero tendrá usté que tomarlo en las mismas condiciones en que él lo tenía apalabrado.

—¿A cómo? —preguntó el tío Juan, a quien no le llegaba la camisa al cuerpo, porque sabía cómo las gastaba aquel vampiro.

Y Mendoza, bajando aún más la voz, dijo:

—Pues... ¡poca cosa! Al cuarenta.

El tío Juan estuvo para caerse redondo al suelo. En la habitación de la enferma sonó una tosecilla leve, como de carraspera. Mendoza, frunciendo el hocico a lo hurón, miró de reojo hacia la entornada puerta de cristales, en tanto que el tío Juan, apenas repuesto y trasudando, exclamaba:

—Señó Antonio, ¿ar cuarenta? ¿Está usté en

su juisio? ¡Eso es tirarle de los pies a un ajorcao! ¿No bé usté que er remedio ba a sé muncho más malo que la enfermeá? ¡Tenga usté consensia; por Dios se lo pío!

—Hombre —dijo Mendoza contrariado, más por la tosecilla que por el reproche—, caro, caro, que digamos caro, no es caro ese dinero, pa como están las cosas: que no hay en el pueblo seis perras chicas. En fin, porque usté vea que me intereso en su desgracia, se lo pondré al treinta y seis.

Nueva tosecilla de la convaleciente, nueva mirada, ésta de indignación, del benéfico Mendoza, y nueva súplica del tío Juan, quien, probando a dar con la cuerda sensible, si es que tenía alguna cuerda sensible aquel hombre sin entrañas, preguntó:

—¿Es señá Benita quien tose? ¿Cómo se encuentra? Crea usté, señó Antonio, que nunca la orbío en mis cortas orasiones.

Y Mendoza, con voz meliflua, que distaba mucho de corresponder a la airada expresión de sus ojos, dijo hipócritamente:

—Toavía anda malucha la pobre.

Y añadió con tono resuelto:

—Con que otra palabra, y sea la última. Voy a darle a usté ese dinero... al treinta..., digo, al treinta y dos. Me parece...

Tosió de nuevo Benita, esta vez fuerte y repetidamente, y Mendoza, ya fuera de sí, miró con descaro hacia la alcoba y, dando en la mesa

un puñetazo que puso en peligro el quinqué y la panzuda botella del agua, gritó como un energúmeno, echando venablos por los ojos:

—¡Del treinta no lo bajo, aunque te ajogues! ¿Quién te ha dicho a ti, so tonta, beata, que yo he nasío pa santo?

XVIII

HERIR POR LOS MISMOS FILOS

Las más felices ocurrencias, las anécdotas más originales que ofrece a cada paso la práctica de la vida suelen quedarse casi ignoradas y perderse a la postre, por falta de una mano curiosa que las escriba y divulgue. Y con ellas piérdese para siempre la grata memoria de los sujetos ingeniosos a quienes se debieron, tal como si no hubieran pasado por el mundo.

¡Cuántos tesoros de deleitosa gracia y de útil experiencia no se habrán sepultado en la sima sin fondo del olvido, después de malvivir entre contadas personas hasta dos o tres generaciones! ¡Cuántos Patronios no habrían podido apacentar en ellos la memoria y el gusto, para adoctrinar después con "enxemplos aprovechosos" a tantos y tantos condes Lucanores como andan por el mundo faltos del buen aviso de la experiencia ajena!...

Digo todo esto acordándome de mi amigo y mi también maestro de abogacía don Miguel Co-

rona y Pece, que llevó a Sevilla, en donde vivió y murió de todos querido, muchas arrobas de nativo ingenio y muchos quintales de gracia de la gaditana sierra de Grazalema, en que vió la primera luz. Un voluminoso libro podría escribirse de sus ocurrencias más chispeantes y dignas de publicidad, y algunas, burla burlando, contaré yo en mis pobres artículos, aunque, por natural deficiencia mía, de lo bien ejecutado a lo mal referido haya de haber todavía más distancia que de lo vivo a lo pintado.

Entre sus muchas buenas cualidades tenía don Miguel la de llevar dentro del pecho un corazón de oro; y entre sus pocas no tan buenas, una grandísima falta de carácter, que era, de seguro, legítimo efecto de aquella causa. Así, todo el mundo hacía de don Miguel lo que quería. Dos cosas hay que los hombres suelen estimar sobremanera: su dinero y su tiempo. Pues bien, el tiempo y el dinero de Corona eran, como cosa *nullius,* del primer ocupante que llegaba. El sablista más bozal le sacaba en un decir pin cinco pesetas; el pleitista más desopinado y aborrecible le entretenía y usufructuaba de por vida, sin darle a ganar ni aun la esperanza de un maravedí.

Uno de los peores inconvenientes de aquella falta de carácter para oxear a tantas moscas y moscardones como de continuo le rodeaban, era que, siendo Corona, por su liberal corazón, harto pródigo en prometer, y pues quien promete en

deuda se mete, estaba metido en deuda con todos aquellos que le habían pedido algo así como empleos o cosa análoga, y asediado continuamente de una nube de solicitantes, que le tenían asido por su palabra. Y como nuestro don Miguel no podía cumplir ni la décima parte de lo que ofrecía, y a su buena voluntad repugnaba desahuciar a nadie, venían las palabras a ocupar el lugar de los hechos, de tal manera, que era para verse y desearse el conversar con tanta gente. todos reclamando, punto menos que por la vía de apremio, el cumplimiento de las promesas en mal hora echadas al aire.

La bondad casi infantil de don Miguel Corona hízose, por estos caminos, tan proverbial en Sevilla, que para acudir a él nadie buscaba recomendación ni entendía serle necesario anterior conocimiento. Su casa, franca para todos, era un jubileo: cada cual se entraba en ella lo mismo que Pedro por la suya, y nuestro hombre pasaba las moradas (y aun las verdes, como, confundiendo festivamente pesares con aceitunas, dicen los sevillanos) para dictar a su escribiente, ya agotado el término judicial, cualquier escrito, porque, entre renglón y renglón, sin que a evitarlo bastaran pasantes ni criados, le interrumpían, como aposta y por turno, seis u ocho de sus entretenidos pretensores.

Cierto día colósele de rondón en el estudio un sujeto de más que mediana edad y de menos que mediano pelaje. Tenía cara de perfecto sinver-

güenza, y bien demostró, luego que empezó a hablar, que le había cabido en suerte su cara propia en el reparto universal de las caras.

—Usté no tendrá el gusto de conocerme —dijo a don Miguel, quizás por torpeza, o quizás por socarronería.

—Está usté equivocado, amigo —respondió Corona—; pues si bien no le he visto nunca, ya lo veo y lo oigo, y tengo ese gusto. ¿Qué es lo que usté desea? ¡Ligerito, porque tengo mucho que hacer!

—Con franqueza —añadió el visitante, tomando asiento, por empezar a tomar algo—: yo, como usté ve, paso ya de los cuarenta, estoy solo en el mundo, ¡solito!, y quisiera...

—¿Casarse? —interrumpió Corona con aquella cómica seriedad que era su principal gracia.

—¿Casarme? No. ¡Dios me libre! —enmendó el advenedizo—. Digo que quisiera un empleíllo..., así como para mí: de poco trabajo, porque, la verdad, no ando bueno de la cintura, y que, cuando menos, me diera mis cuatro o cinco pesetitas diarias...

—Hombre, cabalmente sé de un empleo de esas circunstancias —dijo Corona—. Da qué hacer, a lo sumo, un par de días al año ¡ya usted ve que no es para matarse! y viene a tener el sueldo que usted apetece. Pero ese destino no está vacante ahora. ¿Sabe usté cuál es?

—No, señor.

—¡El de verdugo de la Audiencia territorial!

Y el visitante, santiguándose al oír tal cosa, exclamó con forzada sonrisa:

—¡Ave María, y qué destinito!

—Pues, amigo, por ahora no sé de otro —dijo Corona, poniéndose en pie para que el importuno hiciera lo propio y se largara con viento fresco.

Pero el hombre no tenía prisa, y ¡como si tal cosa! prosiguió sentado su autorrecomendación:

—No; si yo no digo que esto sea puñalada de pícaro. Vengo a pedir a usté el favor de que hable a sus amigos y esté a la mira para cuando caiga alguna cosita que me convenga. En cualquier parte: lo mismo me da que sea aquí como que sea en la China. Pero, sobre todo, cosa de poquito trabajo, ¿eh? Así como tener cuenta con los canarios de un conde, o sacar de paseo el perrito de alguna señorona... ¡Ah! y que no sea cosa de policía, porque yo, la verdad, no tengo nada de valiente, y como, además, no ando bueno de la cintura... En fin, no hay que hablar más por hoy. Usté queda en el encargo, y yo daré una vueltecita. ¡Usté va a ser mi padre, don Miguel! Vaya, hasta otro día, y que no me eche usté en olvido.

Y, al fin, se fué, y don Miguel exclamó, mirando a la puerta por donde se había ido:

—¡Del mundo te echaría yo si pudiera!

....

Menudearon las visitas, y siempre, como si lo hiciera adrede, a las horas en que don Miguel

estaba más atareado. Y cuando algún pasante quería atajar al importuno, éste decía con angelical llaneza:

—No, no; usté perdone. ¡Si yo soy como de casa!

Y se colaba como trasquilado por iglesia hasta el despacho reservado, y en siendo otras horas, hasta el comedor o el gabinete. Don Miguel desesperábase a ratos; pero otros echábalo a broma, y decía a su visitante al verle entrar:

—¡Caramba, hombre, que me tenía usté con cuidado! ¡Creí que estaba usté enfermo y que ya hoy no vendría por aquí!

—Pero ¿hay algo de nuevo? —preguntaba ansioso el posma.

—Hay... un día menos que ayer. Y hay que yo no puedo colocar a usté en maldita la cosa. Así, busque en otra parte, por Dios santo, y déjeme ya en paz.

—¡Cualquier día, don Miguel! —exclamaba en tono jovial el jaqueca, poniéndole familiarmente la mano sobre el hombro—. ¡Esta cruz mía tiene usté que llevarla hasta el Calvario!

Y, además, se descomedía a pedirle, cuándo un cigarro y cuándo un par de realetes. Dábaselos Corona con cristiana resignación, y el otro decía:

—Don Miguel, usté me perdone esta libertad; pero ¡canario! cuando uno no tiene...

—Cuando uno no tiene —amplificaba Corona—, no queda ¡recanario! más que un recur-

so: pedirle a Dios que no sean dos los que no tengan.

—Ya digo que usté me dispensará.

—¡Quiá! ¿Dispensar...? —añadía Corona con sonrisa de mártir—. ¡Hombre, si yo tengo debilidad por usté!

Aquello parecía ir para largo, y para largo habría ido, en efecto, a no suceder lo que ahora mismo verá el curioso lector.

Llegó un día el pretendiente, y don Miguel, que estaba atareadísimo despachando un pleito apremiado, oyó la voz del posma, que porfiaba con un pasante para que le dejase entrar.

—Pero ¿qué se ha creído ese hombre? —dijo Corona a su amanuense—. ¿Que yo soy acomodador de sirvientes?... ¡Esto es inaguantable, y se va a acabar ahora mismo! ¡Pero que es ya! Dile a ese tabardillo que pase.

Pasó el tabardillo, y díjole Corona, dulcificando la agria expresión del semblante:

—Todas las cosas tienen fin, y hoy, gracias a Dios, va a tenerlo nuestro asunto. ¡Ya llegó el lobo a la mata!

—Pero ¿qué? —preguntó el otro con cara de regocijo—. ¿Ya salió adelante lo de mi empleo?

—No, pero va usté a tenerlo en seguida. Ahora, silencio.

Y añadió, dirigiéndose a su escribiente:

—Coge papel para una carta.

El posma fué todo oídos, y don Miguel dictó:

"Excelentísimo señor Gobernador civil de Valencia.

"Mi muy querido amigo: Llegó la hora de ocupar la afectuosa voluntad de usted. El portador de la presente, don..."

—¿Cómo se llama usté? —preguntó Corona, interrumpiendo su dictado—. Porque es el caso ¡caramba! que a estas horas no sé su nombre.

—Juan Garfio —respondió el interpelado.

Y siguió dictando don Miguel:

"El portador de la presente, don Juan Garfio, necesita agarrarse a un destinillo de poco o ningún trabajo, y que le dé, sahumaditas, cuatro o cinco pesetas diarias. Yo ruego a usted encarecidamente que se lo proporcione, y siendo así, él se alegrará mucho y yo me quedaré, cual decirse suele, como perro a quien le quitan pulgas.

"Muchas gracias por adelantado, y usted mande a su invariable amigo, que le quiere y besa su mano..."

Y, mojando una pluma, firmó.

El posma no chistaba, y díjole don Miguel, mientras el amanuense ponía el sobrescrito:

—Con esta carta sale usté en seguida para Valencia. Las misas, de cuerpo presente... ¡Silencio! Ya sé lo que usté me va a decir: que no tiene dinero para el viaje. Allá va un duro, y sobre un huevo pone la gallina. Junte usté por ahí lo que le falta. Llegado a Valencia, ve usté al Gobernador y le da en su mano propia la carta de su amiguísimo de su alma. Esto será, como

quien dice, llegar y besar: ¡a las veinticuatro horas, colocado! Conque buen viaje y buena suerte.

....

No habían pasado diez días, cuando mi Juan Garfio penetraba de nuevo en el estudio de don Miguel Corona.

—¿Qué es esto? ¿Usté tan pronto por estas tierras?

—Sí, señor; vengo a preguntar a usté qué es lo que ha hecho conmigo; porque esto no se hace con ningún cristiano.

—A ver, a ver, explíquese usté. ¿No fué usté colocado en seguida?

—¡Demasiado sabe usté que no! Yo llegué a Valencia; vi al Gobernador, para lo cual perdí dos días; le entregué la carta, la leyó, y primero se quedó como pensativo... Luego la volvió a leer en alta voz: leía y me miraba, y al llegar a lo del perro que le quitan las pulgas, se echó a reir y me dijo: "Yo no conozco a este señor Corona; pero de seguro será un hombre de mucha gracia. Él ha querido quitarse de encima una mosca, y me la manda a Valencia, como si aquí no hubiera de eso." Y me dió un volante para que regresara de balde en el ferrocarril, y me encargó que le hiciera a usté una visita en su nombre.

Y tomando un acento de reconvención que concordaba muy mal con aquel otro en que solía pedir los cigarrillos y el par de realetes, añadió:

—Don Miguel, ¡esto no está en el orden! ¿Có-

mo, sin conocer al Gobernador de Valencia, le escribió usté pidiéndole un destino?

Y respondió Corona donosamente:

—¡Hombre, me gusta la pregunta! De la mismísima manera que usté, sin conocerme, vino a pedírmelo a mí, y se me ha colado en la casa, que ni con agua hirviendo le puedo despegar. ¡Ea, largo de aquí, a freír monas y a buscar la gandaya por esos mundos!

XIX

"VENDE UN LORO"

¿Cómo, cuándo y de qué sucesos nacieron tantas *frases hechas* como pueblan nuestro lenguaje popular y son sal y gracioso ornato de las conversaciones familiares? ¿De dónde salieron, verbigracia, *Picio,* el prototipo de la fealdad, *Cachano,* a quien los desesperados llaman con dos tejas, *Lucas Gómez,* el que la erró estupendamente al firmar y escribió *lo que no puede decirse* (y cuenta que no fué el celebrado drama de este título), y, con ellos, centenares de españoles a quienes todos conocemos y nadie ha visto, gente —como dije en otro lugar— que pasó, por acá o por allá, anteayer o ha siglos, los cuatro días miserables de la vida mortal, y que, sin ser grandes estadistas, temibles capitanes, sabios famosos, artistas egregios ni toreros renombrados, obtuvieron la inmortalidad, porque al pueblo le dió la real gana de adjudicársela, y entre nosotros se han quedado, invisibles, pero bullidores, como simpáticos duendecillos familiares,

de quienes no queremos, ni podríamos aunque lo intentásemos, vernos libres? ¿Por qué, en fin, se dijo cada una de tantas y tantas expresiones pintorescas, que, nacidas en buen hora, ya de tal o cual suceso realmente acaecido, o ya de tal o cual cuentecillo imaginado, tan de por vida se nos pegaron en el habla, que ni a tres tirones se avienen a irse de ella...?

Frecuente ha sido en nuestros escritores el intento de esclarecer estos orígenes, oscurísimos así por lo humildes como por lo remotos, y los que más adelantaron en esta ardua tarea, antes y después de publicado *El sobremesa y alivio de caminantes,* no pasaron de andar a tientas entre mal fundadas conjeturas, o de inventar historietas con que atribuír falsa, aunque ingeniosa filiación, a las frases inexplicadas. En este punto, por maravilla encuentran los estudiosos una explicación que satisfaga a su deseo de hallar la verdad.

Tal casta de frases no es toda arcaica y del tiempo de Maricastaña, no: cada día están naciendo en el vastísimo campo de la realidad expresiones nuevas que, por originales, pintorescas y expresivas, pasan muy luego de boca en boca, como el bostezo, y, a fuerza de ser repetidas, ganan carta de naturaleza y arraigo en el habla vulgar; pero como casi nadie las conoce acabadas de nacer, después, cuando se han extendido y divulgado, es harto difícil averiguar su procedencia. Pasa lo que con la copla cuando ya está vulgarizada. ¿Quién acertará a saber de qué nido

salió la avecilla que ya revuela agilísima por todas partes?

Por excepción, un mi amigo ha asistido, allende el Atlántico, en el nacimiento de una de esas frases proverbiales, y yo, en el de algunas otras, en las feraces tierras y bajo el alegre cielo de Andalucía. No se cuidara nadie de escribir estos orígenes, y, pasado algún tiempo, quedarían ignorados para siempre. Me limitaré, por hoy, a relatar el hecho de que nació la indicada frase ultramarina.

En la capital de la isla de Cuba óyese a menudo la expresión *Ése vende un loro,* dicha siempre de quien promete mucho más que cumple; de quien, como reza el refrán, "manda potros, y da pocos"; de cualquier sujeto, en fin, por quien se pueda recordar aquello de una comedia antigua:

"El empuñar fué de César;
Pero el dar es de Fernández."

Y ¿por qué se llamó a todo eso *vender un loro?* Esto es lo que pocos saben y lo que yo os quiero contar hoy.

Habrá cosa de un tercio de siglo, llegó a la Habana cierto español que *tuvo,* pero no *retuvo,* ni, por tanto, guardó para la vejez. Quiero decir, que sus padres se habían llamado hogaza, pero él se moría de hambre, pues de sus buenos tiempos sólo conservaba como reliquias los recuerdos de la opulencia pasada y unas cuantas condecoraciones y títulos vanos, de esos que para nada

suelen servir a un pobre sino para hacer más visible y bochornosa su miseria. Sabido es que las *encomiendas* sólo son buenas para *en comiendo*. Nuestro hombre, vástago de noble familia, había tenido tan mala cabeza como buenos pies, y corrido en fútiles devaneos hasta que gastó alegre y tontamente la última de las pesetas heredadas; y ya que frisaba su edad con los cincuenta años, mudó de bisiesto aquel solterón impenitente, y, sableando una vez más a sus deudos para allegar el coste del pasaje y de algunos meses de manutención, fuése a Cuba en la sola compañía de dos poco provistos maletones y de media docena de cartas de recomendación, de esas que, como los ochos y nueves de las barajas de naipes, no suelen servir para maldita de Dios la cosa.

¿El plan de don Pompeyo, que así, pomposamente se llamaba nuestro hombre? El más sencillo, y aun el más *simple* del mundo, porque él siempre tuvo poca sal en la mollera. Proponíase llamar la atención de las habaneras jóvenes, guapas y ricas sobre los ya averiados restos de su apostura y gentileza, y señaladamente, sobre sus apellidos, títulos y condecoraciones; que, echado al mar social este anzuelo, imaginaba él que no faltarían peces que picasen. Llegado, hospedóse en una fonda de buen tono y comenzó a arbitrar la mejor manera de lograr su intento. Pero ¿cómo obtener en el poco tiempo que podían durarle sus recursos la notoriedad de su ilustre nombre y de sus chirimbolos condecora-

tivos? Para conseguirla, escaso de meollo como era, hizo unas cuantas ridiculeces mayúsculas: bajó vestido de maestrante al comedor del hotel; hízose retratar, con más cruces que tienen diez calvarios, en cuantos establecimientos fotográficos había en las principales calles de la ciudad, y compró un loro, para enseñarle a que gritase en el balcón de su cuarto: "¡Yo, yo soy el lorito de su excelencia! ¡Papa al lorito del señor Vizconde! ¡Papa, papa, excelentísimo señor!"

Pero ¡ni por esas! Pasábase el tiempo, el dinero se acababa, y ni el condenado loro salía de su "¡A babor! ¡A estribor!", como si anduviese en navegación perpetua, ni caía del cielo aquel apetecido maná, en la soñada forma de habanera joven, guapa y rica, para solaz y remedio de un cincuentón tronado y *fané.* En resolución, don Pompeyo, renegando de su pícara suerte y del inútil loro, discurrrió que, aunque este animal, con terquedad *brazileira,* se negaba a pregonar a los cuatro vientos la *excelencia* de su amo, aún, *velis nolis,* podía servirle para proclamarla en las planas de anuncios de los diarios más populares. Y como lo pensó lo hizo: al día siguiente leíase en algunos de ellos, impreso en letras garrafales, este original anuncio, y cuenta que invento para el caso nombres y títulos diversos, pero análogos a los del peregrino anunciante:

"El excelentísimo e ilustrísimo señor don Pompeyo del Alcázar y de los Palacios, vizconde del Alcornocal, maestrante de Vitigudino, condecora-

do con las grandes cruces de..., de... y de..., y con las encomiendas de..., de... y de..., soltero, de buen parecer y de cuarenta años,

VENDE UN LORO.

Dan razón en la portería del hotel X, donde se hospeda el ilustre dueño."

¡Bien tuvieron que reír las gentes, y especialmente los españoles que conocían al vendedor, cuando leyeron el pomposísimo anuncio o disimulada petición de matrimonio de don Pompeyo! ¡Tanto aparato y tanto ruido para vender un loro! Comentaron *la réclame* en décimas y redondillas los poetas maleantes habaneros, y en pocos días el *Vende un loro* hízose refrancillo general. "*¡Ése vende un loro!*", se dijo desde entonces de cuantos, por el enorme trecho que media entre su decir y su hacer, entre su amagar y su dar, entre lo que pregonan y lo que venden, traen a la memoria el ridículo ratoncillo en que, al cabo, vino a resolverse la proverbial y ruidosa preñez de los montes.

XX

AL MAESTRO, CUCHILLADA

Corría el tiempo en que campaban por sus respetos en las tierras andaluzas los bandidos más o menos *generosos* a quienes inmortalizaron, con fama no envidiable, la imaginación popular, siempre amiga de los valientes, y los antiguos novelistas de a cuartillo de real la entrega, nunca enemigos de su provecho. José María,

> "El que a los ricos robaba
> Y a los pobres socorría",

y Diego Corrientes, *e tutti quanti,* habían llenado del estruendoso ruido de sus fazañas todo el mundo y sembrado de cadáveres y hecho sembrar de cruces conmemorativas muchas encrucijadas; y como para los buenos ejemplos jamás faltaron imitadores, echábanse al campo, en lucha abierta con la ley y con la sociedad, cien hombres desesperados, pero valerosos, tomando dineros a los transeúntes, bien que sobre la hipoteca tácita de sus gaznates. Uno de estos bravos, capaz de dar diez fechorías de ventaja al mismísimo proverbial Francisco Esteban, el Guapo, fué el

héroe de mi cuento, o, por mejor decir, de mi historia.

Llamábase Juan (no citaré el apellido), y era natural de Estepa. De su vida podría escribirse un libro, y aun alguien probó a acometer la empresa; de sus milagros nada se diga: no hizo tantos ni tan estupendos San Antonio de Padua. Con todo eso, no era *señó Juan* de los más sanguinarios: pedía con trabuco, ciertamente, como el mendigo del *Gil Blas;* pero si el viandante era blando de corazón y soltaba la bolsa sin hacer resistencia, quedaban tan amigos. ¡Allí no había pasado nada!

Celebrábase la feria en cierto lugarejo de la provincia de Sevilla, y nuestro héroe y su gente, en espera del regreso de los traficantes, tomaron tranquila posesión de un ventorrillo. Ellos andaban perseguidos y puestos a pregón, y ya que no podían llegarse a poblado ni, por tanto, comprar ni vender en los ejidos, razonable cosa les parecía negociar con los que a tal prohibición no estaban sujetos y compartir amistosamente sus ganancias.

Asomó el primer grupo de feriantes: quince o veinte hombres, quién conduciendo caballerías recién compradas, quién cabalgando en buena mula y guardando en el clásico bolso verde de dos anillas los brillantes centenes, precio de sus ganados, y quién, por último, a pie detrás de un mal borriquillo, porteando de retorno los restos no vendidos de su mercancía.

Avisó el vigía al Caporal, asomóse éste a la puerta de la venta, y pareciéndole gente de paz la que se acercaba, dijo a su lugarteniente:

—Anda tú con eyos. No los esesnúes: que ca uno afloje asigún er pelo. Las bestias déjalas de dir: ¿pa qué canastos queremos ese engorro?

Ya el Teniente iba a cumplir el encargo, mientras los demás de la cuadrilla, para auxiliarle, requerían sus armas, y el Caporal repuso:

—Ascucha: er Bisco, que sabe e cuentas, que apunte lo que bayan largando. Cudiao, que no quieo historias y que entre amigos honraos no se ha de perdé un marabeí.

Ya iban a emparejar los caminantes con la venta, cuando el Teniente, saliendo de ella con su tropa, gritó:

—¡Tóo Dios a tierra!

¡Allí fué el temblar y el gemir de aquellas sorprendidas gentes!; pero no hubo tu tía: tendida una manta en el suelo, en ella fueron echando sus monedas. Pedíaseles a ojo de buen cubero: "Tú, cien napoleones; tú, cuatro jaras; éste, que tié cara de haber bendío mucho y güeno, cuatro mil rundis; y este otro que no yeba más que un borriquiyo matalón, que no dé ná, y que Dios le ayúe."

Tocóle el turno a un hojalatero, mozo hasta de veinte años, que caminaba a pie llevando su mercancía en un desmedrado jumento.

Y díjole el Teniente:

—Tú, er de las latas, que plagueteas más que

tóos, no tiembles, hombre, que no te bamos a aqueyar. Suerta cuatro duretes, y ¡al abío!

—¡Cuatro duros...! —exclamó haciendo pucheros el hacedor de chocolateras—. ¿Y aónde boy yo por cuatro duros? ¡Como no los robe...!

—¿Qué es eso e robá? —saltó el que llevaba las cuentas de aquella improvisada recaudación de contribuciones *directas*—. ¡Aquí no roba naide! ¡Tenlo entendío, por si es puya!

—¡Digo! —prosiguió el de las latas—. ¡Con la benta que he jecho...! Pos ¡no be usté, criatura, que me traigo toa mi obra! ¡Si en ese mardesío pueblo no gastan, por lo bisto, más que oyas y casuelas!

Echáronse a reír los bandoleros, y nuestro hombre se indultó dando treinta reales; pero, apesadumbrado de ello, preguntó a uno de la partida, mientras continuaba el desvalijo:

—Anque usté perdone, ¿son ustés camarás de señó Juan er de Estepa?

Y como le respondiese afirmativamente, añadió:

—¡Pos si señó Juan me quié a mí más que a las niñas e sus ojos! ¿Aónde está? Que se alegrará e berme.

Dejáronle entrar en la venta. Allí, en un cuartucho cerca del mostrador, estaba el Caporal platicando mano a mano con una limeta de vino de los Moriles.

—¡Señó Juan de mi arma! —gritó el hojala-

tero abrazándole—. ¡Dichosos los ojos! ¿No me conose usté?

—Pa serbirte, hombre, pa serbirte —respondió el bandolero, clavando los suyos en su interlocutor—. ¿Quién eres tú?

—¡Miá qué...! ¿No se acuerda usté de la tía Frasquita y der tío Diaguito er latonero, lo cuar que le llamaban Berruga, por una que tenía en semejante sitio, perdone usté er mó e señalá, y de Rafaeliyo... ¡Pos si me ha tenío usté en las roíyas más beses que hojas menea un solano!

—¡Yaaa! —dijo señó Juan cayendo en la cuenta—. ¿Con que tú eres Rafaeliyo...? ¡Por bía e nadiós! ¡Choca ahí, muchacho! ¿Quién te había e conosé?

Y después de contarle Rafaelillo que, muerto su padre, la viuda y él se habían trasladado a otro pueblo, en el cual iba maltirando con su oficio, añadió tristemente:

—Ahora, en esa feria, había yo jecho una benta, que ¡jasta ayí! Y misté por dónde he benío a trompesá con la cuadriya, y me he queao más encueros que una yabe. ¡Pero usté, señó Juan de mi arma, no pué consentí esta enquisisión!

—¿Qué has dao?

—¡Treinta duros como treinta soles, señó Juan: er pan de un año! No lo siento más que por la probesita e mi mare. ¡Esto, como si lo biera, le ba a costá la bía!

—Güeno; pos aquí no ha pasao ná. Te bale

er sagrao de que semos paisanos. ¡No quieo yo que tu mare se muera por mó e mí!

Y asomándose a la puerta, gritó:

—¡A bé, uno!

Acercósele un bandolero.

—A este moso, que le entrieguen treinta duros y que se largue. ¡Pero que es ya!

No fué dicho cuando fué hecho. Y allá el hojalatero y su burro traspusieron como una exhalación.

Acabada la *cobranza* y reanudado el camino por los *contribuyentes,* comenzó la partija. Hubo trabacuenta. Al Teniente y al *tenedor de libros* se les podían tostar habas en las mejillas. Señó Juan trinaba más que un ruiseñor. Al fin, dióse en el hito.

—¡Pero es —recapacitó el Teniente— que er chabá e las latas se ha yebao treinta duros!

—¡Lo que dió! —objetó señó Juan.

—¡Si es que no dió más que treinta riales!

Todos hicieron signos de asentimiento.

—¿De móo que...? —empezó a preguntar el Caporal, pero no terminó la pregunta sino para sus adentros; y explicándose ya claramente lo sucedido, rompió a reír a carcajadas, y dijo:

—Cabayeros, ¡qué güeno ha estao er chasco! ¡Ese estepeñiyo mos ha robao a tóos! ¡Baya por la probesita e su mare!

XXI

UN EMBUSTE BIENHECHOR

Llamábase de nombre *León,* pero abultaba poco más que un gozque; apellidábase *Gallardo,* y ¡había que verle! Sin presencia de hombre, sin fuerzas, sin agílibus o agibílibus para nada útil, Leoncillo, que así le decían, intentó emprender cien cosas, no pegó en ninguna, y se crió a la vida birlonga, viviendo *de lo que cae,* como él con andaluz desenfado decía, porque, eso sí, no le faltaba gracejo a aquel pellizco de persona.

Y por Sevilla se andaba nuestro Leoncillo, como pulga en sábana matrimonial, cuando una mañana le encontró en la calle cierto señor, allí forastero, que años atrás le había tenido a su servicio y a quien el travieso Cupido inquietaba a deshora, más de lo que podía convenir a un hombre no muy cargado de años, pero sí de hijos y de obligaciones. Llamó a Leoncillo, y después de saber de su boca que no tenía más

oficio que el de paseante, prosiguieron su diálogo en estos términos:

—De modo que, según eso, ¿no tienes un duro?

—¡Las ganas, don Manué!

—¿Quieres tenerlo a poco trabajo?

—¡Andando me yamo! ¿En dónde está esa gloria?

—Pues tómalo, y entérate de lo que tienes que hacer. Esta tarde, a las cuatro, te vas a la calle de Placentines. Allí, en la acera de los números pares, hay una casita recién reformada, que hace un poco de rincón... Es precisamente al lado de una sastrería, cuyo rótulo, que está en verso, dice: "*El Milano. Sastre de militar y de paisano.*"

—Entendío. La casa, con esas señas, no tiene pierde.

—Pues bien, en esa casita vive una señora guapa, que... ¡vamos! me interesa un poco.

—¡Caramba, don Manué! —exclamó Leoncillo, encandilados los ratoniles ojos y haciéndosele la boca un agua—. ¡Caramba, que es usté el hijo de la dicha!

—Escucha y déjate de blanduras, que no está el fuego para castañas. Yo ando algo sospechoso de esa señora y necesito saber si es viña que tiene otros vendimiadores. Así, es menester que hagas lo que te voy a decir, sin que falte punto ni coma. Te vas a esa calle esta tarde, a las cuatro, y empiezas a pasear por allí como si es-

peraras a alguien, y otros ratos te paras, no muy cerca de la casa, para no dar sospecha.

—Güeno.

—Y con los ojos puestos en la casita y el oído en el reló de la Catedral, observas bien qué personas entran allí, o salen de allí, y a qué hora. Esta vigilancia tiene que durar hasta el amanecer de mañana.

—Enterao, y toíto se hará como usté lo manda. Pero, ¿y si el sereno no quiere burtos en la caye...?

—En ese caso, convídalo y dile que rondas a una moza de servicio.

—¡Yo rondando con esta fachita...? ¡Cuarquiera se lo cree!

—Toma dos pesetas para ese convite, y mañana a las once te espero en el Pasaje de Oriente, adonde irás a darme cuenta de lo sucedido.

Leoncillo, dueño inopinadamente de siete pesetas, que no había visto juntas, ni aun separadas, había mucho tiempo, pensó en cumplir con puntualidad su delicada misión. Eran las once de un hermoso día de primavera. Lo primero era dar al estómago lo que tantas veces pedía punto menos que sin fruto: algo sólido, y, en especial, algo líquido. Y aún le quedaría vagar para dormir una siestecilla, a fin de disponerse bien para el velatorio de aquella noche.

Cumplióse puntualmente toda la primera parte del programa: Leoncillo comió como un león de verdad, bebió como un hïdrópico y durmió

como un bendito hasta bien puesto el sol. Pero no parecía sino que había comido mojama. Despertóse con sed, salió a aplacarla con media azumbre de Villanueva del Ariscal y en esta faena salutífera se le fué el tiempo, y a la par la cabeza —que yo no sé qué diablos tenía aquel vinillo—, y en la casita de la calle de Placentines pudo entrar y salir a su placer todo el mundo sin que León Gallardo, durmiendo la mona lejos de allí, se diese cata de ello.

Mas no era nuestro homúnculo, aunque tan chico, sujeto para ahogarse en un pocillo de chocolate, y al día siguiente, cercana la hora de la cita, se lavoteó con agua fresca aquella cara de ochavo moruno, restregándose bien aquellos ojillos que parecían aceitunas acebucheñas, pasó por la calle de Placentines para ver la casita de autos, y a las once, puntual como el reloj, llegaba a la puerta del Pasaje de Oriente. Ya le aguardaba, con cara de no haber dormido por obra y gracia de la cruel celotipia, nuestro escamadísimo don Manuel.

—¿Hubo algo? —preguntó ansioso a Leoncillo, metiéndole por allá dentro y pidiendo que le sirviesen café.

—¿Argo...? —repitió Leoncillo con sorna.

—¡Cuenta, hombre, cuenta en seguida! ¿Entró alguien?

—¿Arguien...? —volvió a repetir Leoncillo con sonrisa picaresca—. Ayá ba la relasión de lo susedío. Hasta las onse no hubo ayí ni mijita

e nobedá; pero apenas dieron las onse y ya estaba la calle más sola que la una, cuando asoma un señó, regordete, no mar paresío, que tendría, a tó tirar, sus cuarenta años, con toa la jorma de un mercaer que ha juntao guita con la bara e meír. Yo, ar berlo, dije en seguiíta pa mis entretelas: "¡Berá usté! ¡Berá usté!" Yegó a la puerta e la casa —por sierto que la han dejao los pintores que se be uno la cara en eya como en un espejo— y el hombre miró con escama a un lao y otro, y coló.

Don Manuel, oyendo esto, dió un bufido de cólera, y Leoncillo miróle con aire de lástima y prosiguió su relato:

—No habría pasao una hora, cuando entró por la caye un melitar, así como capitán o coroné, que yo no istingo de galones ni estreyas. Benía el hombre pisando fuerte, con sus espuelas: ¡plan! ¡plan!, y pasó por mi lao, que despresiaba ar mundo. Ayegó a la puerta...

—Y... ¿coló? —preguntó desemblantado don Manuel, procurando hacerse el chusco.

—¡Baya si coló! —ratificó Leoncillo—. Entonses boy y digo pa mis aentros: "¡Camaraíta, güena la ban a armar ahora!" Y en el ínter que yo lo pensaba, ¡tris, tras! ¡Sambombaso! ¡Madre mía der Carmen, y qué jaleo traían ayí! "¡So tar!" "¡So cuar!" "¡Ahora berás pa lo que has nasío!..." ¡Se jundía er mundo! ¡Baya una sanfransia! Una señora muy guapa..., ¡la mismita!, salió yorando ar barcón, pidiendo socorro: "¡Que

se matan!", y al instante bajó escapao er paisano, y detrás, de estampía, er melitá, y acudieron los serenos...

—¡¡Brrrr!! ¡Basta! No me cuentes más. ¿Habrá pécora? ¡Bien me lo daba el corazón! ¡Al diablo para siempre! ¡Vida nueva! Leoncillo, ¡se acabaron estos viajes! ¡Con mi mujer y con mis hijos; que allí no hay engaño! ¡No sabes el bien que me has hecho! Toma, hombre; toma esos cinco duros. Los mereces. ¡Uf, qué asco! ¿Dónde me había metido yo?...

Y salió disparado como una flecha, aun sin pagar a Leoncillo el café, que éste pagó con mil amores.

....

Pocos días después buscaba a Leoncillo el mandadero de un cosario. Hallóle, no sin trabajo, y le dió una esquela... de la legítima mujer de don Manuel: una señora que iba para santa. Decía así el billete:

"Leoncito: Sin proponértelo y sin pensarlo me has hecho un gran favor. El cosario te dará veinte duros, que te regalo. Gástalos bien.—TU ANTIGUA AMA."

¿Moraleja de este sucedido? Mejor se diría *inmoraleja*. Ésta: que hay casos en que un embuste engendra un puñado de bienes.

XXII

UN *CLUB* AL AIRE LIBRE

Quien no vió en las noches primaverales de 1873 la famosa Alameda de Hércules, de Sevilla, puede decir donde lo oiga todo el mundo que no ha visto jamás cosa buena. Antes de asomar las narices el mes de abril de aquel año de gracia, de verdadera gracia, pues la tuvieron a montones todo aquel remedo de república unitaria y todos aquellos ensayos para la cantonal, algunos patriotas de la ciudad de la Giralda establecieron en la dicha Alameda un *club* al aire libre, y ríanse ustedes de los canelos, o camelos, de Ceilán, porque ¡aquello del *club* sevillano sí que era canela fina!

Al pie de uno de los añosos árboles, sin otra luz que la escasa del alumbrado público, y la de la luna, cuando quería y podía dejarse ver, instalaban por las noches una tribuna de madera, a la cual iban subiendo por tres escalones cuantos *sudiadanos* querían ejercitar la oratoria a caño libre y enterar a los correligionarios, que

allí acudían como moscas a la miel, de sus derechos y de sus obligaciones; más de los unos que de las otras, por lo que dice aquella coplilla andaluza, obra de un devoto del trinquis:

"Diga usté lo que se debe,
Pa ponerlo en er diario;
Porque er beber es presiso,
Y er pagar no es necesario."

Entre soflama y soflama, entre bulla y jolgorio, bebiendo aguardiente o vino *reondo* en la tabernilla más próxima, o comiendo altramuces, cotufas y avellanas, de que abastecían a poca costa los vendedores de estas chucherías muchachiles, excitábase allí, como quien no quiere la cosa, el espíritu revoltoso de la muchedumbre que, tres meses después, había de asaltar la Fábrica de Tabacos.

Con la gente patriotera que al *club* acudía una noche y otra a saborear la fina elocuencia de aquellos Robespierres en canuto, a uno de los cuales llamaban *Dientón,* y no *Dantón,* porque tenía unos incisivos como palas de horno de pan cocer, solíamos mezclarnos algunos estudiantes de la Universidad, más deseosos de reírnos hasta de nuestra propia sombra que de aprovechar las notables enseñanzas de tantos y tantos tribunos de la plebe como iban escalando aquella cátedra famosa. Los oradores solían brindar con sus discursos a una muñeca colgada del tronco de otro árbol y dibujada al carbón, o, mejor di-

cho, a la tizne, por un barberillo federal que iba para Velázquez, muñeca que ostentaba un gorro frigio, y a la cual llamaban los disertantes *la diosa Razón.* Y es de advertir, como pormenor peregrino y estupendo, que algunos de aquellos incendiarios varones que allí despotricaban trinando y tronando contra la Iglesia y presumiendo de iconoclastas rabiosos, luego que acababan de soltar la sin hueso y de ser aplaudidos por sus discursos anticlericales, íbanse a ensayar el paso con otros colegas, para salir vistosa y anacrónicamente vestidos de *armados* en las cofradías de la ya próxima Semana Santa.

Y ¡qué tratado de retórica se podría haber escrito, a poco trabajo, recogiendo y citando como ejemplos las cosillas, cosas y cosazas que aquellos oradores decían! ¡Qué riquísima copia de figuras de dicción y de pensamiento tan originales, tan pintorescas, tan apropiadas, tan expresivas, las que usaban a cada instante! ¡Qué derroche de legítimo gracejo de la tierra, de sabrosísima sal andaluza, junto a la cual la fina sal ática, tan ponderada y puesta en las nubes, no valdría tres caracoles! ¡Qué repetida, pero qué celebrada siempre, aquella metáfora de la *naranja estrujá,* para representar al esquilmado y pacientísimo pueblo español, que, después de soltar todo el zumo en contribuciones, impuestos, arbitrios y socaliñas, ya no podía dar de sí más que las pipas o pepitas, lo cual venía a ser lo mismo que dejarse sacar los *reaños!* Y era lo

más curioso que, como por ley de velocidad adquirida, aquellos buenos republicanos, acostumbrados a clamar contra los gobiernos del período revolucionario y contra la monarquía de don Amadeo, clamaban asimismo contra la república, después de haber suspirado y porfiado por alcanzarla. ¡El chiste era no estar contentos con cosa del mundo!

¿Entusiasmó a las gentes alguna de aquellas noches en el *club* de la Alameda Vieja el renombrado orador callejero a quien, por el francés de marras, había rebautizado el excelente escritor y periodista Velázquez y Sánchez con el nombre de *maestro Pipelet?* Creo que nunca aportó por allí. Y en verdad que fué lástima, porque ni a disparatar, ni tampoco a redondear sonoramente largos períodos, hubo nunca quien se las apostara con él. Leed, por vía de muestra, un pasaje de cierto discurso que pronunció en 1871, encaramado en una ventana y accionando con una sola mano, pues con la otra estaba asido y como colgado de la reja, y decidme si desde que el mundo fué mundo ha habido orador que se le asemeje. Hablaba así:

"Er paerón de San Román a nuestra bista, sudiadanos, es el estirma de la anatermia de nuestro belipendio. La ira de los monárquicos en contra de la Entrenasioná, por mor der menistro der Candao (quería decir *Candau,* ministro de la Gobernación entonces), es la entripulasión más palomaria y er prolito más nuesabundo, por

arrebañar los frarmentos encombustibles der planeta tirraquio." Y apostrofando a los ausentes, a los que, como gobernantes que eran, estaban residiendo en la Corte y no podían escucharle en Sevilla, añadía, encendido en santo furor patriótico: "No queréis república, porque buestro orjeto desclusibo es encautaros der bajío de la mula der portá de Belén, y arrancarle el *enri* a Cristo crusificao, en la escuridá tinibrosia del profundo declise der Mártir moremundo der Gárgota."

Pero, con *Pipelet* o sin él, ¿podían faltar en el ventilado *club* de la Alameda personas y ocurrencias que celebrar por notables entre todas las del orbe? ¿Era quizás barro la ultrademocrática franqueza con que cierto Demóstenes forastero, Diógenes por la ropa, pedía algún socorro para sí y para un su colega, todavía más fachoso que él? Decía:

"Siudadanos: el orador que ha jablao no tié un cuarto; yo, ni un metá; ¡y lo que dambos queremos es jarina, jarina!"

Y a estas últimas palabras, muy reídas y celebradas por el auditorio, acompañaba la acción conveniente, restregando una con otra las yemas del pulgar y el índice, como quien cuenta dinero.

Eran frecuentísimas las interrupciones de los oyentes, y, a lo mejor, el monólogo oratorio se convertía en familiar y chispeante diálogo, con unánime regocijo y generales risotadas. Y aunque todos los oradores defendían *la buena cau-*

sa y en el fondo de lo que pudiéramos llamar *doctrina* estaban conformes, a veces no lo estaban en otros puntos accesorios, y hasta dejaban entrever graciosamente sus quisquillas y particulares resentimientos. Recuerdo que un hojalatero borrachón, orador *latoso* por naturaleza y por razón del oficio, acabó una de sus peroratas o *perolatas* diciendo:

"De manera, siudadanos, que para bibir sin clérigos ni iglesias y como Dios manda, jase farta muncha libertá, muncha iguardá y muncha fraternidá. He dicho."

Y no bien hubo bajado de la cátedra, subió a ella otro locuaz tribuno, zapatero remendón, que, por más señas, tampoco le hacía ascos al vino, y comenzó su discurso con estas palabras:

"Siudadanos: tié rasón er priopinante: pa bibir como Dios manda jase farta muncha libertá, muncha iguardá y muncha fraternidá; pero también jase farta una mijita de bergüensa. Digo esto porque er latero que me ha presedío en el uso de la palabra me debe dos duros jase tres años y no hay poer dibino que se los saque, ni con un sacacorchos."

No necesito decir con cuánto alborozo recibió el público esta importante declaración económico-política.

XXIII

EL ABATE MARCHENA FRENÓLOGO

A la tertulia nocturna del señor don Felipe de Cepeda, rico propietario de Osuna, concurría por los años de 1810 y 1811 lo más granado de la villa.

Para hablar amistosa y tranquilamente *de omni re scibile* se juntaban, en verano en el anchuroso patio, y en invierno en la amplia cocina de chimenea de campana, bien provista de retorcidos tueros de olivo, don Ventura de Ávila, administrador de los bienes del Duque de aquel estado y sabedor de las ciencias matemáticas, el padre maestro Flores, fraile del convento de Consolación y catedrático de la Universidad ursaonense, el insigne poeta y humanista don Manuel María de Arjona y Cubas, luego canónigo magistral de Córdoba, su hermano don José, asistente que fué de Sevilla, don Juan Pablo Forner, autor del famoso *Discurso apologético por España y su mérito literario*; los señores Mi-

ñano y Lista, que solían pasar en Osuna algunas temporadas, y, en fin, otros catedráticos y clérigos ilustrados: la flor y nata de la villa.

El dueño de la casa, el señor don Felipe, pariente de Santa Teresa de Jesús, no había heredado de la monja de Ávila el asombroso talento; pero gustaba de acompañarse de las personas notables en saber, con agrado las escuchaba perorar y discutir, y muy luego tomaba partido por las que, a su juicio, llevaban razón en lo que sostenían, lo cual no era óbice para que la diese a los contrarios cuando esforzaban sus argumentos: de sabios es mudar de parecer. Y aun se dió muchas veces el caso de que, adoptando un *prudente término medio,* como él decía, entre dos afirmaciones categóricas inconciliables, propusiese una transacción semejante a ésta: "Dos y dos suelen ser cuatro, y a veces son seis: conformes; pero ¿no podrá suceder, siquiera sea excepcionalmente, que sumen cinco?" Con lo cual habría desplacido por igual a gibelinos y a güelfos, si güelfos y gibelinos hubiesen parado mientes en la conciliadora argumentación del admirable señor don Felipe.

Por aquel tiempo fué a pasar unos días en Osuna el *Girondino español,* el abate Marchena, sabio originalísimo, político más estrambótico todavía y travieso falsificador de Petronio. Era el famoso Abate muy amigo del padre maestro Flores; en su monasterio tuvo fraternal alojamiento, y allí se enteró de los progresos de la Aca-

demia llamada de *El Silé,* a la cual pertenecían el buen fraile y casi todos los contertulios de don Felipe, sin que éste columbrase noticia alguna de aquella *temible sociedad secreta,* que, para leer versos patrióticos y comer natillas, tenía sus reuniones en el antedicho monasterio, si hacía mal tiempo, o, en otro caso, en el cortijo del Ciprés, cuyo propietario era don Manuel de Aguirre.

Sabedor don Felipe de que estaba en Osuna el celebérrimo abate de Utrera, el que tan malos tramojos había pasado en Francia, donde estrafalariamente puso cátedra de *ateísmo,* quiso conocerle a todo trance, y en seguida rogó al padre Flores, por medio de una esquela, que le llevara a la tertulia aquella misma noche. Resistióse Marchena; pero, al fin, cedió.

Al presentarle a don Felipe y a sus amigos, el presentante, en pocas palabras, enumeró los méritos del Abate, entre ellos, el de conocer la nueva ciencia frenológica, en la cual se había dado un buen filo durante su estancia en la nación vecina. No fué menester más: don Felipe, que infantilmente se perecía por todo lo nuevo, le instó y le reinstó para que, sin cortapisas ni vanos respetos, dijera lo que brujuleaba acerca del carácter, temperamento, tendencias, etc., de cada cual de los allí presentes, y Marchena, después de resistirse a hacerlo, tuvo necesidad de acceder, bien que pidiendo por adelantado mil perdones a aquellos de quienes, para no faltar a la verdad, dijera algo desagradable.

Sentado nuestro Abate en un sillón, enfrente de don Felipe, y puestos los pies, porque no le alcanzaban al suelo, sobre uno de los palillos de la delantera, comenzó su estudio y sus revelaciones por el sujeto que estaba a su derecha, y siguió de uno en otro.

Éste, juzgando por las líneas de su rostro y por la forma de su cabeza, era hombre iracundo, con un genio de todos los diablos y capaz de llegar hasta el crimen por quita allá esas pajas; fortuna, que una buena educación había templado los efectos de tal carácter. "Pero, con todo —añadía—, ¡mucho cuidado!, no sea que se vaya la burra al trigo cuando menos se piense, y el Corregidor tenga que danzar en el asunto." El otro, canónigo de la Colegiata, no es que hubiera errado la vocación; pero habría sido un casado de los inmejorables: le gustaban sobremanera los muchachos, y ¡claro! más que los ajenos, deberían de gustarle los propios, si los tuviese. Porque era el suyo un carácter dulce, expansivo, familiar, que no se compadecía bien del todo con la semicenobítica aspereza del celibato. El tercero —¿cómo decirlo sin molestar?— era hombre de los de "más vale cuenta que renta"; propendía a la ahorrativa, cualidad muy digna de elogio; si era casado y tenía hijos, había torcido el camino: ¡él sí que debiera ser canónigo, y vivir en la reposada compañía de un ama vieja y de unas onzas peluconas mucho más viejas que el ama...! Y, a todo esto, el Abate, de cuando en

cuando, se levantaba, o, mejor dicho, se apeaba de su sillón, y, pidiendo la venia, tentujeaba el cráneo de los examinados.

Tocaba ya el turno al buen don Felipe, y, como si tal persona no hubiese en la cocina, el Abate saltó al sujeto inmediato y siguió haciendo diagnósticos y pronósticos de Frenología. Don Felipe le dejó hacer, por no interrumpirle; pero cuando las experiencias se acabaron, dijo, entre jovial y resentido:

—¿Y yo? Pero, ¿y yo, señor don José?

—Señor mío —respondió con calma el Abate—, usted es el dueño de la casa, y aun nuestro anfitrión; que algo entreoí de traer unos dulces y una poca de agua cristalina para con ellos. Con usted, pues, no reza este examen que de sus contertulios hacía. Y aun pido mil perdones a estos respetables señores por todo aquello en que no haya acertado, y en que, acertando, les haya sido molesto. La verdad es licor siempre amargo, y más bien se tragan dos onzas de miel, por mucho que empalague, que una gota de hiel.

—Pues bien —reponía don Felipe—, la verdad quiero; la verdad monda y lironda. ¡Soy uno de tantos y deseo saber cuál es mi carácter!

—Repare usted, señor...

—¡No reparo nada! —gritaba fuera de sí don Felipe—. ¡Mi carácter! ¡Mi carácter! ¡Tomaré a ofensa, pero a grave ofensa, que no me diga usted cuál es mi carácter!

—¡Ea, pues! Ya que usted lo quiere, sea —dijo

el Abate—. Lo diré en dos palabras y para que todos me entiendan. El carácter de mi señor don Felipe está total y enteramente caracterizado por... la característica ausencia de todo carácter.

Una explosión de carcajadas acogió las últimas palabras del abate Marchena.

¡Había dicho la verdad!

Y para darle la razón —que ya él, sin que se la dieran, la tenía—, dirigióse don Felipe, también riendo, al famoso Abate, y le dijo:

—¡No sé cómo me ha conocido usted tan pronto! ¡Qué diantre de hombre!... ¡De seguro tiene usted algún diablillo familiar!

XXIV

JUSTICIA... DISTRIBUTIVA

Si a cada uno de nuestros adelantos meramente materiales correspondiese otro en la esfera de la moral, viviríamos como en la gloria. Por desdicha, no sucede así, y aun podemos decir a veces lo que decían los antiguos trajineros andaluces: que "lo que se gana en la pasa, se pierde en el higo".

Esto no obstante, algo hemos progresado, aunque a pasitos lentos y menudos, a causa de algunas reformas legales que transcienden a lo moral, y con eso debemos contentarnos, si no queremos andar siempre tristones y cariacontecidos. La perdurabilidad de los empleos en todos los órdenes y la consiguiente seguridad en que, por lo común, vive el empleado de haber dado cima a la gentil hazaña de la conquista del pan, perdedero tan sólo por las faltas y sobras que pueda cometer, han desterrado de los vastos domi-

nios del balduque muchísimas tunantadas que en otros tiempos eran corrientes y molientes en las oficinas del Estado, y hasta un si es no es disculpables: porque los hombres no cuajaban el sueño, mirando siempre, amenazadora y enfilada contra sí, la espada de Damocles de la cesantía.

A aquellos menguados tiempos, algo remotos ya, corresponde la anécdota que voy a referir, y la contaré sin quitarle punto ni coma, ni poner de mi cosecha sino el hilo que gaste en hilvanarla.

A las cuarenta y ocho horas de uno de los cambios radicales de gobierno llegó a Sevilla, muchos años ha, un alto empleado, para disfrutar la tajada que le había caído en suerte a la hora de partir y repartir el gran pastelón del presupuesto. En las oficinas de que había de ser jefe, nadie, ni de nombre, le conocía. "¿De dónde ha salido este funcionario?", se preguntaban todos; y como aún, por dicha, no había sonado la hora de *repatriar,* ni, por tanto, de emplear en la península a gentes venidas *del otro mundo,* los oficinistas más viejos y duchos, que se sabían de coro la vida y milagros de todo bicho viviente y administrante, maravillábanse estupefactos, sin poder brujulear cómo ni por qué caminos había llegado a escalar tal puesto un sujeto sin historia burocrática.

Llegó la hora de tomar la posesión de su cargo, y don Nicomedes, que así se llamaba, jun-

tó a su presencia todo el personal de las oficinas, y le espetó un discurso, mal pergeñado, sí, pero declamado un poquito peor. ¿Su contenido? El de todas las oraciones de su clase: cuatro tópicos resobadísimos, conviene a saber: 1.º "Honrado con este importante cargo por el Gobierno de Su Majestad..." 2.º "Yo he venido a izar la bandera de la moralidad, de la cual hizo un trapo de cocina el Gobierno saliente, y como buen artillero, moriré, si preciso fuere, al pie del cañón..." 3.º "Hay mucho, muchísimo que hacer y que enmendar en este descuidado ramo de la administración pública, y yo, que, aunque me esté mal el decirlo, me pinto solo..." (etcétera: un secreto de tocador que maldita la falta que hacía revelar). Y 4.º "Tened en cuenta que a la mujer de César no le basta ser honrada, pues necesita, además, parecerlo, y así, yo seré inexorable con los que conculquen las leyes y olviden los augustos cánones de la moral..."

Y en esto de lo inexorable apretó extremadamente con el conjuro: por la más leve cosa que oliera a chanchullo, expediente al canto, proceso antes de volver la hoja y presidio al dorso. ¡Caracoles, y qué don Nicomedes se había entrado por las puertas! ¡Ya no se iba a poder aceptar ni un pitillo de Virginia de quien tuviese en tramitación un expediente!

—Con este don Nicomedes que nos ha caído encima —decía a sus camaradas un listo empleadillo de cuatro mil reales que solía jugar del vo-

cablo—, con este don Nicomedes, ni *almorzades, ni comedes* ni *cenades.*

A la verdad, no todos pensaban así: los más curtidos y madrigados en las lides tinteriles sonreían suave y maliciosamente. ¡Habían oído tanto de *eso...!* Y ¡habían visto tanto de *lo otro...!* En resumidas cuentas, todo era guardar el aire al nuevo jefe los primeros días, pues, como dice una coplilla popular,

"La justicia de enero
Es rigorosa;
Pero llega febrero,
Y es otra cosa".

Mas ¡cuidadito con ello! Antes que llegase febrero era expuestísimo a dar de ojos en el lapachar el excederse un canto de uña, o, más claro, el excederse un canto la uña. Si el nuevo jefe quería lucirse, ¡que se luciera con su madre! Y aquí, diciendo estas mismas palabras que yo escribo ahora, metían unas interjecciones y unos adjetivos demasiado enérgicos para trasladados al papel.

Al día siguiente entró don Nicomedes en funciones, y la primera novedad que sus subordinados advirtieron fué que vagaban por corredores y oficinas hasta media docena de porterillos y ordenanzas acabaditos de traer. Estos, con achaque y semejas de tales, no tenían allí, en realidad, otra misión que la de gulusmear a diestro y siniestro, para ir con sus soplos al Jefe tan

pronto como se percataran de alguna travesura. Y no pasaron dos horas sin que uno de los fuelles entrase en el despacho de su caporal, quien, al paso que el alguacilillo soploncillo le mosconeaba junto a la oreja, sonreía picarescamente, y, sacudiendo la mano derecha, hacía sardinetas, como si se quemara los dedos.

Desapareció el espía, y, tocando don Nicomedes un timbre, apareció momentos después el oficial de uno de los negociados, joven, de buena presencia y de ojos tan vivos, que parecía tener una ardilla en cada uno.

Breve diálogo:

—¿Usted es López?

—López, servidor de usía.

—¿Usted me conoce por mis obras?

—No tengo ese gusto. Ignoraba que usía fuera escritor.

—No lo soy. Llamo mis obras a mis hechos, a mi proceder. Pues bien, ¡ahora mismo va usted a conocerme!

Y mirando de hincado a López, como si quisiera comérselo con los ojos, díjole, bajando la voz y silabeando despacio, con reconcentrada ira:

—Las quince monedas de a cinco duros que acaba usted de tomar en un rincón del patio chico por aliñar un expediente del Marqués de las Endrinas, las pone usted ahora mismo sobre esta mesa.

López se quedó muertecito de miedo. "¡Vaya

por Dios! —exclamó para sí—. ¡Este hombre se estrena conmigo! Lo sabe todo: cantidad, clase de moneda, sitio... No cabe negar. ¡En qué maldita hora fuí a tomar el dinero! ¡Este tío me zampa en la cárcel!" Y, con cara de mártir que se somete al cuchillo, exhaló un hondo suspiro, sacó los quince relumbrantes centenes y los puso sobre la mesa, despidiéndose de ellos con una mirada triste.

Fué a articular una súplica; pero don Nicomedes, con rostro severo, llevándose el índice a los labios, le mandó que callara y, sin apearse de su gravedad de Júpiter Olímpico, le dijo, guardando a la par las monedas en el bolsillo del chaleco:

—Yo, señor López, como dije ayer, hago estrecha profesión de la justicia; pero de la justicia... *distributiva.* Esta insignificancia de agasajo ha debido ser para los dos, en la proporción conveniente: para mí lo más, *quia nominor leo,* y lo menos para usted; y pues usted la quiso para sí solo, piérdala, porque "quien todo lo quiere, todo lo pierde". No sea usted *injusto* otra vez..., y tómeme parecer por adelantado, pues, según previene un práctico aforismo antiguo, hay que saber nadar y guardar la ropa. Y nada más: puede usted retirarse.

....

Dos horas después cuchicheaba López en un cafetín, y le escuchaban, apiñados a su alrededor, algunos de sus compañeros de oficina. Al

cabo, soltaron el trapo a reír ruidosamente, y el que solía jugar del vocablo exclamó con ademán picaresco:

—¡Y eso que nuestro hombre se llama *don Nicomedes!* ¡Conque si se llamara *don Zenón...!*

XXV

PARA EL DÍA DEL JUICIO

Augura tradicional y festivamente el vulgo que cuando suenen las desaforadas trompetas del Juicio final y todos comparezcamos en el valle de Josafat para rendir la estrecha cuenta definitiva, se han de ver, entre otras mil cosas que causen general estupefacción, dos prodigiosas por todo extremo: que cada duro se irá con su dueño legítimo y cada hijo con su verdadero padre. E imagino yo que, para que la obra de reparación y justicia sea completa, a estos maravillosos prodigios acompañará otro no menos estupendo: el de irse con cada escritor todas las obras que en realidad de verdad sean suyas, aunque salieran a la luz pública y anden en letra de molde prohijadas a otras personas.

Si esto acontece, allí será de ver cómo se quedan más desnudos que en cueros muchos que en esta miserable vida terrena pasaron por discurseadores notables, por fecundos autores cómicos o por poetas líricos insignes. Ingenio ha de verse

que, después de haber pasado sus días leyendo y recitando como propios discursos académicos y políticos y ganado fama de enciclopedia viviente, se quede en aquella solemne hora sin una mala cuartilla de papel que le sirva de hoja de parra, y poetas sobrarán asimismo que, después de haber henchido de renglones desiguales las librerías y especierías del reino durante seis u ocho lustros, no cuenten siquiera con un triste soneto enteramente original, para entretener dos minutos al diablo, cuando, por sus desaprensivos *fusilamientos,* cargue con su alma.

Porque algo de esto quede averiguado y esclarecido antes de aquel temible trance, yo, amables lectores, quiero contaros hoy cómo y por dónde a la lista de mis libros y folletos puede y debe agregarse, amén de otras cosillas que andan por ahí descarriadas y atribuídas a plumas ajenas, cierto discursete académico, sin duda malo, pero mío y muy mío; por lo cual del pecado literario de haberlo echado al mundo a mí y no a otro corresponderá en su día la merecida y saludable penitencia.

Desde que mi amigo don Antón (que ya descansa en la tierra de la verdad) comenzó a enredar para que le eligiesen individuo de aquella academia (una cuyo nombre omito), me eché a temblar como un azogado. ¿De dónde iba a sacar el futuro electo el discurso necesario para darse el gusto de lucir la medalla? Y, llegado el caso de escribirlo, ¿a quién sino a mí había de acudir para

que le sacase del apuro, ya que entre sus amistades no tenía quien hubiese escrito más que cartas a la familia, y ya que, por malos de mis pecados, era harto notorio que yo no sabía decir que no? Con todo, me preparé a defenderme, y, blindándome lo mejor que pude, esperé la acometida. Pero yo la esperaba franca y resuelta, y esta equivocada seguridad dió al través con mi plan defensivo. En lugar de asaltarme de súbito, el enemigo púsome cerco disimuladamente, y lo fué apretando poco a poco, hasta que tuve precisión de capitular y entregar la plaza. Ved cómo sucedió todo esto.

A las veinticuatro horas de elegido, don Antón empezó por consultarme acerca del tema que escogería para su discurso. Inclinábase a preferir algún punto no manoseado de historia local, y sólo rogaba a mi amistad que yo se lo indicase y que, pues conocía bien el archivo en que había de proveerse de los datos que necesitaba, le entresacara los legajos en que pudiese hallarlos más abundantes y curiosos. No podía yo negarme a petición tan razonable y moderada, y dispúseme a complacer a mi amigo.

Escogidos los legajos, en lo cual gasté seis u ocho días, nació, naturalmente, la segunda dificultad. Aquellos papeles viejos eran durillos de roer, porque estaban escritos en infame "letra procesada, que no la entenderá Satanás", como decía don Quijote a Sancho, refiriéndose a la letra escribanil de su tiempo. Mi amigo —según él mismo decía— acertaba a leer algo, no poco, de aque-

lío; pero gastaba mucho tiempo en descifrar tales garabatos, y, lo que era peor, se le quedaban acá y allá tantas lagunillas de palabras, y aun de renglones enteros, ininteligibles, que con razón temía no hacer nada de provecho. ¡Si yo quisiera, a ratos perdidos, entresacarle de todo aquel perverso fárrago lo que estimase preciso para pergeñar el discurso...! Ya empezado el queso, quise; y aun preví, pues para verlo y preverlo no era menester antiparras, que habría que dar fondo con él y apurar hasta la corteza.

Leí a diestro y siniestro; copié o di a copiar lo acotado, y después de gastar en ello cosa de ocho días, entregué al electo don Antón los materiales para su discurso. "¿Qué tecla tocará ahora?", me preguntaba yo. Y pronto me sacó de la curiosidad mi amigo. Él —¿por qué no confesarlo en la intimidad?— no estaba ducho en esto de escribir discursos académicos. No los había escrito nunca. Se sentía torpecillo. Y cuenta que escribió más que el Tostado allá en sus mocedades; pero, de ejercitarlo poco, estaba algo borrado (y era lo cierto que no había estado escrito jamás). ¡No daba, por más que lo pretendía, con el estilo conveniente al asunto! Además, como no era él quien directamente se había comunicado con los legajos del archivo, quedábanle no sé qué fallas y lunares al procurar enterarse de todo aquello. Pero, aun así, él quería leerme las seis u ocho cuartillas que había emborronado, a condición de que yo las revisara

y corrigiera como si fuesen mías propias. Y me las leyó, y eran tales, que hacer pasadero uno de aquellos párrafos me pareció más difícil que escribirle de cabo propio todo el discurso. Díjele:

—Querido amigo mío, no le preocupe a usted esta futesa. Usted, sobre estar algo borrado, como dice, tiene muchas tareas y atenciones: yo le escribiré ese discursito. Después de todo, justo es que adonde va el mar vayan las arenas. No se hable más de ello.

Y gasté otra semana en pergeñarle el discurso. En junto, veinte o veinticinco días que, como dicen, trabajé para el Obispo, bien que mi amigo no tenía ni la primera tonsura.

Leyó don Antón *su* discurso en sesión pública y solemne; pero, por caso insólito, no lo había hecho imprimir, y claro es que, contra lo acostumbrado, no se repartieron ejemplares entre la concurrencia. Pasado algún tiempo, preguntéle:

—Querido amigo, ¿por qué no publica usted aquel discursito académico?

Y me respondió fresquísimamente:

—Ya, ¿para qué? Eso es agua pasada. Además, no me salió enteramente a mi gusto. ¡Como tuve que pensarlo y escribirlo en pocos días...!

XXVI

EL *ZABER* DE MENÉNDEZ Y PELAYO

Al mediar el último decenio del siglo XIX, mi maestro, y maestro universal, don Marcelino Menéndez y Pelayo solía pasar en Sevilla una o dos semanas del mes de abril. No iba a divertirse en aquella renombrada feria, ni a gozar de aquella luz y de aquellos aromas de un paraíso que dejaría tamañito al de marras; iba a lo que a todas partes: a ver libros, a extractarlos en breves notas, y, especialmente, a trasladar su jugo al portentoso cerebro, por medio de aquella mirada de águila. Porque ¡hay que ver leer a don Marcelino! (1)

Habíale caído que hacer en Sevilla, aún más que en las bibliotecas públicas de la ciudad, con ser tan buenas, en dos particulares muy abastadas de libros peregrinos: la del Duque de T'Serclaes de Tilly y la de su hermano el Marqués de

(1) Escribí este *sucedido* seis o siete años antes de la muerte de mi inolvidable amigo y maestro.

Jerez de los Caballeros. Sólo por la noche, en la tertulia del Duque, daba alguna paz a la pluma el maestro veneradísimo. Alguna, digo, porque aun allí, al paso que hablaba afablemente con todos con la gentil llaneza tan propia de un verdadero sabio, repasaba, burla burlando, muchedumbre de impresos y manuscritos, sin distraerse ni de la conversación ni de su tarea: como si tuviese dos atenciones distintas, hijas de dos entendimientos diversos.

Allí, entre otros, alguno forastero como don Braulio Pizarro, rico terrateniente y ganadero de Extremadura, grande amigo y admirador del diestro *Guerrita* y hombre culto a la par, que lo mismo lanceaba un toro que decía versos y cantaba *alboradas* gallegas y *fados* portugueses, allí, entre otros, digo, Gómez Ímaz, Montoto, Hazañas, Valdenebro, Gestoso, Chaves, Torre Salvador (*Micrófilo*) y Serrano Sellés, y yo con ellos, pasábamos la velada embebecidos, escuchando a aquel prodigioso hombre y sin decir más que lo puramente necesario para que el Maestro no dejase de maravillarnos con su sabrosísima habla, maná que sabe a mil cosas, todas exquisitas. ¿Tocaba Serrano un punto de Medicina clásica? Pues allí era de ver cómo el Maestro explanaba aquella materia cual si hablaran por su boca veinte Avicenas y diez *divinos* Vallés. ¿Nombraba don Luis Montoto a algún poeta de Sevilla oscuro y olvidado? No lo era ni lo estaba para don Marcelino: antes

contaba de pe a pa su vida y milagros, y nos recitaba a la guitarra (como allí dicen) sus mejores composiciones. Una noche asomé yo conversación del doctor Torres Villarroel, en su *Diálogo* con el ermitaño sobre la piedra filosofal, y tomó ese hilo el Maestro y nos tuvo boquiabiertos y enhechizados más de una hora hablándonos de Alquimia. ¡Claro! ¡Como que él había favorecido al benemérito Luanco, dándole a conocer muchos de los viejos escritos que compiló en su libro misceláneo de *La Alquimia en España!*

Pues, con todo esto, no faltó quien pusiera en tela de juicio el pasmoso saber de Menéndez y Pelayo: una pulga (y no es todo metáfora en esta frase) se atrevió a medir al águila caudal con sus diminutísimos ojos, y ¿quién lo imaginara? a medirse implícitamente con ella. ¡Para que demos gracias a Dios porque ha hecho de todo en el mundo!

Al llegar la feria de uno de aquellos años, los amigos de la tertulia convinimos en llevar a almorzar al Maestro fuera de la ciudad, a la por cien estilos famosa Venta de Eritaña. Y allá encajamos. Era una mañana espléndida del abril sevillano, al cual ningún otro abril le lleva un dedo de ventaja. Entramos en el amplio jardín de la Venta para ocupar el merendero que nos habían preparado, y al pasar junto a otro en que alegremente se disponían a almorzar con varios amigos unos toreros de la cuadrilla de *el Guerra,*

nos salió al encuentro el buen Braulio Pizarro, que con ellos estaba. Hiciéronnos entrar y nos detuvimos allí un poco, gustando unas copas que nos ofrecían y charlando cada cual con quien encartó. Uno de los de coleta, medianillo de cuerpo, que banderilleaba en la cuadrilla del *Califa,* y que lucía media libra de oro en la cadena del reloj y brillantes como garbanzos en la pechera, miró con curiosidad a don Marcelino, y advirtiéndolo Pizarro, le dijo a media voz:

—¿Tú sabes quién es ése?

—¿Quién es? —preguntóle respondiendo el que, por no dejar la metáfora, llamaré *Pulga.*

—Ése es... ¡casi nadie! —dijo don Braulio con un mohín de encarecimiento—. ¿Tú ves que *el Guerra* es una catedral...? Pues este hombre es un alcázar y todas las pirámides de Egipto. Es... ¡Menéndez Pelayo!

Volvió a mirar al Maestro el hombrecillo de la coleta y dijo a don Braulio con naturalidad candorosa:

—En mi ziyetera bía lo oí mentá. Y ¿qué ez? ¿Ez generá? ¿Ez quizáz menistro?

—No, hombre; no es general ni ministro —repuso Pizarro—, ni falta que le hace; porque ahí donde tú lo ves, tan humilde en su aspecto, es el sabio más grande que hay en toda España, y uno de los primeros del mundo.

Miró entonces nuevamente el torero a don Marcelino, esta vez despacio y con mirada escrutadora; midióle con ella de pies a cabeza len-

tamente, mientras daba una gran chupada al chicote, y después de arrojar el humo por donde fumaba y escupía, es decir, por junto al colmillo izquierdo, volvió los ojos a su interlocutor para preguntarle sonriendo, entre incrédulo y desdeñoso:

—Y ¿qué ez lo que zabe eze hombre?...

....

Fué un juicio, todo un señor juicio, el del banderillero de *Guerrita.*

En tiempos pasados, cuando las gentes creían en la otra vida —que hoy eso anda perdido—, sólo había un negocio digno de toda la atención del mundo: la salvación del alma. En los menguados tiempos que ahora corren hay únicamente otro negocio principal: el hacerse rico, sea como quiera. Y, a la verdad, ¿qué es lo que sabe quien no sabe eso?

Así, pues, tenía mucha razón el torerillo de los brillantes: "¿Qué ez lo que zabe eze hombre?..."

XXVII

JUAQUINIYO

Contemplando una vez desde cerca a Joaquín Lafargue —*Juaquiniyo* le llamábamos en el pueblo—, me expliqué por qué, en general, son buenos mozos los franceses: porque el abuelo de Joaquín, al salir de Francia para rodar por el mundo y establecerse en Andalucía, actuó allá de bomba aspirante de la fealdad gabacha habida y por haber, y trájosela toda a España, y la transmitió íntegra, cabal y perfecta, por medio del más feo de sus hijos, a su nietezuelo *Juaquiniyo.*

Era *Juaquiniyo* tan feo, que, junto a él, Picio, Chuchi y el famoso sargento de Utrera, a quien, de puro feo, hubo que darle el santo óleo con una caña, fueron las mismísimas tres Gracias de la Mitología, o las mismísimas tres diosas que se disputaron la manzana de oro.

A la verdad, *Juaquiniyo,* que tenía la sal por arrobas y andaba siempre del más bendito humor del mundo, en especial cuando estaba algo asomado, y estábalo ordinariamente una o dos veces al día, no se resignaba sino a duras penas

con aquella fealdad colmada que le había cabido en suerte, y eso que, herrero como era, la disimulaba algún tanto con la tizne propia del oficio, que él, con masculina coquetería, conservaba adrede en el rostro, para que los poco avisados achacasen en parte a lo extraño y pegadizo de la fragua lo que no era sino natural y congénito.

Pues bien, en cierta ocasión, como *Juaquiniyo,* apartándose algo del mosto, hubiese trabajado de firme todo un verano y se encontrase con buen acopio de obra en su herrería, se dispuso a llevarla a la feria de Écija, en donde esperaba salir de ella pronta y ventajosamente; y para hacer el viaje como Dios mandaba, fué un día a las casas capitulares, a fin de obtener un pasaporte o carta de seguridad: aquel indispensable documento de policía que desnaturalizó pocos años después la pericia económica de nuestros gobiernos, convirtiéndole para *in aeternum* en la antipática cédula personal, mera carta de pago de la más odiosa de las socaliñas fiscales.

El negociado en que se expendían los pasaportes, y también las boletas cuando, de higos a brevas, pasaban tropas por Osuna, estaba a cargo de un don fulano Pozo, hombre serio donde serios los hubiese, pero a quien venía como de molde aquello de que "debajo del sayal hay ál"; porque el buen boletero, a pesar de su *coram vobis,* de sus grandes bigotes blancos y de sus gafas de cuatro cristales, las últimas que yo, siendo adolescente, alcancé a ver en servicio

activo, era un grandísimo socarrón, capaz de burlarse de un entierro, todo sin perder la aparente seriedad de su gesto y el grave entono de su habla. Nadie le conocía tan a fondo como el muchachuelo que tenía de tagarote en su mesa, ya muy acostumbrado a las frecuentes y disimuladas bromas de su taimado jefe.

Pues digo, lector, o iba a decir, que llegó a esta oficina nuestro *Juaquiniyo* y, sombrero en mano, cuadróse respetuosamente como un quinto y dijo lo que pretendía al señor Pozo, el cual le miró de hito en hito por encima de las gafas un buen espacio de tiempo, y, al fin, abriendo un cajón de su mesa, sacó un pasaporte en blanco, alargólo al escribiente y con voz grave y reposada empezó a interrogar:

—¿Su gracia de usted?

Juaquiniyo clavó los diminutos, pero vivísimos ojos en el severo semblante de Pozo y respondió más serio que un testamento:

—¿Mi grasia? No tengo ninguna. Cabarmente soy la desgrasia andando.

—¡Por su nombre le pregunto! —rugió Pozo, levantándose del sillón y haciendo ademán de acometer a *Juaquiniyo*.

Éste, asustado, dió un paso atrás; mas cuadróse de nuevo, no sin mirar furtiva y precautoriamente hacia la puerta, y dijo su nombre y sus apellidos, y a preguntas consecutivas, su edad, estado, oficio, etc.; hecho lo cual, Pozo, que había comenzado a pasearse a lo largo de

la oficina, paróse frente al congénere de Vulcano, y mirándole al rostro con fijeza, dijo al amanuense:

—Niño, escribe: "Ojos, verdosos, chicos y hundidos."

Y tornó a su paseo. *Juaquiniyo* perdía la serenidad, bien que ya ella no se andaba muy ganada, e intentó interpelar al señor Pozo; pero volvió en seguida sobre su íntimo acuerdo, en tanto que el maleante oficinista, parándosele otra vez cara a cara, dictaba al escribiente:

—"Nariz, quebrada, corta y respingona, de las que llaman de rabadilla de pato."

A *Juaquiniyo* se le podían tostar habas en la cara. Volvió a pasear el uno, volvió a trasudar el otro, y después de un nuevo alto y de otra mirada en hito por encima de la vidriera de sus gafas, Pozo retornó a su dictado, diciendo al tagarote:

—"Boca, hasta las orejas, sumida y sin dientes."

Agotósele a *Juaquiniyo* la paciencia. Ya no fué suyo, y encarándose a su vez con Pozo, gritóle:

—Don Poso, o don Charco, ¿tié usté más que poné ahí "Feo totá", y se espacha más pronto?

Y el hasta allí gravísimo Pozo rompió a reír a carcajadas, con estupor de *Juaquiniyo,* y, sacando la petaca, alargó amistosamente un cigarro a aquel hombre feo, gracioso y, vamos al decir, cargado de esteras.

XXVIII

EL CANÓNIGO DE CARMONA

A los comienzos de la segunda mitad del pasado siglo había en la ciudad de Carmona un farmacéutico en cuya rebotica, como acaece en todas las clásicas de España, juntábanse a pasar el rato hasta unos seis u ocho estimables sujetos, que, empezando por ser amigos del Boticario, pronto habían acabado por serlo entre sí. Allí fumaban y charlaban de lo lindo, haciendo en un dos por tres la croniquilla local diaria, leían en alta voz algún libro de honesto pasatiempo, jugaban un rato a la brisca o al julepe, y aun de cuando en cuando echábanse al coleto tal cual vasillo del buen vino que el Boticario tenía de sus lagares; que de todo quiere Dios un poquito, menos de lo malo, y de todo aquello y más ha menester el hombre para ir pasando siquiera medianamente estos cuatro miserables días que dura su peregrinación por la superficie del planeta.

Entre los más asiduos concurrentes a la ame-

na tertulia de don Fermín contábanse dos médicos, un viejo maestro de escuela, un teniente coronel retirado y gotoso, un hidalgo labrador y un canónigo de no sé qué iglesia catedral, que, no hallándose bien en ella, se había vuelto a sus lares, por preferir a todo lo mejor del mundo el cachito de cielo de su patria. Como sólo estos dos contertulios últimamente indicados son los personajes de mi cuento, bueno será que el lector los conozca con algún más pormenor que a los otros. Don Fernando, que así se llamaba el hidalgo labrador, era cincuentón y enjuto de carnes, se ufanaba de ser padre de casi una docena de hijos y con harta razón pagábase más de sus añejas ejecutorias que de las pocas y endebles tierrecillas que labraba, restos de la pasada y ya remota opulencia familiar. Don Juan, el canónigo, hombre de buenas letras y de clarísimas luces, con sombras y lejos de socarrón, tenía más de sesenta años y dos varas y un palmo de estatura, y era, por todos estilos, hombre de peso. De peso, y de pesos; porque como, al revés de lo que acontecía al hidalgo, no tenía hijos que mantener y era dueño de muchas y buenas tierras, calmas y de olivar, heredadas unas y otras compradas a toca teja y en ocasiones favorables, vivía nadando en la abundancia y cumplía de sobra el *desiderátum* del labrador rico, que siempre, como lo dice el refrán, ha de tener tres cosechas: "una en el campo, otra en el granero, y la otra en los bolsos del dinero".

Todo esto sabido, dígote, lector, que, llegada la hora de entrar en quinta uno de los bigardos hijos de nuestro hidalguete, y como éste no tuviera recursos propios para redimirle de la soldadesca, cierto día, dadas las doce, al salir de la tertulia don Fernando y don Juan para irse a comer en gracia de Dios sus respectivas ollas, el primero, después de vacilar un poco allá en sus adentros, paróse delante de don Juan y, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo estas alarmantes palabras:

—Don Juan, tengo que pedir a usted un favor.

Y tras este breve anuncio, contóle en un santiamén el angustioso apuro en que se encontraba y para remate pidióle prestados seis mil reales, prometiendo devolvérselos en el próximo estío.

Don Juan escuchó serenamente a su contertulio y respondióle en estos términos:

—Oído lo que usted, estimadísimo don Fernando, acaba de decirme, yo, aunque podría, no me pondré a examinar si usted hará mal o bien en redimir del servicio militar a ese joven, que no se dedica a nada, que no sirve para nada, que no es nada, y que, redimido, no será ni soldado siquiera. Usted, como su padre que es, hará de él lo que quisiere, o lo que pudiere, que de seguro podrá poco, ya que el mancebito no gusta sino de andarse a la vida birlonga. Dejado, pues, esto, vamos a lo demás, y cuenta que he de hablar a usted con la franqueza que en su

trato se deben dos tan buenos amigos como nosotros: con la misma amistosa llaneza con que usted me ha pedido esos ochavos; que yo, por mi cualidad de eclesiástico y por mi seriedad de hombre maduro, siempre trato verdad, y, por tanto, soy incapaz de decir a nadie una cosa por otra. Así, declaro a usted paladinamente que yo tengo a mi disposición, en mi casa y al alcance de mi mano, a cualquier hora del día o de la noche, esos seis mil reales que usted necesita y me pide. Pero hay para mí cosas que valen más, mucho más de seis mil reales, y una de ellas es la buena amistad con que usted me honra y me favorece, y yo no quiero ponerme a peligro de perderla por seis mil reales, ni por nada del mundo... Escúcheme usted hasta el fin, querido amigo don Fernando, y no me haga perder el hilo de mi razonamiento.

Supongamos por un instante que yo, al oír la petición de usted, le llevo a mi casa y, sin más ni más, le presto ese dinerillo, quedando en mi poder para resguardo una firma suya. Ya supuesta tal cosa, veamos lo que irremediablemente habría de ir sucediendo. Lo primero, usted libra de quinta a ese muchacho, aunque bien ha menester una mano de doma como la que le darían en el servicio militar. Y llegado el verano, usted, que esperaba coger tantas o cuantas fanegas, no coge ni tantos o cuantos almudes. Y aquí empieza Cristo a padecer, porque usted, contra todo su buen deseo, no puede cumplir

aquello a que se obligó, y yo, aun disculpando a usted por su involuntaria demora, comienzo a dolerme de la ligereza que cometí al prestar. Y vea usted cómo y por dónde empiezan a resentirse y enfriarse unas relaciones amistosas que nunca hasta entonces se habían quebrantado.

Con todo esto, quiero suponer que ni usted ni yo dejamos de frecuentar la rebotica de don Fermín; pero, a lo menos, usted anda sollispado conmigo, creyendo notar en mis palabras inocentes algunas embozadas alusiones a nuestro asunto, y yo, sin remedio, viendo que el tiempo se pasa y que nuestra cuentecita se añeja, arrugo un tanto el entrecejo las pocas veces que hablo con usted; porque es bien sabido que acreedores formales y deudores morosos nunca hicieron buenas migas.

Pues ahora añada usted a lo dicho que transcurre un año más y entra otro hijo en quinta. ¿Qué hará usted entonces? ¿No redimirlo? Injusticia notoria si fué justo redimir al mayor. ¿Redimirlo? Sí, pero ¿cómo sino buscando otros seis mil reales? Y puesto a buscarlos, a mí no había usted de pedírmelos: evidentemente. Los buscaría usted hipotecando o vendiendo unas tierrecillas, con lo cual amenguaba el valor de aquella firma de antaño que yo tenía guardada en mis gavetas. Entendiéndolo usted así y no atreviéndose a hablarme de la nueva redención por dinero, empezaría a esquivar las ocasiones de encontrarse conmigo; vería en mi silencio,

hasta en mi sola presencia, una reconvención, tanto más elocuente cuanto más muda, y, al cabo, a pretexto de enfermedad o quehaceres imperiosos, dejaría usted de ir a la botica. Y llegado este caso, si yo me limitaba a deplorar lo sucedido, malo; y si, echando por un camino que siempre aborrecí, reclamaba judicialmente lo que presté, peor... ¡No, y mil veces no, amigo mío! ¡No esté a pique de perderse nuestra buena y antigua amistad! ¡No prestaré a usted ni un maravedí!

Y esto dicho, nuestro don Juan, muy conmovido al parecer, echó los brazos al cuello a don Fernando, que, atónito, no acertaba a articular palabra.

....

Pasó un año, durante el cual don Fernando, que se había endeudado sobremanera y andaba demandado ante los tribunales, no habló a derechas con el Canónigo. Éste no dió muestras de resentirse por tal cosa; y como el tiempo es un sánalotodo eficacísimo, poco tardó en olvidarse lo pasado y volvieron las aguas por donde solían ir.

Un día en que don Juan y don Fernando, en buen amor y compaña, salieron de la botica para ir a comer sus respectivas ollas, paróse aquél en mitad de la calle, y poniendo la mano sobre el hombro de éste, le dijo:

—Amigo don Fernando, en este mismo sitio hablamos largamente unos meses atrás. Enton-

ces me detuvo usted, y hoy le detengo yo. Respóndame sinceramente: ¿seríamos hoy lo amigos que somos si yo hubiera accedido a la petición de usted?

—Probablemente no —dijo don Fernando, después de unos instantes de silencio.

—¡Seguramente no! —enmendó con viveza el Canónigo—. El refrán lo dice: "Quien presta, no cobra; y si cobra, no todo; y si todo, no tal; y si tal, enemigo mortal."

XXIX

UN GRAMÁTICO PARDO

Dieron las cuatro, se fueron los escribientes, y el abogado de las tres *emes,* don Manuel Marín Moreno, después de recoger de una bandejita de plata las seis u ocho pesetejas que habían producido aquel día las consultas verbales, se puso a pasear a lo largo del despacho, dando vueltas en el magín a los asuntos que tenían encomendados a su pericia algunos pleiteantes osuneses.

—Con lisensia —dijo una voz desde el zaguán.

Y dando la tal licencia por otorgada, colóse en el estudio un paleto como de cincuenta años. Ya la inflexión *sui generis* de su acento y la pronunciación sibilante de las *ces* suaves habían revelado a don Manuel que el visitante era de Martín de la Jara, pueblecito del cual sale un hombre de bien a buscarse la vida, llevando un mal jumento, y al regresar a los seis u ocho meses con una lucida recua de mulos, si le pre-

guntan cómo en tan poco tiempo ha podido prosperar así, responde, extendiendo los brazos y remando en el aire: "¡Naando!"

Comenzó la consulta. El Jareño, que no era *leío* ni *escrebío,* quería *tomaye* un parecer al *abogao.* Otro jareño le debía una cantidad, de un *empréstame,* hacía *bentidós* años, y ¡las cosas *der* mundo!: nunca se la había *peío* por justicia, porque eran amigos y el deudor andaba siempre *atracao.* No le había *pagao* por cuenta ¡ni esto! —y hacía sonar la uña del pulgar escapándola de los dientes superiores—. *Dichosa* trampa (*dicha* trampa, quería decir) constaba en un *papeliyo* con testigos. Por más señas, que el consultante se lo había *dejao* en el pueblo. "¡Esta *condená* memoria mía...!"

—Pues, amigo, con esos antecedentes, desagradable respuesta puedo dar a usted —dijo el Abogado—. Esa deuda ha prescrito.

—¿Pres... qué? Jábleme usté en palabras cristianas.

—Quiero decir que, habiendo pasado más de veinte años sin reclamar, el deudor puede negarse a pagarle a usted. La ley presume que el acreedor indolente que dejó pasar veinte años o más sin pedir lo que le adeudan merece que no le paguen.

—Y ¿qué ley dise eso? ¿De mó que er tramposo se va a quear riendo?

—Eso es. Y usted llorando. Usted se tiene la culpa.

—Pos... ¿qué quiusté que le diga? Que me alegro con toa l'arma.

—¡Hombre...!

—Porque ¡bargan berdaes! yo soy er tramposo. Y diga usté: ¿podrá usté apuntarme eso en una mijiya e papé?

(El abogado entre dientes:) ¡Caracoles, con la gentecita de los pueblos! (*Alto*:) Sí, hombre; y ya veo que es usted buena púa para un peine.

Sin sentarse, el letrado cogió una cuartilla de papel y empezó a escribir sobre un extremo de su gran mesa de despacho. Y como el tintero estaba en el centro de ella, el bueno de don Manuel Marín alargaba el brazo con algún esfuerzo para mojar la pluma, en tanto que, al escribir, iba diciendo a media voz, como dictándose: "La ley quinta, título octavo, libro once, de la Novísima Recopilación dispone que la acción personal y la ejecutoria dada sobre ella prescriban a los veinte años..."

—Jaga usté er fabó de no escrebir más —interrumpió el paleto— y benga ese papé; que yo pago tó lo que ba andao jasta ahora, pero no lo que quée por andá.

—Pues, hombre, ¿qué pasa? —preguntó atónito el de las tres *emes*.

—Mu sensiyo. Lo que pasa es que... ¿Me da usté palabra de no enfaarse? Lo que pasa es que estaba yo mormurando pa mis entretelas, y ije..., igo...: "Cuando este hombre no ha caío en arrimarse ar tintero, ni en arrimá er tintero,

y está pasando las morás pa escrebí esos garrapatos, malamente podrá caé en er quí e la eficurtá de lo que le he preguntao."

Don Manuel se echó a reír y dió el papel al Jareño, diciéndole:

—Tome usted..., y nada me debe. Bien pagado quedo con esta lección de gramática parda.

XXX

EL *ENTARIMAO*

El ministro de Instrucción Pública, señor Conde de Romanones, puede añadir esta vistosa flor, cogida en el vasto campo de la realidad, al abultado ramillete de las que ha juntado en la provechosa Asamblea de Inspectores de Primera enseñanza (1).

Con mil apuros y dos mil hambres estudió su humilde carrerita de maestro elemental cierto joven, hijo de padres honrados y pobrísimos; acabada, practicóla algunos meses al lado de un buen maestro de la Corte, y, teórico y práctico a la par, acudió poco después al higuí de unas oposiciones a escuelas, hizo muy aceptables ejercicios, obtuvo plaza y fuése a ocuparla, llena la cabeza de pensamientos nobles y rebosándole del corazón los sentimientos generosos.

Ya, felizmente —pensaba—, era llegada la hora en que él pusiese en práctica todo aquello que le había sugerido la cotidiana lectura de los

(1) Celebrada a fines de abril de 1910.

tratados de Pedagogía; y si un maestro de escuela, por su trabajo perseverante, puede lograr que un pueblo prospere y se haga dichoso, poco había él de poder, o, tiempo andando, el Parrillar (a cosa así, de uvas y pámpanos, suena el nombre real del lugarejo) había de erigirle una estatua en mitad de la plaza pública.

Divertida la fantasía en estas galanas imaginaciones, no iba don Quijote de la Mancha más contento y alborozado cuando, caballero en su Rocinante, comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel, que nuestro iluso pedagogo, cabalgando en una rucia pollina protohistórica, joya familiar de la casa paterna, al dirigirse hacia el pueblecillo en donde, al combatir por la fermosa dama doña Cultura, contra la ponzoñosa y temible hidra de la Ignorancia, de siete y aun de setenta cabezas, tenía, como el Hidalgo Manchego, "agravios que deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer".

Llegado al lugar nuestro novel Caballero de la Pedagogía, su primer cuidado, después de dejar la jumenta en el mesón, fué visitar al Alcalde. No le halló en el casuco concejil, pero sí en su apeadero ordinario: en la tabernilla inmediata, en donde, bebiendo mucho y blasfemando no poco, jugaba al mus con otros sujetos de su laya, sus paniaguados; y a fe que el tal Alcalde, por su torcido corpachón, su retorcido

mirar y su peor que retorcida habla, era, como el Monipodio cervantino, "el más rústico y disforme bárbaro del mundo"! No dejó los naipes ni se alzó de la silla al presentarse el Maestro, y, enterado de quién era y de la misión que llevaba, le dijo, metiendo el dialoguillo entre dos tragos:

—Ahora enseñarán a usté la escuela. Pero antes, ¿no quiere usté jugar un rato?

—No entiendo cosa alguna de naipes, señor Alcalde —respondió el recién llegado.

—¿Ni colar un traguillo? —volvió a preguntar el Alcalde.

—Gracias —repuso el Maestro—. No bebo líquidos espirituosos.

Y, soltando una bestial carcajada, dijo su interlocutor:

—Pues ¿qué es lo que sabe en el mundo quien no juega ni bebe? No era así el maestro que está mascando tierra: cabalmente una de sus borracheras se lo llevó al otro barrio. Aquél era un famoso tercio para todo: cada día bebíamos mano a mano hasta caer. ¡*Tragavino* le llamábamos! Porque aquí, amigo mío, naide escapa de llevar mote. A mí me llaman *Mochilón,* porque dicen si agencio o no agencio y si guardo o no guardo. Ya le pondrán a usté su mote antes que pasen dos días...

Mal pareció a nuestro hombre el Alcalde; pero peor había de parecerle la escuela, que no era sino un cobertizo inmundo, en comunicación franca y abierta con el corral del concejo. Así,

los niños que tuvo a su cargo el dómine *Tragavino* habían establecido un curioso cambio de habitación con los cerdos que allí se albergaban: éstos, en las noches invernales, reposaban en la escuela cobijados y abrigaditos, y aquéllos, en las mañanas frías, salíanse del cobertizo al corral, en busca del suave calorcillo del sol. Pero tal comunidad de habitaciones había acarreado a los niños diversas enfermedades y molestias, y entre ellos no se encontraba ni siquiera uno que mirase con ojos claros y limpios: todos andaban cegajosos y llenos de legañas, que era una lástima y también un asco el verlos.

Pidió el Maestro que se convocara a la Junta local de Instrucción primaria y anticipó al Alcalde la idea de ser enteramente necesario efectuar en la escuela algunas obras, empezando por incomunicar entrambos locales y sanear y entarimar aquel inmundo suelo, que era terrizo y tenía microbios y suciedades de cien años, y allí fué de ver la cara que puso el Alcalde y, sobre todo, cómo le cayó en gracia lo del entarimado, lujo que él no tenía en su propia casa, a pesar de llamarse el *Mochilón* por lo repuesto que le suponían el gatazo de los ahorros.

Horas después no andaba en el pueblo otra conversación que la del *entarimao* de la escuela, y al día siguiente ya la musa popular, para quien el concebir y el parir suelen ser una cosa misma, había puesto en coplas el lance y en regalada solfa al Maestro. En efecto, este hombre

desventurado fué testigo de su propio mal cuando, al dirigirse a la iglesia para oir misa y conversar con el Cura, escuchó a una turba de chiquillos desarrapados, sin duda sus futuros discípulos, cantando a coro con desaforadas voces:

"Vaya un maestro escuela
Que mos han mandao,
Tan *entarimío,*
Tan *entarimío,*
Tan entarimao.

"Vaya un maestro escuela
Que mos ha vinío,
Tan entarimao,
Tan entarimao,
Tan *entarimío*".

La larga entrevista con el Párroco acabó de echar un jarro de agua fría sobre los generosos proyectos del iluso caballero andante. Con otros no menores bríos había llegado años atrás su antecesor; pero de nada le sirvió luchar, solo entre muchos, contra la ola de la ignorancia y salvajismo de aquel condenado pueblo, y, al cabo, se dejó arrastrar por ella, y tal vida emprendió y siguió, que *Tragavino* le llamaron hasta su muerte.

—Yo estimaba mucho a aquel desgraciado —decía el Cura—; pero no pude contenerle en el camino de su perdición. No abandonó el pueblo cuando debió y le aconsejé, y cayó sobre él, de lleno, la negra influencia de las tres *es* de esta clase de pueblecitos, que *e*mpobrecen, *e*mbrutecen y *e*nvilecen a quien vive en ellos. Es-

to —sírvale a usted de gobierno— está enteramente perdido. Ese alcalde a quien usted visitó ayer y otro que tal, con quien turna pacíficamente en el mando, son hechuras de un solo cacique provincial, que tiene por suyo este lugarejo y se va merendando todos sus propios y cuanto le cae al alcance de las manos. Ahora acaba de comerse dos carreteras, que se han pagado y no puede decirse que se hayan hecho. Aquí no hay enseñanza, ni puede haberla, porque a esos amos y caciques les conviene que no la haya: sobre bestias se domina más fácilmente que sobre hombres.

No lo pensó más nuestro ya descorazonado pedagogo, y, hecho cargo de cuanto veía y escuchaba, fuése a buscar al Alcalde para comunicarle la grata nueva de que renunciaba para siempre jamás, amén, a educar e instruír a los cerriles asnillos bípedos del Parrillar. Comunicósela, en efecto, no sin que el Alguacil, para anunciar al Alcalde la visita, dijese en alta voz:

—Ahí está *el Entarimao.*

....

Esto de fomentar la enseñanza requiere, a mi ver, una prolija y delicada operación previa. Para desasnar a las nueve décimas partes de los pueblos de España debe comenzarse por *entarimar* la pocilga del cerebro a unos millares de alcaldetes Mochilones, y por sacarlos de la maldita jurisdicción de unos cuantos centenares de cacicazos, caciques y caciquillos sin conciencia.

XXXI

EL AMULETO

En las postrimerías del siglo XIX publicábanse en Sevilla seis u ocho periódicos diarios, los más de los cuales se pergeñaban punto menos que milagrosamente, porque apenas si tenían redactores ni servicio telegráfico, y así y todo, cada vez que salía el sol salían ellos, repletas de texto sus tres primeras planas. En uno de estos periódicos, que se llamaba *La Bética,* o cosa parecida, escribía Miguelito, el andaluz más *salao* que nació de madre. ¿"Escribía" he dicho? Escribía... cuando escribía: una o dos veces al mes. Iba poco a la redacción, porque la paga —quince fementidos duros mensuales— entraba tarde y no cabal en su bolsillo, y así, el director y dueño del diario no se atrevía a ser exigente, ya que tampoco lo era Miguelito, mozo soltero y suelto que, en contando, de acá o de allá, con dos o tres realazos para comer y siquiera con una pesetilla para beber, no se cambiaba por el Preste Juan de las

Indias. Tampoco se ahogaba en poca agua el director de *La Bética,* porque tenía un sobrinillo bachiller, más listo que Cardona, que arremetía, tijera en mano, con la prensa de Madrid y de provincias, y a los veinte minutos decía triunfalmente a su tío, mostrándole un montón de recortes: "Ahí queda el *original* para mañana."

Yendo y viniendo días, llegó uno en que coincidieron dos cosas raras: la ida de Miguelito a la redacción y la muerte de cierto millonario, de quien muchos pensaban que iba a ser eterno; y pues el tal ricacho había sido suscritor de *La Bética,* a su director pareció del caso aprovechar la coyuntura de estar Miguelito en funciones, y le encargó que hilvanara un artículo necrológico. Escribiólo nuestro hombre en un santiamén, y como tenía mucho pesquis, sin dificultad logró lo que llaman "la gracia del barbero", pues sacó barba de donde no había pelo; esto es, que aunque el difunto suscritor, por su extremada y proverbial tacañería, no era nada bien quisto, acertó Miguelito a decir de él tales cosas, que, sin mentir descaradamente, le hizo simpático aun para aquellos mismos que en vida le quisieron mal.

Pasados los días del novenario, el hijo mayor del difunto, agradeciendo el favor recibido, se dedicó a la nada fácil tarea de hallar al autor del artículo necrológico, que, aunque jamás firmaba sus trabajos de redacción, podía decir, como a diferente propósito dijo Quevedo:

"Y perdone que no firmo,
Porque mis mesmas razones
Dicen que yo las escribo".

Y como no le hallase, porque Miguelito, como él decía de su persona, andaba siempre "más *perdío* que un tapón", dejóle en su casa dos renglones en que le rogaba que le viera en la suya al día siguiente.

Al leerlos, nuestro periodista se arrepintió de haber escrito aquel condenado artículo, que ahora le obligaba a andar haciendo visitas y besando manos, a él, que era libre e indisciplinable como un gorrión. "Pero ¿qué hacer? —pensó—. Para esto y aun para otras cosas peores vivimos en sociedad." Y después de *correrla,* como de costumbre, aquella noche, durmió un poco las primeras horas de la mañana, y lavoteándose en un dos por tres y poniéndose su ropita mejor, almorzó y se dirigió de mala gana a la casa del rico heredero. Éste le dió las debidas gracias y sacó de la cartera un billete de cien pesetas, por agradecer también con hechos el fino elogio póstumo; pero Miguelito, retirando con la suya la mano del generoso donante, le dijo:

—¡Eso sí que no, señor mío! Usted, seguramente, no me conoce. Yo, como redactor de *La Bética,* escribí lo que me mandaron. Si cobro o no cobro mi sueldo, es cuenta mía, lo mismo que es cuenta de mi director si voy mucho o poco por allí. Agradezco a usted de veras sus palabras; pero no aceptaré dinero alguno por haber hecho justi-

cia a las buenas cualidades de su padre de usted. Como no soy cura ni sacristán, no vivo de los entierros. Con todo, para no pasar por huraño, si usted quiere darme una copita de Jerez y un buen cigarro, vengan; pero otra cosa no, por nada del mundo.

Guardó el rico el billete y la cartera, pidió una botella y unas copas y conversó largamente con Miguelito, cuyas distracciones y cuyo talento conocía. Le exhortó con afectuosas palabras a arreglar su vida; le encareció el ser gran lástima que no ejercitase su agudo ingenio en la frecuente composición de libros tan amenos e interesantes como los que había sacado a luz; ponderó las excelencias del orden y del ahorro, medios eficaces para vivir el hombre contento de sí mismo y disfrutar la estimación pública, e interrumpióse de pronto, para decirle, al par que dejaba su asiento:

—En fin, usted no se irá de mi casa sin dinero. Pero voy a darle unas monedas que no ha de poder rechazarme, ni ha de poder gastar, porque son dinero y no lo son.

Y abriendo un escritorio, sacó de una de sus gavetas un gran bolsón de seda verde, del cual tomó hasta dos docenas de monedas, que echó en un sobre. Diólo a Miguelito, que ya se levantaba para irse, y díjole:

—Estos son unos ochavos que se acuñaron en los años últimos del reinado de Fernando VII. Usted sabe, porque es muy notorio en Sevilla, que mi padre subió de pobre, de pobrísimo, a mi-

llonario. Pues bien, este fué el principio de su riqueza. En los ochavos que contiene aquella bolsa consistió su primer ahorro. Acepte usted una parte de él y conserve estas monedas como un amuleto, o *porte-bonheur,* que decimos ahora galicanamente. Es usted muy simpático y muy noble de alma, y le deseo mil venturas.

....

Miguelito dirigióse a su casa, y al pasar por la mía, miró por la ventana de mi estudio de abogado. Hojeaba yo un pleitecillo; solté los autos y abrí la puerta que daba al zaguán. Contóme lo que acabo de referir y puso término a la historia diciendo:

—Estos ochavos me harían rico, y yo no quiero bienes de fortuna, que siempre ocasionan cuidados y quebraderos de cabeza. Digo lo que fray Luis de León:

> "A mí una pobrecilla
> Mesa de amable paz bien abastada
> Me basta..."

Y si por aquí parezco un frailuco, lo diré de otra manera. Yo no apeteceré nada del mundo mientras tenga tres cosas: un buen amigo, un buen libro..., y una buena copilla de aguardiente de cuando en cuando. Don Francisco, ahí le queda a usted el amuleto.

Y, en efecto, me dejó, y conservo como oro en paño, aquellos ochavillos del rey Fernando VII. Quizá debo a su virtud, que de seguro está muy

gastada o desvaída por el transcurso del tiempo, el quedar económicamente tarín barín cada fin de año, después de afanarme los doce meses, aun sin descanso dominical, en jornadas de doce y más horas, que de seguro escandalizarían a la Casa del Pueblo, tan amiga de que no se trabaje demasiado, por aquello de que "el trabajar es virtud, y el no trabajar, salud".

XXXII

LOS AVANZADOS

En los meses, y aun en los primeros años que siguieron a la revolución de septiembre de 1868, cundió por ciudades, villas y aldeas una tal calenturilla (calenturón en algunas partes), que todos, a más y mejor, disparataban a fuerza de exagerar.

La libertad se nos había subido a la cabeza a los primeros sorbos. Un ayuntamiento abolió por sí y ante sí los cánones del Concilio Tridentino; muchos pobres soñaban con el pronto repartimiento de los terrenos *de propios...,* y aun *de extraños;* Castelar, el famosísimo orador, afirmaba en la Lonja de Sevilla que decir *república federal* era lo mismo que decir *miel sobre hojuelas* —bien que luego fuese muy de otro parecer—, y cada ciudadano, porque entonces no había *aldeanos, villanos* ni *campesinos,* y éramos *ciudadanos* todos, para poder darnos por aludidos cuando algún patriota cantase

"Aux armes, citoyens...",

cada ciudadano, digo, se creía capaz de arreglar el mundo en un periquete.

No se tenía por lerdo, a buen seguro, el tío Antón, harriero, vecino de uno de los pueblecitos que rodean a Sevilla. Aunque no era *mu leío ni mu escrebío,* había servido al Rey, quiero decir, a la Reina —¡bien que le pesaba!—, y aun anduvo su nombre en boca de su capitán, sobre si habían o no habían de darle los galones de cabo. En cuanto a republicano, éralo más que Sixto Cámara, como él decía. Pues ¡apenas si pensaba nuestro hombre en *la Niña*...: en la República!

Justamente iba pensando en ella al salir detrás de sus seis desmedrados jumentos por la calle de San Jacinto, de Triana, cuando apuntaba el sol de una mañana de marzo. Era la hora de *matar el gusanillo,* y para matarlo entró en una taberna que halló al paso, no sin librar antes al *liviano* del peso de unas alforjas en que llevaba la comida y un corte de vestido de coco para su mujer. "Más vale un *por si acaso* que un *¡quién pensara!*", dijo a media voz.

Pidió media copa, procurándose junto al mostrador un sitio, cosa que le costó algún trabajo, porque la tabernilla estaba llena de gente. Un zapatero remendón de la vecindad, orador callejero de gran fama en el barrio, estaba en el uso de la palabra.

—La república española —decía— tié que sé unitaria: no hay que darle güertas. Pensá en la federá es pensá en que cá probinsia y cá pue-

blo se esapegue e los demás, y ya entonses España no es España.

—¿Qué está usté disiendo, criatura? —interrumpió indignado el tío Antón, mientras le echaban otra media copa—. Usté, por lo bisto, es un urtramontano como una casa. Yo abanso más: la república tié que sé federá; cá probinsia es una república chica, y toas juntas jasen una república grande. Pos si no, ¿qué es la artonomía? Bamos a bé, ¿qué quié isí artonomía?

—¡Esa es la chachi! —jaleó uno de los circunstantes, muchachote larguirucho y desarrapado que iba para novillero, bebiéndose, de camino, como al descuido, la media copa que habían echado para el tío Antón.

Éste reparó en ello, pero se dió por indemnizado con la lisonja; pidió otra media copa y preguntó al zapatero, que estaba un tanto mohino:

—Entonses, ¿cómo creerá usté que deben jaserse los casamientos?

—¡Mía qué salía! —respondió desdeñosamente el remendón—. ¡Ni que isir tiene! ¡Por lo sebí y ná más que por lo sebí!

—¡Cuando digo que está usté enterao! —repuso burlonamente el tío Antón.— ¡Ni por lo sebí ni por lo carabinero! Yo abanso más. En ajuntándose cá uno con cá una, ¿pa qué más serimonias? Yo te acomóo a ti, tú me acomoas a mí, y ¡en pá!

—Camará, ¡baliente cacho e bruto está usté!

—dijo el zapatero, metiendo a barato la controversia.

El tío Antón, al oírse llamar bruto, echó mano a la vara. Hubo palabras gordas y cachetes no menudos, y fué necesario andar a chiquitos míos para poner paz entre los dos *ciudadanos*.

Quedaron, al fin, solos el tabernero y el tío Antón, pagó éste su aguardiente y parte del ajeno, fué a coger las alforjas, que, por su cuenta, estaban al pie del mostrador, y... ¡el sitio!

—¡Puñales! ¡Ésta sí que es güena! —exclamó cariacontecido—. ¡Me han quitao las siyeteras arfojas!

Y el tabernero repuso con socarronería:

—A tó hay quien gane, tío Antón. Usté abansa muncho; pero ese que se ha yebao las arfojas, ése abansa entoabía más.

XXXIII

LA FOGOSA

Vivía en cierta populosa villa de la Andalucía baja un robusto mozo entre artesano y campesino, que, después de haber corrido su caballo desde los veinte hasta los treinta años y andádose a la soldadesca cuatro o seis de ellos, cansado ya de la vida birlonga, se resolvió a asentar la cabeza y a ser hombre de bien, y consiguiólo por todos sus puntos, tanto, que no parecía sino que se habían llevado a un hombre y habían traído a otro para ponerlo en su lugar.

Con todo esto, como en el tiempo alegre de su vida aventurera hubiese hecho muchos tuertos, recuestando viudas y ocupándose en algunas de las demás cosas *non sanctas* en que pasó las lozanías de su mocedad aquel Juan Palomeque el Zurdo, ventero socarrón que confirió a don Quijote la orden de Caballería, por aquí algo y aun algos debía Antoñete al demonio; y siendo el enemigo de las almas, como lo es, diligentísimo cobrador, a quien nadie queda a deber nada,

púsole en mitad del meollo, para su perdición, la mala idea de casarse, y deparóle compañera en cuyo aguante y sufrimiento pasase en esta vida mortal todas las penas del Purgatorio.

Gustaban a Antoñete las personas locuaces y de carácter vivo, y entrósele por los ojos hasta el corazón, en donde le hizo tilín, una muchacha rolliza, de hasta veintidós años, altonaza de cuerpo, de buen parecer, morena, carilarga, pelinegra y con un par de ojos capaces de inflamar la nieve.

Verla y tropezar nuestro hombre, todo fué uno; tropezar y caer, una cosa misma; y cuenta que lo que más le agradó de la linda muchacha fué el geniecillo fuerte y regañón que tenía, por el cual las gentes de su barrio habían roto a llamarle *la Fogosa,* apodo que se le quedó de por vida, bien que ella, con sus arranques harto impetuosos y con el demasiado énfasis que ponía en sus palabras, no siempre del más culto vocabulario, justificaba de sobra el mote y reteníalo por legítimamente suyo, como si lo hubiese recibido de sus mayores por juro de heredad.

Poco duró el pan de aquella boda y pronto llegó a su menguante aquella luna de miel; y, deshojadas las tan efímeras como lozanas florecillas del rosal del pasajero amor, sólo quedaron hojas y espinas: más espinas que hojas. Antoñete no ganaba en su nuevo oficio de corredor de granos y de cuatropeas ni la mitad de lo que la Fogosa, echando galanas sus cuentas, había ima-

ginado; ésta recordaba con pesar su alegre vivir de soltera y renegaba de las molestias consiguientes al primer embarazo; y, en suma, las cien descomodidades y pesadumbres que nunca faltan en la casa del pobre acedaron el humor de la briosa cónyuge, en términos, que todo era voces y trapatiesta la endiablada casilla, y Antoñete, que tenía el natural buenísimo, no acertaba a mover pie ni mano sin que para ello, y a propósito de ello, y volviendo mil veces sobre ello, la Fogosa le hartase de voces e insultos, diciéndole desde una hasta ciento y obligándole a salir de estampía; que sabido es, porque lo dice un viejo refrán castellano, que "el humo, la gotera y la mujer vocinglera echan al hombre de su casa afuera".

Pasaban los meses y aquello iba de mal en peor: el chiquillo que vino al mundo, lejos de dulcificar el perverso carácter de la Fogosa, lo agrió y reagrió hasta lo indecible; amén de esto, el pimpollo salió pintiparado a su mamá en punto a genio, y ya eran dos a chillar; y con las unas y con las otras, la paz del hogar andaba por las estrellas, y se veía y se deseaba, sin ser Narciso, el desventurado Antoñete, a quien veinte veces al día, y por quita allá esas pajas, ponía su mujer, si no como digan dueñas —que aquella ralea no ha perdurado hasta hoy y no sabemos a punto fijo cómo las gastaban—, a lo menos, como chupa de dómine, como hoja de perejil y como un lindo guiñapo. Y a todo callaba aquel

cordero pacientísimo, que, al fin, harto de escuchar improperios, íbase a la tabernilla de al lado a pedir consejo, alivio y cristiana resignación a media limeta de lo caro, bebida unas veces a solas y otras en la buena compañía del cónyuge de alguna otra mujer levantada de genio y ligera de cascos; aunque, a decir verdad, no había nacido de madre ninguna que a la Fogosa pudiera empatársela ni con cuatro leguas. ¡Era aquello mucha mujer!

Yendo días y viniendo días, una noche de diciembre Antoñete pareció en su casa tarde... y con daño. No iba solo: acompañábanle una razonable borrachera y un galgo como un rucho. Armó la Fogosa una sanfrancia aún de más cuerpo que la borrachera misma. El marido intentaba explicarse; pero no había manera de atravesar palabra cuando gritaba su mujer. Al cabo, rendida la Fogosa, aunque no harta de vomitar por aquella boca sapos y culebras, el infeliz marido pudo, a retazuelos, ir explicando el porqué de la borrachera y la procedencia del galgo. Había sucedido que don Lucas, un propietario rico, aficionado a cazar, a quien Antoñete solía pedir prestadas un par de pesetas todos los días de *San Nicomedes,* santo que en el calendario de los pobres suele caer dos veces por semana, tenía precisión de ir a la capital a ciertos negocios que le retendrían allí uno o dos meses; y como se estaba mirando en su galgo lo mismo que en un espejo, y no quedaba en la casa gente

de toda su confianza que lo cuidase, había confiado a Antoñete el encargo delicadísimo de tenerlo bajo su custodia, asegurándole que nada perdería en ello, y dándole por adelantado, a la par que unas cañas de vino, cinco duros para la manutención del animal.

Aquietóse a regañadientes la Fogosa luego que su marido le entregó los cinco *machacantes* y le prometió que cuanto don Lucas le diese a su regreso, en pago de la asistencia de su can, eso mismo, sin quitar un maravedí, pasaría incontinenti a sus manos para que se hiciese un buen vestido a la moda; pero, trascurrida la noche, ¡ni por ésas! No había que darle vueltas: no era en la mano de la Fogosa contenerse ni refrenarse cuando algo le parecía mal, y cuenta que no había cosa en el mundo que bien le pareciese; y como tampoco era en la posibilidad del galgo el dejar de hacer de las suyas, no se pasaba día sin línea: quiero decir, que a cada instante se alborotaba y se hundía la casa, ora porque el perro, en un abrir y cerrar de ojos, se comía el almuerzo matrimonial, ora porque, al saltar huyendo, rompía olla, taza o plato, ya porque, en el corralillo, ponía en revolución a las gallinas, haciéndolas trasponer por las bardas, o ya, en conclusión, porque, haciendo a hurto la rosca en el fementido lecho conyugal, infestábalo de pulgas flacas y hambrientas. Y no paraba en voces la baraúnda, no; pues la Fogosa, en el colmo de la ira, empuñaba con más que gentil bizarría el

varejón de menear la cal y daba con él de firme al condenado perro, que se espetaba hacia la calle aullando quejumbrosamente. Pero no hay mal que por bien no venga, y este bien consistía en que la Fogosa había dejado casi en paz a Antoñete, pues todas sus contiendas eran con el galgo, que a cada momento la sacaba de quicio, si es que metida en su quicio estuvo alguna vez, por excepción siquiera, mujer tan brava y rencillosa.

Así se fueron pasando hasta dos meses de hospedería galguesca, y una buena mañana andaba a buscarse la vida nuestro hombre, mientras la Fogosa preparaba el frugal almuerzo familiar, cuando hete aquí que de súbito se coló por las puertas don Lucas, que acababa de regresar de su viaje. La Fogosa retiró de la lumbre la sartencilla para atender al visitante, que iba buscando a Antoñete, y, deslizándose de una en otra la conversación, a dos por tres vino a cruzar el galgo por el recibimiento de la casa. Y preguntó don Lucas:

—¿Qué perrazo es ése tan canijo?

—¡Pues el de usté! —respondió la Fogosa con extrañeza.

—¿El mío...? ¿Dice usted que el mío...? —interrogó nuevamente don Lucas—. En mi vida hasta ahora he visto tal perro.

Estando en esto, desacertó a llegar Antoñete, y la Fogosa se le avanzó como un tigre, metiéndole los dedos por los ojos, queriéndoselo

comer con la vista y preguntándole a voz en grito:

—Di, mal hombre, ¿qué lío es éste? ¿De quién es este perro, que me ha estao consumiendo biba, y aguantándolo yo por contemplasión a don Lucas? ¿No desías, so reteembustero, que er confiscao gargo era suyo? ¿Qué faramaya es ésta?

A lo cual respondió Antoñete, con unos desusados bríos que ya nunca volvieron a faltarle:

—¡No me embistas, fiera, no sea cosa que te estreye una siya en los cascos! Er perro no es de don Lucas ni de naide. Me lo jayé en la caye, y pa traerlo a la casa fragüé un embuste.

Don Lucas presenciaba todo esto boquiabierto, como quien ve visiones. Y la Fogosa preguntó, dada a todos los diablos:

—Y ¿pa qué, pa qué has traío a la casa este mardito comeero de pan?

A lo cual respondió con sorna Antoñete:

—¡Pa que esfogues, mardesía; pa que esfogues en él, y no en mí!

Y es fama que, después de este lance, el mismo varejón de menear la cal con que la Fogosa solía menear las costillas al galgo hizo el prodigio, en tres o cuatro buenas *tomas,* de templar a la Fogosa su demasiada fogosidad, con lo cual marido y mujer vivieron luengos años santamente, en paz y en gracia de Dios.

XXXIV

SIC TRANSIT...

Mi buen amigo Manolo Calvo —y cuenta que si no era éste su apellido, cerca le anda— se había hecho estimar muy cordialmente de don Antonio Cánovas del Castillo, no tanto por ser deudo cercano de personas a quienes el gran estadista malagueño trataba con intimidad cuanto por una de sus dotes personales: era Manolo consumado poeta, y sabido es hasta qué punto gustaba don Antonio de tratar con los que pulsaban la lira del mal correspondido amador de Dafne, y aun de protegerlos generosamente. ¡Dichosos tiempos aquellos en que un buen soneto se pagaba con una buena credencial! Hoy está eso perdido.

Dos circunstancias acrecentaron más y más aquel afecto. Manolo, por reveses de la voltaria fortuna, había quedado pobre, con pesar de los que le conocieron viviendo en la riqueza; y, por ley de cortesía, ya que quien no tiene miel en la orza conviene que la tenga en la boca, elogiaba con vehemencia los medianos versos que solía

leerle don Antonio, suave mielecilla que sabía al hábil político a panales de la Alcarria, con los cuales allá se irían los tan renombrados del Himeto.

—Hay que hacer alguna cosa por este muchacho —decía Cánovas—, pues el poeta no sólo vive de agua de Aganipe, que al fin y al cabo no alimenta más que el agua de verdolagas; ¡hay que proteger a este cariñoso hermano en las Musas, a este crítico tan imparcial como competente!

Así las cosas, y cuando mi amigo tenía su pensamiento a cien leguas de la política, pues sólo se ocupaba en dar lucido remate a una de sus mejores leyendas, que las escribía hermosas de verdad, recibió un telegrama cuya lectura le dejó estupefacto. Decía:

"Avístate mañana gobernador civil de... (aquí el nombre de cierta capital andaluza), avisándole hoy tu ida.—*Cánovas.*"

—¿Qué será esto? —preguntábase Manolo, echando a nadar su imaginación en un mar de confusiones.

Y, al cabo, encogiendo los hombros, telegrafió al gobernador aludido, y al siguiente día partió hacia aquella capital; e iba tan caviloso y hacía tantos calendarios, que le cruzaban por el magín los pensamientos con la misma rapidez con que los palos del telégrafo pasaban ante sus ojos.

Llegado al término de su viaje, admiróse por extremo de ver el andén de la estación lleno de muy lucida muchedumbre; pero su asombro su-

bió de punto cuando oyó gritar con voz estentórea:

—¡Viva nuestro dignísimo diputado!

Grito al cual respondió clamorosamente toda la concurrencia:

—¡¡¡Vivaaa!!!

Y tras esto, al apearse, le dieron muchos apretones de manos, y aun cariñosos estrujones de pecho y espalda; todo entre palabras tan ininteligibles como efusivas, porque era ensordecedor el ruido que hacían aquellas entusiasmadas gentes.

Manolo se restregaba los ojos para convencerse de que no soñaba, y, haciendo lo que veía hacer, también apretaba manos y abrazaba a diestro y siniestro. Al fin, poco menos que en volandas, le llevaron al lujoso landó en que, acompañado del Gobernador y del Alcalde, y seguido de cuarenta o cincuenta coches más, llenos y rellenos de aquella amable muchedumbre, cruzaron muchas calles y plazas, cuajadas de bullicioso gentío. Y antes de llegar al palacio del Gobierno civil, el Gobernador, antiguo amigo y camarada de Manolo, le explicó, bien que ya éste se había percatado de ello, el porqué de recibimiento tan aparatoso: Cánovas, presidente del Consejo de ministros, quería que a todo trance su protegido fuese uno de los representantes en Cortes que elegía aquella capital, y diciéndolo Cánovas, como si Blas lo hubiera dicho: ¡punto redondo!

A la llegada al Gobierno civil hubo otras muchas presentaciones, y mientras que dos bandas

de música, la municipal y la de un hospicio, solemnizaban desde la calle, a trompetazo limpio, el feliz arribo del futuro padre de la patria, los ciudadanos más conspicuos se disputaban la honra de conversar con el asediado huésped. La honra y el provecho; porque algunos, madrugando, le pedían que, llegada la hora, colocase al hijo que pegaba mal en los estudios y demasiado bien en las camorras, o al cuñado cesante, al primo arruinado en el juego, y al sobrinito holgazán.

Uno le llamaba aparte para decirle muy confidencialmente:

—Supongo, señor don Manuel, que prescindiremos en absoluto del Conde de N.: ¡es un hombre funestísimo!

Y Manolo respondía, al oído del interpelante:

—Amigo mío, ¿qué duda tiene? ¡Con personas como ese Conde, ni a coger monedillas de cinco duros!

Pero, incontinenti, decíale otro, asimismo en secreto:

—Señor don Manuel, la clara penetración de usted le tendrá persuadido de que el Conde de N. es la piedra angular de nuestro edificio político en esta provincia.

Y Manolo respondíale en voz baja, mirando de reojo al anterior opinante:

—En efecto, querido amigo; sin el Conde no valdría un caracol *nuestra* política provincial. ¿Quién piensa, por tanto, en el disparate de prescindir de *nuestro* Conde?

Y poco después preguntaba al Gobernador:

—Dime, ¿quién es este condenado Conde de N., de quien todos me hablan en secreto, y qué clase de milagros son los suyos?

El Gobernador, que todavía no había pasado de lo que llaman "cierta edad", era aficionadillo a francachelas; pero en ciudad tan chismosa como la capital de la provincia de su mando no se atrevía a descomedirse, privación que bastante le mortificaba. La llegada del futuro diputado, del feliz ahijado de Cánovas, del protegido de "todo un Cánovas", brindaba con buena ocasión para echar una canilla al aire, sin daño de barras, quiero decir, sin escándalo de los gobernados, y así, por no desaprovecharla, en un santiamén se preparó para aquella noche, en honor de Manolo y en la misma casa del Gobernador, un espléndido banquete. Sabidísimo es que la higiene provincial suele ser una mina, de mercurio, ya que no de oro, pero mina al fin, y de los fondos de la tal higiene salió, según cuentan los bien enterados, aquel sabroso ágape.

Se comió bien y se bebió mejor; a la buena cuenta de que todos se holgaban por extremo de estar en vísperas de tener un diputado tan culto y tan simpático y abierto de genio como Manolo, se gastaron aquella noche muchas botellas de lo exquisito que dan los afamados veduños andaluces. Manolo, aunque al principio se reservaba un poco, charló después por ciento; contó con mucha sal, pues la tenía por arrobas, mil cosillas

ingeniosas y agradables; recitó versos suyos, y aun algunos de Cánovas, y no hay que decir que los de *el gran Cánovas* fueron mucho más aplaudidos que los de nuestro Manolo Calvo..., sin duda porque don Antonio era hombre de mejor pelo. El Gobernador, famoso aficionado al trinquis, empinó el codo tan guapa y repetidamente, que estaba hecho el más desgobernado hombre del mundo; y eso que entre los comensales, a dos tercios andados de la cena, había ya cada *túnica,* que ni las más lujosas de las cofradías sevillanas.

Llegó la hora del champaña, y cuando en tartajosos brindis iban demostrando aquellos desordenados hombres de orden cuán enemigos de él y de la buena pronunciación son las bebidas espirituosas, cate usted, lector, que entra un ordenanza y habla al oído al Gobernador civil. Era esto: que se acababa de recibir un telegrama cifrado y urgente; habría que contestarlo en seguida, y antes ¡claro! era preciso leerlo. Y ¡qué bueno estaba aquel gobernador de mis culpas para leer telegramas, cifrados o por cifrar! Entendiéndolo así Manolo, y recordando que había descifrado muchos cuando fué oficial primero de la secretaría de un Gobierno civil, se ofreció a leer el telegrama, y sabido dónde guardaba la clave el Gobernador, abandonó la sala por unos momentos.

Al volver de allí a poco, contempló inmóvil, desde la puerta, con el telegrama en la mano, el

pintoresco y bullicioso cuadro que ofrecían sus festejantes: unos, reían; otros, charlaban; bebían aquéllos, fumaban éstos, y aun canturreaba alguno, entonándose por *soleares,* todo con un ruido en que nada se oía, sino confusamente, mezcladas las palabras de muchas conversaciones diversas. Pasados unos instantes en esta muda contemplación, Manolo, sonriendo y con voz alta y sonora, pidió atención al concurso.

No a poco trabajo se hizo escuchar; y cuando, al verle alzar en la mano un papel, guardaron silencio sus recientes amigos y correligionarios, nuestro poeta, recordando la bíblica cena de Baltasar, gritó con ademán cómicamente trágico, mientras que hacía resaltar la blancura del papel sobre uno de los rojos tapices de la sala:

—¡*Mane... thecel... phares!*

—¿Qué dices, Manuel? —preguntó riendo y tartamudeando el achispado Gobernador—. ¿Vas a hablarnos en gringo? ¿Estás tan borracho como yo?

—Digo —repuso Manolo con solemnidad— que el telegrama de Gobernación que has recibido dice a la letra: "Imposible candidatura Calvo. Mañana telegrafiaré nombres candidatos definitivos."

—¡Ah! —exclamaron sordamente los pocos comensales cuyo estado les permitía darse cuenta de lo que oían.

—Desde este momento, pues —prosiguió Manolo—, soy aquí un cero a la izquierda; quiero

decir, a la izquierda de vosotros, que sois guarismos de positivo valor.

—¡Ah! —volvieron a exclamar, con indiferencia, los ya meramente conocidos de Manolo—. Y como si nada hubiera sucedido, tornó cada quisque a la suspendida charla, y a la copa a medio vaciar, y a los bomboncillos de los postres, y al cigarro a medio encender; lo cual visto por Manolo, gritó:

—Prolongad vuestra sobremesa, amables amigos de unas horas, pues la vida es breve y efímera la alegría, y celebrad mañana con otro *gaudeamus* el triunfo del nuevo candidato que os impongan; que yo, flor de un día, y menos que de un día, pues sólo quince horas he sido vuestro diputado en canuto, voy a esperar el primer tren que pase para mi tierra.

Y salió del salón, sin que se levantaran a despedirle, y eso muy fríamente, más de ocho o diez de los comensales, bien que la mayoría de ellos no estaban para cumplidos, porque en las libaciones habían cargado la mano mucho más de lo razonable. Y del Gobernador no se diga, pues tan falto de gobierno estaba, que no podía articular dos palabras, ni menos dar dos pasos.

Con la sola compañía de un guardia de vigilancia, que le llevaba la maleta, dirigióse, pues, Manolo a buscar un coche de punto; pero como no lo hallase, siguieron a pie hasta llegar a la estación. Veinte minutos después debía de pasar el tren correo. Sentáronse a esperar en una cantina inme-

diata, que estaba casi a oscuras. Tiritaban de frío. Manolo pidió café, que no pudieron servirle, y quedóse meditabundo, con un codo apoyado sobre la mesa y la frente sobre la mano. El guardia, de pie, le miraba con lástima y curiosidad: ¿qué habría sucedido para que aquel pobre señor, recibido con palmas y olivas unas horas antes, se fuese tan solo, y de madrugada? Y haciéndose esta pregunta, se tiraba porfiadamente del bigote, ya de una punta y ya de la otra, como si de alguna de entrambas hubiese de salir la respuesta.

Manolo, diciéndole que se sentara, le dió pie para salir de su curiosidad, pues entablaron este breve diálogo:

—Doy a vuecencia las gracias, señor diputado.

—¿Diputado yo?... No hay tal cosa.

—¿De manera, señor, que ya no es vuecencia diputado?

—¡Ni diputado, ni candidato, ni nada! —aseveró enfáticamente Manolo.

—Pues entonces —dijo con resolución el guardia, mudando el tratamiento—, usted me va a permitir que le convide, porque me ha sido usted muy simpático. ¡Mozo, tráete dos copitas de anisado triple!

Manolo, conmovido, se puso de pie y abrazó al guardia, diciéndole:

—¡Gracias, guardia extraordinario, y hablémonos de tú! ¡Tú eres la única persona decente que he conocido en esta ciudad!

Pocos minutos después, al partir el tren, Manolo se acomodó en su asiento, arrancó un suspiro de lo más hondo de su alma y, cerrando los ojos para conciliar el sueño, murmuró resignadamente:

—*Sic transit gloria mundi.*

XXXV

HIDRODINÁMICA SOCIAL

Mi pueblo es muy rico de aires, pero muy pobre de aguas. Las potables se alumbran por una galería subterránea abierta el año de 1529, y de su caudal enajenó el concejo algunas pajillas a contados particulares, con la condición de que esta agua de pie se les cortara de todo en todo cuando padeciese escasez el vecindario. Esto rezan las escrituras de la concesión; pero uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla: sobre tales cortapisas estaba la omnímoda voluntad del famoso Gálvez, viejo alarife, maestro fontanero de la villa, hombre que tenía más gramática parda en su meollo que libras de carne en su atonelada o pipotuda persona.

Así, cuando en las vísperas de Navidad subían por la pendiente calle de Granada hasta la casa del dicho maestro, harreados por sus conductores, los bien cebados animalitos de San Antón, los pavos presumidos y vocingleros y los burros que porteaban arrobales cántaros del dorado aceite lechín,

estos regalos aun para el menos lince eran señales ciertas de dos cosas futuras: de que esperaba un buen invierno al obsequiado y de que el verano próximo, como los anteriores, había de ser tan escaso de agua para los pobres, que la tomaban en las fuentes públicas, como abundante para los ricos, que la tenían en las particulares.

Pues bien, una Navidad de aquéllas, y de esto puede haber ahora cuarenta o cincuenta años, faltó en el concierto anual uno de los elementos que lo hacían más armonioso y agradable: las seis arrobazas de aceite que solía enviar al complaciente Maestro de la Villa el Conde de Verdeotero. A la cuenta, o este señor había padecido una distracción lastimosa, o al arreglar el presupuesto de su casa había suprimido aquel renglón que, en rigor, no se refería a cosa *gratis data,* sino a cohecho y siembra, ya que, por mundológica maravilla, casos hay en que para cosechar agua es preciso derramar aceite. Mal supo al Fontanero aquella inesperada omisión, y por si era involuntaria, dispúsose a tentar con la sonda de su astucia el fondo del alma del Conde. Y recordando el añejo cuentecillo del estudiantón que comía al fiado en una venta, y para insinuar a la huéspeda que no le había puesto vino, preguntábale con fingido tartajeo: "*¿Vino... vino...* vino el ventero?", se dispuso a hacer cosa parecida, aun a riesgo de que el Conde le respondiese como respondió al capigorra la ventera: "*Agua... agua...* aguardándolo estoy".

Por aquellas calendas los abastos de la población ursaonense, excepto la carnicería y la pescadería, que contaban con edificio propio, instalábanse cada mañana en la plaza de la Constitución; los panaderos ponían sus enmantadas tablas sobre sendos catrecillos y apilaban en ellas, por clases, las hogazas, medias, cuarterones, bollos y roscas. *Señó Juan el Sevillano* y su pan lucían entre todos los panes y los panaderos, éste por su extremada blancura, y aquél, por sus grandes y andalucísimas patillas de boca de hacha.

De ordinario, junto a cada tabla había una tertulia, y a la de *señó Juan* concurrían diez o doce sujetos de lo más granado: personas que, salvo en sus casas y en sus ranchos o cortijos, no comunicaban con nadie sino allí, o al tropezarse, de higos a brevas, en algún entierro.

A la tabla del Sevillano iba tal cual vez, cuando hacía buen tiempo y no se levantaba tarde, el buen Conde de Verdeotero, y allí, días después de la Pascua de Reyes, fué el maestro Gálvez a hacerse el encontradizo con su hombre. Saludó y escuchó. Hablábase de lo que siempre: de las sementeras, y, en especial, de que el mal año entra nadando, como había entrado aquél; y tomando pie de ello el picado alarife, observó sentenciosamente:

—Lo peor que suelen tener los años que así empiezan es que después se niegan las aguas, y no hay ni para darle de beber a un chamariz.

Y añadió con retintín, encarándose particularmente con el Conde:

—Al verano hablaremos.

El Conde, ocupado en echar una yesca para encender su chicote tagarninero, daba reiterados golpes en el pedernal, y, o no escuchaba, o fingía no entender a aquel padre Cobos redivivo. Y Gálvez, a pocas palabras que dijeron sus interlocutores, reforzó así la andanada, mirando con fijeza al Conde:

—No hay ciencia en el mundo como la experiencia. En el manantial del agua que todos bebemos estoy columbrando yo, por ciertas señales (claro es que aludía a lo del aceite), que todas las aguas, las del cielo y las de la tierra, van a escasear mucho este año.

¡Verde y con asa, alcarraza! Pero el Conde, ¡como si tal cosa! Y Gálvez, al fin, saludó de medio mogate y echó a andar, jurando y perjurando allá en sus adentros que había de hacer y que había de acontecer cuando se acercara la canícula.

Era la Condesa una señora aficionadísima a las flores, y no contenta con el amplio jardín de su casa, tenía en uno de los extensos patios dos grandes maceteros de gradería, con millares de macetas, cuyas variadísimas plantas, floríferas las más, deleitaban los ojos con la profusión y vistosa mezcla de sus cien colores diversos y el olfato con sus delicados aromas. Mirándose en ellas como en un espejo estaba la Condesa,

cuando una tarde, apenas pasado el día de San Juan Bautista, díjole uno de sus criados:

—Señora, han cortado el agua de la fuente y no podemos regar.

¡Gravísimo apuro! Tres días sin riego, y visto el grande calor con que abría sus puertas el verano, ¡adiós, macetas! En el agua de los pozos no había que pensar: era salobre. Y acarrearla de la fuente parecía empresa para soñada, con tantos aguadores y tantas pobres mujeres, cántaro en mano, esperando su turno... Pues mandar por agua a una de las casas principales..., primero la muerte. Pero, ¿a qué se debería aquella súbita carencia...?

El Conde, oyendo las exclamaciones y los tristes vaticinios de su mujer, arrepentíase con toda su alma de la voluntaria y secreta supresión del maldecido regalo, pero callaba; callaba discretamente. Por lo visto, contra lo que él había supuesto, el prestigio y lustre de su título no valían tanto como seis arrobas de aceite.

Y gritaba la Condesa:

—Ya lo ves: a tres partes he mandado preguntar, y en ninguna han cortado el agua sino aquí. Sólo de ti se burlan, a pesar del aceite que regalamos a ese tunante; a nadie más que a ti tratan como a un dominguillo; únicamente mis macetas están condenadas a muerte. ¡Qué pesadumbre y qué vergüenza! ¡En ridículo estamos ante el mundo entero! ¡Nada! ¡Nada! ¡Tú verás cómo en seguida pones remedio a esto, o iré yo a decirle

al maestro Gálvez las cuatro y aun las cuatrocientas desvergüenzas que merece!

El Conde temblaba de imaginar que se descubriera su malhadada resolución económica, y dió a su mujer palabra de que todo se arreglaría sin perder tiempo.

Matando el gusanillo, que así llaman en Andalucía a tomar el aguardiente por la mañana, estaba a la siguiente con sus compinches el ínclito maestro Gálvez, a la puerta de una tabernilla de la plaza, cuando vió venir desemblantado al Conde, y pensó: "¡Ya pareció aquello!", regocijándose en las entretelas de su corazón de que tan pronto hubiera resonado en la morada señoril el suave golpecito dado el día antes en una de las llaves de paso de la alcubilla.

Noble y plebeyo hablaron pocas palabras, pero sustanciosas, haciendo el mejor comentario a aquel soneto de Quevedo que empieza:

"El ciego lleva a cuestas al tullido..."

He aquí el breve diálogo:

—¿Qué novedad, señor Conde?

—Pues, hombre, bien debía usté saber la que hay. ¡Buen rato ha dado usté a la pobre Condesa!

—No atino. ¿Qué sucede?

—Que el agua no baja.

—¿No baja...? —preguntó socarronamente el Fontanero—. Pues lo siento mucho, aunque era de esperar: desde la Navidad pasada estoy yo sos-

pechando que esto había de suceder. Porque, como dice la coplilla,

"Cuando los elementos
Andan *trocaos,*
Viene ardiendo la nieve
Y el fuego *helao*".

—¿Cómo trocados? —interrogó el Conde, aparentando no entender las camándulas del sanchopancesco alarife.

—Digo —repuso éste, recalcando la voz en toda la expresión— que cuando el aceite, que es tan ligero, *no sube,* el agua, aunque es más pesada, *no baja.* ¿Lo entiende usté ahora? Suba el aceite, y bajará el agua, y volverá a andar el mundo como solía; que no hay hombre sin hombre, y una mano lava la otra, y las dos la cara.

XXXVI

¡LAGARTO! ¡LAGARTO...!

Tratando de lo supersticiosa que es, por lo general, la gente de tablas, don Francisco Flores García, con su peculiar gracejo, nos enteró años ha de cómo la manía principal de los cómicos, "lo que les lleva hasta el paroxismo, salvo muy contadas excepciones, es mentar la culebra delante de ellos... Cuando esto ocurre —agregaba—, en seguida, cual si aplicasen conjuro eficaz, gritan como energúmenos: "¡Lagarto! ¡La- "garto...!" Y después de contar algunos casos curiosos, tales como aquel en que, representando un gran actor el Segismundo de *La vida es sueño,* al recitar:

"Nace el arroyo, culebra
Que entre flores se desata...",

el traspunte, apostado en la inmediata caja de bastidores, exclamaba enérgicamente, a media voz: "¡Lagarto! ¡Lagarto...!", conjeturaba Flores García que este agüero de *la bicha* debe de

ser moderno, pues poco después de mediado el siglo XIX Fernando Ossorio representaba (a maravilla, por cierto) la comedia titulada *La Culebra en el pecho,* de Javier Ramírez, sin que ni aquel gran actor ni sus camaradas se estremeciesen de espanto, ni creyesen preciso contrarrestar el mal influjo del reptil paradisíaco, y aun de su solo nombre, invocando el del benéfico saurio su enemigo.

Creo, como Flores García, que tal superstición es moderna. Téngola por de procedencia gitana; de la gente *cañí* pasó a la *flamenca* o agitanada que vive del *cante* y del baile, cuando no de cosas menos lícitas, y desde los rincones de las tabernas y desde los tablados de los cafetines y teatrillos de *novedades* se extendió por media España. Sabido es que todo se pega, menos lo bonito.

Y no ya la región, sino aun la provincia de donde pasó a las demás este vano y ridículo agüero puede señalarse, gracias a un suceso originalísimo que nos contó al insigne folklorista don Antonio Machado y Alvarez y a mí, hace cuarenta años, Silverio Franconetti, sevillano a pesar de su apellido, rey y emperador de los *cantaores* andaluces y fundador y dueño del famoso salón hispalense que llevó su nombre.

Por los años de 1865, uno más o menos, cierto buscavidas que imaginó ser buen negocio la explotación de los *cantes* y bailes gitanos y *flamencos* estableció en Cádiz, en la *tacita de pla-*

ta de Andalucía, un café cantante que, por su decir, iba *a quitá er sentío.* Preparó y decoró el local a todo costo, y en esto y en contratar para la temporada de inauguración a la flor y nata del *cante jondo* y del baile *de buten* invirtió todos sus ahorrillos. Por aquellas calendas, Silverio, que acababa de regresar a la madre patria, después de pasar siete u ocho años en América, en donde fué sastre, picador de toros y hasta oficial del ejército uruguayo, había vuelto a su antiguo ejercicio de *cantaor,* haciendo recordar a los aficionados los mejores tiempos de su maestro Francisco Ortega, alias *el Fillo.* Un cuadro de *cante* sin Silverio no podía parecer completo a los entendidos, porque, a la verdad, habría quien se la empatara en las *serranas* o en las *tonás;* pero en las *playeras* o *siguiriyas* gitanas nadie le echaba el pie delante. Así, pues, fué contratado con buen sueldo, y aun se le honró más que a otro alguno de la compañía, porque recibió el doble encargo de abrir la puerta y de echar la llave en la función inaugural: él había de empezarla cantando *polos,* y él había de darle remate con unas *playeras* de lo más superfino.

Llegó, al fin, la hora tan deseada por los amadores de la Euterpe y de la Terpsícore *flamencas.* El amplio salón del nuevo café gaditano estaba de bote en bote. Y ¡qué público! Toda la gitanería *cantaora* de la comarca se había dado cita allí: allí de Jerez de la Frontera los buenos

discípulos y fervientes admiradores del tío José Cantoral y de Luis Jesús, que, a su vez, lo habían sido del tío Luis *el de la Juliana,* patriarca de los *cantaores* jerezanos; allí de Puerto Real toda la ilustre descendencia artística de *el Fillo* y de sus hermanos *Curro Pabla* y *Juan Encueros*; allí del Puerto de Santa María los dichosos que bebieron los alientos al afamado Tomás *el Nitre* y al celebrado Juan Cortés; y allí, en resolución, para no proceder en infinito, los *barbianes* que en la isla de San Fernando aprendieron el *cante de mistó* escuchando a Juan de Dios y a Perico Piña, y los que en las tabernas de Cádiz, especialmente en las del barrio de la Viña y en Puerta de Tierra, hicieron sus estudios junto a *sirgueros* tan finos como *el Planeta, Juanelo* y *Paco el de Sanlúcar.* Y de gitanas, ¡eche usted, y no se derrame! No podían faltar en tal fiesta, vistosamente ataviadas con mantones rameados y enaguas de colores fuertes, llenas de faralaes, cuantas *cañís* habían oído *cantarse* por *tonás* o por *libianas* a la *tía Sarbaora* y a la *Junquera,* ambas de Jerez, o *siguiriyas* a *Juana la Sandita,* de Cádiz, o *to lo güeno que Dios crió en er mundo* a la celebérrima *Andonda,* natural de Morón, elogiadísima sobre las mejores en una *soleá* que dice:

"*La Andonda* le dijo ar *Fiyo*:
—Anda bete, gayo ronco,
A cantarle a los chiquiyos".

Rompió a preludiar la guitarra, y ya no sonó una mosca en el salón. Silverio, entre la gente que componía el cuadro de *cante,* lo más granado del oficio, y ante aquel tan selecto auditorio, no contaba con toda su serenidad y temía no disponer de todos los recursos de su voz. Sentado en su silla de anea, desabrochada la tirilla de la camisa y el robusto cuello al aire, Silverio, a quien invitaba y requería una y otra vez el porfiado sonar de la guitarra, comenzó a cantar una copla; según su costumbre, la que primero le vino a las mientes de las muchas que sabía: una que, *sin consecuencias,* había cantado en Sevilla mil veces. Cantó:

"Anque te güerbas culebra..."

¡No llegó a cantar el segundo verso! Lo mismo fué oír nombrar la culebra, que levantarse de los asientos, escandalizada y furiosa, toda aquella gitanería abigarrada y apostrofar con los peores dicterios del vocabulario *calorrí* al mísero cantador que había tenido la nefasta idea de mentar la *bicha,* ¡y nada menos que al empezar el *cante!* ¡Buen principio de semana, y ahorcaban en lunes! ¡Con buen pie había entrado *Sirberio!* Y no paró en voces la airada y tumultuosa protesta; que muy luego, y mientras que las gitanas, como para aplacar la cólera celeste, gritaban y repetían: "¡Largarto! ¡Largarto!", los gitanos arrojaban al escenario o tabladillo cuantas sillas había en el salón y cuantas botellas, vasos y cañas de

vidrio poblaban las mesas. No hay que decir que Silverio *tomó el olivo* tan pronto como vió desencadenarse la tempestad, y que allí y desde aquel instante quedó rota su contrata.

Contándonos Silverio este lance quince años después, en una de aquellas sabrosas conferencias folklóricas que con él celebrábamos frecuentemente, preguntaba yo:

—Pero, en fin, ¿qué empecatada copla era aquélla?

Y me respondió:

—No la he vuelto a cantar desde entonces, ni allí pasé del primer verso.

Y mirando alrededor con cómico recelo, añadió:

—La diré, ahora que no hay gitanitos delante:

"Anque te güerbas culebra
Y te tires a la mar,
Te tengo de perseguir
Hasta mi intento lograr".

¡Quién había de decir a Silverio que, en menos de sesenta años, que no ha pasado tanto tiempo desde que ocurrió el lance referido, muchos que se tienen por castellanos netos, y aun por aristócratas de sangre, habían de profesar en la ridícula y abyecta orden de la supersticiosa gitanería!

XXXVII

¡A CONFESAR!

En el largo tiempo que anduve oficiando en los altares de Temis conocí, entre otros escribanos de actuaciones de todo punto fieles y legales, a uno que era hecho de la misma piel del diablo. Él, siendo secretario de un Juzgado de instrucción y de primera instancia, inventó la brevísima providencia verbal "rómpase y archívese", en cumplimiento de la cual iban al cesto por docenas los exhortos improductivos; él, como la buena panadera, en cuyas manos cunde la masa, hacía crecer en infinito las actuaciones cobrables, y sabía reducir a formulillas lacónicas, abreviando trámites, cuanto no daba de sí más que trabajo y ruido; él, por unas matemáticas sublimes que sabía y practicaba, hacía ver que a menudo *la parte* representa y vale más que *el todo,* y él, en fin, como el diablo, solía meterse a predicador; pero sólo para doctrinar, en presencia de algunos colegas y entre unas cañitas de Sanlúcar o unas copas de Rute, a algún escribano bo-

quirrubio y novato, cuando por su inexperiencia no había sabido guardar la ropa, al nadar en un océano de patrañosas fullerías curialescas.

En tales casos, doctor y doctísimo en toda suerte de trapacerías escribaniles, Pedro Jiménez, que éste era su nombre, aunque más parecía remoquete sacado de una de sus aficiones principales —pues, como él decía altercando con su mujer, más le gustaba *el maldito vino* que *el agua bendita*—, jactábase de su destreza, contraponiéndola a la candidez con que se había dejado coger los dedos el escribano incipiente e insapiente, y razonaba así en su pintoresca y cerrada habla andaluza:

—Cabayeros, no hay que darle güertas, porque es lo que yo digo: los negosios son como er bino: er que no lo sepa oriná, que no lo beba. Resién benío a la profesión, estube yo más de un año como amante nobisio, queriendo y sin atreberme, porque aunque conosía las entrás, no sabía las salías, que es cabarmente lo que hay que sabé. Pero yegó un día que sorté los andaores, y to er campo fué mío. Y si no, desirme —prosiguió después de remojar las fauces con un trago—: ¿me susedió argo cuando *se perdieron* aqueyas cuatro bacas en la testamentaría de la marquesa de A.? ¿Me tocó nadie ar pelo de la ropa cuando *se murieron* cuarenta lechones de los embargaos ar bisconde de B.? ¿Quién me tosió a mí cuando *se apauliyaron* las ochosientas fanegas de trigo de don C...?

Y así, por orden alfabético de despojados, fué contando milagros suyos, hasta llegar al litigante don Z.

A las veces, al tomar posesión un nuevo juez, Pedro Jiménez archivaba provisionalmente sus habilidades, cosa efímera a que él llamaba *viernes con abstinencia;* pero un tiempo tras otro viene, y, como dice la coplilla vulgar:

"La justicia de enero
Es rigorosa;
En llegando febrero,
Ya es otra cosa."

Así, pues, *llegado febrero,* nuestro actuario volvía a las andadas, y aun andábalas más aprisa, para desquitarse del forzoso comedimiento anterior.

¿Imaginarán mis lectores por lo que voy relatando que Pedro Jiménez tenía hecha una buena pacotilla y que nadaban en la abundancia su mujer y sus hijos? Pues no crean tal cosa, porque aun no bebiendo agua en su vida, el diablo de mi escribano se desaguaba por cien partes: era, sobre amigo de jolgorios, jugador y enamorado, y, dicho sea en su alabanza, daba algunas limosnas, porque, en medio de todo, tenía buen corazón, aunque sólo para los pobres de solemnidad. Así, hurtaba el puerco y daba los pies por Dios, como discípulo del famoso don Juan de Robres. Y, viviendo de esta manera, claro es que siempre andaba a la cuarta pregunta. Ni siquiera había esperanza remota de que enmendase su vida

16

oyendo los consejos de un confesor o de algún otro eclesiástico; porque como Jiménez, quizás a fuerza de tanto *dar fe,* no la tenía, ni de cristiano le había quedado más que el bautismo, no estimaba en dos ardites la confesión, y en este punto, lo mismo que en el de la monogamia, vivía ni más ni menos que como si hubiese nacido en Marruecos.

A este andar iban las cosas, cuando la ciudad en que Pedro Jiménez lucía sus habilidades de prestidigitador, haciendo maravillas con la pluma, que era su varita de virtudes, tuvo ocasión de conocer, por desgracia suya, que no siempre dicen verdad las coplas. Ido un juez, llegó a reemplazarle otro, para quien duró enero todo el año, pues, como sabía y quería cumplir, todo el papelorio judicial pasaba por su mano y por su vista; así, tras unas cuantas correcciones, que no corrigieron, empapeló y suspendió a quien había empapelado, suspendido y aun ahorcado a medio mundo; y, ya alguacilado el alguacil —que diría Quevedo—, el comer fué en su casa los más de los días un problema tan arduo como el de la cuadratura del círculo.

Y para que todo ello anduviera de mal en peor y no le quedara al diablo por dónde desechar a Pedro Jiménez, éste, por despecho y por hambre, arrimóse a una agrupación seudosocialista que había metido un infierno en la ciudad. Mas ¡ni por ésas! Los *socios listos,* que así llamaba el pueblo sano, con tanta propiedad como

gracia, a los jefes y explotadores de la tal agrupación, se fiaban poco del advenedizo, conociendo que iba a disputarles, no el caldo, sino las tajadas, y el resto de sus convecinos le hicieron más cruces que nunca, al ver sus nuevas amistades.

....

Una mañanita, a entradas del estío, la infeliz mujer de Jiménez, que siempre le había sobrellevado con cristiana paciencia y sufría resignadamente las privaciones y la hambre misma, vistióse como para ir a la iglesia.

No era día festivo, y el escribano sin escribanía, echando, como dicen, ajos y cebollas, apostrofó a su mujer, llamándola santurrona y otras cosas a este tono. Ella dijo que iba a confesar, y nuevo turbión de improperios salió de la boca de Jiménez, ahora, contra los curas y el sacramento de la penitencia. La escribana, sin chistar, se dió prisa a terminar su pobre tocado, y fuése a la calle.

Vuelta del templo, besó humildemente la mano a su marido, diciéndole:

—Pedro, tenemos que hablar.

Y, sollozando, le dijo lo que deseaba comunicarle: que ella, al ver que sus dos hijos más pequeños, tan endebles y escuchimizados, no podían tomar los baños de mar que el médico estimaba convenientes, y aun necesarios, lo había dicho a su confesor, revelándole al par un secreto, a saber: que de tiempo atrás, reunidos a ochavo y a cuarto, tenía algunos ahorrillos, que, aun-

que mermados en los días de mayor apuro, todavía montaban casi mil doscientos reales; oído lo cual por el confesor, le había mandado que sin vacilar, destinara ese dinero a cumplir la prescripción médica, empezando, naturalmente, por descubrir el secreto a su marido.

Quedóse atónito Pedro Jiménez, y pocos días después hubo baños de mar para los muchachos, y hasta quedó algo para las otras lociones internas a que el flamante socialista era aficionadísimo; y aunque no dejó en mucho tiempo la compañía de los socios anarquizantes, en cuyo club despotricaba cada noche contra todo lo divino y lo humano, y, en especial, contra las prácticas religiosas, tal cual vez, cuando en su casa, que parecía un hospital robado, no había con qué mandar a la calle ni por media hogaza de pan, el descreído, el iconoclasta, el mataclérigos, después de preguntar a su santa mujer si no tenía dinero alguno, y de oír la negativa respuesta, solía dirigirle, aún dudoso de la palabra de la infeliz, esta imperiosa exhortación:

—¡A ver! ¡Ahora mismo! ¡Ponte el manto, y a confesar!

XXXVIII

UN *TANGAY*

Don Juan María Varona, antiguo director y docto catedrático del Instituto de segunda enseñanza de mi pueblo, poseía una viñita no lejos de él y un caballejo manso, algo trotón, para ir a ella y regresar a su casa. No estando ya para aquellos trotes y temiendo dar de costillas en el camino el día menos pensado, se resolvió a mudar de cabalgadura y a servirse de un jumento; pero como no lo tenía, encargó a cierto corredor de cuatropeas que se lo proporcionara. Había de ser un asno de buena edad, medianito, manso, seguro y un tantico ligero de pies.

Del tal corredor, que todavía *vivit et bibit,* ya que no *vivit et regnat,* y a quien llamaré *el Chato,* por si lo fuere, quiero dar noticia a mis lectores. Es *castellano,* un poco agitanado, a causa de su continuo roce con la gente egipciana, y entre la gracia natural, que tiene mucha, y la que, rodando como cántaro boquino, se le pegó de las compañas, que no es poca, cuenta con la

bastante para hacer reír a un cementerio. Habla tan pintorescamente, de tal modo esmalta sus conversaciones con sus *gorpes* de ingenio y con mil modismos, refranes, coplas, cuchufletas, sucedidos y cuentos, que no se le puede entender sin notas.

Aquello es un tratado viviente y completísimo de *folklore*: a fe que cuando yo preparé para la estampa mi colección de *Cantos populares españoles* le debí no pocos. ¿Se le pregunta, pongo por caso, qué concepto tiene de tal o cual persona, que pasa por informal y de poco juicio? Él responderá, emitiendo el suyo, con dos versos de una *playera*:

—Fulano es lo que dise la copla:

"M'asomé a la muraya,
Respondió er biento."

¿Se queja de que, tras mucho andar hablando a unos y a otros para que cuaje un trato, el vendedor y el comprador *se han golío* y entendídose directamente, y no le han dado ni las gracias? Pues lo dirá de esta manera:

—¿Pos no s'ha pensao la gente que yo he benío ar mundo a mudar de aires? Que anda, que güerbe, que ayégate otra be, que bentiocho, que bentidós, que bentisiete, que bentitrés, y cuando se jase la escritura,

"Por ti lirio, por ti, rosa,
Por ti, claber encarnado..."

A este sujeto encargó el licenciado Varona que anduviera a la vista, por si encartaba un borriquillo de las cualidades prefijadas. Uno tenía cabalmente el mismo Chato, que ni pintado para don Juan; pero se *aplasiró*: diciéndolo, vendería el jumento, sí, mas no podría cobrar el corretaje.

Por la calle de Cueto iba nuestro hombre pensando en buscar lo que llaman un *tangay,* cuando he aquí que se tropezó con un segador, granadino, a juzgar por las enagüetas, y que tenía toda la traza de haber pasado en el hospital no pocos tramojos, bien soltando un tabardillo cogido al sol, o bien curándose de otro mal pescado a la sombra. Y como si le conociese de toda la vida, le paró y entablaron esta plática:

—¿Andas ya mejor, hombre? Me tenías con cuidao...

—Dios ze lo pague a usté, mi amo, aunque no jago memoria de zu cara. Ahí he pazao las moraícas en eze hespital. Hoy m'han dao el alta.

—Y ¿qué piensas jaser ahora? Porque agosto ba saliendo y los de tu cuadriya se habrán najao, digo yo.

—Puez ahora...

Y el segador se interrumpió, moviendo repetidamente la cabeza a un lado y otro, en señal de perplejidad.

—Pos ahora —repitió el Chato— lo que te corre priesa es buscá pan pa er día. ¿Tiés pan?

—¡Ni agua!

—¿Quiés pan?

—¡Lo que ez quererlo...! Pero yo no eztoy entoabía pa trabajar, ni queará una ezpiga en pie en tóos ezos campoz.

—Pos ¡ese es er gorpe, so torpe!: comé sin trabajá, que, si no es birtú, en cambio, es salú. ¡Que trabaje er que atisa! Oye: un arbú t'ha caío, que bas a ganarte una pesetita más reonda qu'er so y más blanca que la niebe en peya, en menos que se presina un cura loco. Dime: ¿tú nunca has sío *tangay?*

—¿Tan... qué?

—¡*Tangay,* esaborío! ¿No chanelas er caló?... ¡Alebanta er párpago, qu'has pisao un queso! ¡Abíbate, hombre, que paeses mismamente un ratón medio ajogao! Pa bibí en er mundo es mesté andá con tanto ojo: camarón que se duerme, se lo yeba la corriente.

Y el Chato, ce por be, enteró de su plan al segador. Éste, fingiéndose dueño del burro y poniendo su mérito por encima de las nubes, había de pedir veinte duros por él; don Juan ofrecería diez. En fin, que era necesario vender el animalejo en trescientos reales.

Recogieron el asno y se fueron hacia la casa de Varona, no sin que el Chato, por el camino, explicase minuciosamente al segador todo lo que tenía que decir y que hacer. Llegados a ella, y luego que don Juan salió a la calle, acercósele el Chato y le dijo al oído, guiñándole antes picarescamente:

—Aquí ha caío un parbulito. Er burro es como una rosa: bale treinta oblones lo mismo que un ochabo; y el amo, aunque granaíno, es de Gilena; quieo desí que está jilando. ¡Güen corretaje er que boy a ganarme hoy!

Y dirigiéndose al segador, dijo:

—Menea esas tabas y pasea ese muñeco e feria. Que señó Juan diquele sus habilidaes.

El *tangay* tiró del ronzal y empezó a andar despacio. Y gritóle el Chato:

—¡Echa jumo con la bestia, mala sombra, que no tenías presio pa yebá una mala notisia!

Don Juan miraba el jumento al través de sus gafas, y el Chato decía a media voz, como hablando consigo mismo:

—¡Eso es una pintura en er mundo! Bonito, bien andao, seguro, noble, con la edá en la boca, sano como una perita en durse... ¡Baya un borrico e plata!

Y dirigiéndose a don Juan, exclamó:

—Señón Juan de mis ojos, si usté no compra esa prenda, la compro yo. Una alhaja de esos requilorios está siempre bendía ar chiyío.

El Licenciado movía la cabeza en señal de asentimiento.

Volvió el segador con el burro, al cual abrió el Chato la boca para verle la dentadura; le alzó después los párpados, le hizo aire con el sombrero para reparar si pestañeaba, le metió la mano por la bragada para patentizar que era manso, y luego, montando en él de un salto, lo esti-

muló con los talones, obligándolo a trotar y a correr. Apeóse, al fin, y dijo al *tangay:*

—Bamos ar trato. Estos basos e sangre tóos tienen su botana. Hay su mijita e farta, como en toas las cosas. Bamos a be: y ¿cuánto quiés por este mosquito e biolín?

—Beinte duros —respondió el segador desmayadamente, como quien no servía para el papel que se le había encomendado.

—¿Qué has dicho, ladrón? —objetó el Chato, escandalizándose por de fuera—. ¿Estás en tus cabales, o será mesté que güerbas al hespitá? ¿Bas a bendé la corona rear de España, o un borriquiyo que paese un bichito e la lú? Píe en rasón y jaste cuenta que no es una preñá er que trata contigo. Te se ba a da por este juguetiyo e feria, que no resiste un soplío, lo que bale: dies duros, que contaos en cuartos pesan más que tú y que é.

—No; diez duros no —respondió secamente el *tangay.*

—¿Quiés tú que yo te diga las fartas que tié er jumento? —repuso el Chato, haciendo un nuevo guiño a Varona—. Pos aprebén la oreja.

Y habló al oído al segador, aunque sólo para decirle:

—¡Jabla con resura, mardesío; que paese que te han cuajao en un guiso e espárragos, como güebo e dos yemas! ¡Enfáate: di que er borrico no es robao; que bale un miyón y te queas corto; que, por sabé, sabe jasta oír misa. Píe dies y

ocho duros lo úrtimo, y aluego, en cuantito que yo corte, que corte, en quinse, te dejas queré y dises que sí de mala gana! ¡Cuenta con dos beatas, cacho e plomo!

Y separándose del segador, añadió en voz alta:

—¡Con que ya bes tú si ese embuste con patas tié o no tié más fartas que un juego e pelota! Hombre, güerbe a peí en consensia y jaste cargo que no es robao er dinero: que lo ganó señón Juan en su cátreda, enseñando a los estudiantes a chiflá en fransé. ¿Quiés por ese borrico lagañoso...

—Dies y ocho duros, y ná menos.

—¡Pero, hombre de Dios! —dijo don Juan, terciando en el diálogo grave y enfáticamente—. ¿Usted imagina por ventura que los hombres de estudios no lo penetramos todo, hasta lo que valen los asnos? La célebre burra de Balaám, magüer que hablaba, y el no menos famoso asno de Apuleyo, no embargante que de tal sólo tenía la figura, no hubieron de venderse en tanta cantidad de numerario como usted demanda por este desmedrado jumentillo. Por diez y ocho duros se compraría hoy el volador caballo Pegaso, fueras ende si no quisiesen las Mnemosinas proceder a su enajenación.

—¡Eso, eso es lo que quié este punto —saltó el Chato—: quié tirarnos er pego, y jasta er pegaso, que es un pego grande! Benga acá una monea, señón Juan.

Y tomando una de medio duro de manos de éste, fuése con ella hacia el segador y le dijo:

—Bas a emborsicarte dose durasnos por ese penequiyo. En tu siyetera bía has bisto tú tanto inero junto. Toma esta monea, que es de plata fina, y a amarrá er mislo.

—Que no, que no —respondía escueta y fríamente el *tangay*.

—¡Toma ayá, mal hijo, que te lo manda tu pare, que esté en gloria!

Y como aquél entendiese que era el Chato quien se lo mandaba embozadamente, alargó la mano para tomar la señal. La cábala se torcía, y, alarmado éste, dijo precipitadamente y en voz baja al granadino:

—¡Pucha que nanay! (*¡Di que no!*)

—¡Pucha que nanay! ¡Pucha que nanay! —gritó el segador a voz en cuello.

—¿Qué dice ese hombre? —preguntó asombrado el Catedrático—. *¿Pucha que nanay?* ¿Qué significan esas palabras exóticas que nunca escucharon mis oídos?

—Lo que senifican —repuso el Chato— es que er tío éste ha perdío la chabeta. ¡Jabla en cristiano! ¿Qué dises, que no te entiende ni la mare que te parió?

El *tangay* estaba boquiabierto y alelado, sin entender jota de todo aquello.

En esto, los hijos del Chato, que salían de la escuela, acertaron a pasar por la calle en que el

trato se verificaba, y, dándose cuenta de ello el mayorcillo de entrambos, se abrazó a las piernas de su padre, llorando si tenía qué y diciendo a gritos:

—¡No bendas mi burro...!

Llenóse de asombro don Juan, se archialeló el segador y esmoreciióse el Chato; pero, sacando fuerzas de flaqueza, y ya a la desesperada, cogió al muchacho y, queriéndoselo comer con la vista, le dijo:

—¡Niño, yo no soy tu padre: tu padre es este tío de las nagüetas!

Y el chiquillo aperreábase más y más, gritando:

—¡No, no! ¡Mi padre eres tú! ¡Er burro es mío...! ¡Es mi *Peneque...!* ¡Mi *Penequiyo...!* ¡No lo bendas...! ¡Este tío es un *tangay...!* ¡Un *tangay...!*

Don Juan se hacía cruces, así como suena, y exclamaba:

—*¿Tangay...? ¿Tangay...?* ¿Qué palabra es ésta, que jamás la tropecé en mis Calepinos? ¿Vivimos entre cristianos, o entre moros? ¿Hemos perdido el seso? ¿Qué pasa aquí? Chato, ¿qué es esto? Niño, ¿qué es un *tangay?*

—¡Un amo fengío! —respondió sollozando el muchacho.

Ya era imposible que continuase la comedia, y el Chato, desolado, se arrodilló delante de don Juan, diciendo:

—¡Señón Juan de mi arma, perdón! ¡To esto

ha sío una engañifa! Mío es er burro; pero la curpa no es mía, como hay Dios, sino de una puñalera mujé que tengo aposentá en mi casa y no la pueo echar de eya ni a tiros.

—¿De una mujer? —preguntó don Juan—. ¡Ahora lo entiendo menos, hombre! ¿Qué lío es éste? ¿Qué mujer es ésa?

Y respondió el Chato:

—¡La Carpanta, señón Juan, la Carpanta!

XXXIX

¡DE BOLERO!

Cuando murió don Fernando Fernández, famoso abogado de cierta capital andaluza, hizo algo todavía peor que morirse, pues se llevó al otro barrio dos cosas que habían de hacer mucha falta a su viuda y a sus siete hijos: el canasto del pan y la llave de la despensa.

Porque en aquella casa se había vivido al día, triunfando siempre, y de todo cuanto produjo el bufete del buen ex alcalde, y ex presidente de la Diputación y ex diputado a Cortes, no quedó sino unas tristes memorias. Dada tierra al cadáver y pasados los lloros del novenario, pensóse en el arduo problema del pan y en lo que había de hacer de su persona cada quisque. Con la viuda y las cuatro hijas, ya talluditas y más que medianamente feas, se quedaría el mayor de los varones, abogado como su padre, pero sin su mundología, que era su saber principal; y los dos varones restantes, que se habían pasado en flores todo el tiempo, sin acabar carrera alguna, dejarían la vida birlonga, aplicándose incontinenti a buscar sendos agujeros por donde me-

ter cabeza, condenados de por vida a acordarse con mucha pena de las ollas de Egipto.

El más pequeño de estos dos hijos, muchachote de veintitrés años, buscó y halló un humilde empleo en su ciudad natal y quedóse en la casa materna, si bien "por cuanto vos contribuísteis", como dicen las bulas de carne; pero el mayor de entrambos, que ya pasaba de los cinco lustros, y era la travesura andando y la frescura hecha hombre, quiso nadar en charco más grande, y, juntando como pudo unos dinerillos, pues en su casa no los había, visitó a los amigos de su padre, les recogió hasta dos docenas de cartas de recomendación, dirigidas a otros tantos prohombres de la Corte, a quienes el difunto, en las lides electorales, había hecho la barba para que le hicieran el copete, y se plantó en Madrid, dispuesto a no parar hasta que lograse el empleíllo que necesitaba.

Cuatro días tardó en desocupar la valija, y todos aquellos encopetados señores para quienes venían las cartas, ministros, consejeros de Estado, senadores, directores generales, etc., recibieron a Luis Fernández muy afectuosamente, ponderando hasta lo sumo la grande amistad que con "el pobre don Fernando" habían tenido, y prometiendo a su hijo que, sin dejar de la mano el asunto, se ocuparían en buscarle empleo; y todos, como si obedeciesen a una consigna, le dieron un mismo plazo — una semana— para volver a enterarse de lo que se adelantara en las gestiones.

De cada uno de aquellos señores graves esperó Luis el cumplimiento de lo ofrecido, y hasta llegó a creer que, como cada cual había de gestionar independientemente de los otros, no tendría él que hallarse poco perplejo para escoger la credencial que más le conviniera, entre las muchas que, sahumaditas, habían de ponerle en la mano, y ya fraguaba en su magín corteses disculpas para los recomendantes desairados por la no aceptación del fruto de su diligencia. Pero a bien que él tenía en su tierra una lechigada de amigotes ociosos, entre quienes se podrían repartir en un santiamén aquellas prebendas vacas, y con rehacer a sus nombres las credenciales, ya no había desaire para ninguno de los protectores, *e tutti contenti.* ¡Legítima fábula de la lechera, como va a ver en seguida el curioso lector!

Cada uno de los señores visitados había dicho a Luis las horas en que de ordinario le hallaría en su casa, y, como eran diversas, y tantos los nombres, y tan complicada la indicación de los domicilios, nuestro buen provinciano, para no hacerse un lío con todo aquello, formó una lista, con cuyo auxilio podría acudir puntualmente a cada parte.

Llegó el tiempo de hacer las segundas visitas y Luis sintió que se le achicaba no poco aquella bizarrísima confianza en lo por venir. Sobre que no halló en sus casas a muchos de sus generosos padrinos, otros no le recibieron, respondiéndole por medio de un criado que aún no había nada

y que volviera unos días después; y hasta los que se dejaron ver del solicitante le trataron con menos afecto que a la primería. Con todo esto, aseguráronle que se ocupaban con mucho interés en su asunto y le encargaron que diese otra vueltecita pasada otra semana.

Entre tanto, nuestro simpático Luisillo, que así le llamábamos cuantos le conocíamos, porque tenía un alegre humor muchachil verdaderamente envidiable, correteó cien veces toda la Corte, vió cuanto había que ver —y hasta muchas cosas buenas para no vistas, en *cines* y teatruchos—, y, por esperar con más paciencia el resultado de tanta carta y tanto visiteo, se echó su migaja de novia, y llámola migaja, pues aunque era una madrileña muy linda, no levantaba seis palmos del suelo.

Amando de noche y subiendo y bajando escaleras de día pasábansele a Luis las semanas y aun los meses, y, lo que era peor, se le iban acabando las pesetillas, sin aguardar para ellas relevo, y sin que el ansiado empleo que por tantas partes esperaba saliese a luz por ninguna. Y, lo que era peor que todo esto: Luis echaba de ver que todos sus padrinos, tan risueños y afectuosos a primera hora, estaban cansados de él, como si al triste pretendiente, y no a ellos, se debiese tanta palabra vana y tanto cumplimiento o *cumplo y miento* baldío. Porque, a la verdad, ninguno o casi ninguno de aquellos señores había dado puntada en lo que decían tener puesto por obra, y por procederes como éste dijo el aldeano de ma-

rras que en Madrid no había más que dos cosas: mentiras y escaleras. Y era de notar que nadie desahuciaba enteramente a Luisillo; antes bien cada cual tornaba a decirle por vigésima vez que volviera pasados unos días.

Había yo charlado un rato con él cuando acababa de entregar las veinticinco o treinta cartas recomendatorias, y volví a encontrarle en la calle a los tres meses. Hablamos:

—Supongo que te colocaste.

—Supone usté bien.

—De veras me alegro. Y ¿en qué, en qué ha sido?

—Preguntando así, no puedo responder a usté. Pero si me pregunta usté "de qué", ya será otra cosa.

—Pues ¿de qué te colocaste?

Y Luisillo, haciendo un cómico paso de baile y dos castañetas con las manos en alto, respondió:

—¡De bolero!

—¿Cómo de bolero? —pregunté riéndome.

—Tal como se lo digo a usté: ¡de bolero! —ratificó, riéndose también—. Adondequiera que voy a preguntar por mi asunto, me dicen: "Dé usté otra vueltecita". ¡Y no hago más que dar vueltas!

Y, repitiendo su paso de baile, hizo crepitar los dedos y cantó, con la gracia del mundo, en un *abolerado* compás de tres por ocho:

—¡Ay, olé, que llegué de cartérooo!
¡Ay, olé, que me han hecho bolérooo!

XL

EL MAESTRO CONSTANTINA

No, no había de entrar en Osuna ni de merodear impunemente en seis leguas a la redonda el cabecilla carlista Gómez, con la gente o gentuza que le acompañaba por Andalucía: para eso la noble villa de los Girones contaba con los milicianos nacionales más bizarros y ternes que lucieron morrión en los tiempos de la minoridad de Isabel II. Sobre que eran muchos, estaban bien equipados y muy hechos a las armas, como ejercitadísimos en su manejo, gracias, en primer lugar, a su profundo amor a la Constitución, bien que ni de vista conociesen a esta señora, y, en segundo lugar —¿por qué no decirlo?—, a que siendo casi todos gente moza, gustaban de ostentar sus marciales arreos ante las garridas doncellas, que, al escuchar el tararí de la corneta y el rataplán del tambor, asomábanse a puertas, balcones y ventanas para ver pasar en correcta formación y con airoso continente a aquellos leones, que en dos bocados

habían de comerse el mundo entero luego que para ello se les deparase la deseada coyuntura.

Capitaneábalos un instructor infatigable y vehemente patriota: el maestro Constantina, sastre, a quien no llamaban por su apellido paterno, sino por el nombre de su pueblo natal. Este hombre benemérito, luego que, formadas las milicias, pensó previsoramente la villa ducal en prepararse para afrontar peligros futuros, arrumbó las tijeras, dió de lado a las agujas y al jaboncillo, y dedicóse en cuerpo y alma a la infantería andante, y como en su mocedad se había andado a la soldadesca, llegando a lucir las insignias de subteniente, y en un alma de sastre bien puede caber el brío y el talento militar de un Gonzalo de Córdoba, el maestro Constantina descolló muy luego entre todos sus compañeros de armas, y en un periquete, o en dos periquetes a lo sumo, subió por sus brillantes cualidades al más alto grado de aquella milicia local.

Jamás vieron ojos humanos una tan prolija preparación para la guerra. Aquellos doscientos valientes levantábanse con el alba, vestíanse aprisa el pintoresco uniforme, coronado por el morrión de tres pisos, y, con el sable al cinto y el fusil al hombro, acudían a juntarse en el pósito de granos de la villa, hermoso caserón que, más bien que pósito, pudo llamarse casi siempre, como la cárcel, *la casa de poco trigo*. Allí, por mucho que madrugasen, los esperaba

el maestro Constantina, que estaba *feroche* de aspecto con aquel bigotón y aquella perilla que se había dejado. Apenas salido el sol, a pasar lista; y después de una hora de repaso de ordenanzas y lectura de otras cosas militares, a la calle, a recorrer medio pueblo, a tambor batiente, despertando y atrayendo al vecindario femenino y haciendo huír asustados a los perros vagabundos. Esto, durante dos horas, y a la tarde, vuelta a la tarea; pero entonces, sin salir de la plaza de la Constitución, donde mis doscientos héroes en canuto hacían doscientas mil evoluciones ante numeroso concurso de desocupados, todo ello a la estentórea voz de mando del maestro Constantina, que, en tales exhibiciones y maniobras, no se cambiaría ni por el mismísimo Conde Fernán González.

Así estaban las cosas, cuando cierto día, al caer de la tarde, unos trajineros que regresaron a Osuna hicieron cundir la noticia tan temida por unos, pero tan deseada por otros: el cabecilla Gómez se encontraba a tres leguas de la villa ducal, y aun, al parecer, se proponía entrar en ella con su gente. No había instante que perder. Juntóse a cabildo el Ayuntamiento, con asistencia del maestro Constantina, cuya opinión y consejo tanto eran menester en aquel apurado trance, y todos convinieron en que no se diera lugar a que los facciosos entrasen en el pueblo, pues tenían por preferible el salir a buscarlos, como, según noticias recibidas en aquellos mo-

mentos, lo harían al mismo día siguiente las milicias de otros pueblos de la comarca.

Comenzó rápidamente el apresto militar. Al toque de ánimas, quiero decir, al de corneta, que se dió por toda la villa poco antes de aquella hora, acudieron los milicianos al Pósito, donde recibieron la orden de reunirse a las siete de la mañana para salir en busca del enemigo. Constantina estuvo muy elocuente en la arenga que echó a su tropa: más pinchaba con sus palabras en el puntillo de honor de sus subordinados que había pinchado en toda su vida con las agujas en zamarras y calzones de paño burdo.

Nadie durmió en Osuna a prima noche,

y cuenta que me ha salido en verso esta afirmación, porque no hay cosa que con tanta vehemencia convide a la poesía como lo trágico. Nadie durmió, digo, porque en cada casa vivía algún miliciano, y en todas hubo llantos y súplicas y exhortaciones de madres, hijas y hermanas para que aquellos bravos no saliesen a bravear, buscando, como dicen, cinco pies al gato. Y en las más de estas casas, donde fueron tantos los ruegos, fué tan poca la resistencia,

Que de un mismo pensar padres e hijos,

durmiéronse sus habitantes, y Morfeo, con su beleño por armas, se enseñoreó de Belona, y la marcial corneta, tocada y retocada de esquina en esquina, no logró acarrear al pósito más de cua-

renta o cincuenta mílites. ¡Pero éstos, eso sí, muy bien probados: harto lo patentizaba el hecho de acudir puntualmente, con sus armas y municiones, a la hora del peligro!

Ponderar la santa indignación del maestro Constantina cuando vió que a las tres cuartas partes de su hueste no les importaba un comino el deber militar, ni la defensa de su pueblo, es empresa para pluma menos humilde y desmañada que la mía, y pues no soy un Tácito, seré un tácito en lo tocante a este pormenor.

—¿Qué hacer? —se preguntaba consternado el valeroso Capitán—. ¿Qué hacer sino salir al campo? Escasa gente me queda; pero con ella, siendo tal como es, bien puedo emprender cualquier hazaña. ¡Adelante! ¿Quién dijo miedo?

Y el de veras esforzado paladín, alma de un Don Quijote en cuerpo de un sastre, habló con vehemencia a su mermada tropa, formóla en la calle y, puesto al frente de ella, espada en mano, mandó batir marcha al tambor, y aquel puñado de valientes salieron a paso regular para atravesar el pueblo buscando el camino de Aguadulce y Estepa.

La gente, para verlos pasar, se agolpaba a las puertas de sus casas, al principio retratada en los rostros la admiración que le causaba el temerario arrojo de aquellos hombres; pero poco después, antes de llegar a la plaza de la Constitución, mudo testigo de tantas hábiles evoluciones y complicadas maniobras, el maestro Cons-

tantina echó de ver que era muy otra la expresión de los semblantes, pues todos los espectadores sonreían, y aun algunos de ellos reían a carcajadas; y temeroso de que su desmedrada hueste, por poca marcialidad u otra cosa parecida, fuese dando lugar a ello, volvió la cara, y... ¡la tierra, que se abriera y le tragase, no le dejaría más estupefacto! Vió al volver la cara... ¡que iba solo con el tambor! Su gente, el corneta inclusive, había ido desapareciendo como por encanto, escabulléndose de cuatro en cuatro y de seis en seis por las calles de Granada, San Pedro, Cueto, Gordillos, Alpechín, Nueva, San Francisco y Martos, que desembocan en la ancha Carrera hoy llamada de Tetuán.

Interrumpiendo la marcha y haciendo rechinar los dientes de coraje, dijo Constantina al tambor:

—¡Estamos solos! ¡Han huído esos traidores sinvergüenzas!

Y el del tambor respondió con sinceridad candorosa:

—¡Mi capitán, y yo no me fuí, porque, como voy dándole ar parche...!

....

—¡Oh sublime maestro Constantina! A conocer tu frustrado intento heroico, por ti pudiera decir Ovidio aquello de

"*Tempora si fuerint nubila, solus eris.*"

En tus compañeros se vió una vez más que a la hora del lucir y gallardearse, todos parecen

y bullen; pero, llegada la del peligro, se desvanecen como el humo. Tú, porque no huíste en aquel lance de honra, ganaste unos maravedís de inmortalidad, bien que esté humildemente contenida en una frase popular, muy usada en la comarca de Osuna, donde todavía, transcurridos tres cuartos de siglo, dicen, para ponderar la soledad o el desamparo en que dejaron a alguno: "Se quedó más solo que el maestro Constantina."

XLI

LESIONES SIN DISPARO Y DISPARO SIN LESIONES

Si *Curriyo er de Ésija,* gitano de los que no reniegan de su abolengo, hubiera podido vender, siquiera a dos cuartos el almud, la sal de sus graciosas ocurrencias, de sus ingeniosos dichos, otro gallo le cantara. A fe que habría hecho casa con azulejos. Pero no hizo ni aun choza; porque vender sal en Andalucía es como llevar peros a Ronda, o como llevar lechuzas a Atenas, que dicen los clasicistas. ¿Dónde, en Andalucía, la tierra de María Santísima, no la hay por cargas?

Con todo eso, yo quiero referir una anécdota del memorable *Curriyo,* siquiera porque su nombre quede estampado una vez en papel sin sello, ya que en el sellado figuró no pocas veces.

Sobre si un trato era trato o no, sobre si la cuatropea estaba vendida *pa sécula sin fin,* y ya no había *tío, páseme usté el río,* sino *diñar los jayares* y pagar a tocateja los seiscientos *rundis* en que había sido tratada, *Curriyo* tuvo palabras

con un *gachó*: con un castellano *agitanao;* y después de mentarse las madres (gran fundamento de derecho), como la memoria de éstas no dirimiese el litigio a gusto de ambas partes, gitano y castellano acudieron incontinenti *a mayor tribunal*: al de las *jerramientas.* El castellano, que debía de ir para Murillo, pintó un *jabeque* en la más que morena cara de Curro, y éste, que no había *madrugado,* pero cuya dignidad no le permitía sufrir con buen aguante un *corte de cara,* disparó una pistola sobre su adversario, y acertó en no acertarle.

—¡Anda! —dijo *Curriyo* en el colmo de la ira, cuando le sujetaban varios transeúntes—: ¡Por feo no te ha querío la bala!

Tenía buena encarnadura y sanó muy pronto, sin quedarle deformidad; al contrario: según los médicos, el chirlo hermoseaba aquel gitano rostro, rompiendo graciosamente la dureza de sus facciones. Quedó, pues, reducido a mera falta el exceso del castellano (hay quien dice que para ello el unto de rana hizo maravillas) y siguieron las actuaciones contra Curro, por el disparo de arma de fuego.

Se le recibió declaración indagatoria y luego traspapeláronse los autos, pasaron meses y meses, y *Curriyo* se las prometía tan felices, que cuando le preguntaban en qué había quedado lo del tiro, respondía desentendiéndose maliciosamente:

—¿Lo der tiro... de cabayos der Marqués? Se

bendió ar chiyío en feria e Mairena; ¡eran de mi fló aquellos bichos!

Llegó a Écija un nuevo juez: justicia de enero. Examinó los registros de negocios, pidió los procesos atrasados, y pareció el de marras; *cubriéronse fechas* a todo correr, con diez fábulas de exhortos perdidos y otras tantas leyendas de recordatorios no ganados, fué sufrido el papel (que lo es siempre), se dictó sentencia y llamaron a Curro.

Cuando la *cañí* que compartía con él las hambres, los sustos y el fementido jergón le dijo que le citaba el Juzgado, exclamó (tan no pensaba ya en el proceso de antaño):

—¡Undebé del Otarpe! ¿Qué será esto? ¿Se habrá golío er *libanó* las sinco yeguas que andaban a plao? ¿Se habrá berreao er Cojete sobre los arfeñiques de la otra noche? ¡Si serán los burros del Cortijuelo, que ahora escomiensan a rebusná...!

Fué a la escribanía, estudiando negaciones y amasando coartadas. ¡Inútil trabajo! Cuando menos, hasta entonces, ni *er libanó* se había *golío* las yeguas, ni el Cojo se había *berreao,* ni resollaban los burros del Cortijuelo. Llamábase a *Curriyo* para notificarle la sentencia recaída en la vieja causa. Estaba condenado a un año, ocho meses y ventiún días de prisión correccional. Leyéronle la parte dispositiva.

—Güeno —objetó *Curriyo* tranquilamente—. Eso es pa er que me jirió, sino que s'ha esqui-

bocao su nombre con er mío. Se ermienda, y aquí no ha pasao ná.

—¿Qué estás diciendo? —repuso el escribano—. Lo de tu herida fué una falta. A ti se refiere la condena.

—¡Qué grasia! —exclamó ya intranquilo el gitano—. ¡Conque ér que me jirió!... ¡Y yo que no lo jerí...!

—Pues a ti te condenan por el disparo.

—¡Pero si yo no jise ná más que ruío!

—Pues así y todo. Tú no entiendes de esto.

Meditó el gitano. Acompañaba la acción, no a sus palabras, que ninguna decía, sino a sus pensamientos; mas por ella éstos se vislumbraban. Al bueno de *Curriyo* no le cabía en la cabeza que le condenasen por un disparo *al aire*. Dijo al fin:

—¡Con que a presiyo!... Y, ¿por qué?... ¡Como no sea por mal apuntaó...!

XLII

EL NUEVO BRONCE DE OSUNA

Entré por acaso en la redacción, y de buenas a primeras me dijo el director del periódico:

—¿Tan pronto ha sabido usted la noticia?

—¿Cuál?

—La del hallazgo de otro bronce de Osuna.

—¿Cómo...? Nada sé. ¿Qué hay de eso? —pregunté atropelladamente.

—Lea usted un telegrama que acabo de recibir.

Lo leí. Decía: "Modesto propietario Muñiz encontró ayer emplazamiento antigua *Urso* magnífica tabla bronce, época romana, con extensa inscripción hermosos caracteres. Créese pertenece colección famosa existente incompleta Museo Arqueológico Nacional."

Eran las cuatro de la tarde. No vacilé: salí para mi pueblo en el tren de las seis.

Al llegar, en la misma estación, díjome un conocido:

—Supongo que usted vendrá... a eso.

—¿A qué?

—A ver las tres tablas de bronce que Muñiz ha encontrado junto al solar del tío Blanqué.

—¿Tres tablas?

—Tres.

—¿Tú las has visto?

—Verlas, que digamos verlas, no; pero dicen que les echan la pata a las anteriores y que valen un Potosí.

Mi padre me dijo muy luego:

—A buen tiempo vienes. Se suena que Muñiz, abriendo hoyos para unos garrotes de olivos en su solar, ha tropezado con otros cinco bronces de Osuna. Si no es mentira, supongo que harás por examinarlos.

Apenas pude dormir. Amantísimo de la historia antigua de mi pueblo, me pasé las horas imaginando qué sorpresas nos reservarían las nuevas aunque viejísimas disposiciones referentes a la *Colonia Genetiva Julia*. Muñiz era amigo, y aun algún favorcillo me debía: no habría, pues, de negarme uno tan pequeño como el de dejarme ver su hallazgo. Y ¡qué gratísima sorpresa iba yo a dar a Hübner, y, antes que a él, a Rodríguez de Berlanga, el sabio epigrafista español, mandándoles sendos calcos y circunstanciadas noticias del recién hallado tesoro arqueológico! Cuando por haberles enviado otras veces calcos de lapidillas funerarias de poco más o menos habían estimado tanto la fineza, ¿qué no iba a ser ahora, que se trataba de cinco, si-

quiera de tres, o, a lo menos, de uno de los bronces de aquella colección, famosa en todo el mundo?

Muy de mañana salí a la calle. Apenas si había sol en los tejados. No era hora de ir a casa ajena. Anduve sin rumbo.

Un albañil que iba a su trabajo volvióme a dar la fausta noticia:

—¿Sabe usté lo de Muñiz? ¡Qué suerte de hombre! Ha encontrado las *tablas de la ley* que faltaban. ¡El premio gordo de Navidá, como quien dice! Si por tres pagó el Gobierno seis mil duros, a cada una le tocan dos mil; y siendo ocho o diez, o qué sé yo cuántas, ¡eche usté *guita!* ¡Y que el hombre la cobrará a toca teja! ¡Como visto!

Fuí a la casa de Muñiz. Estaba cerrada la puerta; llamé y salió a abrir su hija, luego que, asomándose por el ventanuco de la cámara, me conoció. Muñiz no estaba: de madrugada se había ido al campo, ¡claro que a cavar! La verdad, ya que conmigo no debían tener secretos: su padre, dos noches atrás, pareció por la casa llevando un bulto; uno solo y no muy grande. Lo guardó en el arcón; él tenía la llave; nunca la había echado hasta ahora. Como decir, francamente, algo había dicho. Decía: "¡Ya era tiempo! ¡Acabáramos! ¡La suerte es como la liebre: el que la sigue, la pilla!" Y diciendo éstas y otras palabras misteriosas, abrazaba a su hija con gran alborozo. Muñiz vol-

vería para comer, porque ni almuerzo se había llevado. Ella le diría que yo estaba en Osuna y que deseaba verle. Y ¡vaya si me buscaría! De mí se fiaba él para todo.

¡Qué mañana! No di un paso sin oír hablar de la felicísima suerte de Muñiz. Entré en el Casino. También se discutía largamente acerca del nuevo bronce de Osuna: allí no eran tres, ni cinco, las planchas encontradas, sino una sola. Nadie la había visto; pero algunos se jactaban de conocerla bien por referencias fidedignas. Preguntáronme; dije que no sabía ni jota de todo ello, y siguieron charlando.

—¡Si lo sabré yo! —decía uno—. ¡El bronce tiene de largo un metro y algunos decímetros, y medio metro escaso de anchura. Y por una cara, veintidós renglones, que el diablo que los lea.

—¡Hombre, estás en lo firme! —replicó otro irónicamente—. Yo sé de buena tinta, porque me lo ha dicho...

—¡El tintorero...! —interrumpió uno que llegaba.

—¡Qué chusco, hombre! Me lo ha dicho un harriero que ayudó a Muñiz a cargar en la burra el tal bronce. Es mucho más grande de lo que tú dices, pues tendrá dos metros de largo...

—¡Echa metros...!

—Y lo escrito ha de pasar de cuarenta renglones.

—¡Lo escrito...! —repitió burlonamente el interruptor—. Lo grabado querrás decir.

—¡Bueno! ¿Qué más da? —repuso el interpelado con mal humor—. Yo hablo para que me entiendan los ignorantes como tú.

Cortóse la conversación. Por la calle de Luis de Molina pasaban hacia la puerta del Casino *dos fachas,* como dijo uno de los interlocutores al verlos por la cristalera: dos ingleses graves, tiesos, espetados, joven el uno, anciano el otro; patilludo éste y lampiño aquél, ambos con ligeras maletillas de mano. Habían llegado en el tren de medio día: buscaban a *Muñiz, el modesto propietario.* Para nombrarle, el joven miraba un periódico, sin duda aquel en cuya redacción había yo leído el telegrama. ¡A fe que no se habían dormido los hijos de la nebulosa Albión! ¡Ya pretendían apandar, quizás para regalarlo a algún museo de su país —que así, para vergüenza nuestra, las gastan ellos—, el tesoro arqueológico recién desenterrado!

En esto, avisáronme que Muñiz me esperaba en mi casa. Fuí allá en un vuelo. Él, trémulo, agitadísimo, no acertaba a echar fuera del cuerpo la palabra.

—¡Ya, ya lo sé! —exclamó abrazándome—. ¡Todo! ¡Todo! ¡Ingleses ahí! ¡No me engañarán!... ¡Sea usté mi padrino! ¡No vendo, no vendo ahora!... ¡Abriremos una subasta entre todas las naciones del mundo! La suerte sólo se presenta una vez. ¡Caramba, yo no soy el otro! ¡Yo no soy el otro...!

El otro a quien aludía era don Miguel Mar-

tín, el vendedor de *los otros* bronces de Osuna. Y Muñiz añadió:

—¡Ya verá usté! ¡Es un tesoro! ¡Ahora sí que compraré cortijos, y olivares, y yuntas...!

Y aquel hombre, aquel orate, a quien le bailaban en la cara los brillantes ojillos, me besaba las manos una y cien veces, como si yo le hubiese regalado tamaño bienestar.

—¡Basta, Muñiz, basta! —grité—. Veamos esa maravilla. Por ahí hay que empezar. ¿Quién la ha examinado?

—¡Nadie! ¡Ni siquiera mis hijos! ¡Prontito iba yo...!

—Pues tráigala usted y la veremos.

—¿Traerla...? —preguntó amarilleando de miedo—. Y ¿cómo saco yo a la calle ese diamante, esa rica alhaja...?

—¿Por lo que pesa?

—¡Canastos! ¡No por lo que pesa, sino por lo que vale! Vamos a mi casa. ¡Verá usté qué real prenda!

Echamos a andar, nerviosos los dos; ambos con una fiebrecilla que disculpaban, en Muñiz, la *auri fames,* y en mí, el amor a las antiguallas, y a lo desconocido, y al glorioso pasado de mi pueblo.

De esta calle nos salíamos y por la otra nos entrábamos, profesando de andarines, más bien que de andadores. En el camino hablamos bien poco, y eso, a intervalos largos y por palabras sueltas.

—¿Estaba honda?

—No mucho.

—¿Es grande?

—¡Así, así!

—¿Entrelarga?

—Redonda.

—¡Cosa más rara...! ¿Tiene muchas letras?

—Ni pocas ni muchas. Algunillas.

—¿Tiene además otras cosas?

—Un bicharraco: el oso.

—¡Caracoles!

—Eso, eso mismo dije yo al verlo: "¡Caracoles con coles!" Porque, a lo que cuentan, de ese oso le pusieron el nombre a Osuna.

Llegamos a la casa, llamó a la puerta el dueño, y oída su voz, la hija nos franqueó la entrada. Muñiz me dejó en una salita con ventana a la calle y volvió en seguida, trayendo en una mano algo a que servía de envoltorio un periódico.

—¿Es eso? —pregunté con recelo, sospechando que Muñiz quisiera darme gato por liebre.

—Esto mismito —respondió con acento de sinceridad—. Va usted a contemplar el pan de mi familia y el amparo de mi vejez. ¡Bendito sea Dios, que nos lo ha proporcionado sin merecerlo!

Quitó un periódico, y luego otro, y otro todavía, hasta cinco. Temblábanle las manos. Asomó, al fin, la alhaja, el tesoro, la maravilla, y

al verla, rompí en una ruidosa carcajada, que dejó a Muñiz frío, boquiabierto y atónito.

—¡Cristiano! —le dije cuando pude hablar—. Y ¿ésta es la joya?... ¿Con lo que den a usted por esto va a comprar cortijos y olivares...? Pero, hombre, ¿usted no ha visto placas iguales a ésta en los barriles de la sosa cáustica que gastan los jaboneros? ¿Usted no ve que esto no es un oso, sino un leopardo, o un diablo que se lo lleve? ¿Usted no ha reparado en que estas letras dicen *Trade mark,* y que lo mismo se lee en ovillos de hilo, en navajas, en máquinas de coser y en cuanto viene de Inglaterra o de los Estados Unidos...? ¡Buen recurso para la vejez: la marca de fábrica de un barril de sosa...!

Muñiz no me escuchaba, ni siquiera me oía, y con espantados ojos miraba, sin verla, aquella inútil placa de hierro fundido que le había hecho soñar con la opulencia.

....

Cáustico epigrama fué aquél, con que nos zahirió y aleccionó la realidad.

Muñiz, pasado algún tiempo, murió tan pobre como había vivido: nació para ochavo y ¡naturalmente! no llegó a cuarto.

Y yo, cuando, la suerte, por mejor burlarse de mí, me pinta buenos y mollares los comienzos de cualquier empresa, acuérdome, sonriendo escépticamente, del *Trade mark* de antaño, y conjuro a la engañadora fortuna como nuestros abuelos, al cerrar antes que de ordinario las puertas de

sus casas las noches de los sábados, conjuraban a las brujas, diciéndole, hecha con dos dedos la señal de la cruz:

"Toca,
Moca,
Grillos en tus pies
Y freno en tu boca.
Dios me libre a mí
Y a mi casa toda".

XLIII

MILES GLORIOSUS

Raya en proverbial, y no por cierto sin razón, lo ingenioso y lo decidor que era el general don Francisco Javier Castaños. En él, a buen seguro, lo cortés y lo gracioso no quitaban a lo valiente; y el que ascendió a teniente coronel en el bloqueo y sitio de Gibraltar, y a coronel en las defensas de Orán y de Ceuta, y, después de haber defendido valerosamente a San Marcial, derrotaba a Dupont en la memorable jornada del 18 de julio, ganando heroicamente el título de Duque de Bailén, era muy otro hombre cuando no había enemigos a quienes combatir; cuando soltaba la tarabilla en las reuniones de la Duquesa de Benavente, pongo por caso. Entonces salían de su boca, atropellándose unos a otros, el chiste espontáneo, el sabroso cuentecillo improvisado por el narrador, el agudo epigrama político, y ¿por qué no decirlo? a ratos y para hombres solos, donosuras nada cándidas, puesto que tiraban a verdes; pero donosuras de las cuales, en gracia

del ingenio que las informaba, le habría absuelto, como de pecados leves, el teólogo moralista de manga más estrecha. Aquello que respondió a Fernando VII cuando éste le quiso mandar a Ultramar, aquello otro que dijo de cierta dama enredadora, y cien cosas más de análoga índole,

"¿Qué fueron sino *verduras*
De las eras",

no por lo instables, como las otras a que se refirió Jorge Manrique, sino por lo subidillas de color, pues todas, sin pasar de Castaños, pasaban de castaño oscuro?

Mas no cometeré yo la bachillería de contar en letras de molde lo incontable; miramientos me llamo, y vamos ya al caso del militar fanfarrón, *miles gloriosus* de esta anécdota.

Salía el General de cierto besamanos y se le acercó en la calle un capitán, de esos que, a creerlos por su palabra, han hecho más daño en el mundo que un centenar de tormentas de pedrisco. Alto, tieso, pechisacado, cejifruncido, buído de bigotes, duro de mirada y un si es no es torcido de cuello, como quien mira a los demás por encima del hombro, el capitanazo aquél era un fantasmón que parecía comerse los niños crudos, o, cuando menos, haber sido alférez en tiempo de Herodes. Y ¡qué charlar! ¡Cuántas proezas había hecho! ¡Qué de sublimes barbaridades había ejecutado dondequiera! Malas lenguas decían que a aquel perdonavidas se le iba toda la fortaleza por la boca;

que era muy otro cuando había que echar mano a los manojos y defender la bandera de España; más aún: no faltaba quien, para explicar la razón de su dicho, contara que en cierto apretado lance, allá en Albuera, un jefe le había encontrado escondido debajo de una cureña, y al preguntarle, indignado, en ademán de darle un puntapié, qué hacía allí, había respondido temblando: "¡Mi coronel, estoy protegiendo la artillería!"

Pues este hombre valiente en la paz y cobarde en la guerra, este capitán Fracassa, que llevaba en el pecho unas cuantas cruces de tres al cuarto, fué quien acompañó hasta su morada al Duque de Bailén, quien entró en ella, tomando por afectuosa voluntad del General un vano cumplido, y quien le puso a prueba la paciencia con una visita de más de media hora y una insulsa cháchara de más de mil embustes. Ya aquel tostón era inaguantable. Quejábase el Capitán de que sujeto de tan relevantes prendas como él no hubiese adelantado más en la carrera de las armas; y Castaños, que apenas le conocía, le dijo, de buena fe, si se ha de pensar piadosamente:

—Veamos, hombre, ¿por qué tiene usted tantas cruces y tan endebles? ¿Dónde ganó usted ésta?

Y le indicó una.

—Mi General, en la retirada de ...

Y nombró una retirada, no atreviéndose a mentir, temeroso de que el General pidiera luego su hoja de servicios.

—¿Y esta otra cruz?

—Mi General, en otra retirada.

—¿Y esta tercera?

El Capitán había perdido el color. Titubeó unos segundos, pero, al fin, como quien tiene apretada la garganta y no puede tragar la saliva, balbució:

—Pues... también en otra retirada; en aquélla..., por cierto, muy gloriosa...

No le dejó acabar el General, sino le interrumpió diciendo, mientras se quitaba del pecho una de sus cruces:

—Pues bien, quiero proteger a usted, porque ya veo que lo merece. Tome usted: ¡para que tenga usted una cruz de la retirada de la casa del general Castaños!

XLIV

O PESADAS, O NO DARLAS

Esto dice festivamente de las bromas un añejo refrán, y así como él suena practicábalo en las floridas primaveras de su juventud, y aun en los calurosos estíos de su edad madura, mi paisano don Manuel Portillo: aquel procurador mixto en escribiente y en diablo a quien me referí antaño en otro cuentecillo intitulado *Mr. Naquet antes de Mr. Naquet* (1). El cual travieso procurador, ya casado y con hijos que de sobra sabían leer y escribir, gustaba tanto de pasarse las noches de claro en claro, en cháchara y diversión con otros amigos de su estofa, que, cuando por casualidad se recogía antes que apuntase el alba, su mujer, que era un pan de rosas, preguntábale, asaltada por mil temores:

—Manolito, hijo mío, ¿qué es esto? ¿Cómo vienes tan pronto? ¿Te encuentras mal de salud?

---

(1) Página 16 de la presente colección.

¿Quieres que me levante y te haga una tacita de té?

Cierto es —ocupe la verdad su sitio— que nuestro procurador y sus camaradas tenían siempre sus alegres ágapes en lo que llamaban el Casino Popular, y que si bien se dejaban asaltar una noche y otra por el pecadillo de la gula, tomando primero algunos traguitos de amontillado para hacer ganas de cenar, mientras jugaban unos partidos de julepe, cenando luego a tente bonete a costa de los perdidosos, y asentando la cena, por último, con café y unas copitas de aguardiente de Rute, nunca otro pecado capital tomaba parte en estas nocturnas diversiones, ni sacaba del Casino a los comensales para llevarlos a sitio menos honesto. Porque ¡eso sí! Portillo adoraba en su Rosario, y por nada del mundo le hubiera jugado una chanada. Y tres cuartos de lo mismo acontecía a los demás de la tertulia, casados todos, y especialmente al maestro Romero, que, por lo que pronto verá el curioso lector, merece párrafo aparte.

Romero, dueño de una de las mejores zapaterías de Osuna por los años de 1865, tiempo en que sucedió lo que voy contando, era, como Portillo, hombre cuarentón; pero, a diferencia de él, personudo, quiero decir, alto y grueso, y de alma templada y calmosa; que la de nuestro procurador, medianejo de estatura y de carnes, era viva como un relámpago. No obstante estas desemejanzas, y aun quizá por virtud de ellas mismas,

siempre, desde la adolescencia, habían hecho muy buenas migas y auxiliádose el uno al otro: Portillo a Romero, aconsejándole, y Romero a Portillo, prestándole; que ni el zapatero andaba sobrado de esto que llaman mundología, ni el procurador estuvo jamás largo de lo otro que dicen *pecunia.* Tratábanse, además, de compadres, por cinco motivos tan grandes como cinco muchachos robustos, que otros tantos había sacado de pila Romero a Portillo, y así, tenía siquiera ahijados, ya que Teresa, su mujer, no le daba hijos.

Ahora bien, sucedió que cierta templada noche de marzo, como, jugadas ya las primeras manos de julepe, llegase a la reunión Romero, que estrenaba una capa de excelente paño azul, hubo broma y jolgorio sobre si la tal capa era larga o corta y "le venía mejor al difunto"; y a tal extremo llevaron las burlas, que el buen maestro de obra prima, aun siendo él la cachaza hecha carne y hueso, acabó por salir de quicio y enfadarse con sus camaradas, y principalmente con Portillo, que era el más zumbón de todos. Y menos mal mientras la cosa no pasó de palabras; que cuando llegó a vías de hecho, y el travieso procurador quiso, *velis nolis,* probarse la capa nueva, y, tirando acá el uno y allá el otro, llegaron a descoser un poco de la esclavina, Romero sintió, quizá por vez primera en sus ocho lustros largos de talle, los malos ímpetus de la cólera, y puso como hoja de perejil a su compadre, el cual, templado a maravilla para lances

como aquél, hizo de ello el mismo aprecio que de las nubes de antaño. En éstas y en las otras fué transcurriendo lo más de la noche, y cenaron y charlaron los de la tertulia, excepto el de la capa nueva, que se pasó las tres o cuatro horas, alejado de la reunión, leyendo cuantos periódicos había en el Casino.

Llegada la hora ordinaria de irse a su olivo cada mochuelo, Portillo lo indicó a su compadre, y hasta le dijo algunas palabras afectuosas para quitarle el enojo; pero tan mal habían caído a Romero las bromas de aquella noche, y en particular el descosido de la capa, que no se dió a partido, y se quedó a solas con su enfado, por no ir en la mala compaña de sus bromistas amigotes.

La noche era deliciosamente primaveral y hacía una luna clara como un sol. Portillo y uno de sus camaradas se despidieron de los demás a poco de salir a la calle y siguieron su camino, andando despacio por la Carrera, hacia la plaza de la Constitución; pero antes de emparejar con la calle de San Francisco, a la cual hacía esquina la casa de Romero, Portillo dijo en voz baja a su acompañante:

—Ese tonto se ha de acordar de no haber querido venirse con nosotros. En la ventana, detrás de la celosía, estará aguardándole mi comadre, como acostumbra. Nos pararemos cerca de allí para echar un cigarro; yo hablaré, usted escuchará, y habrá que contar mañana.

Dicho y hecho: paráronse entrambos en donde pudieran ser oídos. Portillo sacó su petaca, alargóla a su interlocutor, y mientras los dos liaban sendos pitillos, sostuvieron el siguiente diálogo:

—Echemos la última cigarrada; que está la noche tan agradable, que da lástima perder un cachito de ella.

—Sí; pero se nos ha hecho tardecillo, y es menester retirarse a descansar. Mire usted cómo viene clareando el día.

—Pues, amigo, ésta es mi hora ordinaria de recogerme. Y en mi casa, gracias a Dios, están sin cuidado ninguno, porque mi media naranja sabe que yo no ando, ni anduve nunca, en malos trapicheos, sino haciendo llevadera la vida y pasándola a traguitos, sin faltar a nadie, y menos a mi mujer, que es para mí, como la suya para todo hombre de seso, lo que se llama el número uno.

—Eso es para mí la mía: el número uno.

—Y eso es lo justo. No se dirá nunca por nosotros aquello de "a la vejez, viruelas"; que no hay cosa más necia que andar buscando por ahí pan de trastrigo quien lo tiene candeal en su casa, y, por añadidura, ha pasado de los cuarenta y cinco.

—Es verdad, y Dios nos libre de caer en tentación semejante.

—Porque, amigo, es lo que yo he dicho muchas veces: lo primero en un casado es conser-

var la paz de la familia, y más quien tiene mujer buena y, por añadidura, de buen ver...

Y bajando un poco la voz, prosiguió de esta manera, con tono de hombre a quien da mucho pesar lo que va diciendo:

—Buena y hermosa, como lo es, a carta cabal, la pobre de mi comadre, que se desvive por su Romero, siendo, además, el alma de esa casa y de esa zapatería. Pues ¿cómo andaría el tráfico sin ella?...

—Eso tengo yo entendido: que es mujer dispuestísima.

—Pues así y todo, ¡vea usted qué diablo de hombre éste, y qué a deshoras ha venido a dar con el culo en las goteras, enamorándose hasta los tuétanos de la primera pelandusca que le ha salido al paso! Y si esa mujerzuela fuese una divinidad, cabría alguna disculpa; ¡pero, camarada, si es un estache, que no vale dos caracoles! Menudilla, feílla, morenilla, ya viejecilla... ¡Vaya un antojo de hombre! Con razón dicen que hay gustos que merecen palos. Una uña de mi comadre vale más que todo el cuerpo de esa indecente buscona.

En llegando a este punto, callaron los del coloquio, mientras Portillo encendía una yesca para dar lumbre a su cigarro; y cuando entrambos echaron al aire la primera bocanada de humo, el travieso procurador remató, por entonces, su mala obra, diciendo estas palabras:

—Y ¡cómo ha caído mi compadre en las ga-

rras de esa pécora! ¡Bien sujeto que me lo tiene! ¿Usté vió, cuando hace un rato fuimos por él y quisimos que se viniera con nosotros, cómo se le echó encima para sujetarlo a tirones, tanto, que le descosió la esclavina de la capa...? ¿De una capa nueva, que ayer la iba estrenando...? Por caliches como éstos se rezuman y desangran las casas más fuertes. Ahora esa rodona perdida va a ir dando aire en un dos por tres a lo que esta mujer tan honrada y hacendosa ha ayudado a juntar en quince años... ¡Pues tenga mucho cuidado Romero, porque ésta, por la buena, es una corderita mansa, sí; pero, por la mala, creo yo que será una leona indomable! ¡Cuando Teresita se entere...! Y no tardará mucho en saberlo, porque, además de que Osuna es pueblo chismosillo, sucede lo que dice el refrán: que "el diablo lo traza, el diablo lo cubre con cualquier hilaza, y el diablo lo saca con un tamboril a la plaza". ¡Él Señor, que es quien todo lo puede, ponga remedio a esta desdicha, y nos libre de nosotros mismos!

Y acabado así el diálogo, los dos trasnochadores prosiguieron su camino pausadamente.

Pocos minutos después, el maestro Romero llegaba a su casa, y preguntó, apenas entrado por la puerta:

—Mujer, ¿habrá algo que cenar?

A la cual pregunta, Teresa, procurando en vano parecer tranquila, respondió con esta otra:

—Hombre, ¿tanta hambre traes...?

No extrañó a Romero la interrogación, sino el tonillo, el insólito retintín con que la había articulado Teresa.

—¿Por qué hablas así? —preguntó a su vez, y añadió—: Pues ¡bonito vengo yo para aguantar pulgas!

Entre tanto, entraban en el recibimiento, y Teresa, a la luz del velón, puso los ojos en la capa de su marido; y tan pronto como vió el descosido de la esclavina, dijo, hecha una furia:

—¿Vienes bonito...? ¿Dices que vienes bonito?... ¡Y más bonito que te pondré yo, aunque no tanto como mereces, sucio, viejo verde, hombre malo!

Quedóse Romero como quien ve visiones al escuchar estas frases de boca de su mujer, que nunca las había dicho ni parecidas, y, antes que acertase a interpelarla, ella prosiguió, levantando el grito:

—¿Habráse visto cosa tal en el mundo? ¡A la vejez, viruelas! ¡Mira cuándo se ha descarriado el hombre! ¿Qué quieres, hijo mío? ¿Cenar...? Pues anda y que te dé la cena la grandísima bruja que bien sabes: ¡esa mujercilla morenilla, viejecilla y asquerosilla que te ha descosido la esclavina de la capa y te ha sorbido el seso; ese pendón que, casi al cabo de tus días, has buscado para deshonrar tus canas y tu linaje! ¡Cenar...! ¡Para cenitas estoy yo! Pues ¡bueno fuera que haciendo la hambre allí, vinieses a matarla aquí! ¡Coge, coge la puerta raspahilando y

vuélvete allá, hombre sin decoro, desalmado, verdugo, y no parezcas por aquí en todos los días de tu vida; que para ganarlo yo me basté siempre, como tú para triunfar y gastarlo en francachelas y en querendonas...!

—¡Mujer, estás loca, sin duda! —gritó Romero cuando pudo meter baza—. ¿Qué mal bicho te ha picado? Los diablos tienes en el cuerpo. ¿De qué mujercilla o de qué alforjas estás hablando?

Y por aquí prosiguieron largo rato la comenzada reyerta, llorando Teresa unas veces y enfureciéndose otras, hasta que, después de resistirse no poco a declarar cómo y por dónde había sabido lo de la supuesta prójima, le contó de pe a pa todo lo que había escuchado poco antes, escondida tras la celosía.

Mas entonces fué Romero quien se puso que cogía el cielo con las manos, y a tal extremo llegó su cólera, que salió como un rehilete hacia la casa de Portillo, para..., ¿qué sabía él mismo a lo que iba? ¡Quizá a matarlo, si se negaba siquiera por un instante a remediar el daño que con sus pesadas bromas había hecho!

Y entrándose flechado en la alcoba en donde Portillo dormía como un bendito, no costó a éste poco trabajo apaciguar a Romero.

—¡Caracoles! ¿Quién lo había de imaginar? —decía, poniendo triste la cara—. Una bromilla del todo inocente, un embustillo burdo, dicho por mera chanza, para que, al oírlo, se riese Teresita, ¡y mire usté cómo, por obra del diablo, lo había

tomado en serio! Pero ¿aún no conocía ella el carácter bromista de su compadre? ¿Ahora andábamos ahí?... ¡Nada!: con echar tierra donde había hoyo, se estaba del otro lado, y él, que la había armado, él tenía obligación de desarmarla. ¡No se lo perdonaría nunca! ¡Haber dado al traste, por una simple cuchufleta, con la paz de un matrimonio, con la tranquilidad de sus compadres, a quienes tan grande amistad debía...! Bueno era gastar bromas, y él era así, como Dios lo había hecho; pero en llegando la hora de las veras, allí estaba él, Portillo, dispuesto a cumplir con su deber, más serio que un luto.

Y diciendo esto y otras cosas al mismo tono, vestíase aprisa; y, acabado de vestir, echó a andar a buen paso, con su compadre, hacia la casa en que había originado la endiablada reyerta. Iban ambos silenciosos, y Portillo, entre sí, dolíase de no haber presenciado la escaramuza. ¡Él, que nunca había visto a su comadre sino pacífica y dulzonaza, como una mujer hecha de pastaflora!... ¡Qué carrillazos se le encenderían con el coraje...!

Llegaron, entraron, llamó Romero a su mujer y díjole triunfalmente:

—Aquí tienes a este redomado tuno. Ahora te dirá Portillo si no era todo invención y maldita broma suya lo que junto a la ventana, sabiendo que tú me aguardabas en ella, contó al otro amigo.

Y dirigiéndose a Portillo, añadió:

—Compadre, hay que hablar claro: confiese usté que bromas que echan a pelear a un matrimonio merecen otro nombre. ¡Eso no se hace con los amigos!

Y Portillo, entornando beatíficamente los párpados y dándose suaves y frecuentes golpecitos con la palma de la mano derecha en el envés de la izquierda, puestas entrambas sobre el pecho, dijo a Teresita:

—Comadre, mi compadre Romero ha ido a despertarme para que venga a poner a ustedes en paz. Nada más justo, y yo no he de omitir ningún medio para lograrlo. ¡Caramba! ¿conque eso ha sucedido...? ¡Por vida de Caifás...! ¡Ea, pues: acábese el enojo! Crea usté, comadre, que fué pura broma cuanto yo dije en la calle esta madrugada. ¡No hay tal querida ni tales carneros en el mundo! ¡Lo primero es la paz entre los casados! ¡Vaya...!

Y como, diciendo estas últimas palabras, el malévolo procurador hizo un guiño harto expresivo a su comadre, ésta entendió lo que él quería que entendiese, es decir, que era cierta la infidelidad de su cónyuge, y volvió a subirse a la parra y a echar por aquella boca una andanada de improperios contra su marido y contra la tal y la cual que le había echado a rodar la felicidad doméstica. Romero también andaba con los gritos por las nubes, poniendo a su compadre de traidor y de mal hombre, que no había por dón-

de cogerlo, y, al fin, Portillo, ya que la gresca andaba a dos dedos de acabar a trastazos, pidió, asimismo a voces, que le escucharan y, obtenido, en parte, el silencio, dijo:

—¡Valgan verdades, y todo acabe aquí! Compadre, yo he querido darle a usté una lección, y ha sido buena, aunque durilla: por descosido de más o de menos no debe incomodarse un hombre, como usté se nos incomodó ayer en el Casino, negándonos el habla toda la noche. Y en cuanto a usté, comadre —prosiguió, riendo de todas veras—, venga el perdón; porque es la verdad que yo no quería morirme sin ver cuántos puntos calzaba el geniecito de la maestra de obra prima, que se nos vendió siempre por una palomita sin hiel. Con razón dicen que cada pajarillo tiene su higadillo. ¡Vaya una mujer con enjundia y rejo, en llegando el caso! ¡Del agüita mansa nos libre Dios!

XLV

DE ARTE VIVENDI

A principios de enero.

El mozo es de mil flores: modesto y simpático. Si el traje, como dicen, es el fiador de la persona, el de Pascual Portal le recomienda... para otro terno; pero no le fía. Hace un frío que pela, y el infeliz muchacho anda por esas calles de Dios dando diente con diente.

Entra en tu casa; llama, y si tu criada anda lejos, o se hace la sorda, aguarda obra de tres minutos antes de resolverse a llamar de nuevo. A tu invitación, entra tímidamente, pidiendo permiso todavía, el sombrero en la mano, hasta la salita en donde escribías o estudiabas. Con frases entercortadas y con voz meliflua te agradece el afable recibimiento. Resístese a ocupar una silla: está bien de pie. Tu franca insistencia y la campechanía de tu trato vencen al cabo su cortedad; te dice el motivo de su visita, y saca del bolsillo un cuaderno: los primeros frutos de su inspira-

ción poética. ¿Qué cosa más digna de benévola atención? Lees; sonríes.

—¡Ah! son muy razonables, en clase de meros ensayos. ¡Qué candor! ¡Qué gentil naturalidad! ¡Cómo se trasluce en estas tempranas florescencias la garrida musa del primer amor, sincera y vehemente, generosa y entusiasta, aunque no esté muy bien avenida con las minucias y tiquismiquis gramaticales! ¡Qué intrincada selva de poesía!... Bien que no se dice *andó,* sino *anduvo*... ¿Que por qué? ¡Vaya usté a averiguarlo! Y *obstáculo* se escribe con *be* antes de la *ese.* Y *gozo* y *hermoso* no son, que digamos, muy consonantes, a lo menos, fuera de Andalucía. Hay que remediar estos y otros deslices... ¡Hombre, este pensamiento es más falso que el alma de Judas!... Bueno, ya que usté lo quiere, dos versos nuevos, y ¡al avío! ¡Adelante! Pero, ¡caramba! ¿y la sintaxis? ¡Esto sí que no puede pasar...! ¿Que yo lo enmiende?... ¡Ajajá! ¡Y aquí llama usté *cerúleo* al amor! ¡Qué diantre de ocurrencia!... ¡Ah! pero ¿no tiene usté diccionario? Pues llévese uno de los míos. ¡Para lo que suelen servir todos ellos!...

Pues sí, amigo: aparte estas menudencias, me agradan sus versos: es usté poeta, y estudiando... ¿Un librito? ¡Tempranillo es! Hay mucho que andar, y, sobre todo, ¿a qué esa prisa?... Pero, hombre de Dios, ¿usté cree que por el lado de Helicona ha de soplarle buen viento? Joven, está usté muy equivocado. Han engañado a usté

como a un chino. De esa parte no hay que esperar sino un catarro o una pulmonía: los versos, desde que se murió Mecenas —ya sabe usté, Mecenas el auténtico: ¡ojo con las falsificaciones!— dan de ayunar, y no de comer... Sí, sí, salvo los de ése; es verdad: las musas azafatas comen; pero por azafatas, y no por musas; como los afiladores andariegos que van anunciándose con una zampoña de castrador comen por afiladores, y no por músicos. Desde que Pan dejó de ser dios, más afila que tañe... Pues andando; si por mí no llueve... Y ya que usté lo desea, entre hoy y mañana daré un vistazo a estas otras composiciones... ¿Como si fueran mías?... Y ¿de ortografía y todo?... ¡Corriente!... ¿Cómo? ¡Canastos! ¿Qué dice usté? ¡Eso sí que no! ¿Quién soy yo para eso? ¡Prólogo!... Aunque no fuera sino porque ando escasísimo de tiempo... En fin, por mí no quede: lo escribiré... Esta es su casa... Cuando usté guste... Bien, ¡si yo no digo que no!: ame usté mucho; ¿cuándo, si no ahora, a los veinte años? Pero húrtele usté algún tiempo al amor, estudie un poco de gramática y su *tanti cuanti,* como dicen, de preceptiva, y no suelte de la mano los buenos autores; ya sabe usté: los que escribieron y escriben en castellano; que eso hoy día anda perdido... Pero ¿tan mal de libros está usté? Llévese con el diccionario esta antología: la de Quintana... No, no, mi amigo: tengo ahí otro ejemplar... No hay de qué... Hasta la vista.

A mediados de abril.

Recibes la obrita del poeta incipiente e insapiente. Lees el título: *Diamantes a granel.* Dices entre ti: "¡Pues no era tan modesto el mozo! ¡Mira que *Diamantes!*... ¡A ver! Dedicatoria: "Al "Excmo. Sr. Conde del Galapagar. A V. E., varón eminente, que por razón de su título nobiliario, y por otras razones, tanto sabe de nuestra cultura nacional, dedica este libro, prístino "resplandor de un astro naciente, su entusiasta "admirador y seguro servidor *El Autor.*"

¡Calla! y el ejemplar trae dedicatoria manuscrita: "A mi querido maestro D..., en testimonio "de agradecimiento eternal, su amigo leal *Pas-"cual Portal.*"

A principios de julio.

Tropiezas en la calle con el modesto joven. Diálogo:

—¿Qué tal? ¿Y esa joyería?

—¿Cuál dice usté? No caigo...

—Los *Diamantes,* hombre, los *Diamantes.*

—Se *pulieron.*

—¿Otra vez? ¿Brillaban poco?

—Quiero decir que se vendieron.

—Hombre, ¿venderse un libro de poesías?...

—El Conde del Galapagar cargó con los mil ejemplares de la tirada. Pues ¿para qué le dediqué yo el libro?

—¿Él gusta de leer versos?

—No, pero después de costear la impresión,

¿qué había de hacer un hombre de su título? ¿Galapagar? ¡Pues *gala pagar!* Nobleza obliga.

—¿Es hombre de cultura, además?

—No mucho; pero sí de agricultura: cultiva dilatados terrenos... Y yo cultivo, sin que él lo sepa, el trato de su hija, que es una perita en dulce. Ya veré cómo se la birlo.

—(¡Caramba con el mozo!)

—Ahora mi papá futuro me está procurando una credencialita en un ministerio. Amigo mío, hay que ser práctico; hay que nadar. Camarón que se duerme... Y hasta la vista, que el tiempo es oro. Abur.

—Sí, hombre, corra usté, y no se duerma; que entre camarones...

A fines de octubre.

Tropiezas de nuevo con Pascual Portal, y otro diálogo:

—Amigo, usté entre sus libros siempre. No hay quien le vea.

—¡Psch!... ¿Y usté, joven práctico?

—Yo, entre mis hombres. ¡Ah, para aprender no hay cosa como el documento humano! Ya habrá usté sabido el exitazo de mi drama.

—No; apenas leo periódicos.

—Pues sí: *El Galapagar del Conde* ha hecho furor en Cuenca.

—Me alegro.

—Y ¡qué llenazo! El Conde del Galapagar me está muy agradecido. ¡Pues ahí es nada, pasar a

la Historia con mi drama! Hoy recibiré ejemplares, y aunque tengo muchos compromisos, mandaré a usté uno.

—¿Un compromiso?... No lo acepto.

—No, hombre, un ejemplar. ¡Usté, tan gramático como siempre! Adiós, y crea usté que le compadezco. ¡Amigo, usté valía para algo más que para estarse en un rincón! No es usté hombre práctico, y ya se sabe: camarón que se duerme... Hay que vivir, no como Dios manda, sino como manda el mundo: la mitad del año, con arte y engaño; y la otra parte, con engaño y arte. En mi tertulia —una tertulia de listos— casi todos reconocemos que usté es sujeto de bastante lectura y de no poco talento; pero...

—Pero camarón dormido. ¿No es eso...? ¿Qué le hemos de hacer? Vaya, abur, y mil gracias a la camaronera: digo, a la simpática tertulia de los camarones.

A fines de diciembre.

Galapagueando en archivos y bibliotecas, despestañandote media docena de años, has sacado a luz un libro, en que, además, pusiste toda tu alma. Tú, *terque quaterque* necio, no te dedicaste al provechoso estudio del *documento humano*, de la frivolidad humana, de la ubérrima tontería de los más, y así te luce el pelo, calvo. Mandaste a los periódicos sendos ejemplares de tu libro, y, como si la historia de las pasadas opulencias de tu patria interesara a alguien, esperaste un aplau-

so, siquiera unas palabras de cortesía, para tu buena voluntad. Pero echaste mal tu cuenta. ¿Quién se detiene a mirar hacia atrás, aquí donde sólo se vive para el día?... Si lo de ayer huele a rancio, ¿a qué olerá lo de hace tres siglos? ¿Importa a nadie un libro tuyo lo que un constipado de cualquier torero? La puñalada de ayer, ¿no es más interesante que toda la literatura del siglo XVI? ¿Merece tu obra, ni pagas tú, el espacio que merece y paga, pongo por caso, toda esa basura resplandeciente que se ha subrogado en el lugar de las piedras preciosas? Pero, así y todo, confía, ten esperanza... A lo menos, Pascual Portal, aquel cuyos primeros versos rehiciste en tu forja, ese mozuelo, ya importante, que mete ruido porque subió gateando y está en la torre y tiene a mano las campanas, tratará de tu libro en *Los Dos Hemisferios,* donde como redactor enciclopédico escribe de cuanto se le antoja... ¡Ea! ¿Lo ves, hombre pesimista? ¡Aquí lo tienes, firmado y todo! ¿Cómo Pascual Portal, el gran camarón, había de hacerse el sueco, siendo tuyo el libro? Pero, hombre, ¡qué ceño pones! A ver, dame; deja que lea yo:

"El autor de este pretencioso estudio, aunque nada analfabeto, es, *passez le mot,* un fósil de nuestra Literatura. Si él viviera en los grandes centros, con la crema de la moderna ilustración, él sería fuertemente saturado del nuevo ambiente, que no ha tocado siquiera, literariamente, a sus pulmones. Es por esto que nosotros augura-

mos que él nunca sobrepasará a la mediocridad de nuestros hombres de letras. Los escritores vibrantes que recibimos a diario las más recientes palpitaciones del gran mundo de las letras y de las artes, y estudiamos, no los viejos libros, sino lo más *éclatant* de la cultura de hoy, contemplamos con buen golpe de lástima estos vanos esfuerzos de los cultivadores del pasado. No es esa la ruta para obtener la ovación de los amadores del progreso. Ya es pasado el gusto de las antiguallas. Miramos avante; y si pudieron semblar de oro los viejos autores españoles, hoy a la fuerte lumbre de la actual civilización se ha visto que no hacían que relucir."

Solté el periódico. Mi amigo estaba desemblantado; yo exclamé:

—Y ¿esto es cultura? Y ¿ese trasto se llama escritor y crítico? Y ¿le *pagan,* y no le *pegan?* Y ¿era ese ridículo *savant* el llamado a soltar en pésimo francés y aún peor castellano tal rociada de viento?... ¡Razón tiene ese fatuo desagradecido! La gente corre, y tú te has quedado atrás. ¡Escúchalo bien, momia egipcia! El que estudia no puede correr. El hilván ha enterrado al pespunte; la vana apariencia, a la realidad. Brillar importa; nó ser lumbre. Sé doctor, aunque no seas docto. Vives en los tiempos de Maricastaña: en aquellos en que Martín de Montesdoca, impresor hispalense, estampaba en las portadas de sus libros estos dos fementidos versos:

"Spernere vis mortem? Vis puram vivere vitam?
Vis fieri sapiens, virque probus?—Vigila."

¡Modernízate! Apégate a lo que dice el refrán: "¿Adónde va Vicente? Con el golpe de la gente". ¡Ay de quien no ladre cuando ladrar se use! Si has de prosperar, sustituye el necio emblema de la grulla, siempre vigilante, con el del cuclillo, siempre astuto, y ese dístico del año de la nana con este otro mote:

"¿Amas el auge, el bienestar, la gula?...
No estudies. Ten audacia. Bulle. Adula."

XLVI

"¡*PA* MUNDO!"

Cuando, hace ya más de medio siglo, mi paisano el famoso hebraísta don Antonio García Blanco trasladó su residencia de Madrid a Marchena, su hermana doña Gregoria, en cuya casa vivió, tenía una antigua criada, si no vieja como un palmar, pues apenas pasaba de los cuarenta años, más fea que la hambre y más desgraciada que una paliza.

Nadie le había dicho jamás "buenos ojos tienes", por no decir tamaño embuste, pues el uno le lloraba aceite y el otro vinagre; de talento era aún más roma que de nariz, y cuenta que teníala tal, que no parecía sino que algún descomunal gigante se le hubiese sentado de golpe sobre la cara; pero, a las vueltas y en cambio, lucía de oreja a oreja una linda boca que, si bien falta de algunos dientes en la hilera de arriba, con los que le quedaban tenía más del avío, pues eran paletones, y traían a mal traer, ya te pillo, ya te suelto,

al labio inferior, gordo, reluciente y colorado como una morcilla recién hecha. La estatura habíasele quedado corta, porque, de mozueleja, esta beldad que esbozo no creció vertical sino horizontalmente y a trechos, y de ahí las superanchas caderas, la pechera arrobal y abultadísima y la gibosa espalda, en donde parecía llevar tapujada y de matute, como si fuese cazador en tiempo de veda, una jaula de perdiz.

Con todo esto, su ama doña Gregoria la estimaba mucho, porque era trabajadora, callada y fiel, y así, teníala más vestida que un palmito y más contenta que unas sonajas. Sin padres ni parientes que le pidieran, y pues de su salario no gastaba un maravedí y estaba sirviendo en tan buena casa veinticinco años había, pasaban de mil duretes sus ahorros, que doña Gregoria le tenía a buen recaudo, en relucientes monedas de cinco duros, sin comprometerlos en negociaciones en que pudiera comérselos quien no los ganó. Bien se estaba San Pedro en Roma.

Pero como el diablo, que no duerme, se había enamorado de tales dineros y los quería para sí, los marcó por suyos, púsoles cerco, y a Ruperta su ama, y ahora veréis cómo rindió a la una e hizo paz y guerra de los otros.

En aquellos días volvió a Marchena de una larga excursión bribiática por España y América un sujeto que nunca sino preso en la cárcel lo estuvo, y que, por no trabajar, había pasado todos los

trabajos imaginables. De muchacho, su padre quiso que aprendiera oficio y encargó a su maestro que le desatravesara la costilla; pero el mozo, lejos de arrimarse al escoplo y a la sierra, se desgarró de la familia y sentó plaza de soldado. Desertóse después, fué cogido, cumplió larga condena, rodó por medio mundo, y cuando salió del servicio militar, largóse a la *otra banda.* Al volver de América, era maestro consumado en cuantas malas artes caben en la amplísima facultad de la picardía.

Con los naipes en la mano era un águila; columbrando una cartera al través de siete gabanes, un lince; subiendo a un balcón para cargar con lo mal puesto, un mono; *tomando* un reloj, el ave fénix; bebiendo vino, un mosquito; huyendo de los agentes del orden público, un gamo: era, en suma, la fauna toda entera, en las mil y quinientas operaciones, ejercicios y artimañas del vasto oficio ladronesco.

Pues bien, este mozo de tanta cuenta —y de tanto riesgo— fué a Marchena, como digo, a descansar algunas semanas de aquel continuo ajetreo y sobresalto en que vivía y a prepararse para empresas aún más resonantes y heroicas. Trasnochador como siempre, iba a recogerse, a medios pelos, una mañana temprano, y vió barriendo la puerta de la calle a aquella mujer, que le pareció más fea que la cumbé, baile de negros y suma de fealdades; pero cuando Manolete, que así se lla-

maba nuestro pícaro, oyó decir a uno de sus compinches que, tan fea y todo, tenía, según era fama, unos ahorrillos muy hechiceros, no hubo menester más para tener y diputar a Ruperta por vivo trasunto y *vera efigies* de la diosa Venus.

Manolete, que no pasaba de los treinta años y vestía a lo flamenco, era de buen ver; pero, aunque no lo fuera, a Ruperta había de parecerle un Adonis. Y así, todavía Adonis no había acabado de decir *envido,* cuando Venus, a boca llena, dijo *quiero.*

Aquella mujer no sabía lo que le estaba sucediendo desde que el condenado del amor, tan a deshora, se le metió entre pecho y espalda; no daba pie con bola en ninguna de las faenas domésticas: achicharraba lo que freía, asentaba lo cocido, torraba y hacía carbón lo asado, y, hechas pura lana las manos, caíansele al suelo cuantas piezas de loza y cristal cogía en ellas. Por aquí empezaron sus amos a percatarse de que algo insólito acaecía a la atortolada sirviente. Y ésta, una noche y otra, asomándose por un ventanuco alto que daba a una calleja, pelaba la pava con su galán, quien la entontecía más y más con sus amorosos requiebros, haciéndole perder el ya de por sí menguado seso que le había cabido en suerte.

Una de aquellas noches, Manolete, que por boca de su adorada prenda sabía ser cierto lo de los tentadores ahorros, abordó con denuedo el punto más importante: el de la boda. Se casarían a las

voladas; establecerían con aquel dinerito un café, que era industria muy lucrativa y que él conocía al dedillo; vivirían como unos príncipes y se pondrían ricos a la vuelta de tres o cuatro años. Ella, Ruperta, pasaría de la humilde calidad de criada a la vistosa y lucida de señora, y *señora* la llamarían desde luego los mozos del café... ¿Qué hacía aquel dinero parado, en poder de doña Gregoria? Ni ¿qué hacía Ruperta allí metida, sirviendo siempre, acabándosele de ir el lustre de la mocedad y la flor de la hermosura? ¡A casarse tocaban! Ella era mayor de edad y dueña de su persona; no todo había de ser servidumbre y sujeción: bueno era gozar de la vida, y traer hijos al mundo para que también la gozaran...

A la verdad, Ruperta no había menester ni la mitad de estos razonamientos con que aquel truchimán la volvía tarumba: sin ellos, por su propio impulso, estaba resuelta a todo. Y al día siguiente, llegándose a doña Gregoria, de sopetón y sin rodeo retórico alguno le manifestó su propósito. En balde fueron todas las observaciones y consejos del cariño y de la experiencia; en vano le ponderó su ama la seguridad que tenía de que, siendo aquel hombre un redomado tuno, para nada la quería sino para derrocharle los negros ahorros en aventuras y francachelas y para darle, entre tanto, la más perra vida imaginable; inútilmente le encareció lo bien que estaba en aquella casa, y lo imposible que era el haber inspirado amor a Manolete aquella fealdad tan

subida de punto con que Dios Nuestro Señor, por sus secretos designios, quizás para librarla de graves pesadumbres, había tenido a bien dotarla: todo fué predicar en desierto, y a la reiterada pregunta "¿Para qué quieres casarte, condenada?" respondía invariablemente, frunciendo el más que moreno hocico, torciéndolo a un lado con grotesco mohín, y después de un muy significativo sorbetón de narices:

—Pues ¡toma...! ¡Pa mundo!

Con lo cual quería decir: "Para tener mundo; para experimentar de todo."

Apeló doña Gregoria a la superior elocuencia de su hermano, y éste agotó los recursos de su fino entendimiento para disuadir a Ruperta de la malhadada resolución; pero también fué machacar en hierro frío su esforzarse: la antes dócil criada desoía todo saludable aviso, y, viniendo o sin venir a pelo, repetía, como bordoncillo aprendido en viernes, su ordinaria frasecilla, con el consabido fruncimiento y retorcimiento de hocico y el simultáneo sorbetón:

—¡Pa mundo! ¡Pa mundo!

Dejáronla, al fin, por imposible,

"Pues ganado que es del lobo,
No hay san Antón que lo guarde",

diéronle su dinero, por escritura ante notario, el mismo día en que se celebró la boda, y, como suele decirse, aquí empezó Cristo a padecer. Manolete estableció el cafetín que tenía en proyecto; pero,

siendo él, como era, su primero y principal parroquiano, todo se lo bebía, se lo comía y se lo jugaba entre sus amigotes, y, lo que aún era peor, con una turba de mujerzuelas de rompe y rasga, que canturreaban y bailoteaban obscenamente hasta el día, *manzanilleando* de lo lindo y *jamoneando* y *salchichoneando,* que era lo que había que ver. Todo ello a costa de la feísima recién casada, por quien, ya borrachos, solían brindar, diciendo: "¡Vaya por esa noche e truenos, más fea que un susto!"

Ruperta, que, desde el cuartucho en que estaba como recluída, escuchaba una noche y otra este jaleo, no se atrevía ni a chistar, temerosa de que Manolete hiciera lo que ya algunas veces había hecho: injuriarla y tundirla; pero, al cabo, quiso poner coto a aquel ruin proceder, para que lo poco que de sus ahorros quedaba se gastase en poner una tiendecilla de comestibles, a cuyo mostrador ella misma atendería... ¡Tú que dijiste tal cosa! Negóse a ello Manolete, arreció el temporal de palabras, y de allí a poco le siguió el de obras, y llovió sobre la infeliz mujer una granizada de mojicones...

....

Contando estaba sus cuitas a doña Gregoria, y mostrándole algunos de sus verdinegros cardenales, cuando el doctor García Blanco, que desde la puerta de la habitación había entreoído aquella retahila de desventuras, se acercó a las que hablaban y dijo a Ruperta, remedando zumbona y

repetidamente —con la crueldad de la lógica, que no tiene entrañas— el torcimiento y sorbetón de tres meses antes:

—¿Cómo te va de mundo...? ¿No querías casarte *pa mundo?* Pues ¡toma mundo, hija mía! ¡Toma mundo; que al que tiene cama y duerme en el suelo, no hay que tenerle duelo!

XLVII

COMO EL PEZ EN EL AGUA

Llaman en Andalucía *tener asaúra* a una cosa que no es precisamente *tener asadura,* aunque algo se le parezca. Que ¿qué significa tal expresión? Podría yo probar a decirlo en dos renglones; mas prefiero que el mismo lector, por medio de este relato, verdadera *lección de cosas,* se ponga en condiciones de conocerlo y definirlo. A ello, pues.

Vivía en Sevilla habrá unos veinte años un corcovadillo buscavidas que a todo echaba mano para hallar su pan... y su vino; pero, ya fuese porque era poco perseverante en cada ocupación, o ya porque su menguado valer físico no se acomodaba mucho con las algo pesadas, bien porque el vinillo no le dejaba cumplir a satisfacción en ninguna, o bien porque el hombrecito tenía de ordinario un humor de vinagre, como si a cada prójimo con quien hablaba le debiese el negro regalo de su deformidad, es lo cierto que lo más del tiempo rodaba sin acomodo y punto menos que traspillado de hambre.

De porterillo estaba en un barracón de títeres

en el real de la feria cierto mes de abril, cuando al cruzar por allí, de paseo, un doctor mi amigo, hombre ocurrente y travieso donde los haya, como Nicolás —que éste era su nombre— le saludase en alta voz, llegóse a él y entablaron un diálogo, que si a la letra no fué el que sigue, debió de parecerse a él como una gota de agua a otra gota de lo propio.

—¿Estás colocado aquí?

—Aquí estoy ganando una pesetiya y lo que cae, que, por más señas, cae poco. Pero ya pasó la feria y mañana alebantan este tinglao y se ban estos tíos a correr mundo, y ya me tiene usté sin pan. Esto es pa esesperarse, don Fransisco.

—¡Por vida de...! —exclamó el Doctor, moviendo la cabeza pausadamente de un lado a otro—. Hombre, no sabes tú bien la lástima que te tengo. Ya te he conocido en cien oficios, y en ninguno duras un mes.

—Será mi sino, don Fransisco; no hay que darle güertas.

—Sí, es tu sino..., y es también la mala influencia de tu figura: no hay que darle vueltas tampoco. Como soy médico, he estudiado especialmente eso de las jorobas, a las cuales, en términos algo más científicos, llamamos *protuberancias* o *prominencias occidentales*. El jorobado atrae la suerte para los otros y la desgracia para sí. Viene a ser como un bichito de la luz, que alumbra y no ve.

El hombrecillo miró muy escamado a su inter-

locutor, de abajo para arriba, porque apenas si le llegaba al estómago, y sospechando que sus palabras fuesen solapada burla, objetó con mal reprimido enojo:

—Eso de bichito, don Fransisco, no está en el orden. ¡No tan bichito, no tan bichito; que, aunque una mijiya desfigurao, porque roé unas escaleras cuando mamaba, soy yo muy hombre y tengo muchas, pero que retemuchas sircustansias!

—Pues ¿quién duda eso? —dijo el Doctor con fingido enojo—. ¿Es que no va a poder hablar contigo, mal genio, el que más se interesa por ti? La culpa tengo yo; pero ya me estoy yendo. ¡Ea, hasta el día del juicio!

Y, con efecto, echó a andar para irse. Nicolás, pesaroso de lo que había dicho, pidió mil perdones al Doctor, sujetándole por los faldones del chaqué, y el Doctor, al cabo, dulcificando la expresión de su semblante, dijo:

—Pues, hombre, ¡si cabalmente tu mala fortuna me tiene tristón y hasta me quita el sueño!

—¡Ay, don Fransisco, si usté pudiera...!

—Digo que no he de parar hasta que encuentre un acomodo como para ti. Porque a ti te conviene una cosa estable, que dé poco trabajo, o mejor, ninguno...; en fin, una colocación en que vivas lo mismo que el pez en el agua. ¿No es eso?

—¡Eso, eso mismito es lo que me combiene y hase farta! —exclamó Nicolás bailándole de alegría los ojos.

—Pues poco he de poder —repuso el otro—, o he de proporcionarte esa canonjía. ¡Ea, aquí me tienes, que voy a ser tu segundo padre! ¡Abrázame y aprieta, hijo putativo!

Nicolás, ebrio de emoción esta vez, aunque todavía con un tantico de escama, porque lo de *putativo* no le sonó a cosa buena, abrazó a don Francisco por donde pudo, es decir, por la cintura, exclamando:

—¡Usté es mi padre, mi padre de mi corasón!

Las contadas personas que paseaban por allí parábanse contemplando con curiosidad y mal disimulada risa aquellas efusivas demostraciones de cariño, hechas por Nicolás a quien tenía fama de *asaúra* en toda la ciudad. Y antes de separarse aquellos improvisados padre e hijo convinieron en que, no bien estuviera buscado el empleíllo, que quizás no se hallaría a todo el gusto en menos de dos o tres meses, el Doctor mandaría recado a cierta tienda para que de allí avisasen sin perder minuto a Nicolás, y éste acudiese en seguidita, ya que el coger los buenos acomodos, esos en que está un hombre como el pez en el agua, suele consistir en un tris, y un tris se pierde en menos de un santiamén.

Pasaron los meses de mayo y junio, ¡y nada! De cuando en cuando Nicolás se hacía el encontradizo con el Doctor, y éste, antes que le preguntara, decíale:

—Ya está esa breva al caer.

—Pero, don Fransisco, ¿cuándo, cuándo cairá?

—Ten paciencia. Ya pleiteamos por poco. Creo que no pasará del mes de julio.

Y no pasó. Unos días antes de la festividad del Carmen nuestro hombre se vió gratamente sorprendido por el recado que con tan vivo anhelo esperaba. Había de buscar a su protector en el Ateneo, a la una de aquella tarde.

No hay que decir si Nicolasillo fué puntual: a las doce y media estaba en las inmediaciones, calle arriba, calle abajo, esperando impaciente que sonara *la sola*. Y al punto mismo de sonar entró en busca de su padre adoptivo, a quien ya había columbrado desde la calle, divertido en su cotidiana partida de ajedrez.

Ver Nicolás al Doctor y abrazarle fué todo uno.

—¡Hombre, gracias a Dios! ¡Ya vas a salir de penas! —dijo el protector—. No me ha costado poco trabajo; pero al fin se canta la gloria.

—Padrino, y ¿en qué boy a colocarme? —preguntó con ansia Nicolás.

—En lo que tú no podías ni soñar. Es un empleo, que ni hecho de encargo para ti. ¡Ya verás, ya verás, hombre!

Y echaron a andar a gentil paso.

Hacía un sol, que ¡vaya mucho con Dios el del desierto africano! Sevilla entera echaba chiribitas a aquellas horas. Nuestros dos personajes andaban y andaban, silenciosamente y muy aprisa, salgo por aquí, entro por allí, tuerzo por allá. Mas

todo fué tortas y pan pintado mientras anduvieron por las calles; porque es de advertir que, saliendo de la ciudad propiamente dicha, metiéronse por un escampado de los arrabales, donde el rubicundo Febo dejaba caer fuego molido. El Doctor, siquiera, se maltapaba con una sombrilla; pero el pobre jorobado, ya sin aliento, sudaba la gota gorda.

—¿Adónde vamos? —preguntó Nicolás con voz de moribundo.

—Ya queda poco —respondió aquél—. Aligera, no sea que lleguemos tarde.

Y a este paso de carga, que hacía más insoportable el calor, siguieron todavía un valiente rato, hasta llegar a una fábrica de corchos, situada, vamos al decir, donde dió Cristo las tres voces.

Entraron en el zaguán de la casita de habitación adosada a la fábrica, don Francisco tiró del cordón de la campanilla, y asomó un criado.

—¿Don Andrés...?

—No está.

—¿No está...? ¡Dios me valga, y qué contratiempo...! ¡Después de lo que hemos sudado...!

—¿Quiere usted dejarle alguna razón?

—No, no es recado lo que yo tengo que dejarle... Era cosa para hablar con él... ¡Pues don Andrés no suele salir a estas horas!

—Es verdad —confirmó el criado—; pero también es verdad que hoy ha salido.

Nicolás, con cara de angustia, miraba alternativamente al Doctor y al portero. Y como estuviese

escuchando este diálogo la señora de la casa y conociese por la voz a don Francisco, mandó abrir la cancela, salió a un balcón del corredor, y dijo:

—¡Cuánto siento esta contrariedad, Doctor! ¿Quiere usted pasar a esperar a Andrés?

—Señora, muchas gracias —respondió el Doctor, entrando en el patio con su protegido—. Pero ¿sabe usted cuándo volverá?

—Nada me dijo al salir.

—En fin, señora, para el caso ha de ser lo mismo hablar con usted. ¿Sabe usted que ayer me dió Andrés un encargo?

—No sé nada.

—Pues sí, me dió un encargo, y aquí se lo traigo cumplido.

Y poniendo las manos en los hombros de Nicolás, añadió:

—Hemos hecho dos avíos de un mandado: Andrés necesita un galápago para el pozo, y aquí le dejo éste, que vivirá en él como desea: como el pez en el agua.

Y saliéndose al zaguán precipitadamente, cerró la cancela, detrás de la cual, entre la mal contenida risa de la señora y del portero, quedó furioso como un loco de atar el infeliz jorobado víctima de burla tan cruel.

....

Y a esto que hizo el Doctor llaman los andaluces *tener asaúra,* o *ser un asaúra.*

XLVIII

ARTURO

Arreglando unos papeles viejos, tropecé ayer con aquellos rarísimos valses que tan deliciosamente sonaban en la mágica flauta de cañutos rajados.

¡Aun bien que le importaban a Arturo gran cosa las grietas de su flauta, mientras para remediarlas hubiese a mano cera y bramante, y, sobre todo, mientras él tuviese aquella grandísima habilidad en los labios, en los dedos y en el alma!

Y no, no era, a buen seguro, el dios Pan: él solía decirlo, sonriendo con tristeza.

—*Pan* —añadía— es un dios orgulloso, a quien muchos días invoco infructuosamente. No es que *los dioses se van*: es que se han ido.

¿De dónde había venido aquel hombre? Todo en él era un misterio.

—Yo no me llamo Arturo —me dijo una tarde—; usando este nombre sólo indico mi procedencia: soy del Norte.

Y agregó, arrepintiéndose de la franqueza:

—Del norte de un país que está al sur de otro más boreal.

¡Y quedé enterado!

Era alto, moreno, acompañado de carnes, de perfil griego, de mirada inteligente, de labios un tanto carnosos, siempre contraídos por una sonrisa en que había algo de gesto de dolor. Tendría, a lo sumo, cuarenta años. Recitaba en sus idiomas poesías de Leopardi, Heine y Víctor Hugo. Hablaba el castellano correctamente y sin dejillo alguno extranjero. Afirmaba, sin embargo, que no era español. ¿Mentía?... Lo que sí podía asegurarse es que aquel hombre era, y tenía derecho a ser, algo y aun mucho más que un flautista vagabundo.

Iba dando conciertos. Su estropeado sombrero y su terno raído, negro antaño, ya de color de ala de mosca, indicaba muy a las claras lo mezquino de la profesión. ¡Bien se reían los botillos, por entrambas puntas, de la extremada pobreza de su dueño; pero mejor se reía éste de la risa de los botillos!

—¿Quién piensa en estas fútiles tonterías?—exclamaba con seriedad cómica.

Y cogía una guitarra, porque el bueno del *roué* hacía a pluma y a pelo, y cantaba, acompañándose con mucha soltura:

"La niña que a mí me quiera
Ha de ser con condición
Que, en haciéndole yo esta seña (*sic*)..."

Aquí daba un silbido muy picarescamente:

> "Ha de salir al balcón.
> Mas si acaso su padre está allí,
> Me ha de responder..."

Y aquí volvía a silbar con gran donosura, hasta llenar los seis compases que le faltaban a la cláusula musical.

Pronto fuimos amigos y fuí su alumno; que entonces estaba yo muy dado al divino arte. A pesar de mis diez y ocho años, hablaba de tú al maestro. Yo comprometía a los músicos de la orquesta para que le acompañasen gratuítamente en sus conciertos, y él, agradecido, escribía para mí muchas de las lindas composiciones de su abundante repertorio.

Y ¡qué rico era en medio de su pobreza! ¡Cómo despreciaba el dinero! Un marqués anciano quiso obsequiar a su tertulia con música y dulces. Hizo llamar a Arturo, que estaba conmigo en la mesa del café, atareado en escribirme unos valses de trinos, y Arturo se negó rotundamente a complacerle, aun a pesar de mis instancias. Volvió poco después el emisario: para el Marqués era ya empeño de amor propio; sus amigos esperaban al músico, y no había que reparar en la costa: cincunta, ochenta, cien duros por tocar una hora la flauta. La utilidad de cada concierto en el teatro de Osuna, si llegaba a quince o veinte, era todo lo de Dios. Aun así, no vaciló el flautista: no le tentó la oferta.

—¿Cómo he de ir yo —me dijo— a la casa de un hombre que llama *gorgoreos* a los trinos? ¿Te parece a ti que eso estaría decente?

Y prosiguió escribiendo sus valses. Al otro día tuve que darle un duro para que no fuese a pie a la inmediata villa de Estepa.

Regresó Arturo a mi pueblo el miércoles santo. Durante su breve ausencia, los músicos de la orquesta me habían invitado para que les acompañase a tocar el *Miserere* en la Colegiata: un *Miserere* primorosísimo, obra del maestro Regalado, antiguo organista de los que en el buen tiempo añejo nombraban y pagaban los duques de Osuna. Convidé a mi vez a Arturo, y fué conmigo al templo, aunque sin ánimo de lucir en él su grande habilidad, de seguro por no deslucir la escasa mía. Púsose a mi lado, junto al atril, para volver las hojas. Le ofrecí la flauta para el *Tibi soli,* y para el *Ecce enim;* insistí porfiadamente para que tocase el *Redde mihi laetitiam,* que era un vigoroso cántico de vida y esperanza...

—¡Sigue, sigue tú! ¡Va bien! —me decía siempre.

Llegamos al *Libera me,* verso en que la flauta llevaba todo el canto: un adagio en *mi* menor; cuatro notas tenidas, de una melodía suave y conmovedora. Aquella hermosa repetición, *Deus, Deus salutis meae,* había arrancado del alma del obscuro clérigo compositor un grito de suprema angustia al par que de ternura infinita. Con

labios trémulos por la emoción y por el miedo consiguiente a estarme confiado aquel canto dulcísimo, que escuchaban con recogimiento más de mil personas, entre ellas, alguna que me traía soñando despierto, iba yo saliendo adelante con mi empresa. En una de las pausas miré al maestro Arturo: dos gruesas lágrimas resbalaban por sus morenas mejillas hasta perderse en el encrespado erial de su barba, negra como las penas que debía de haber en el fondo de aquella alma inescrutable.

Cuando sonó el último acorde del verso, Arturo, precipitadamente, me arrebató la flauta y dijo a media voz a los músicos:

—*Da capo.*

Y comenzó de nuevo el *Libera me;* pero ya aquello no parecía un aire lento y majestuoso: ya era un desbordado torrente de sonidos, de escalas cromáticas, de hermosísima filigrana musical. Aquellas mínimas y semínimas del maestro Regalado se dividían y subdividían por arte prodigiosa en la flauta mágica de aquel hombre. Había en aquel canto inverosímil charlas de pajarillos al apuntar el día, quejidos de dolor, suspiros de esperanza, gritos de triunfo, súplicas apasionadas y vehementes..., un mundo, en fin, de sentimientos, ya apacibles, ya calurosos, y todo ello contrastando agradable y artísticamente con el pausado ritmo de la voz que cantaba: "*Libera me de sanguinibus...*"

Acabó el verso. Escuchábase en la iglesia sordo rumor de asombro. Abracé y abrazaron los músicos a Arturo. Él lloraba, lloraba, sin acertar a proferir palabra alguna.

Cuando se repuso un tanto, díjome con entrecortada voz:

—¡Dios te lo pague! ¡Hacía veinte años que no lloraba! Y ¡¡¡qué falta me hacía!!!

....

Han pasado nueve lustros. No sé qué sería de Arturo, ni si libraría Dios en la borrasca de la vida al que tan inspirada y genialmente interpretó con la flauta el *Libera me* de David.

Una ola lo trajo a mi playa, y otra se lo llevó, mucho antes que otras olas me arrancaran y alejaran de ella.

XLIX

AMOR Y POLÍTICA

No era rana, ni mucho menos, aquel muchacho larguirucho, pálido, de ojos negros y mirada viva e inteligente: aquel muchacho que, apenas cumplidos los cuatro lustros, vivía y mantenía a su anciana madre con las novecientas noventa y nueve pesetas del sueldo anual, ganadas y reteganadas en el humilde empleo de oficialete de la Secretaría del Ayuntamiento de Villavieja, pueblo andaluz de dos mil vecinos, y con los gajes que de él se sabía y por discreción se callaba.

¿Qué había de ser rana el mozo? Muy al revés. Cursadas las primeras letras en la escuela del pueblo, traducía más que medianamente algo de los clásicos latinos, gracias al Párroco, que le estimaba muy de corazón. Iba para hombre de pro: nadie como él fraguaba un reparto de consumos, arrimando el ascua a la sardina de sus protectores; nadie se daba tan buena traza para embeber en el capítulo de obras públicas, o en otro cualquiera del presupuesto, esas chilenta

cantidades que se rezuman en todos los municipios, chicos y grandes.

El que mandaba tenía en Ramoncito un verdadero estuche. Contando con él, los de casa todo lo hacían a costa de las arcas municipales, lo cual era muy sabroso. ¿Se bautizaba un hijo de un regidor? El pueblo pagaba los dulces y el vino, y las gallinas de la parida, y los derechos del Cura: todo ello figuraba como yeso gastado en reparar el cementerio, y así la Muerte venía a ser auxiliar y tapadera de la Vida. ¿Viajaba el Alcalde para estrechar sus relaciones con el gran cacique provincial? Ya se vería cómo las pesetas invertidas en tren, fonda, deportes y regalos a los caciquillos infantiles habían de ir a mermar el fondo de calamidades. Después de todo, como Ramoncito manifestaba confidencialmente a su ex maestro de Latín, ¿qué venía a ser el Alcalde sino una calamidad pública? En fin, que nuestro mozalbete lo era todo en la villa. El secretario, viejo y torponazo, no valía ni para descalzarle, y estaba, por tanto, a las órdenes de su listo oficial.

Ramoncito no tenía gran devoción a los libros, salvo el Alcubilla y el Abella; pero a los periódicos, ¡oh, y cómo se pasaba las horas leyendo *La Época, El Imparcial, El Liberal, El Globo* y cuantos diarios, además de éstos, llevaba el cartero a la casineta! Especialmente, las reseñas de las sesiones parlamentarias le traían fuera de tino. ¡Qué bien se empapaba en ellas, y cómo

creía beber los alientos a nuestros prohombres, y brujulear por lo que dijeron lo que pensaban (*judicium difficile*), y lo que habrían de decir, pensar y hacer tiempo andando!

—¿Quién sabe...? —imaginaba él a sus solas, cuando, por haber dado alguna vez en el clavo, se creía un vidente de la política—. ¿Quién sabe el porvenir que me aguardará? De muchacho, Cánovas valía menos que yo. No ha de faltarme un Manzanares donde revelarme al país, o, en otro caso, un Manzanares adonde tirarme de cabeza, si mis esperanzas salen fallidas. Por lo pronto, hay que leer y leer, para estar al tanto del pasado, del presente y del porvenir políticos; y hay que ser secretario del Ayuntamiento, y alcalde y jefe del partido local, y diputado provincial, y diputado a Cortes, y gobernador, y ministro... ¡Sí, ministro! ¿Por qué no? ¿Tienen más talento que yo, por ventura...?

Y aquí enhilaba para su capote una cáfila de nombres de ministros de antaño y hogaño, y justo es reconocer que podía mentar a muchos peor despachados de sindéresis que Ramoncito.

Éste tenía novia. Habíale picado en el alma la avispa del amor antes de consagrarse tan de lleno a la política. Y a fe que Mariquita, con sus diez y ocho abriles muy floridos, y con su esbelto cuerpo muy granado, y con aquella morena cara tan linda y fresca, y aquel mirar tan retrechero e insinuante, y aquella charla graciosamente ceceosa y reveladora de vivo ingenio, se merecía,

no digo yo a Ramoncito, sino a cualquiera de los más apuestos don Ramones del mundo.

Mariquita, al principio de sus relaciones y en los ratos, entonces nada frecuentes, en que su novio no le hablaba de amor, sino de política, admiraba su talento, porque talento parecíale aquel expeditísimo barajar nombres y cosas de que a ella ni pizca se le alcanzaba; pero como, yendo y viniendo días, el bueno de Ramoncito, obseso por sus lecturas y por su ambición, había acabado por no hablarle ni jota de amores, la buena de Mariquita estaba punto menos que dada a los diablos.

—Éste no es mi Ramoncito —pensaba tristemente—: me lo han cambiado por otro. Aquél me decía algunas cosas que... ¡vamos! no pueden menos de agradar a una muchacha sensible; pero éste, trayendo al retortero a Cánovas y a Sagasta, a Silvela y a Pidal, a *Cosdepón* y a *Capgayón*, y a Salmerón, ha dado al traste con aquellos gratísimos ratos de otras veces. ¡Y es vivo!... ¡Vaya si es vivo como un azogue! ¡Y guapo! ¡Revaya si es guapo el mozo!... Pero los periódicos y el Congreso y el Senado me lo echan a perder y se le llevan el meollo. De esta hecha, o va a salir un sabio, o va salir tonto perdido. Y yo ni tonto ni sabio lo apetezco, sino amorosito y tratable. ¿A qué más aspira él que a sus mil pesetejas y a los regalillos que le hacen las personas agradecidas? ¿No tendré yo, cuando falte mi tío, esta casa y veinticinco aranzadas de olivar jun-

to al pueblo, que no las hay mejores en toda Andalucía? ¿No será él secretario del Ayuntamiento cuando le dé la real gana? Pues entonces, ¿a qué tanto hablar de Madrid y tan poco de este palmito, que, al fin y al cabo, no es costal de paja? ¿Para esto se tiene un novio? ¿Para celebrar cada noche una sesión del Congreso...? *¡Cuán mudado está el hilo!,* como él dice, en latín y todo. Antes, palabritas agradables y melosas, de las que ponen coloradilla a una muchacha, y, "te quiero", "te estimo", "te adoro", y ahora, que si Castelar licenció a su gente, que si Romero Robledo tiene travesura, que si el discurso del mensaje dejará mucho que desear... ¡Lo dicho: este muchacho es otro: me lo han cambiado!

Monólogos como éste eran para la pobre novia el pan de cada día, quiero decir, de cada noche, pues cada noche era más político y menos amante Ramón. Aquello se había hecho inaguantable. Mariquita acababa por ser la novia del *Diario de Sesiones.*

—Pero, y de mí, ¿qué dices? —preguntó a Ramoncito, más que amostazada, una noche de verano en que Mariquita, con su trajecillo ligero, y con su *miaja* de escote, y su graciosa cara de pocos amigos (que tal se la había puesto la justa indignación), estaba para chillarla, como decimos los andaluces—. ¿Y de mí? —repetía—. Porque ya sé lo que piensas de todos los hombres políticos, a quienes Dios confunda; y esto, francamente, no es un noviazgo. Charla de esos

asuntos con tus camaradas, con el Alcalde, con el Cura; no conmigo. ¡Ea! Hablemos de otra cosa. ¿Sabes que ayer se tomó los dichos Conchita, la de Fernández? Tuvieron fiesta larga. Hubo arroz y gallo muerto.

—Sí —respondió Ramón—. Como va a apadrinar la boda don Antonio *el Fresco*, que es primo de don Zenón, el diputado provincial, a quien llaman por mal nombre *Tragacarreteras*, pueden echar la casa por la ventana. Pero no hay cuidado; que, o mienten mis papeles, o muy pronto se llevará la trampa todas esas francachelas, pues el último discurso de Gamazo, que es el heredero forzoso...

—¡Y vuelta...! —interrumpió Mariquita con mal humor nada disimulado; añadiendo, forzadamente jovial—: ¡Yo presido ahora el Congreso! ¡Tilín, tilín...! ¡Orden en las tribunas! ¡Aquí ya no se habla más que de cariño y de cosas bonitas...! ¿No has reparado que estreno este lazo? —preguntó con voz insinuante.

Y alzando la cabeza y acercándose aún más a los hierros de la ventana, mostró a Ramoncito, no sólo el listón de la gargantilla, sino el torneado y lindo cuello de garza.

La luna de agosto, la más clara del año, si no le llevase ventaja la de enero, daba de lleno en la reja. Su luz penetraba, como filtrándose, por los rombillos de la moruna celosía y realzaba con la poética vaguedad de su resplandor, así a breves trechos amortiguado, la provocadora

hermosura de la joven. Lánguida la mirada de aquellos negros ojazos, ruborosas las morenas mejillas y deleitablemente perceptible el aromoso aliento, rápido y mal contenido, aquella muchacha, más que María, podía llamarse Tentación.

Distraído, empero, en sus lucubraciones, Ramoncito, aquel viejo de veinte años, miró el lazo, no más que el lazo, y repuso:

—Sí, es muy bonito; mas ¡para lazos, el que ahora tiende Silvela a Pidal! ¡Y se abrirán las Cortes, y no habrá quien lo diga en el Congreso...! ¡Oh, si yo fuera diputado...! "¡Ah, mentecatos conservadores!", diría —y lo estaba diciendo en diapasón ultraoratorio—. "¡Entre vosotros y el señor Silvela se alza, como muralla infranqueable, una tumba! ¡Las aún calientes cenizas del con harto buen fundamento llamado Monstruo, porque lo era de saber, y de habilidad, y de saludable experiencia..."

—¡Al orden! ¡Al orden, señor diputado! —exclamaba Mariquita con verdadera angustia—. ¡Hable su señoría a su novia de lo que a las novias se habla en toda tierra de garbanzos!

Pero ¡que si quieres...! Ramoncito, a quien la política había hecho perder la chabeta, como a don Quijote la lectura de los libros caballerescos, siguió, cada vez más exaltado:

—"¡Sí, señores: yo puedo hablar claro porque soy ajeno a toda suerte de concupiscencias; yo he venido a sentarme en estos escaños por el su-

fragio popular, libre, libérrimo, de los villavejenses, no por el escandaloso procedimiento del *encasillado,* trampa abominable en que se ha hecho caer y perniquebrarse al sagrado derecho de sufragio: al más importante derecho de la ciudadanía!"

—Pero escucha, Ramón... ¿Te has vuelto loco...? ¡Tú no estás bueno! ¡No des esas voces! ¡Basta de discursos...!

Ramoncito no la escuchaba: sentíase orador parlamentario, y continuó impertérrito, manoteando como un orate:

—"¡A vosotros se deben cuantos males afligen a la Patria! Vosotros la prostituisteis, vosotros la vejasteis, vosotros la aniquilasteis...! ¿Qué queda aquí sin destruír, sino la inquebrantable voluntad de algunos ciudadanos, entre los cuales yo debo tener la inmodestia de contarme...?"

María daba ya por perdido el pleito, y gritó imperiosamente, hecha una furia:

—¡Orden! ¡Orden! ¡He dicho que orden!

Pero al ver que nada conseguía, alzó el delantal hasta cerca de los ojos, y haciendo como que leía en él, dijo, entre iracunda y burlona:

—"Su Majestad el Rey (q. D. g.), y en su nombre su augusta madre la Reina Regente, ha tenido a bien decretar lo siguiente:

"Altículo único: ¡Queda terminada la presente legislatura!"

Y dando sendos portazos con entrambas hojas de la ventana, corrió el cerrojo, dejó a bue-

nas noches al orador y tuvo por concluído para siempre jamás su noviazgo con aquel mancebo tan *sui generis*.

....

A lo lejos, entre tanto, sonaban los alegres acordes de un guitarrillo y la melodía de una voz fresca y varonil, que cantaba horacianamente:

"Goza del sol mientras dure;
Siempre no ha de ser verano..."

L

LA GAVILANA (1)

Plaza de una villa andaluza. Al fondo, una iglesia. A la derecha del actor, un caserón con dos grandes ventanas bajas abiertas, de rejas salientes, en una de las cuales hay un cartel que dice: "Se cose a máquina" *La puerta de la dicha casa, cerca del proscenio. A la izquierda, los árboles de la plaza.—Es de día.*

Al levantarse el telón, la Gavilana *asoma por junto a la iglesia, santiguándose, y se para al llegar a la ventana del cartelillo.*

—Güenos días os dé Dios, muchachas, y nobios casaeros tan güenos como la fartita que os jasen y como esas manitas e costura que le están disiendo a las asusenas: "¡Utu pa ayá!" ¡Qué aplicaíyas toas ar trabajo, y qué jechiseras: que me se antojáis cá una una pascua e flores!

—.....

—¡Pos no, que no! Tamién yo gasté un bestío de esa coló, como el otro que dise. Aquí aonde

(1) Quise dar en este *monólogo,* o *medio diálogo,* una acabada muestra del habla popular de Osuna, mi pueblo natal. No sé si lo habré logrado; pero afirmo que lo intenté muy de veras y con todo detenimiento.

me beis con estas confiscás arrugas y esta mardesía jaula e perdís en las espardas, porque de casaora no me ha queao ná más que esto, tamién yo, cuando Dios quiso, no le quitaba pinta a una rosa e mayo. Pero la fló e la jermosura poco dura; pasó solía, y bino San Sacabó, que yo no sé por qué lo jadrían santo. ¿Y la señá maestra?

—.....

—¿Armosando?

—.....

—¿Lomo y tó...? ¡Asinita: porque se pué! A costa e la sangre ajena. Sangrá se bea eya, Dios me perdone, y amarrá er mislo, muchachas, que no quieo custiones con naide.

—.....

—Lo disía por la sangresita de este manojo e reinas, que es sumo e clabeles amaisalaos. ¡Jujúy, qué prendas tan relindas toas! Y tú, Justiya, sin jaseye agrabio a naide, ¡qué jermosa y espelotá te has puesto! ¡Baya un bocaíto e mistó pa un esganao que acabe e salí de unas calenturas! ¡Er Señó te bendiga, peslita blanca, jarminito resién abierto, que güeles a gloria!

—.....

—Pos ahí abajiyo boy po una purga pa er biejo rico e la esquina, que mala purga le pique a é. ¡Como si con purgas gorbieran los aseros e la moseá! No hay más bronse que los años onse, ni más lana que no saber que hay mañana. Si la bejés tubiá compostura con purgas y potingues, me había yo tragao jasta er boticario y tó, anque no

fuá más que pa esquitá las horas que perdí cuando Cristo andaba po er mundo.

—.....

—¿Ganas? ¡Que me sobran, hijitas! Múa er lobo los dientes, y no las mientes. Pero ¿qué le bamos a jasé? Y ahora que me acuerdo, Justiya, ¿y tu madre?

—.....

—Lo siento, mujé. Ya quedrá er Señó que se ponga güena, siquiá por la fartita que jase. Biúa, y con tres hijos, y tú la mayó... ¡Er Señó mos mire con ojos e misiricordia, bendesío sea su santísimo nombre, amén! Y ¿es berdá que tú le jablas a aquer mosito e la Alifonsa, que paese pintao pintao un abefría?

—.....

—Pos, mujé, muncho que me alegro que no sea berdá. Ese esaborío no bale junto a ti la toná e un amolaó. Pa ti, en ayegando que ayegue er caso, un mosito e mi fló, rumboso, jacarandoso, retepresioso, con la edá en la boca, anque sea mala comparasión, que jume puros, bien andao, amorosito, y que entoabía no se afeite, porque er reflán lo dise: "Er moso, cuando le apunta er boso." Y sobre toas las cosas der mundo, que tenga guita; más guita que un cordelero. No hay que daye güertas: pa quitá la escuriá, la lú. Er que tiene, tiene y retiene, porque mantiene. La lú, muchachas, es mantones e sea, que se quee bisca la gente, y botitas e charó, y corchones e pluma pa escansar a gusto, y la mar serena e cosas e comé,

que ¡ jasta ayí ! Y la mardesía abuja, que la parta un rayo por mitá el ojo. Pero mujé, no te pongas colorá, que no es pa tanto. Tó esto es disirte que tú, mejorando lo presente, te mereses una corona reá; que, por lo emás, naitita que me se importa a mí. ¡ No me enfría ni me calienta cosa nasía en er mundo; que ya estoy, como dise la copla,

"Con un pie en la seportura
Y otro en la mesmita bera!"

Baya, Justiya, que haiga alibio; y, muchachas, toas, jasta otra, si antes no me arrecoge la Chata; que ya estará er mardesío der biejo aguardando su purga, y la mujé, que es un pimpoyo de oro, echá en orasión pa que er marío rebiente. ¡ A eya sí que le jase farta una güena meisina; que la probe se ha queao que se trasluse... ! ¿ Risitas ? ¿ Risitas... ? ¡ Cómo se conose, arrastraísimas, que pa ustés ya ha pasao er día e los santos Inosentes !

—.....

—¿ Por mi barrio ? Naíta que esté en gloria. Y como yo, en sacándome de mis tres misitas por la mañana, y de mi jubileo y lo emás que caiga por la tarde, y de mis sinco dieses por la noche, y de ensendeye su mariposa a San Caralampio bendito, no soy mujé pa ná, no me entero e mardita la cosa. A mis años, que ya tengo tres duros y medio y sinco reales, hay que ganá la gloria a estajo y sin escudiarse; que a la fin fin, morí; y los profundos no sirben pa quemá paja; y una en

su moseá, bargan berdaes, no andó tan derecha como un juso.

—.....

—¡No, si no digo que no! De arguniyas cosas se entera una sin queré. Como que una no es sorda, y Patas e puya, confiscao sea é, no duerme, anque se jaga er dormío pa engañá más bien a los confiaos...

—.....

—Güeno; pos ayá ba, y Cristo nuestro padre me perdone si esto cae en cosa e mormurasión. Ar cabo e tó, e carne flaca semos endeje que pecó nuestra madre Eba. Ayá ba, y er diantre sea sordo; er diantre digo: ya beis, muchachas, que no lo miento por su nombre, porque jasta er nombre suyo es una ofensa a Nuestro Señó. Cata aquí por qué reso yo toas las noches al acostarme:

"Anda bete, Satanás,
Que de mí no sacas ná;
Que en er día de la Crú
Dije mir beses Jesú".

Y bamos ar caso, capuyitos de oló. ¿Conoséis a la Marigí, la que tiene la boca asín, y un ojo asín, y la mano asín...? (1) ¿Cómo que no, cuando es más conosía que la rúa y más soná que las propias narises...? Muchachas, aqueya e Loja, que es coja y es floja y en cuarquier parte se aloja; alojá se bea eya en lo más jondo... ¿Entoabía no caéis...?

(1) Esta pregunta es el comienzo de un popular juegecillo infantil.

La que gasta un mantón berdesiyo, que berdesiya tendrá eya el arma, si Dios con su dibino poé no se la pinta de otra coló... ¡ Paese que estáis lelas! La prima e la aseá e Burguiyos, que lababa los güebos pa freíyos, y pa probá el aseite escupía en la sartén, u cosa peó; aqueya burguiyera que se casó con er tío Alegría, er der perro flaco, que paesía mesmamente una espátula, lo cuar que er tío Alegría tié un hijo que le isen por mote Juan Paulín...

—.....

—¡ Ajajá! ¡ Acabáramos! Paulín er de la playa: así mesmito le yaman, porque ha andao cogiendo coquinas po esos puertos e má, con un trapo atrás y otro alante, que es más peó que andá encueros. Güeno; pos a la Marigí, que es la prima e la madrasta e Juan Paulín er coquinero, le pasó anoche un lanse, que pa chiyarlo. Chiquiyas, ¡ baya ruío en er mundo, y baya corgarse la caye! Poné la oreja.

La Marigí bibe más e cuanto há en er corrá e Pícamepedro; ya sabéis: a la bera er conbento jundío. Ayí está arrecogía más gente que hay en la guerra, y güena der tó ar tó: las jembras, brabas; los hombres, embestiores, y la tropa menúa, topona: una ganaería, que ni pintá pa Perico Romero, si su mersé no se hubiá dío al otro mundo. Pos bamos a que la Marigí, con su ojo chíndigo y tó, tenía su mijita e quebraero e cabesa, que era Pepiyo Enrea: un jugaó e bentaja que cuando no está preso lo andan buscando, y no se pasa

semana que no lo jieran o le den una güerta e gofetás, porque tira er pego, que disen que tié unas manos más ligeras que ya mesmito; aonde la Marigí, tentá e la cuísia, lo engatusó, y eya con su ropa limpia, porque es labandera, y ér con su baraja susia, lo pasaban mu rebién, y ya estaban más bestíos que parmitos, y habían mercao jasta su quinqué y tó. ¡Misté quinqué, la que por pura causaliá ha tenío candí argunas beses, y pa eso le ha fartao aseite que echaye...! Porque, hijitas, en este mundo mesquino, cuando hay pa pan, no arcansa pa bino.

Güeno; pos digo que habían aeresao er cuarto tan reguapamente, lo cuar que toa la patulea der corrá estaban comiítos de imbidia, espesiá la Tarasca y sus tres capuyos; quieo disí, sus tres cardos borriqueros, que balen por cuenta reonda tres tiros que le peguen..., ná más que pa dayes un susto, que se queen como unas estautas e sá. Pos como Pepiyo Enrea agensiaba er dinero a esportones, la mardesía Tarasca, buscando su abío, garatusas po aquí, combites po ayá, lo fué traendo, traendo, ¡canario!, jasta que lo jiso nobio u cosa asín de la más largartona, que es la más grande y se yama Conchiya. Tó esto, sin que lo goliera la Marigí, que, tuerta y tó, es mu retemujé. En cuantito que er só echaba sus luses y la chíndiga tomaba er tole pa el arroyo con su rauta en la cabesa y sus brasos en jarra, Pepiyo se escorgaba ar cuarto e las besinas, y lo que de aguardiente der Mono, lo que de porborones con

canela, lo que de tasitas e café der de a perra grande, lo que de tabaco de mistó liao por Conchiya, no es pa dicho, sino pa figurao. ¡Eche usté y que no se errame! Y, a tó esto, a ér no le apremitían que diera ayí ni tampoco una sé de agua. ¡Las mu tunas, pa mejó meterlo en er costá! ¡A lo tontito!

Yo no sé si aqueyo iba pa boa o no iba pa boa, porque nunca me ha gustao andar goliendo oyas ajenas; pero lo sierto y berdá es, como Gabilana me yaman, que anoche la Marigí tenía que andá e matansa toa la noche, yenando longanisas en cá e señó Regustiano, que a mi cárculo poían sé más e dosientas baras de embutío, y agarrándose a este güen tris, la Tarasca y las Tarasquiyas quisieon agasajá en grande a Pepiyo Enrea. No era orsequio, muchachas: era echá la ré, pa que, a remate e cuentas, er galán lo pagara tó, ejándose atrás jasta los reaños.

Pos ban, y ¿qué jasen? Aeresan su arrós con gayo muerto, su guiso e conejo con seboyas, sus batatas cosías, y traen sus asitunas partías, que estaban disiendo "comerme", su lata e pimientos morrones, sus güenas nueses moyares, sus jigos pasos pa con eyas, su güen bino e tres años que arresusitaba los muertos, y, pa arrematá pronto, sus demonches ensendíos que carguen con tós eyos, Cristo padre me perdone, que esto es un desí, y no mala intinsión, er bendito San Caralampio me sea testigo.

Se ba la Marigí a su matansa raspajilando, y

en seguiíta eyas, las cuatro argofifas esechás, en dos anafes emprestaos, que las mu puercas ni jorniyas tienen, asopla que te asopla, guisa que te guisa, sasona que te sasona, con su puerta serrá pa que no entraran moscas, y Pepiyo, ayí asentao, juma que te juma, bebe que te bebe, y ¡como si lo biera, porque pa argunas cosas no es mesté antiparras! peyisca que te peyisca a la Concha, ar pasá pa arriba y ar pasá pa abajo. ¡Pa las beses que yo me miré en ese espejo...! Y ¡pa la mala cara que yo ponía...! ¡Entoabía me se jase la boca un agua...! Güeno, muchachas, reírse: motibo e risa son las cosas alegres. Y tú, Justiya, ¿por qué no te ríes tamién, lus de mis ojos...! ¡Por bía e la pena negra...!

Pos, como disía e mi cuento, ya que estaba en su punto el arró y la mesa puesta, ban y lo güercan en una sangraera como un lejío, y escomiensan a regalarse er reberendo pico, que no se bían las cucharas, de tanto dí y tanto bení, Pepiyo y la Concha, mu juntitos, que no cabía ni el aire entre eyos, "Esta asitunita, pa ti"; "Pos toma tú, prenda, esta jebrita e pechuga"; y estando asín recocleándose y la candela mu empendolá, cate usté que ayega corriendo er Pinchaúbas, que lo habían puesto e atalaya en la punta e la caye, pa si asomaban moros por la costa, y ¡cataplún!: "¡La Marigí, que biene po esa caye abajo echando jumo!"

¿Qué rayo ni qué senteya, Santa Bárbara bendita mos guarde, había e jasé semejante es-

trupisio como er que jiso el angelito e Dios con aqueya notisia tan de sofato? Tó se puso patas arriba en menos que se presina un cura loco. "¡Afuera los platos; afuera er manté; afuera la oya, y la sangraera, y er jarro er bino!" ¡Güena bendría la Marigí! Porque aqueyo ¡como bisto! había sío un soplo. "Esto, ebajo e la cama: la oya e batatas, ar cuartiyo jondo; y la sangraera y er guiso e conejo, a la jasena. Y tú tamién, Pepiyo; no hay más amparo; pa si arregistra. ¿Que no cabes...? ¡Agachápate ahí! ¿Quién le aguanta er resueyo a esta leona paría, que entrará pegándole garfañás a tó er mundo y tragando gente como agua?"

Muchachas, ¡lo que pué er susto! En un disir pin no paresía que estaba ayí comiendo naide. Ayega la Marigí, y tós asentaos, menos el escondío, platicando como si tar cosa.

—Güenas noches.

—Güenas las tengas —dise la Tarasca grande, enjechisá en bé que la chíndiga entraba mu tranquila y con su cara tan cachipareja.

—Pos bengo porque en cá e señó Regustiano, como estamos en la matansa tantas criaturas, se han perdío cuatro longanisas. Y yo, barruntando que las tié escondías una mala mujé, me boy pa el amo y le digo, dígole: "Que naide sarga de aquí; que yo boy en un soplo a que una besina mía que tié hijas donseyas eche la suerte der seaso, y er seaso jablará como un ebangelio y escubriremos ar ladrón u a la ladrona, anque se me-

ta siete estaos ebajo e tierra." Pero ¡Josú! ¡Tres luses ensendías! ¿Ha parío la gata?

Que quiso que no quiso, la Tarasca, con más mieo que bergüensa, porque de bergüensa no tié ni esto (*haciendo escapar de los dientes superiores la uña del pulgar*), trujo los abíos pa la suerte. Cuando clabó que clabó en el aro der seaso las tiseras en figura e crus y puso er santo rosario ensima, ya se emprensipió a be de bení la bronca, porque la Marigí ba y dise con remuncha soflama:

—¡Josú! Pero ahora que arreparo, ¿cuál es la donseya que ba a alebantá er seaso con er deo der corasón?

Y ba y sarta la Tarasca lo mesmo que un cojete y díselе:

—¡Pos cuarquiera de mis hijas! ¿No serán güenas pa er caso, señá Marigí? Pos qué, ¿quisás no son mositas las tres y más limpias que la lus del arba?

Y van y jasen la suerte. Dise la Marigí:

"Seasito,
Por San Pedro,
Por San Juan,
Por San Nicolás;
Que me niegues la mentira
Y me digas la berdá
En lo que te boy a preguntá.
Quieto si es mentira;
Dando la güerta si es berdá".

Y apreguntó pa sus aentros lo que se le antojó. Alebanta er seaso una de las hermanas e Conchiya por un ojo e las tiseras y er condenao estrumen-

to, como si le fueran jablao e queíto, da media güerta en el aire y se quea señalando pa la jasena. ¡Aquí te quieo, escopeta! La chíndiga se abansa como un chalí pa abrirla, y las emás, asujetándola y plantás ermedio. ¡Chiquiyas, que sanfransia se armó!

—¡Cacho e tunas, dejarme; que soy una tigra enrabiá! ¡Si yo lo sabía! ¡Si me había dao en la narís! ¡Si me había cantao er gayo...! Perras, simbergonsonas, maná e roonas, raías... ¡Pa merendarse a mi hombre! ¡Pa tragárselo entre las cuatro! ¡Dejarme que le saque los ojos a ese ladrón, reteladronsísimo, tiraó der pego; que me los quieo comé en un guiso e sorras!

En esto, Pepiyo, que quié salí, atiesta con la cabesa en la tabla e la jasena, y ¡la fin der mundo! Sale aleteando la sangraera y la casuela er quiso, y asoma er condenao echando chispas, escalabrao con los tiestos, toitito blanco del arrós, que paesía que le había nebao ensima, y ¡ayí fué eya! Tó había sío tortas y pan pintao, pa la rebujina que se armó entonses. Aquí te cojo, ayí te suerto, a ésta quiero, a ésta tamién, gofetá ba, siyetaso biene, so tar, so cuar, grandísimas tunas, so retechulo, y dale que trote, y surra que es tarde, tós roando jechos un obiyo, la mesa tamién po er suelo, las matas e pelo po el aire, y pa que naíta fartara, er Tarasco, que ayega der campo en este inte, y er menistro del arcarde.

—¿Qué inglería es ésta?

—¡A la carse tó er mundo!

—¿Ahora bienes, so carsonasos?

—¡Ay, que me mata esta fiera!

—¡Que yamen a los sebiles!

—¡Que la ajogo!

—¡Toma ésta y güerbe por otra!...

¿Qué campo der Gramante ni qué efarate e feria ni qué cotufas se pué poné con la tremolina que ayí estaba armá? Pepiyo, jerío de un siyetaso, piendo a grito pelao er santolio; toas las Tarascas po er suelo; er Tarasco, atentándose los chichones e la cabesa y disiendo mu triste: "¡Qué es esto que a mí me pasa?" y la Marigí, jecha el ama er cotarro, con la paleta alebantá po el aire pa jundírsela ar menistro, que la quería prendé. En esto que er menistro, juyéndole sielos y tierra, se cuela en er cuartiyo, be el oyón de las batatas, y ¡argún ánge lo aconsejó! lo coge en bolandas y ¡sas! se lo mete por la cabesa a la Marigí, que se queó como un Júas e Sábao Santo, medio ajogá y sin bista ni arsión pa ná. Asín la prendió, y asín se arremató aquel arrastrao arboroque, arremataos se bean tós eyos, pa que no güerban a agrabiá ar Señó con su mala bía. ¡Bibir bien y como Dios manda es lo que hay que jasé pa ganá la santa gloria; que toitito lo de este mundo no bale un caracó, junto a lo que bale la bía eterna!

Ea, muchachas, quearse con Dios, y jasta otra. Ascucha tú, Justiya; que me se orbiaba. ¿Tú bibes entoabía der lao arriba e la fuente, más ayaíya e la seña oña Ana, que, por más señas, le disen la Fogosa...? ¿Sí? Pos, con lisensia, bente

pa er sanjuán, que tengo que darte una rasón pa eya, y asín me ajorras un biaje, mujé; que apenitas si tengo mando sobre estas piernas.

(*Da algunos pasos hasta la puerta de la casa, a cuyo zaguán se supone que sale Justilla, y dice en voz baja, como hablando con ella*:) Niña, pon la oreja. ¿No tiés más bestío que esa tiritaña, con er frío que ba jasiendo, cuando bales un Postosí y debías está bestía de tisú de oro, como los curas en las misas grandes? ¡Probesiya! Y a tó esto, tu madre sin meisinas y sin un güen puchero... ¡No yores; que aquí estoy yo, y soy más cayá que er mesmito silensio! En cuanto que den las orasiones, aguárdame más abajo e la fuente; que tó tié remedio en er mundo, menos er morirse. Alímpiate, niña, esas lágrimas, y cayá y andá por la tierra y por la má. (*Alzando la voz al volver a la ventana*:) Que no te se orbíe, Justiya. Y dile que le aproporsionaré esa cardera e colá.— Ea, muchachas, ramito e mosquetas, salú, y jasta er berano, que es güen tiempo pa los arresíos. (*Echa a andar hacia la izquierda del foro.—Telón.*)

ÍNDICE

FUÉ REIMPRESO ESTE LIBRO
EN LA TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS,
BIBLIOTECAS Y MUSEOS», Y ACABÓSE
A 27 DE OCTUBRE DE MCMXIX

LAUS DEO






UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 04 09 020 8